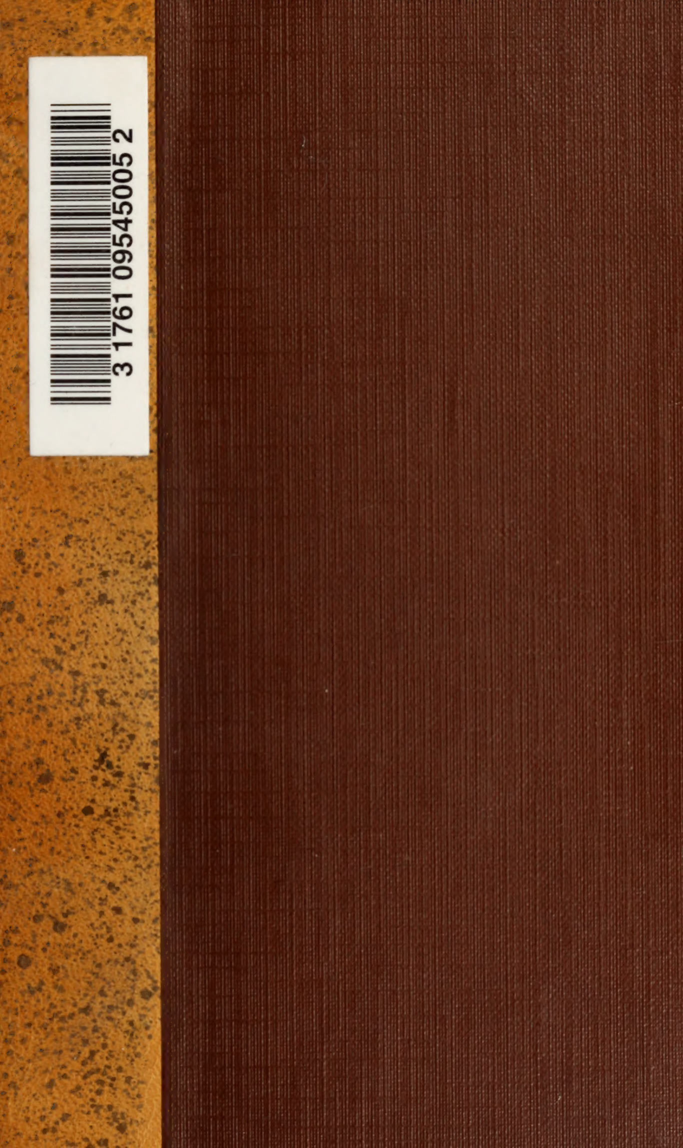
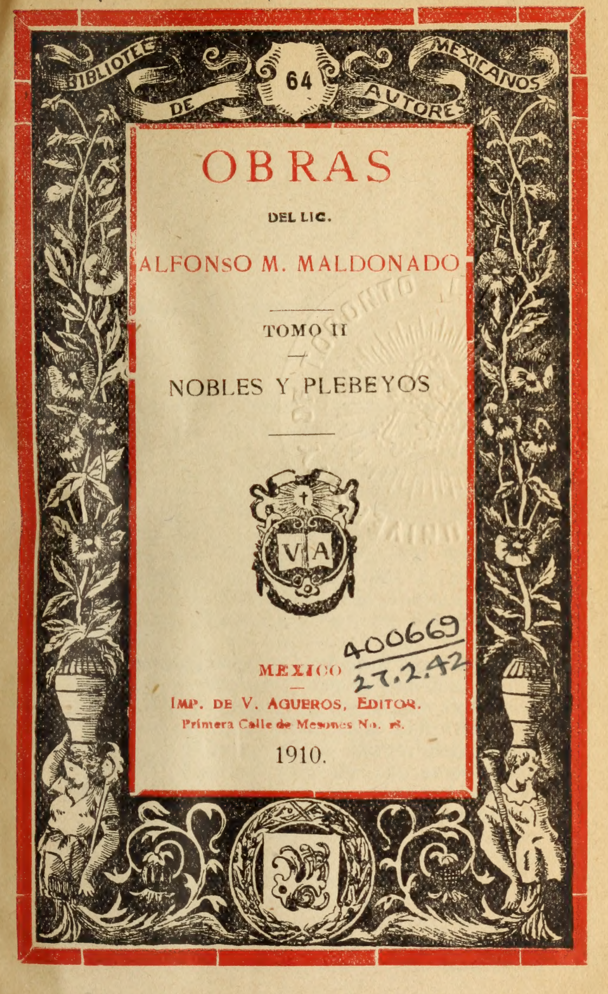

3 1761 09545005 2

BIBLIOTECA

DE

AUTORES MEXICANOS.

NOVELISTAS



BIBLIOTECA DE AUTORES MEXICANOS
64

OBRAS

DEL LIC.

ALFONSO M. MALDONADO

TOMO II

NOBLES Y PLEBEYOS

MEXICO
IMP. DE V. AGUEROS, EDITOR.
Primera Calle de Mesones No. 18.
1910.

A mis hijos:

En nuestra historia patria contemporánea hay una época que importa mucho conocer á fondo, porque los acontecimientos que en ella se verificaron han influído poderosamente en el estado actual de la República, han sido el origen del rápido adelanto de México, y á ellos se debe en gran parte la paz de que disfrutamos. Esa época comprende los años de 1862 á 1867, y se conoce en la historia con el nombre de Intervención Francesa y guerra del Segundo Imperio.

Desgraciadamente, leyendo las historias que corren impresas, no se pueden adquirir nociones verdaderas de lo que fué aquella época, porque todas esas historias adolecen del defecto de la parcialidad, como que están escritas por los contemporáneos que tomaron parte en los acontecimientos, y que no pueden prescindir, al narrarlos, de darles el colorido con que los ven sus ojos de partidarios. Yo quiero que ustedes tengan una idea exacta de lo que fueron la Intervención Francesa y el Imperio de Maximiliano, y para eso he escrito esta novela. Su parte histórica es enteramente exacta; he procurado pintar los caracteres

de las personas que en ella intervienen, con el colorido propio de las gentes de entonces, y las apreciaciones que hago son hijas de un detenido examen y un estudio concienzudo de la época y de los acontecimientos que relato, de los que fuí testigo presencial.

Escribo esto en los dinteles de la ancianidad, y puedo juzgar desapasionadamente á los personajes que conocí en mi lejana juventud. He procurado prescindir por completo de mis ideas sobre los partidos que tomaron parte en la lucha, para presentarlos como en realidad fueron, con sus naturales defectos y exageraciones, con su parte noble y con su hechos heróicos, que los hubo por una y otra parte.

Tanto en el partido liberal como en el conservador, hubo hombres que hubieran sacrificado una parte de nuestro territorio y la dignidad nacional, por conseguir el triunfo sobre sus contrarios; pero hubo también en ambos partidos una inmensa mayoría de verdaderos patriotas.

El prólogo y el epílogo de la guerra de Intervención, la batalla del 5 de Mayo de 62 y el sitio de Querétaro en 1867, serán siempre dos brillantes páginas de nuestra historia, que pondrán de relieve el heroíco valor de nuestros soldados. En la primera, un puñado de guardias nacionales y otro de soldados mal armados y peor vestidos, derrotaron á los entonces primeros soldados del mundo; en el segundo, los últimos restos del antiguo ejército representado por Don Severo del Castillo, Miramón, Méndez, Mejía y Ramírez de Arellano, sostuvieron un sitio legendario en una ciudad abierta y mal fortificada, iluminando con

intenso fulgor los últimos momentos de un partido que allí quedó sepultado para siempre.

El tiempo y la historia imparcial harán á todos justicia, y entonces podran aprovecharse las muchas enseñanzas que esa época contiene.





NOBLES Y PLEBEYOS

(NOVELA HISTORICA)

CAPITULO I.

Cómo se conspiraba en México y se hacía el amor en el año de 1862.

Desde que se consumó la independencia de nuestra Patria, comenzaron á hacerse cruda guerra dos partidos políticos que, bajo distintas denominaciones, ocupaban el poder por más ó menos tiempo, y caían, obligados por la fuerza de las armas, para derrocar á su vez al partido vencedor. La gran extensión de nuestro territorio, su escasa población, la distancia que separa unas de otras las ciudades de cierta importancia, la dificultad de prontas comunicaciones, el pésimo estado de los caminos, lo agreste de las se-

rranías y acaso más que todo la costumbre de batallar que nos había quedado después de los once años de terrible lucha contra el Gobierno virreynal, en amigable consorcio con la facilidad de escalar los altos puestos de la administración á la sombra de las revueltas políticas, habían hecho que en México fuera la guerra civil el estado normal.

Había, sin embargo, una gran parte de la población, que, cansada de esas infecundas luchas, aspiraba á crear un estado de permanente y sólida tranquilidad; y esto lo deseaban lo mismo "conservadores" que "liberales." (Ultimas denominaciones de los partidos contendientes).

Hasta mediados del pasado siglo, todos los partidos políticos habían estado de acuerdo en un punto, no por cierto de escasa importancia: la forma de Gobierno; todos eran republicanos, centralistas los unos, federalistas los otros; unos apegados á lo antiguo, los otros aspirando á reformas de mayor ó menor trascendencia.

Don Manuel Gutiérrez Estrada fué el primero que se atrevió á proponer el cambio del Gobierno republicano por la forma monárquica, y tan mal recibida fué su indicación que tuvo que expatriarse, no siendo de los que menos por ello lo in-

culparon el General Don Juan Nepomuceno Almonte, (hijo del gran Morelos), que se convirtió andando los tiempos en uno de los más decididos partidarios del Imperio.

La semilla dejada caer al acaso por Gutiérrez Estrada y cultivada por Don Lucas Alamán, notable historiador y hombre de Estado, comenzó á germinar allegando poco á poco prosélitos inconscientes que vimos después levantarse y surgir como por encanto en todos los ámbitos de la República; pues las ideas monárquicas existían en estado latente en mucho mayor número de personas de las que era de creerse.

El completo triunfo obtenido por el partido liberal en la batalla de Calpulalpam, parecía que aseguraba definitivamente la paz á la sombra del Gobierno de Don Benito Juárez; pero precisamente en aquellos momentos estaba esa paz amenazada más seriamente.

Con el pretexto más ó menos plausible de reclamar supuestos agravios y asegurar los intereses de sus súbditos, se firmó en Londres la célebre Convención que trajo á nuestra Patria las escuadras española, inglesa y francesa.

El 8 de Diciembre de 1861 llegó la primera á las aguas de Veracruz, puerto que

había desocupado el General Don Ignacio de la Llave, que era en aquel tiempo Gobernador del Estado. El 6 de Enero de 62, se avistó la escuadra inglesa, y el 8 del mismo arribó la escuadra francesa. Esta última fecha marca el principio de la Intervención.

Era del dominio público que los emigrados mexicanos, ricos en su mayor parte y muy bien relacionados, especialmente en España y Francia, trataban de que se estableciera en México una monarquía apoyada por las armas de las tres Potencias signatarias de la Convención de Londres. Gutiérrez Estrada, Almonte, el Doctor Miranda, Arrangoiz y otros muchos, escribían desde Europa cartas en este sentido, á sus íntimos y familiares; corría de boca en boca el nombre del Príncipe que sería llamado á ocupar el trono de México, y se sabía que O'Donnell y Calderón Collantes, Ministros de Isabel II de España, habían apoyado el proyecto de monarquía propuesto por Almonte.

A corroborar lo que de público se decía, contribuyó en gran parte la llegada del Doctor Miranda á Veracruz, el 27 de Enero de 1862.

Extraordinaria indignación causó el hecho de haber violado nuestro territorio

las tropas extranjeras; pero esa indignación se acentuó más contra España; poco participaron de ella los franceses, y casi nadie se ocupó de los ingleses; era el común sentir que estos últimos no traían más fin que asegurar el pago de sus créditos y se arreglaría con ellos fácilmente el Gobierno de Juárez; que los franceses nos tratarían con su proverbial galantería, sin llegar á disparar un tiro contra nosotros; y sólo á los españoles se les creía animados del mismo espíritu de conquista que tuvieron en los pasados siglos, y se juzgaba que la guerra con ellos era inevitable.

El conflicto era sumamente grave. Aunque el partido liberal había triunfado, la victoria le había sido muy costosa en hombres y en dinero, las arcas del Estado se encontraban exhaustas, y aun quedaban, diseminadas por toda la República, gruesas partidas de reaccionarios que entretenían á las escasas tropas con que contaba el Gobierno liberal, por lo que éste se resolvió á ceder, en cuanto fuera posible decorosamente, á trueque de evitar la guerra.

Comenzaron las contestaciones entre nuestro Gobierno y los Comisarios de las tres Potencias; á mediados de Febrero del relacionado año de 1862, se firmaron

los convenios de La Soledad, en virtud de los cuales avanzaron los aliados á las poblaciones de Córdova, Orizaba y Tehuacán, obligándose á volver á los puntos que ocupaban antes de estos convenios, en el desgraciado caso de que se rompieran las negociaciones entabladas. Estas dieron el resultado apetecido respecto de los españoles y los ingleses; pero los franceses, que traían instrucciones expresas para derrocar el Gobierno de Don Benito Juárez, no quisieron darse por satisfechos; el 9 de Abril se rompió la alianza de las tres naciones, se retiraron los ingleses y los españoles y quedaron los franceses sólos en la empre francamente demostrada ya, de cambiar la forma de Gobierno de la República Mexicana, convirtiéndola en una monarquía hereditaria.

De paso hay que dejar consignada una felonía de los franceses: sin respetar los convenios de La Soledad, que habían firmado, se quedaron en Orizaba, salvando con esta incalificable conducta, la línea fortificada del Chiquihuite, única defensa con que de pronto contaba México para detener la invasión extranjera.

Se temía, con sobrado fundamento, que una gran parte del partido conservador y de las fuerzas armadas que merodea-

ban por varios puntos de la República en no despreciable número, se unieran á los franceses, por lo que el Gobierno tomó sus precauciones de antemano, y allegaba tropas y recursos para combatir al enemigo extranjero y á la reacción armada, si bien los elementos con que contaba Don Benito Juárez no correspondían á la magnitud de la empresa.

Tal era el estado en que se encontraba la República al comenzar nuestra narración.

* * *

En la sala de una elegante casa situada en la esquina de dos céntricas calles de la ciudad de México, estaban reunidas varias personas, de las que unas jugaban tresillo, otras departían amigablemente, y algunas tocaban el piano y cantaban; era un reunión que tenía todo el aspecto de tertulia familiar, pues no pasaban de quince las personas allí reunidas, contando con los dueños de la casa. Eran éstos Don Pedro Orozco, como de cincuenta y tantos años, correctamente vestido, ceremonioso en extremo, mesurado en el hablar, fríamente cortés y muy severo en todo cuanto se relacionaba con la moralidad más estricta; á gala tenía el descen-

der directamente de padres españoles sin mezcla alguna de sangre india, y era uno de los personajes más conspícuos del partido conservador. La esposa de Don Pedro, Doña Manuela Arbizu, de pocos menos años que su marido, tan seria, tan entonada y tan pagada de sí misma como su esposo, señora en quien corrían parejas la extremada vanidad y la más crasa ignorancia. La hija de ambos, á la que generalmente se perdonaba su desmedido orgullo en gracia de su notable hermosura; y una sobrina de Doña Manuela, huérfana que, más por ostentación que por caridad, había sido recogida por sus tíos desde que era muy niña. Enriqueta se llamaba la primera y Carmen la segunda; ésta era una joven de diez y ocho años, sobre poco más ó menos, la misma edad de su prima, hermosa como ella, y por añadidura tan buena que no parecía sino que en su persona se habían reunido todas las buenas cualidades que á sus parientes faltaban.

Otras tres jovencitas, amigas de la familia, alegraban la reunión, acompañadas de sus respectivos padres y de algunas otras personas.

—¿Sabe usted, Don Pedro, la última noticia que se ha recibido?—decía uno de los jugadores de tresillo.

—No sé á cuál se refiera usted.

—Al pronunciamiento del General Taboada en Córdova.

—Ya lo sabemos, y precisamente he querido que nos reunamos esta noche, porque el General Pedroza me ha indicado que tiene comunicaciones importantes que darnos á conocer; cuando llegue, suspenderemos la partida de tresillo para tratar de esos asuntos en mi despacho.

—Ha sido un contratiempo que hayan quedado arregladas las dificultades que había con Inglaterra y España,—dijo uno de los que veían jugar

—Eso depende,—contestó otro,—del error que se cometió con darle el mando de la expedición al General Prim, que tiene ideas muy avanzadas y se ha entendido fácilmente con Don Manuel Doblado; pero es seguro que la Reina Isabel desaprobará la conducta de Prim, y volverán de la Habana las tropas españolas, á unirse con las francesas.

—Estas sí están firmes y podemos contar con ellas.

Mientras por una parte seguía la conversación sobre el mismo tema, en uno de los balcones. Carmen y otra de las jóvenes que estaban de visita, sostenían el siguiente diálogo:

—¿Se va por fin mañana Gabriel?

—Sí; según me dice en su carta, tiene orden de salir para Puebla en la madrugada. ¡Figúrate qué afligida estaré con esto! Si hay guerra, como todos dicen, no volveré á ver á Gabriel sabe Dios hasta cuándo, si es que vuelve....

La emoción ahogó las últimas palabras de Carmen.

—Pero yo he oído decir que no habrá tal guerra y que todo se arreglará con pagar no sé cuánto.

—Ojalá que así sea; pero entretanto, yo estoy sufriendo horriblemente.

—¿Ya no has de ver á Gabriel antes de que se vaya?

—Me dijo que vendría á las nueve á despedirse de mí; por eso quise que salieras conmigo al balcón, para poder hablarle unas cuantas palabras. Van á dar las nueve y ya no ha de dilatar.

—¿No han llegado á saber nada de tus relaciones tus tíos ni Enriqueta?

—Algo sospechan, y me vigilan con disimulo; pero afortunadamente, sólo una vez han visto á Gabriel y es seguro que no lo conocen. Para mis tíos, los oficiales del ejército del Gobierno son ladrones de camino real, y Enriqueta dice que el mejor de ellos no merece más que el desprecio de las personas decentes

—La verdad es que no son muy bien vistos; yo no sé cómo te fuíste á enamorar de Gabriel.

—Le conocí un día en que salíamos de la iglesia, á tiempo que un hombre, puñal en mano, corría tras de una pobre mujer; ya habían pretendido detenerlo dos policías, y los había herido; la mujer quiso entrar en la iglesia á tiempo que la alcanzó el hombre, y al darla una puñalada, se interpuso Gabriel, que iba vestido de paisano, y detuvo el golpe; furioso el asesino, se volvió contra el que le había impedido consumar el crimen, pero entonces Gabriel, en un momento, con la mayor sangre fría, lo desarmó: llegaron unos policías que se llevaron al hombre, pero empezaban á pegarle y entonces Gabriel los reprendió, dándose á conocer como Capitán del ejército y les ordenó que condujeran al preso guardándole todos los miramientos posibles. Todo esto pasó en un momento y casi junto á nosotras, que, como te dije, salíamos de la iglesia; mi tía por poco se desmaya del susto, y Enriqueta y yo estábamos muertas de miedo; lo notó Gabriel y nos acompañó hasta la casa; en el camino se repuso mi tía, y al llegar al zaguán, dió fríamente las gracias á Gabriel y entramos, sin casi despedirnos de nuestro

acompañante. Desde entonces comenzó á seguirme á todas partes; luego me escribió, me fuí enamorando de él, por su noble carácter, que se revela en sus cartas y en sus conversaciones por sus modales aristocráticos y por su distinguida figura, y ahora, ya no puedo vivir sin su amor. Tú conoces á Gabriel; díme si no tengo razón para quererlo.

—Es verdad, no parece ser soldado, y hasta lo admiten algunas veces en las reuniones de buen tono, donde tiene siempre el buen sentido de ir vestido de paisano. Yo he estado cerca de él en dos reuniones, y he visto que está perfectamente educado; pero tus tíos no han de consentir jamás en que te cases con él.

—Aunque Gabriel es pobre, me ha ofrecido separarse de la carrera militar si eso es un obstáculo para nuestro matrimonio, y no lo ha hecho, porque habiendo temores de guerra extranjera, dice que sería para él una deshonra pedir su baja.

—Mira, me parece que está en la esquina.

—Sí, él es; no se acerca porque te confunde con Enriqueta; hazme el favor de retirarte un poco hácia adentro, para que crea que estoy sola.

Avanzó el bulto que estaba en la es-

quina de la calle, y Carmen tosió ligeramente; entonces Gabriel se detuvo abajo del balcón y Carmen le dijo:

—¿Te vas mañana?

—Sí.

—No me olvides.

—Sabes que eso es imposible.

—¿Cuándo volverás?

—No lo sé.

—No dejes de escribirme.

—Será mi único consuelo, has tú lo mismo.

—¿Qué dirección pongo á mis cartas?

—Te lo diré en la primera que te escriba; yo seguiré mandándolas á la costurera de tu casa.

—Sí, es enteramente segura. Me voy antes de que vengan á buscarme; adiós. ya no tengo tiempo más que para recomendarte que no me olvides.... que me escribas..... que te cuides mucho..... Toma esto que te mando y has lo que te digo en mi carta.—Y arrojó por el balcón un bultito cuidadosamente envuelto en un listón de seda.

—Adiós, mi Carmen, quiera Dios que pueda volver pronto; luego que llegue á Puebla te escribiré.

—Adiós.

Se retiró Carmen del balcón, acompañada de su amiguita, y Gabriel, estre-

chando contra su corazón el objeto que acababa de recibir, volvió por las calles por donde había llegado.

Al mismo tiempo, se desprendía de uno de los zaguanes inmediatos, un bulto que dobló la esquina y entró en la casa de Don Pedro.

—¿Quién será el novio de Carmen?—se iba diciendo el desconocido,—lo único que pude oír, y es muy poca cosa, es que se va para Puebla.... Veremos; de todos modos, me hubiera llevado un solemne chasco si me declaro antes de haber sabido esto.

El que así hablaba consigo mismo, era un elegante joven llamado Rafael Armijo, que visitaba la casa de Don Pedro, en la que era muy bien recibido, por pertenecer á la aristocracia de la capital, no por su riqueza, que era mediana, sino por los antecedentes de su familia y su buena educación.

Al subir la escalera lo alcanzó otro joven, también visita de la casa de Don Pedro, y pretendiente semi-oficial de Enriqueta; se llamaba Alberto Garay, y tenía, sobre poco más ó menos, la misma edad del primero, unos veintidós años.

—No esperaba encontrarte por aquí esta noche,—dijo, después de saludar á Rafael, el que llegaba,—hay función en el

Teatro Nacional, y creí que allí estarías.

—Tenía pensado ir, pero á última hora recordé que había tertulia en la casa de Don Pedro, y he creído pasar más divertido la velada aquí, que mirando representar una pieza que me es muy conocida.

—Sobre todo, que en el teatro no hubieras encontrado á la señorita Carmen.

—La aprecio mucho, pero no he llegado, ni llegaré, probablemente, á enamorarme de ella, como tú supones.

—¡Bah! Eso lo decimos todos al principio.

Entraron los dos jóvenes en la sala, y se dirigieron al grupo en que estaban las señoras, entablando con ellas animada conversación.

Poco después llegó el General Pedroza, antiguo militar que se había retirado á la vida privada después de la caída del Gobierno de Santa-Anna; habló en voz baja con Don Pedro y sus amigos, y todos se retiraron á una pieza inmediata; una vez allí, dijo Pedroza:

—Señores: Ha llegado el momento de obrar con energía si queremos que triunfen definitivamente las ideas de orden y moralidad que profesamos, y que desconocen y vulneran los demagogos que desgraciadamente se han posesionado del

Gobierno. Acabo de recibir comunicaciones y cartas importantísimas que me ha traído de Orizaba, á costa de mil riesgos y dificultades, un correo enteramente seguro; aquí tienen ustedes cartas de los señores Generales Almonte y Taboada; el plan proclamado por este último en Córdoba el 19 del corriente (Abril de 1862), y esta otra carta del padre Miranda; vean lo que en esos documentos se dice,—y alargó á los concurrentes un pequeñísimo paquete de manuscritos hechos en papel de seda y con letra casi microscópica.

Después de que todos se hubieron enterado de lo que aquellos papeles decían, continuó el General Pedroza:

—Como han visto ustedes, el pronunciamiento, cuyos principales artículos se refieren al desconocimiento del Gobierno de Juárez y al establecimiento de uno provisional presidido por Almonte; ese pronunciamiento, digo, tiene por principal objeto, según lo explican las cartas, que el Emperador Napoleón se convenza de que la mayoría de la Nación rechaza á la demagogía, y quiere y pide un Gobierno que, bajo los auspicios de la gran Nación francesa, y con la forma monárquica, ponga fin al estado de anarquía en que nos encontramos. Para esto es

necesario que los franceses, que tan generosamente vienen á ayudarnos, vean que el partido conservador está formado por la inmensa mayoría de la Nación, y que luego que hemos visto que se nos apoya, nos levantemos las gentes honradas contra el llamado Gobierno de Juárez; deben hacerse movimientos revolucionarios en toda la extensión del país, ayudados por el ejército conservador. Yo tengo arreglado con algunos jefes el pronunciamiento de esta capital luego que se acerquen los franceses, y, de acuerdo con las instrucciones del General Almonte, está redactada una acta de adhesión al Gobierno que ha establecido en Orizaba; tiene ya esa acta más de ochocientas firmas de lo principal de esta ciudad, pondremos nosotros las nuestras, y la remitiremos mañana mismo al General Almonte, para que pueda enseñarla al jefe que manda las tropas francesas, y lo decida á avanzar inmediatamente sobre esta capital antes de que Juárez acabe con nosotros, como parece que está dispuesto á hacerlo .

—No tengo inconveniente,—dijo Don Pedro—en firmar el acta, y creo que todos haremos lo mismo; pero un documento de esa especie no puede fiarse á un correo, por seguro que sea, nos va en

ello la vida; de manera que debe llevarlo un hombre que nos inspire á todos la más absoluta confianza, y que sea capaz de sacrificar su vida por evitar que el documento caiga en manos de nuestros enemigos.

Todos abundaron en las ideas manifestadas por Don Pedro.

—Es cierto,—dijo el General,—sólo uno de nosotros puede encargarse de llevar á su destino el acta.

—Pero es el caso que ninguno de los que estamos aquí se puede separar de la ciudad; nos vigila la policía, somos demasiado conocidos y no podemos dar razón plausible para ausentarnos. Usted, General, ¿no conoce á alguno que pueda encargarse de la comisión y que reuna las condiciones necesarias para el caso?

—No me ocurre quién pueda hacerlo, á no ser el mismo correo que nos trajo las cartas y que regresa mañana á Orizaba.

—Es muy aventurado confiar á un correo desconocido los importantes documentos que hay que mandar.

—¿Qué haremos?

—Si estuviera aquí mi hijo Julio,—dijo Don Pedro,—nadie mejor que él para desempeñar este encargo, pero aunque le escribí diciéndole que se viniera de Eu-

rora cuanto antes, no sé á estas horas dónde estará.

—Me ocurre una idea,—dijo otro de los concurrentes,—acaso alguno de los dos jóvenes que han quedado en la sala con las señoras, quisiera hacer este eminente servicio; los dos pertenecen á nuestro partido; nos son perfectamente conocidos y podemos confiar en ellos de una manera absouta.

—Tiene usted razón.—dijo Don Pedro,—cualquiera de ellos es capaz de desempeñar esta arriesgada comisión; voy á llamarlos, y si alguno acepta, les aseguro á ustedes que cumplirá lealmente su cometido.

Salió Don Pedro, y pocos momentos después volvió á entrar acompañado de Rafael Armijo y Alberto Garay.

Tomaron éstos asiento, y Don Pedro los puso al tanto de lo que pasaba y les indicó el servicio que de ellos se esperaba.

—Ustedes comprenderán que una comisión de esta especie, no puede ser desempeñada más que por alguna persona que, por su posición social y su talento, represente dignamente al gran partido conservador, no solamente cerca de los señores Almonte, Taboada, Haro y Tamariz, el padre Miranda y demás personas que han levantado nuestra bandera en

Orizaba, sino del General francés que manda la expedición. Es necesario informar á nuestros amigos del estado que guarda la capital, pues con excepción de Taboada, todos los demás han estado, desde hace tiempo, fuera de la República. No debo ocultar á ustedes que el viaje á Orizaba está lleno de peligros, que se juega la vida en la aventura y que hay muchas probabilidades de perderla, como desgraciadamente la perdió el valiente General Robles Pezuela. Con estos antecedentes, ¿quiere alguno de ustedes encargarse de llevar nuestras cartas á Orizaba?

—Estoy dispuesto á ir.—dijeron al mismo tiempo los dos jóvenes, á quienes por una parte sedujo lo aventurado de la expedición que se les proponía, y por la otra los impulsó el temor de aparecer cobardes.

—No esperábamos menos de ustedes, dijo el General Pedroza.—como no queremos hacer á ninguno la ofensa de posponerlo, no seremos nosotros los que elijamos; rifen entre ustedes dos la honra y el peligro de la comisión.

—Y ¿por qué no hemos de ir los dos? —dijo Alberto.—Así es más seguro el éxito, y si uno de nosotros queda en el camino, llegará el otro.

—Es verdad, eso es lo mejor.

—Hay que advertir también,—agregó Pedroza,—que no tenemos tiempo que perder, y que deben salir ustedes mañana temprano.

Los dos jóvenes se consultaron entre sí, y Alberto dijo:

—Rafael y yo no tenemos inconveniente en partir desde luego, si el señor Don Pedro quiere hacernos el favor de avisar á mi padre y al tío de Rafael.

—No pueden ustedes salir en la diligencia que va para Puebla, porque en aquella ciudad la vigilancia es mucho mayor que aquí, y porque llamaría la atención ese viaje; es necesario hacerlo á caballo y por caminos poco frecuentados.

—Hay para eso el inconveniente de que no conocemos los caminos por donde se puede llegar á Orizaba.

—No tengan ustedes cuidado por eso, yo les daré un buen guía que acaba de recorrer ese camino; es el mismo mozo que nos trajo las cartas de Almonte; pueden ustedes tener entera confianza en él.

—Rafael y yo tenemos listos nuestros caballos, díganos usted á qué hora y en qué lugar nos reunimos con el guía.

—Como llamaría la atención que salie-

ran ustedes muy de madrugada, bastara con que estén á las seis de la mañana en la plaza de la Villa de Guadalupe, que es por donde el correo entró á esta ciudad; allí se reunirá con ustedes dándose á conocer con una tarjeta mía que llevará por contraseña la fecha de hoy.

—Muy bien.

Firmaron todos los presentes la acta de que había hablado el General, no sin que alguno de los que firmaban pretendiera desfigurar la letra; entregó el General los documentos á los jóvenes, y Don Pedro les dió largas instrucciones respecto de lo que debían hacer y decir en Orizaba. Se les recomendó mucho que, á todo trance, salvaran los documentos si por desgracia eran detenidos en el camino por alguna partida de fuerzas liberales, y que, en último caso, destruyeran los papeles antes de que pudieran apoderarse de ellos los enemigos.

Arreglado todo á satisfacción de los presentes, volvieron á la sala Rafael y Alberto, se despidieron de las señoras, sin hacer alusión al próximo viaje, y salieron juntos de la casa, en la que todavía quedaron los demás concurrentes.

Una vez en la solitaria calle, dijo Alberto:

—Después de todo, tal vez hayamos

hecho una solemne tontería, comprometiéndonos á llevar esos documentos á su destino. No son los riesgos de la expedición los que me preocupan, sino que, francamente, aunque por mis antecedentes de familia, por educación y por convencimiento, pertenezco al partido conservador, no me hace mucha gracia que los franceses vengan á ayudarnos.

—A mí me pasa exactamente lo mismo; pero esto no tiene ya remedio, y hay que cumplir lealmente nuestro compromiso.

—Por supuesto; suceda lo que quiera, estos documentos llegarán á su destino, ó no volverá á México ninguno de nosotros.

—Por otra parte, este viaje nos proporciona emociones nuevas y desconocidas; bueno es de vez en cuando arrostrar peligros serios.

—Tu caballo está en la misma pensión que el mío; allí nos reuniremos á las cinco de la mañana; nos iremos, como se dice vulgarmente, como de paseo, con lo puesto y bien provistos de dinero.

—Lleva dos revólvers bien cargados y la espada en la silla; yo iré igualmente armado.

—Sí, ha sido una fortuna que se nos ocurriera comprar esos revólvers, más

como armas curiosas, que porque creyé ramos que nos pudieran servir.

—Quedamos en que á las cinco de l mañana nos vemos en la pensión.

—Sí, hasta mañana.

—Adiós, Alberto.

Los dos jóvenes se separaron, tomando distintas direcciones.

—Cuando Gabriel se despidió de Carmen, se fué á su alojamiento, en el que ya lo esperaba el Capitán Sebastián Gutiérrez, que vivía en la misma casa, y había también recibido orden de marchar al día siguiente para Puebla.

Era el Capitán Gutiérrez de la misma edad que Gabriel Solís; de moreno y expresivo semblante, ojos negros, lo mismo que el fino y poblado bigote; de fuerza hercúlea, franco, alegre, valiente hasta la temeridad y muy bien educado; estaba unido con Gabriel por una amistad cimentada en las buenas cualidades de uno y otro y en muchos é importantes servicios que mutuamente se habían prestado.

—Ya tengo aquí los pasaportes,—dijo, cuando vió entrar á Gabriel.—Se nos manda en estas órdenes que recogí en la Comandancia Militar, que, sin detenernos en Puebla, sigamos hasta el cuartel general, y nos presentemos lo más pronto

que sea posible al General Zaragoza, para quien llevamos este pliego cerrado. Parece que entraremos desde luego en campaña.

—¿A qué horas sale la diligencia para Puebla?

—A las dos de la mañana. Podemos dormir un buen rato, pues que todo está listo; ya los asistentes sacaron los boletos y llevaron al despacho nuestros equipajes, no han quedado aquí más que nuestras armas y nuestros uniformes de campaña; también queda una petaquilla para lo que, á última hora, se nos ocurra llevar.

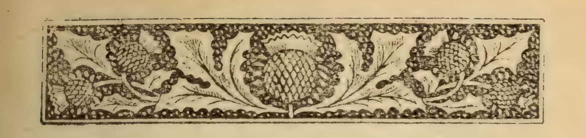
Casi no oyó Gabriel las explicaciones de Gutiérrez, pues estaba embebido leyendo la última carta de Carmen. En esa carta, después de una tierna despedida, recomendaba la joven á Gabriel que le escribiera lo más frecuentemente posible, y que llevara siempre pendiente del cuello una medallita de plata que iba dentro de la carta, con un cordón de seda azul.

Acabó Gabriel de leer la carta, besó la medalla y se la puso al cuello con religioso respeto, mientras que Gutiérrez daba sus últimas órdenes á los asistentes que debían acompañarlos.

A la madrugada del siguiente día, sa-

lieron en la diligencia con rumbo á Puebla.

Dejemos por ahora á los dos oficiales, á quienes no tardaremos en volver á encontrar, y sigamos á Rafael y á Alberto, en su viaje á Orizaba.



CAPITULO II.

De la poca seguridad que ofrecían los caminos en el centro de la República.

Al día siguiente, á las seis de la mañana, estaban Alberto y Rafael en la plaza de la Villa de Guadalupe; acababan de desayunarse con leche y pan en una tienda, y se paseaban por el portal, mientras un muchacho tenía sus caballos, cuando se les acercó un hombre de fisonomía vulgar, malamente montado en una mula, vestido como los mozos de las haciendas de segundo orden, y quitándose el ancho sombrero de palma, dijo:

—¿Son sus mercedes las personas que me dijeron que he de llevar á la hacienda de mi amo?

—Nosotros somos; ¿nos traes alguna cosa?

—Me dieron para sus mercedes esta

carta,—y al decir esto, sacó del sombrero la tarjeta que había de servir para que los jóvenes lo reconocieran.

—Está bien, vámonos. ¿Cómo te llamas?

—Diego Montes, para servir á sus mercedes.

Montaron á caballo y, precedidos de Diego, tomaron el camino que conduce á San Juan Teotihuacán

Cuando hubieron dejado atrás las últimas casas habitadas, dijo Alberto al guía:

—¿Conoces bien el camino?

—Sí, señor; he sido muchos años guerrillero, y conozco muy bien todo este rumbo, hasta Veracruz. Podíamos haber salido por Ayotla y Río Frío, pero está todo eso lleno de soldados que, por lo menos, quitaban á ustedes los caballos; este camino es más largo, pero más seguro.

—Tú acabas de venir de Orizaba, ¿cuántos días dilataste en llegar?

—Salí el día veintiuno, estamos á veintiocho, hice cinco días.

—Tal vez hagamos ahora más tiempo, porque tu mula parece estar muy cansada.

—Es que dejé mi caballo en San Luis

Apizaco, porque de allá para acá, no me convenía que me vieran bien montado.

—¿Crees tú que hay riesgo en el viaje?

—Mientras estemos cerca de México, el único riesgo que tenemos es que nos salgan ladrones; pero luego que nos acerquemos á donde están los soldados del General Zaragoza, hay que ir con mucho cuidado, porque fusilan á todo el que encuentran con rumbo á donde están los franceses. Es necesario cuidar mucho los caballos, para tenerlos dispuestos á escapar.

Pasó todo aquel día sin incidente alguno, los viajeros pernoctaron en el pueblo de Xometla, cerca de San Juan Teotihuacán, en una mala casucha donde vivía un amigo de Diego Montes.

La jornada del siguiente día fué mucho más larga y fatigosa; tuvieron que dar varios rodeos para evitar el encuentro con las partidas sueltas de caballería, que merodeaban por los Llanos de Apam.

Al tercer día, estaban tranquilamente almorzando en la tienda de un pueblo, cuando los rodearon seis ú ocho indios armados, y les intimaron la orden de comparecer inmediatamente ante el Alcalde, que ejercía al mismo tiempo las

funciones de Comandante militar de aquel pueblo.

No hubo más remedio que someterse, porque la mula y los caballos estaban ya en poder de los indios.

—¿Quiénes son ustedes, y qué andan haciendo por aquí?—les preguntó el Alcalde, luego que llegaron á su presencia.

—Vamos á la hacienda de Zotoluca, donde llevo á los señores por encargo de mi amo Don Macario....

—¡Cállate tú!—interrumpió el Alcalde, con fuerte y airada voz,—no te lo pregunto á tí; saquen á éste y llévenlo á la cárcel por irrespetuoso.

Dos de los que hacían el oficio de soldados, sacaron á Diego; pero luego que éste se vió fuera de la Presidencia Municipal, dió á cada uno de los indios un tremendo puñetazo que los hizo caer en tierra, y escapó, corriendo, sin que fuera posible darle alcance.

Furioso púsose el Alcalde con aquello, y mandó, sin más averiguación, que fueran conducidos los dos jóvenes á la cárcel del pueblo.

—Mañana,—les dijo,—saldrán ustedes para Tlaxcala, custodiados por una fuerza de caballería, que mando pedir inmediatamente; allá darán á ustedes su me-

recido el General León ó mi compadre Pancho Pérez. ¡A ver, sáquenles lo que tengan en las bolsas!

—No es necesario,—dijo Rafael, que comprendió lo que el Alcalde quería,—nosotros mismos entregaremos á usted lo que traemos.

Los dos jóvenes dieron al Alcalde algunas monedas de oro y sus relojes, con lo que se conformó la celosa autoridad; pero con lo que no evitaron ser encerrados en una espaciosa galera que servía de cárcel, y donde los dejaron abandonados todo el día, sin cuidarse de enviarles alimentos.

—Me parece,—dijo Rafael,—que es llegado el caso de destruír los documentos que llevamos; ha sido una fortuna que no nos hayan registrado.

—Van perfectamente escondidos en el forro de mi chaleco; sin embargo, si éste bárbaro Alcalde insiste en mandarnos á Tlaxcala, los destruiremos por el camino. Lo que sí me parece es que aquí terminó nuestro viaje á Orizaba, pues aunque lográramos escapar, no sé cómo podríamos continuar nuestro camino sin caballos, sin dinero y sin guía.

—La situación no es en realidad muy lisonjera, pero nó es desesperada, y ya que nos dejan sin comer, procuremos res-

taurar en lo posible las fuerzas, durmiendo en el no muy blando suelo de esta improvisada prisión.

La juventud y el cansancio hicieron que al comenzar la noche quedaran nuestros amigos profundamente dormidos.

Estaba para mediar la noche cuando Rafael sintió que lo movían suavemente, y le recomendaban en voz baja que no hablara.

—¿Quién es?,—preguntó.

—Silencio y venga conmigo; soy Diego. ¿Dónde está el otro señor?

—Por aquí duerme cerca de mí.

—Despiértelo usted y dígale que no haga ruído .

Poco después había despertado también Alberto, y al saber que estaba allí Diego, dijo:

—¿Cómo te has dejado coger?

—No me han cogido; pero ví que traían á ustedes presos y no quise dejarles en poder de esos indios; síganme para que podamos estar lejos de aquí cuando amanezca.

Sin más explicaciones, siguieron los dos jóvenes á Diego, quien los sacó de la prisión por un agujero que había hecho en la pared, y no tardaron en estar fuera del pueblo.

En un grupo de árboles, bajo un co-

bertizo medio arruinado, encontraron los jóvenes sus caballos ensillados y la mula de Diego. Dejando para después las explicaciones, montaron todos y se alejaron violentamente del pueblo.

Todo el resto de la noche caminaron á buen paso, y al amanecer habían avanzado unas seis leguas.

—Ahora,—dijo Diego,—estamos ya seguros; hasta aquí no nos han de perseguir ni nos pueden alcanzar, si es que han descubierto nuestra fuga, y caminando aprisa, podemos llegar en la tarde á San Luis Apizaco.

—Dínos ahora cómo hiciste para sacarnos de la prisión y, sobre todo, para recobrar nuestros caballos.

—Cuando me les escapé quedé escondido por entre los matorrales de una magueyera; al rato me fuí yendo á la casa de un compañero que tiene un tendajón por la orilla del pueblo; le conté lo que me pasaba, y quedamos en que me quedaría allí escondido hasta la noche; pero estábamos hablando cuando llegaron dos de los que nos cogieron; apenas tuve tiempo de meterme debajo del mostrador, y oí que uno de ellos decía al otro que iba á salir con una comunicación del Alcalde para que fuera por ustedes una fuerza de caballería, y que el mismo Al-

calde le prestaba uno de los caballos que habían cogido para que pudiera llegar más pronto. Entonces supe que estaban ustedes en la cárcel. Como yo conozco muy bien estos caminos, sabía por dónde había de pasar el correo, y luego que pude, me despedí de mi compañero, á quien pedí prestado un machete, y me fuí á esconder en una barranca, por donde tenía que pasar el que llevaba la comunicación del Alcalde; llegó como á las cinco de la tarde y, cuando menos lo esperaba, ya le había yo cogido las riendas al caballo y hacía apear al indio de un cintarazo; no quise matarlo; me conformé con darle una paliza y lo dejé muy bien amarrado y lejos del camino, para que nadie lo viera. Entonces me ocurrió que podía rescatar todas nuestras bestias y sacar á ustedes de la cárcel para enseñar á estos indios á no burlarse de uno; llevé el caballo á la casa de mi compañero, y allí me estuve hasta como á las nueve de la noche, que salimos los dos, rompimos la cerca de órganos de la casa del Alcalde, y sacamos las otras dos bestias, que habían dejado ensilladas en el corral; le encargué á mi compañero que las llevara al cobertizo en que las encontramos, y yo me fuí á escarbar la pared de

adobe de la cárcel, hasta que hice el agujero por donde salieron ustedes.

—Nos has hecho un gran servicio, y acaso hasta nos has salvado la vida,—dijo Alberto.

—Ha sido una fortuna que no desensillaran nuestros caballos,—agregó Rafael.—Y mira, ni siquiera sacaron nuestros revólvers, que están en las bolsas de los vaquerillos!

Distraídos con la conversación iban los viajeros, cuando volvió casualmente la cara Diego, y vió que á lo lejos venía tras ellos un grupo de hombres á caballo, y que á la luz del sol brillaban los fierros de las lanzas.

—Estos nos vienen siguiendo seguramente,—dijo;—¡al galope!

—No es posible que vengan en persecución nuestra.

—Sí, sí; vea usted como ahora que nos han descubierto corren para acá!

La distancia que separaba á los dos grupos se había disminuído notablemente, y como los caballos de los fugitivos no habían cenado la noche anterior, era de temer que no pudieran prolongar la carrera por mucho tiempo; por otra parte, la mula de Diego no corría como los caballos.

—¡Corran ustedes, corran!—decía Die-

go,—déjenme á mí, que yo, en último caso, á pie me les escapo por entre las barrancas.

Pero ni Alberto ni Rafael pensaban siquiera en dejar abandonado á su valiente guía.

Por fortuna, con excepción de cuatro ó cinco, todos los demás caballos de los perseguidores se iban quedando atrás, y al cabo de un poco de tiempo, ya se habían perdido de vista; pero los otros, en cambio, no tardarían en ponerse á tiro de mosquete, y, en efecto, momentos después comenzaron á oírse las detonaciones de tiros que aún no podían alcanzar á los que huían.

Llegó un momento en que las balas silbaban al derredor de los fugitivos; volvió Diego la cabeza, y vió que no eran más que tres los perseguidores; entonces dijo á Alberto:

—¡Fuego, fuego!, que ya no son más que tres.

Nuestros jóvenes dispararon dos tiros, sin resultado, á tiempo que caía la mula de Diego, herida mortalmente. Entonces se detuvieron Alberto y Rafael, desmontaron y dispararon, haciendo puntería sobre los dos jinetes que estaban más cerca; uno de ellos cayó, pero el otro no se detuvo, y atrás se distinguían ya otros

dos. El que estaba más cerca era el jefe, que, espada en mano, se precipitó sobre sus contrarios, cuando una bala del revólver de Rafael lo hizo rodar por tierra; al ver caer al jefe, los que venían atrás volvieron grupas y huyeron á todo correr.

—Hemos ganado un buen caballo,—dijo Diego, que no estaba herido y que por toda arma tenía la espada que había sacado de la silla en que montaba Alberto.

Volvieron á montar, Diego en el caballo del jefe muerto; caballo que pudo recoger por haberse detenido junto á los de Alberto y Rafael, y, dejando á un lado el camino, se internaron en una de las numerosas barrancas que bajan de la cordillera que forma la sierra del Norte de Puebla.

Llegaron por fin, sin otro incidente, al pueblo de San Luis Apizaco, que está inmediato á la estación del mismo nombre que se formó años después, para el servicio del Ferrocarril Mexicano.

—Aquí,—dijo Diego,—estamos en completa seguridad, porque en este pueblo viven unos parientes míos; pero también de aquí en adelante, comienzan los mayores peligros, que irán aumentando hasta que podamos llegar al volcán de San Andrés, para bajar á Orizaba.

Los parientes de Diego recibieron muy cordialmente á los viajeros, quienes, después de acomodar sus caballos y tomar una abundante cena, procuraron informarse del estado en que estaba la comarca.

—Estamos muy mal por aquí, señor —dijo el dueño de la casa.—Como se están reconcentrando en Puebla las tropas del Gobierno, no quedan por estos rumbos más que partidas de ladrones que entran y salen á cada rato en los pueblos, y se llevan cuanto encuentran.

—¿Qué no hay por aquí tropas regulares?

—En Tlaxcala están las del Estado, y en Huamantla una fuerza de caballería del General Rodríguez Bocardo, que recorre todo el rumbo para que no se lleven comestibles á los franceses, y que fusila á todos los que van con rumbo al camino de Puebla á Veracruz.

—Pues nosotros,—dijo Diego,—tenemos que ir á Orizaba; ¿por dónde te parece que se pueda pasar?

—Ya los franceses estaban en El Palmar, y mañana ó pasado llegarán á Amozoc; el único camino que pueden ustedes tomar es atravesando la Malintzi para salir por la hacienda de Manzanilla, y caer á Amozoc; de allí para Orizaba se puede

ir con seguridad en algún convoy francés. Pero ya tú sabes que el paso por el monte de la Malintzi es muy difícil y en muchas partes se tiene que ir rumbeando, porque no hay veredas; y luego, que la caballería de Cuéllar recorre el monte.

—¿No se podrá seguir por el camino viejo de Piedras Negras para salir á Virreyes y atravesar luego por el Salado á caer á la retaguardia de los franceses?

—No te lo aconsejo; todo eso está lleno de guerrillas y no se puede pasar, á no ser que te internes en la sierra por Alzayanga; pero de todos modos, no podías atravesar el llano.

—¿Qué hacemos?—preguntó Diego á los dos jóvenes.

—Creo,—dijo Rafael,—que lo más sencillo y violento es atravesar la Malintzi. ¿Qué te parece, Alberto?

—Es la única probabilidad que tenemos de llegar á nuestro destino.

—Pues por allí nos iremos,—dijo Diego.—¿Qué tal está mi caballo que te dejé á guardar?

—Muy bien cuidado; pero ví que traes otro que me parece bueno.

—No es malo, pero le tengo más confianza al mío; y en pago del cuidado que has tenido con él, y de la mula que me prestaste, te regalo el que traigo.

—Te lo agradezco mucho.

—¿Están limpias y cargadas mis pistolas?

—Ayer nada menos tiré con ellas á unos coyotes, las limpié y las volví á cargar.

—Saldremos mañana á la madrugada; mira que cenen bien nuestros caballos.

—No tengas cuidado por eso.

Al siguiente día, á las dos de la mañana, emprendieron nuevamente su viaje nuestros amigos, y antes de que saliera el sol, comenzaron á internarse en el monte de la Malintzi.

Serían las diez de la mañana cuando fueron descubiertos por una patrulla de caballería que les marcó el alto; sin hacer caso de la orden, huyeron á escape por un claro del monte, siendo perseguidos inmediatamente.

Estaban para llegar al otro extremo del claro y allí sería más difícil la persecución, cuando cayó mortalmente herido el caballo que montaba Alberto. Se desembarazó éste del caballo, sacó violentamente los revólvers que estaban en las bolsas del vaquerillo, y agarrado de los tientos de la silla en que montaba Rafael, siguió corriendo con dirección al bosque; una vez allí, desmontaron todos y comenzaron á disparar contra sus per-

seguidores, cubriéndose con los árboles. Gracias á los cuatro revólvers y á las dos pistolas de Diego, el fuego pudo ser al principio bastante nutrido, lo que hizo que se detuvieran los de la patrulla, en espera de que se les reunieran otros compañeros.

En este intervalo, dijo Rafael á Alberto:

—Monta en el caballo de Diego, que es el mejor; nosotros podemos detener aquí á esta gente todavía una media hora, tiempo bastante para que puedas alejarte y cumplir nuestra misión.

—Yo no me separo de ustedes en estas circunstancias.... Además, que no conozco el camino y me perdería en el monte.

—No, señor,—dijo Diego;—no es fácil perderse á esta hora; siga usted siempre la dirección al Sur, y luego que encumbre, verá usted la ciudad de Puebla, el pueblo de Amozoc y el llano; váyase usted, pero pronto; si no, no habrá tiempo.

—Anda,—insistió Rafael;—hemos ofrecido que llegarían las cartas á su destino; ese es nuestro deber, y debemos cumplirlo á todo trance.

Aún vacilaba Alberto, pero al fin lo obligaron á marchar, diciéndole antes Diego:

—Déjeme una de esas pistolas que disparan tantos tiros; le aseguro á usted que los aprovecharé bien.

Le dejó Alberto un revólver, cargado, y se alejó en la dirección que se le había indicado.

En todo este tiempo había seguido, aunque muy flojo, el tiroteo por una y otra parte.

Poco á poco iba engrosando el número de los perseguidores, que ascendía ya á unos diez ó doce, y hacía más de media hora que había partido Alberto, cuando Diego dijo á Rafael:

—Todavía tenemos una esperanza de salvarnos, y es necesario hacer todo lo posible para que estos no se den el gusto de matarnos como á perros. Dispare usted seguidos unos cuatro ó cinco tiros, cambiando de lugar, pero procurando que no lo vean; yo haré lo mismo por aquel otro lado; no me pierda usted de vista, y sígame cuando me retire en dirección de aquellas peñas.—Y le señaló unos peñascos que se destacaban sobre el azul del cielo, como á dos kilómetros de donde se encontraban.

Así lo hicieron, y Diego corrió por entre el monte, seguido de Rafael, y dejando abandonado el caballo de éste.

Todo hubiera salido bien si no hubiera

sido porque uno de los soldados descubrió casualmente la huída.

—¡Por allí se van! ¡Por allí se van!—gritó, y todos se precipitaron en la misma dirección.

—¡Estamos perdidos!—dijo Rafael.

—No; si podemos llegar á las peñas y nos dejamos caer en la barranca que está atrás; puede ser que no nos matemos al caer.

Llegaron á los peñascos á que se refería Diego, y uno y otro, sin vacilar, se arrojaron al precipicio que se abría á sus pies.

—Ya se llevó á esos el diablo,—dijo el que mandaba á los soldados, cuando vió desaparecer en la sombría barranca á Rafael y á Diego.—Es inútil rodear el cerro para llegar al fondo ¡Vámonos!

Entretanto, Alberto, siguiendo las instrucciones de Diego, estaba ya á larga distancia de aquel lugar, y, aunque con muchos trabajos y extenuado de hambre y de fatiga, llegaba, dos días después, al pueblo de Amozoc, ocupado á la sazón por los franceses. Allí estaban Almonte y Taboada; se presentó á ellos y les entregó los pliegos de que era portador.

—Ha llegado usted muy á tiempo,—le dijo Almonte,—pues el General Laurencez comienza á desconfiar de que se nos

una el partido conservador, y aunque tendrá de todos modos que cumplir las órdenes del Emperador Napoleón, no nos conviene que informe á su Gobierno en un sentido que pueda contrariar ó entorpecer nuestros planes.

—Vaya usted á descansar, joven,—dijo Taboada,—y ya le avisaremos cuando sea oportuno presentarlo al señor General en jefe.

—¿No sería posible que se me diera una fuerza de veinticinco ó treinta hombres para volver á buscar á mis compañeros, que quedaron en la Malintzi, rodeados de enemigos?

—Es imposible en estos momentos, en que se prepara la ocupación de Puebla; pero dentro de tres días se podrán mandar destacamentos en todas direcciones, y encontraremos á los compañeros de usted.

Alberto se retiró muy contrariado, muy inquieto, por la suerte de sus amigos, y resuelto á volver en su busca, aunque fuera él sólo.

—¿Qué noticias tiene usted del General Márquez?

—Las últimas que recibí son fechadas en Matámoros, y en ellas me anuncia que se dirige sobre Puebla, por el camino de Atlixco; dentro de dos ó tres días se

reunirá con nosotros, trayendo el contingente de su aguerrido ejército.

—¿Tiene usted confianza en Márquez?

—Es el mejor de los Generales conservadores, muy firme en sus principios, y hombre incapaz de faltar á su palabra.

Márquez, en realidad, se dirigía á Puebla; pero no pudo llegar, porque Zaragoza destacó contra él una fuerte columna mandada por el General Don Tomás O'Horán, que lo batió y derrotó en Atlixco.

Al siguiente día (4 de Mayo), Alberto llegaba con el ejército francés, á las inmediaciones de Puebla, sin haber podido realizar su propósito de ir en busca de Rafael y Diego, porque era materialmente imposible separarse de la zona ocupada por los franceses.



CAPITULO III.

La batalla del 5 de Mayo de 1862

Gabriel y el Capitán Gutiérrez llegaron sin incidente alguno á la ciudad de Puebla, precisamente el mismo día en que Laurencez forzaba el paso de las cumbres de Acultzingo. En Puebla, donde tuvieron que detenerse un día para procurarse caballos, supieron el movimiento retrógrado emprendido por Zaragoza, y, conforme á las instrucciones que llevaban, siguieron adelante para reunirse cuanto antes al cuartel general.

Los dos Capitanes y sus asistentes marchaban alegres, porque sabían que iban á entrar inmediatamente en campaña, y esto distraía en parte la pena que á Gabriel causaba la ausencia de Carmen.

—¿Sabes,—decía Gutiérrez,—que no me ocurre lo que pueda hacer el General Za-

ragoza en estas circunstancias? Inutilizada nuestra línea del Chiquihuite por la mala fe de los franceses, y forzado el paso de las cumbres, no hay ya otro lugar en el que se pueda esperar la acometida del enemigo con probabilidades de éxito.

—Tenemos la ciudad de Puebla.

—Impropia para esperarlo, porque no está fortificada en regla, y si nos encerramos en ella, lo probable es que allí acabemos todos, porque los auxilios que nos manden de México no podrán llegar oportunamente, y, según las noticias que hemos adquirido, lo que pomposamente se llama "Ejército de Oriente," está reducido á cuatro ó cinco mil hombres, y eso completándose con guardias nacionales.

—No tengas cuidado, así y todo, ya encontrará manera Zaragoza de batir á los franceses. Acuérdate de la batalla de Silao; el caso era desesperado, teníamos que batirnos con Miramón.

—¡Hábil y valiente muchacho!—dijo Gutiérrez, quitándose el kepí, en ademán de saludo.

—Acuérdate que, gracias á Zaragoza, que dirigió la batalla, vencimos, donde todos esperábamos la más completa derrota.

—Es cierto, y, sobre todo, á nosotros los simples oficiales, no nos toca discutir sobre planes de campaña, sino batirnos allí donde nos lo ordenen. ¡Viva México y adelante!

En Acatzingo se reunieron los dos Capitanes al cuartel general; fueron muy bien recibidos por Zaragoza, que ya los conocía, y quedaron agregados de pronto al Estado Mayor.

El día 3 de Mayo estaba reconcentrado en Puebla todo el ejército de Oriente, del que se separó la columna que, mandada por O'Horán, salió á batir á Márquez.

Las fortificaciones de la ciudad se reducían á las tradicionales "trincheras" levantadas en las calles y á un viejo é inútil fortín que, desde el tiempo de los Virreyes, había sido construído en el cerro de Loreto.

Los empleados del Gobierno, la mayor parte del pueblo y muchísimos particulares, se habían armado, y estaban dispuestos á combatir al enemigo extranjero; los soldados, especialmente los guardias nacionales y los indios de Zacapoaxtla, esperaban ansiosos el momento de batirse; toda la oficialidad estaba llena de entusiasmo patriótico, y los jefes se

aprestaban alegremente á conducir al combate á sus Batallones.

El entusiasmo que en todos reinaba era tanto más notable, cuanto que todos conocían lo débil de las fortificaciones que iban á defender, y todos sabían que no había que esperar auxilios prontos y eficaces. Era tal el prestigio que en aquellos días rodeaba al ejército francés, que nadie creía posible vencerlo, mucho menos siendo notablemente menor el número de los mexicanos, y á todas luces inferior el armamento que usaban. Todos iban á batirse por deber, por patriotismo, pero sin esperanzas de triunfar; y sin embargo, todos estaban alegres.

El General Zaragoza conocía mejor que nadie las desventajas de su posición; comprendió que, si como era inveterada costumbre, se encerraba dentro del recinto de las trincheras, sería irremisiblemente vencido. Por otra parte, sus soldados, por valientes que fueran, no podían combatir en campo abierto con los franceses, dada la superioridad de éstos en todos sentidos; y sobre el General Zaragoza pesaba la inmensa responsabilidad de salvar á la República!

Toda la noche del 3 al 4 de Mayo la pasó Zaragoza meditando en la manera más eficaz de defenderse con probabilida-

des de éxito. Por fin, en la madrugada del día 4 determinó presentar batalla á los franceses en los suburbios de la población, con el frente al camino de Amozoc, apoyada su derecha por la iglesia de Los Remedios, su izquierda por el cerro de Guadalupe, en el que á toda prisa se mandó levantar una fortificación al rededor de la iglesia que existía entonces en la cumbre, y cubierta su retaguardia por la ciudad, en la que tendría pronta y segura retirada en el evento de un fracaso. Esta disposición daba á los soldados firme apoyo, y, en consecuencia, mayores bríos, y tenía la ventaja de no diseminar las tropas en todo el perímetro fortificado, que podía estar cubierto, como en efecto lo estuvo, por paisanos armados.

Cuando los jefes recibieron las órdenes, Negrete de situarse con su división en los cerros de Guadalupe y Loreto, y los Generales Díaz, Berriozábal y Lamadrid, de situarse en la plazuela de San José, no entendieron el objeto de estas disposiciones, y aun hubo quien creyera que mientras la plaza, defendida por los paisanos, resistía el choque de los franceses, el ejército se retiraría para México por el rumbo de Tlaxcala.

Pasó el día 4 de Mayo, y al amanecer

del 5, fué ya claro para todos el plan del General Zaragoza; mientras Negrete quedaba en los cerros, las demás fuerzas formaban la línea de batalla cortando el camino de Amozoc.

A las doce del día tocaba á rebato la campana mayor de la Catedral; era la señal de que los franceses lanzaban contra nosotros sus columnas de ataque. Pero no avanzaron sobre el frente de la línea de batalla, sino que, desviándose á la derecha la mayor parte de sus fuerzas, atacaron el cerro de Guadalupe, mientras que una columna de mil hombres amagaba el frente de la línea mexicana.

Zaragoza dirigía la batalla desde la iglesia de Los Remedios, punto extremo de su derecha, y se había situado allí por ser el punto más débil de su línea; luego que vió el movimiento de los franceses, dijo, volviéndose al grupo de sus ayudantes:

—¡Señor Capitán Gutiérrez!, á escape vaya usted á ordenar al General Berriozábal que se dirija á paso veloz al cerro, y quede usted allí á sus órdenes!

Causando envidia á los demás ayudantes, que deseaban tomar parte en la lucha, partió á escape el Capitán Gutiérrez.

Por el frente se había empeñado también un combate que á todas luces se

veía que no era el principal ataque, sino una seria diversión, mientras los esfuerzos principales de los invasores se dirigían contra el cerro de Guadalupe. El General Zaragoza mandó entonces á Gabriel que comunicara al General Lamadrid la orden de que desprendiera de su Brigada el Batallón "Reforma" y lo mandara en auxilio de los defensores del cerro; también á Gabriel se le ordenó que permaneciera en el lugar del combate.

Cuando llegó Gabriel á la iglesia del cerro, había sido rechazada la primera acometida de los franceses; pero reorganizando éstos sus columnas, avanzaron de nuevo con mayores bríos.

El sexto Batallón de guardia nacional (indios de Zacapoaxtla) estaba tendido pecho á tierra entre los cerros de Guadalupe y Loreto; había perdido á su Coronel, Don Juan N. Méndez, que acababa de ser herido, cuando se presentó el General Negrete, montado á caballo, y, señalando con la espada á las columnas que avanzaban,

—¡Hijitos!—gritó.—¡En el nombre de Dios, á ellos!

Todo el Batallón se levantó y siguió al General, que se había lanzado sobre la primera columna de asalto. La artillería de Guadalupe enmudeció, porque, con-

fundidos los nuestros con los zuavos y los cazadores de Vincennes, no era posible el fuego de la artillería; el combate se sostuvo cuerpo á cuerpo, y durante todo él, se destacaba la figura del General Negrete, á caballo, en los lugares en que la lucha era más reñida, hasta que llegó la segunda columna francesa, y tuvo que replegarse á su línea el bizarro Batallón, diezmado, pero no vencido.

En este segundo ataque, llegaron los franceses hasta tocar las bocas de los cañones que defendían la iglesia de Guadalupe; un zuavo subió sobre la trinchera, y entonces un sargento de artillería (no ha conservado la historia su nombre), no teniendo otra arma á mano, tomó una bala de cañón, y con ella dió tan fuerte golpe en el pecho al asaltante, que lo hizo caer muerto en el foso.

Otro ataque más dieron todavía los franceses; otra vez fueron rechazados, y ya entonces no pudieron rehacerse, tanto porque cargó sobre ellos la poca caballería que había en la plaza, como porque comenzó á caer una lluvia torrencial que hacía imposible otra acometida.

Todas las fuerzas francesas que habían tomado parte en el ataque, se reconcentraron en una hacienda inmediata, fuera de tiro de los cañones del cerro, y el Ge-

neral Zaragoza dió orden de que las tropas mexicanas conservaran sus posiciones, sin comprometerse en un ataque que podría convertir en derrota el espléndido triunfo obtenido.

A las siete de la noche, los franceses se retiraron á su campamento, situado en la hacienda de Amalucan, fuerte posición defendida por una eminencia y por los gruesos muros de la hacienda, obra de los jesuítas, que tenían destinada esa finca para depósito de semillas y ganados.

En la ciudad, el entusiasmo y la alegría eran indescriptibles; las músicas recorrían las calles tocando el Himno Nacional; repicaban las campanas de los templos, y las bandas de los Batallones hacían oír por todas partes el toque de diana.

Cuando Gabriel y Sebastián Gutiérrez, que se habían batido como leones, se reunieron en su alojamiento, dijo el primero al segundo:

—¿Qué dices de la jornada del día? ¿Ya ves como tenía yo razón para confiar ciegamente en nuestro General?

—Tenías razón sobrada; estoy maravillado, y lo mismo lo están todos los oficiales con quienes he hablado; todos hacen mil elogios de Zaragoza, y todos confiesan ahora que tenían por segura nues-

tra derrota. Pero ya los franceses perdieron el prestigio que tenían, y si el General nos manda asaltar el campamento francés, te aseguro que vamos todos con la firme convicción de hacerlos pedazos.

—No es tan loco el General para mandar semejante cosa. A pesar de nuestro triunfo de hoy, no estamos todavía capaces de vencer á los franceses, cuando son en mayor número que nosotros y están fortificados en su campamento.

—¡Qué falta nos hicieron las caballerías que salieron con O'Horán y Carvajal á batir á Márquez! Si hubieran estado aquí, figúrate el destrozo que hubieran ocasionado al enemigo cargando sobre él cuando Negrete dió su brillante acometida! ¡Qué indios tan bravos los de Zacapoaxtla, y qué General Negrete tan valiente!

—Conformémonos con lo que se ha hecho, que ya es bastante, dados los elementos con que contamos.

* * *

Nos hemos extendido al narrar con algunos pormenores la batalla del 5 de Mayo, porque, aunque no fueron de consideración los resultados materiales que produjo, pues los franceses no perdieron

ni una pieza de artillería, ni un carro, ni una bandera, ni cosa de importancia, más que unos ocho ó diez prisioneros, esa batalla fué, por decirlo así, la piedra angular en que descansó toda la defensa nacional durante la guerra de Intervención. Los mexicanos descubrimos que era posible vencer á los franceses, y ellos aprendieron á su costa que no eran hordas de bandidos, como se decía en Europa, las que defendían el Gobierno de Don Benito Juárez, sino soldados valientes, disciplinados, humanos con los vencidos y capaces de medir sus armas defectuosas y viejas, con los cañones rayados y los rifles de balas cónicas de los franceses.

Sin el triunfo del 5 de Mayo, el Imperio se hubiera adelantado un año, y nadie es capaz de prever cuánto tiempo hubiera dilatado el restablecimiento de la República; sin el 5 de Mayo no hubiera habido el sitio de Puebla de 63, ni se hubiera podido organizar la defensa nacional con los elementos que tuvo un año después.

En el cerro de Guadalupe, de Puebla, se escribió el prólogo del drama que se llamó "El Segundo Imperio," y que tuvo por epílogo el cerro de las Campanas, de Querétaro.

* * *

El General francés estaba furioso, no contra sus soldados, que se habían batido con su proverbial arrojo; tampoco contra el ejército mexicano, cuyo valor había admirado en la defensa de sus posiciones, sino contra Almonte y demás prohombres conservadores que le habían hecho cometer el error de avanzar inconsideradamente con ocho mil hombres, asegurándole que se le reuniría un ejército conducido por el General Márquez, y que la ciudad de Puebla le abriría sus puertas á los primeros tiros que sobre ella disparara el ejército francés.

Todavía esperó tres días en su campamento de Amalucan, á instancias de Almonte y Taboada, que no dudaban llegaría el General Márquez; pero no pareció éste; la situación de los franceses se iba haciendo insostenible y en la tarde del día 8 de Mayo emprendieron la marcha para Orizaba, seguidos á una corta jornada, por las tropas mexicanas, que molestaban la retaguardia, pero que no eran bastante fuertes para acometer al grueso de los franceses.

Alberto había presenciado desde el cerro de Amalucan la batalla del 5 de Mayo, y sintió un noble orgullo y patriótica

alegría cuando vió retirarse definitivamente las columnas de ataque. Hubiera querido entrar en Puebla para regresar á la capital; pero ni era fácil pasar del campo francés á la ciudad, ni quería separarse de aquellos lugares sin hacer todo lo posible por encontrar á sus compañeros ó saber qué había sido de ellos. Regresó con los franceses á Amozoc, y estaba parado en la puerta de la casucha en que se había alojado, cuando vió acercarse á Diego.

La alegría de verlo quedó desvanecida al pensar que si no le acompañaba Rafael, era, seguramente, porque había perecido en el monte de la Malintzi; así es que sus primeras palabras fueron éstas:

—¿Qué ha pasado con Rafael?

—Aquí está,—contestó Diego.

—¿Está herido?

—No, pero se lastimó un brazo al caer en una barranca.

—Vamos á verlo.

—Desde ayer que llegamos, he buscado á usted por todas partes, y nadie me pudo dar razón, hasta que supe ahora que en esta casa estaba alojado un señor mexicano que no era militar, y vine á ver si era usted.

—Ya me contarás lo que les pasó; por ahora, vamos á ver á Rafael.

Diego condujo á Alberto á una casa que estaba en la orilla del pueblo; allí encontró á Rafael con un brazo en cabestrillo y recostado en un catre.

—Gracias á Dios que te encontramos! —dijo al ver entrar á Alberto,—esto me indica que has cumplido nuestra comisión.

—Sí, por fortuna; ya estamos desligados del compromiso y podemos volver á México.

—¿Qué piensas que hagamos?

—Si estuvieras bueno intentaríamos la aventura de pasar entre las líneas francesa y mexicana; pero, en el estado en que estás, no es posible. Cuéntame lo que pasó después que me separé de ustedes; yo te contaré lo que he visto, y luego entre los tres discutiremos el partido que debemos tomar en estas circunstancias.

Refirió Rafael lo que ya sabemos hasta el momento en que él y Diego se arrojaron á la barranca.

—Yo perdí el conocimiento al caer, —continuó diciendo;—cuando volví en mí era de noche, estaba en el fondo de la barranca, y junto á mí Diego, que afortunadamente no había sufrido nada con el golpe, gracias á los matorrales y arbustos, que moderaron su caída. Sentía yo fuertes dolores en todo el cuerpo, pe-

ro especialmente en la cabeza y en el brazo derecho; Diego, como pudo, me había vendado la primera y colocado en su lugar el segundo, que, según me dijo, se me había dislocado. Pasamos allí la noche y al siguiente día emprendimos el camino para este pueblo, á pie, muy despacio, porque no podía yo andar aprisa, y pasando mil penalidades; sin la lealtad, el valor y los recursos que de todo sabe sacar Diego, no sé qué hubiera sido de nosotros; por fin, llegamos aquí, y puedo dar por terminados nuestros trabajos, ya que nos hemos vuelto á reunir.

Alberto, por su parte, contó lo que había hecho, su conferencia con Almonte, la derrota de los franceses, y terminó diciendo:

—Mañana sale de este pueblo el ejército francés, y sería muy aventurado quedarnos aquí; no podríamos explicar nuestra presencia en la población, no faltaría quien me dijera que me vió hablar con Almonte, y nos fusilarían sin remedio. Escondernos mientras pasa el ejército mexicano, tampoco es posible, porque no conocemos á nadie, ni podemos confiar en la primera persona que se nos presente. Es de todo punto necesario salir con el convoy francés. ¿Podrás montar á caballo?

—Haré todo lo posible, y creo poderme sostener bien en la silla.

—Afortunadamente, los franceses no hacen jornadas largas, y caminan despacio.

—¿No temes que los ataque Zaragoza?

—No es probable que haga más que molestar á la retaguardia, porque los franceses son en mayor número, y yendo nosotros en el centro de la columna, no creo que corramos ningún riesgo.

—¿Y qué haremos para volver á México?

—Allá lo veremos. En último caso, nos embarcamos en Veracruz para los Estados Unidos ó para la Habana; desde allí escribiremos á nuestras familias, y esperamos tranquilamente el fin de todo esto.

—¿Conserva usted mi caballo?—preguntó Diego.

—Sí, y muy bien mantenido y cuidado, como que se lo merece, porque es un magnífico animal.

—Pues nosotros perdimos todo: las armas y hasta mi reloj,—dijo Rafael.

—No tengas cuidado por eso; aquí he conseguido dinero. Reposa todo el día lo mejor que puedas, yo me encargo de proporcionar caballos y estaré aquí con

ellos antes de que salga el convoy de los franceses. Supongo que Diego seguirá acompañándonos.

—Sí, ya arreglé con él que se quede á nuestro servicio.

Al día siguiente salieron los franceses de Amozoc, y con ellos Alberto, Rafael y Diego.



CAPITULO IV.

El Cerro del Borrego.

Llegaron los franceses á Orizaba y fo tificaron provisionalmente la plaza, para esperar en ella los auxilios que no tardaría en mandar el Emperador Napoleón.

Zaragoza, que contaba ya con mayor número de soldados, dispuso atacar la plaza de Orizaba; para que ese ataque tuviera probabilidades de éxito, destacó una columna mandada por los Generales González Ortega, Llave y Alatorre, con orden de que ocuparan el cerro del Borrego, que domina la ciudad de Orizaba, y que los franceses habían descuidado ocupar porque estaba á su retaguardia, y era tan fragosa la sierra, que había que atravesar para llegar al Borrego, y tan llena de obstáculos la selva virgen que se extiende al Poniente y al Sur del cerro,

que juzgaron imposible un ataque por ese lado. Nuestros amigos Gabriel y Gutiérrez, formaban parte de la columna.

Por serranías inaccesibles para otros que no fueran nuestros soldados, llegaron éstos á la cumbre del cerro, sin que los franceses se hubieran dado cuenta del atrevido movimiento.

—Atravesando por las orillas de la población,—dijo González Ortega, dirigiéndose á Gabriel, que estaba á su lado,—vaya usted al Cuartel General á dar parte de que hemos ocupado la posición que se nos indicó; es necesario que llegue usted al campamento al principio de la noche, para que el General en jefe tenga tiempo de disponer el ataque, con la seguridad de que nosotros lo secundaremos á tiempo.

Saludó militarmente Gabriel y partió á desempeñar su difícil encargo. Tenía que ir á pie, porque ni era posible bajar á caballo la pendiente del cerro por el lado de Orizaba, ni convenía que por aquel rumbo lo descubrieran los franceses. Contaba con pasar desapercibido por entre las huertas que rodean la población, y estaba seguro de llegar á su destino en mucho menos tiempo del que se le había fijado.

Se quitó el uniforme y partió disfraza-

do con el traje común de los hombres del pueblo.

Mientras estuvo dentro de las líneas francesas, no le sobrevino ningún contratiempo; por la retaguardia, la vigilancia no era muy severa, y pudo avanzar, internándose por entre las huertas de los alrededores; pero llegó el momento de rebasar aquellas líneas y atravesar un gran espacio llano dominado por el enemigo.

Gabriel se detuvo en los últimos matorrales que podían ocultarlo á la vista de los franceses, y vió que era materialmente imposible recorrer la parte llana sin ser descubierto.

—Si me hubieran mandado simplemente á arriesgar mi vida,—se dijo,—no vacilaría, y correría mientras pudiera, en dirección de nuestro campo; pero no se quiere mi vida, sino que llegue yo á tiempo de avisar al General el resultado de nuestro movimiento. .. ¿Qué haré?.... Si tuviera un caballo, la cosa sería fácil.

Mientras estaba discurriendo de esta manera, lo sorprendió una patrulla de cazadores de Africa, compuesta de un cabo y dos soldados.

—¿Qué haces aquí?—le preguntó en francés el cabo.

Gabriel lo entendió perfectamente; pe-

ro le convenía fingir que no sabía hablar francés, y contestó:

—No entiendo.

—¿Alguno de ustedes habla español?—dijo el cabo, dirigiéndose á sus soldados.

—No,—contestaron éstos.

—Pues no llevaremos á éste al puesto avanzado más inmediato, para que allí aclare lo que hacía aquí á estas horas. ¡Marche!

Gabriel no se movió.

Entonces el cabo le indicó con un ademán que marchara hacia la izquierda. Gabriel fingió obedecer; pero en virtud del movimiento que ejecutó y que hizo se moviera el caballo del cabo, pasó por el lado contrario al que ocupaban los soldados y, tomando al cabo por la extremidad de una pierna, le dió tan fuerte tirón que lo hizo caer en tierra por el otro lado; el caballo se encabritó, pero Gabriel de un salto se colocó en la silla y partió á escape con dirección al campo mexicano.

Por más que todo esto pasó en un momento, en el acto se dieron cuenta de ello los soldados, y corrieron tras de Gabriel, disparándole varios tiros que no le causaron daño. De los puestos avanzados le hicieron también algunos disparos, lo

que puso en alarma á las avanzadas mexicanas, que por hacer algo, contestaron aquel fuego, poniendo en mayor riesgo á Gabriel, que corría á escape por la llanura.

Al llegar cerca del primer puesto mexicano, puso el caballo al paso, y no tardó en oír la voz de un centinela que gritaba:

—¡Alto! ¿Quién vive?

—¡México!

—¿Qué gente?

—Ejército de Oriente

—¿Qué Regimiento?

—Estado Mayor del General Ortega.

—¡Alto! ¡Cabo cuarto!

Salió un cabo con cuatro soldados con los fusiles preparados, á reconocer al que llegaba; lo hicieron desmontar y lo condujeron al cuerpo de guardia. El Capitán que mandaba aquel destacamento conocía personalmente á Gabriel; hizo que le entregaran el caballo y que un Teniente lo acompañara al Cuartel General.

Cuando el General Zaragoza se enteró de la llegada de González Ortega al cerro del Borrego, despachó en todas direcciones á sus ayudantes, á comunicar las órdenes para el ataque del siguiente día.

Serían las doce de la noche: Zaragoza

necesitaba descansar para estar expedito á la hora del ataque, pero antes quiso cerciorarse por sí mismo de que sus órdenes se habían cumplido, por lo que, acompañado de un solo ayudante se dirigió al puesto más avanzado, en el que debía estar ya sobre las armas la brigada de vanguardia encargada de comenzar el asalto.

Allí estaban los soldados durmiendo sobre la formación; los jefes y oficiales en sus puestos, y convenientemente situadas las baterías que debían romper el fuego. Iba á retirarse el General, seguro de que al día siguiente obtendría un brillante triunfo, cuando llamó su atención un lejano tiroteo á retaguardia de los franceses; no tardó en cerciorarse de que en la cima del Borrego se estaba verificando un combate; así lo indicaba la dirección en que se oían las detonaciones, y lo confirmaron los fogonazos, que no tardaron en verse distintamente. Era indudable que había sido descubierto el movimiento efectuado por González Ortega, y que no podría darse el proyectado asalto. Todavía quedaba la esperanza de que González Ortega pudiera conservar su posición, y para facilitarlo, mandó Zaragoza romper el fuego de cañón sobre la plaza; pero todo fué en vano; una

hora después había cesado por completo el fuego en la cima del Borrego y, estando los franceses prevenidos, y no contando Zaragoza con el ataque por la retaguardia, no le fué posible intentar el asalto.

Todo esto pasaba en la noche del 14 al 15 de Mayo.

Tres días después llegaba el Capitán Gutiérrez al campamento, con la cabeza vendada, y Gabriel le decía:

—Quieres hacerme el favor de decirme, ¿cómo diablos se han dejado ustedes batir en la magnífica posición que ocupaban?

—Del modo más sencillo: Recuerdas en qué estado llegó la tropa, hecha pedazos, por lo largo y difícil de las marchas, mal alimentada y sin más agua que la poquísima que quedaba en las caramañolas de algunos soldados; sin embargo, todos estábamos animados del mayor entusiasmo y con la confianza de que al día siguiente descansaríamos de nuestras fatigas en la ciudad de Orizaba. Se colocó la gran guardia y se distribuyeron los centinelas avanzados, si bien muy cerca de la columna, tanto para evitar que fuéramos descubiertos por los franceses cuanto porque el General no creía posi-

ble que éstos subieran la escarpada pendiente. Yo recibí orden de quedar al lado del General, para quien se improvisó un lecho debajo de unos árboles. No podré decirte cómo fué, en realidad; presumo que hubo quien notara nuestra presencia en el cerro, y dió parte á los franceses, y presumo también que el sueño y el cansancio vencieron á nuestros centinelas; el caso es que, cuando nos apercibimos de ello, estaban los franceses sobre nosotros, matando impunemente á nuestros hombres dormidos. A los primeros tiros despertó el General y se dirigió al frente, acompañado de varios jefes y de sus ayudantes, cuando fuimos arrollados por la gran masa de fugitivos que, tirando las armas, huían del lugar del combate; en vano se quiso organizar una resistencia seria; no era posible contar con hombres medio dormidos y que no se daban cuenta de lo que estaba pasando. Perdí de vista en aquellos momentos al General, y me ví de pronto rodeado de franceses, pero acompañado de seis ú ocho viejos soldados veteranos de Silao y Calpulálpam.

—¡Ríndanse!—nos gritó en español un oficial.

—¡Fuego, muchachos!—contesté yo.

A la descarga que hicimos respondió una lluvia de balas que tendió en tierra á dos de los nuestros. Los franceses se precipitaron sobre nosotros cargándonos á la bayoneta; no sé lo que pasó después; sólo recuerdo que al ir á disparar mi pistola sobre un oficial, sentí un terrible golpe en la cabeza y caí sin sentido. Después he sabido que cargó conmigo un sargento, sacándome de entre los combatientes, hizo como pudo la primera curación de mi herida, que no vale la pena, pues no fué más que el golpe contuso dado con la culata de un fusil, y aquí me tienes dispuesto á tomar parte en la primera batalla que se dé.

Cuatro días después, el 18 de Mayo, se daba la acción de Barranca Seca, perdida por nosotros, y se incorporaban á los franceses las tropas que mandaba el General conservador Don Leonardo Márquez.

El ejército mexicano continuó frente á Orizaba, sin intentar otro ataque, cada día más difícil, porque desde principios de Junio comenzaron á llegar refuerzos á los franceses.

Alberto y Rafael, este último completamente restablecido, no habían podido embarcarse para los Estados Unidos ó la

Habana, y en vista de que estaba resuelto que los franceses avanzaran hasta México, determinaron permanecer en Orizaba, sin tomar parte en los acontecimientos políticos. Allí los dejaremos para volver á la casa de Don Pedro Orozco y ver lo que en ella acontecía.



CAPITULO V

Donde se pone de manifiesto la firmeza de dos amantes.

Don Pedro y sus amigos no habían podido averiguar el resultado de la comisión que encargaron á Alberto y á Rafael. Esta incertidumbre los tenía sumamente inquietos, porque si los documentos confiados á los dos jóvenes caían en poder del Gobierno, era seguro que se aplicaría á todos los que los habían firmado, la terrible ley dada por Don Benito Juárez el 25 de Enero de aquel año.

Cuando en México se supo y se solemnizó el glorioso triunfo obtenido el 5 de Mayo, los temores del directorio monarquista subieron de punto, porque habían tenido por indudable que los franceses llegarían á México en muy pocos días, y aquella victoria les hizo conocer que el

Gobierno era mucho más fuerte de lo que suponían, y que no era fácil vencerlo. Inmediatamente después se recibió la noticia de que Márquez no había podido pasar de Atlixco, y esto acabó de desconcertar á los amigos de Don Pedro; algunos se ocultaron temerosos de comprometerse aún más de lo que estaban, y los otros no se reunían, sino tomando las mayores precauciones, para no llamar la atención de la policía, que, en obsequio de la verdad, no se ocupaba de ellos gran cosa, pues aunque el Gobierno sabía que se conspiraba, le constaba que tales conspiraciones no pasaban, ni podían pasar por lo pronto de platónicos deseos.

Don Pedro, como hombre dotado de esa energía que suele pasar los límites racionales para convertirse en terquedad, era el alma de aquel grupo de monarquistas en embrión; era el que animaba á los tímidos y el que, con su ascendiente sobre ellos, los obligaba á seguir trabajando por la realización de sus planes, eficazmente ayudado por el General Pedroza.

Volvemos á encontrar reunidos en el despacho de Don Pedro á la mayor parte de los que vimos firmar la famosa acta de adhesión al pronunciamiento de Taboada.

—No es posible,—decía Pedroza,—contar ya con un movimiento revolucionario en esta capital; el fracaso de los franceses delante de Puebla ha resfriado el entusiasmo de muchos compañeros; otros han desaparecido, y algunos se han pasado al enemigo con el pretexto de defender la independencia nacional. Estamos reducidos á nuestros propios esfuerzos.

—Creo,—dijo uno de los concurrentes,—que debemos suspender todo trabajo, hasta ver el giro que toman las cosas, pues no será extraño que los franceses desistan de su propósito, en vista de la resistencia que han encontrado.

—Eso no,—interrumpió Don Pedro,—Napoleón ha tomado por suyo este negocio, y no es hombre el Emperador de los franceses, de faltar á sus compromisos; un Monarca de la talla de Napoleón tercero no tiene más que una palabra, en la que hay que creer ciegamente; yo he seguido paso á paso toda su política, y digo á ustedes que hay que tener completa confianza. Todo es cuestión de tiempo.

—Pero, ¿cómo es posible que hayan podido derrotar á los franceses?

—En la guerra,—dijo Pedroza,—se dan casos imprevistos que trastornan los mejores planes; y, por otra parte, lo del 5 de Mayo no ha sido una verdadera de-

rrota, supuesto que los franceses se han retirado sin ser molestados.

—Pero el caso es que no han podido tomar la Plaza de Puebla.

—Dejemos eso,—continuó diciendo Don Pedro.—Lo que debemos hacer es no desmayar en la empresa, y ya que sería peligroso sostener y difundir por la prensa nuestras ideas, cada uno de nosotros debe tratar de esparcirlas discretamente entre sus allegados y conocidos, propalar la seguridad que se tiene de que hemos de triunfar definitivamente; y, sobre todo, destruír los falsos rumores de que ésta es una guerra extranjera, pues los franceses vienen animados de las más nobles intenciones para ayudarnos á constituír un Gobierno fuerte, honrado y estable, y no tratan de tomar ni un pequeño pedazo de nuestro territorio.

—También es indispensable,—agregó Pedroza,—seguir colectando fondos para que, á su tiempo, se pueda verificar el pronunciamiento de las tropas que ahora sostienen á Don Benito Juárez.

—¿Han salido ya los correos que mandamos al General Almonte?

—Tres han partido, con instrucciones de volver. En esta vez no corremos riesgo si los detienen, porque no van nuestros nombres, ni los correos los saben,

y va en cambio la recomendación de que no se expresen nombres al contestar.

—Pero, ¿cómo sabe Almonte quiénes los envían?

—Muy bien, porque me he referido en las cartas á las que me dirigió Taboada. Hubiera yo querido mandar una nota exacta del número de soldados con que puede contar Juárez, pero no me ha sido posible averiguarlo, y he tenido que conformarme con el cálculo aproximado que he hecho, según el cual, no puede reunir el Gobierno arriba de diez mil hombres mal armados.

Mientras en el despacho de Don Pedro se tenía esta conversación, Enriqueta decía á su madre Doña Manuela:

—No hemos recibido noticia alguna de Alberto, y aunque papá me dijo que había salido fuera de la ciudad á cumplir un encargo que le había hecho, no me satisface esa explicación y temo que le haya sucedido algo desagradable. Por más que he preguntado, no ha querido decirme papá á dónde fué Alberto. ¿Tú lo sabes?

—Ahora ya se te puede decir, siempre recomendándote el secreto: Fué á Orizaba con cartas para el General Taboada.

—¡Pero, mamá, por Dios, ese viaje es-

tá lleno de peligros! ¿Se sabe siquiera si llegó á Orizaba?

—Nada hemos vuelto á saber, y esto nos tiene á todos en la mayor inquietud, porque las cartas que llevaba iban firmadas por tu padre y por sus amigos.

—Entonces, es seguro que llegaron á su destino, supuesto que no ha sido molestado papá.

—Quiera Dios que así sea.

—Y dime, ¿qué piensan hacer con Carmen?, porque temo que me pregunten por ella el día menos pensado algunas de mis amigas, y no sabré qué decirles; á no ser que les cuente todo lo que ha hecho.

—No, hija, no hagas semejante cosa. Piensa en la deshonra que caerá sobre nosotros si se hace público que Carmen ha llegado á rebajarse al extremo de tener amores con un soldado de este Gobierno! Ahora nada menos, hablaba yo de eso con tu padre; le decía que no es posible tener siempre encerrada á esa muchacha, y que lo mejor era ponerla en un colegio; pero tu padre me hizo notar que para eso era necesario dar alguna explicación á las gentes, y no se puede encontrar una plausible.

—¿Pues qué vamos á hacer con mi dichosa prima?

—Por ahora, tenerla encerrada, hasta que prometa formalmente terminar las relaciones que ha contraído, y luego, vigilarla con mucho esmero para que no nos dé otro disgusto parecido.

—Que sí nos lo dará porque no es capaz de tener ideas elevadas, ni dignidad, ni respeto á nuestra clase. Pero entretanto, ¿qué les digo á mis amigas si me preguntan por ella?

—Díles, que fué á una hacienda, de la que no recuerdas el nombre, a pasar una temporada con los parientes de su padre.

—¿Y cómo llegaste á descubrir que tenía relaciones con ese oficial ó lo que es?

—Porque quien traía y llevaba las cartas era la costurera que despedimos; un día se le cayó la carta que tenía en la bolsa del delantal, no lo notó y yo la recogí. ¡Figúrate cómo me quedaría al ver que estaba fechada en Puebla, que hablaba de la batalla con los franceses y decía que al día siguiente salía en su persecución, con otra porción de cosas y ridiculeces por el estilo. Lo que siento es no saber quién es el pretendiente, pues la carta tenía por única firma el nombre de "Gabriel." A la costurera no pude sacarle nada en limpio, y Carmen no lo dirá tampoco.

—Yo no me preocuparía por el nombre; será cualquier Pérez, Fernández ú otro apellido de esos que se ponen los cargadores; el apellido es lo de menos.

—Ahora piensa tu padre tener una conferencia con Carmen, y veremos si ya está más dócil; tú, por supuesto que no has entrado en su pieza.

—No; me dijiste que no lo hiciera, y ya sabes que nunca te desobedezco.

Carmen, en efecto, estaba recluída en su recámara, estrechamente vigilada por el ama de llaves, mujer de unos cincuenta años, servil con sus superiores, altanera y déspota con los inferiores, que recibió con mucho gusto aquella comisión, que la ponía en el caso de atormentar á una persona á la que siempre había tenido que obedecer.

Ninguna noticia había recibido Carmen de Gabriel, pues la primera carta de éste fué la que cayó en poder de Doña Manuela; ni menos había podido escribir á su amante, tanto por ignorar dónde estaba, como por la imposibilidad de burlar la vigilancia de la ama de llaves, y de remitir la carta al correo.

Desde el día en que Doña Manuela, con airado semblante, la reconvino por sus relaciones amorosas con Gabriel y le notificó, por orden de Don Pedro, que no

volvería á salir de su recámara hasta nueva orden, no había visto á ninguno de los habitantes de la casa, excepto á la ama de llaves, que la llevaba los alimentos, cerraba la puerta con llave y por las noches dormía en la pieza inmediata.

—Si Enriqueta viniera,—pensaba,—tal vez se compadecería de mí y me diría el contenido de aquella desgraciada carta; sabría yo al menos dónde está y qué ha sido de mi pobre Gabriel!.... Tal vez esté prisionero ó herido!

Trató al principio de ablandar el corazón de la ama de llaves, pero muy pronto conoció la inutilidad de su tentativa y se resignó á sufrir en silencio.

Al día siguiente de la conversación entre Doña Manuel y su hija, estaba Carmen tristemente entregada á sus pensamientos, con los ojos fijos en el bastidor en que bordaba, cuando se le presentó Don Pedro.

Siempre había infundido á Carmen el serio semblante de su tío, un respeto que tocaba los límites del miedo; pero en aquel día, era tal la expresión de severidad que se veía en el gesto de Don Pedro, que la pobre de Carmen quedó enteramente fascinada, como la tórtola ante los ojos del boa.

—Supongo,—dijo Don Pedro sentán-

dose en una silla frente á Carmen,—que habrás reflexionado seriamente sobre la locura que has hecho, locura imperdonable si se atiende á la educación que has recibido, á los antecedentes de tu familia y á los ejemplos de moralidad que has tenido siempre ante su vista; nada de esto ha sido bastante para impedir que cometieras la mayor de las locuras dando oídos á las palabras de un perdido....

—¡Eso no, tío!—exclamó Carmen, que sintió renacer su valor al oír que se insultaba á Gabriel.—¡Eso no! mi pretendiente es bueno y honrado como el que más.

——¡Qué honradez puede caber en un soldado de esto que se llama ejército liberal! Todos, desde el primero hasta el último, son unos ladrones dignos de la horca. Las personas honradas y de buenos antecedentes no pueden nunca transigir con este populacho indigno.

—Tío, está usted insultando á un hombre á quien no conoce.

—Ni necesito conocerlo. Sobre todo, no he venido á discutir contigo, sino á expresarte mi voluntad; vas ahora mismo á prometerme formalmente que romperás esas relaciones, y para eso, escribirás una carta á ese hombre, carta que yo te dictaré y que me encargo de hacer lle-

gar á sus manos. A ese precio, te perdonaremos los disgustos que nos has ocasionado y lavarás la mancha que con tu conducta has arrojado sobre nuestra familia.

—Lo que usted pretende es imposible; ni puedo dejar de amar á Gabriel, ni cometeré nunca la infamia de engañarlo, engañando á ustedes al mismo tiempo.

—¿No sabes que estoy acostumbrado á que se me obedezca y que sé hacerme obedecer? ¿Has reflexionado sobre los efectos de mi cólera? Ni yo mismo sé cómo he tenido paciencia para oirte..... Por última vez: ¿Estás dispuesta á hacer lo que te mando?

—No puedo; suceda lo que Dios quiera, no puedo hacer eso

—¡Cállate, y no invoques el santo nombre de Dios cuando te estás revelando contra mi autoridad!.... Aún es tiempo. ¡Mira que jamás he tenido tanta paciencia! Cuando te arrepientas, será tarde.

—Ahora y siempre repetiré lo mismo: no puedo dejar de amar á Gabriel.

—¡Desdichada! ¡Cúlpate á tí misma de cuantas desgracias caigan sobre tí!

Salió Don Pedro sumamente indignado contra Carmen, y ésta prorrumpió en so-

llozos luego que se hubo cerrado la puerta.

—¿Qué dice?—preguntó á **Don Pedro** Doña Manuela, que esperaba el resultado de la conferencia, creyendo firmemente que Carmen se doblegaría á cuanto exigiera Don Pedro, porque ni en sueños podía figurarse que hubiera álguien que se atreviera á poner resistencia á la voluntad de su marido.—¿Qué dice, ya escribió la carta?

—No he podido conseguir nada; es la mujer más terca y más caprichosa que conozco. A todo contesta que no puede dejar de amar á ese hombre; y pueden más en ella las malas pasiones, que el respeto y la gratitud que me debe. Desgraciadamente, no se la puede meter á un convento en estas circunstancias; pero al llegar los franceses, será necesario tomar esa providencia con esta rebelde criatura, entre tanto, que continúe recluída en su recámara y vigilada por Doña Catarina.

Siguió Carmen sufriendo los rigores de su forzado encierro, sin salir más que los días de fiesta á misa, á las cinco de la mañana, acompañada de la ama de llaves y de otra vieja criada. No había vuelto á ver á sus tíos, ni á su prima Enriqueta, ni á ninguna de sus amigas.

Aprovechando los ratos en que estaba sola, había escrito Carmen una carta a Gabriel, contándole todo lo que había pasado, pero no podía hacer llegar esta carta a su destino, porque ni tenía persona que la llevara al Correo, ni sabía en dónde podría estar Gabriel, pues no llegaban hasta el lugar de su encierro las noticias de la guerra; noticias que, por otra parte, eran poco interesantes, y se redujeron, después de las acciones del Borrego y Barranca Seca, á que el ejército mexicano continuaba frente á Orizaba, sin atacar la ciudad y sin que los franceses avanzaran, á pesar de que habían recibido nuevos contingentes de tropas. El fracaso de Puebla los había hecho tanto más precavidos cuanto imprudentes fueron.

Corrían los meses y la situación no cambiaba; però se sabía que Puebla estaba poniéndose en respetable estado de defensa y que el ejército de Oriente aumentaba diariamente en número; se veían llegar á la capital los contingentes de los Estados del interior, todos llenos de entusiasmo, y partir en seguida para el teatro de las futuras operaciones; y se decía que, como en el año de 47, se defendería la capital hasta el último extremo, en caso de que los franceses pudieran forzar el paso en Puebla.

Llegó en esto el mes de Septiembre, y con él, una de las mayores calamidades para la República. En los primeros días de ese mes enfermó de tifo el General Zaragoza; cuantos esfuerzos se hicieron para salvarlo fueron inútiles, y el día ocho murió en la misma ciudad de Puebla, que tan bizarramente había defendido.

Gabriel Solís y Sebastián Gutiérrez, en calidad de ayudantes, habían acompañado al enfermo General cuando fué transladado á Puebla, y al morir Zaragoza, recibieron orden de incorporarse al Estado Mayor de González Ortega, en quien recayó el mando en jefe del ejército de Oriente.

Reunidos en su alojamiento los dos amigos la noche víspera de su partida, decía Gabriel:

—Me extraña mucho no haber encontrado en el Correo cartas de Carmen, pues la dije que aquí me las dirigiera. ¿Qué habrá pasado?

—¡Qué ha de pasar, hombre!, que esa señorita habrá reflexionado que hizo una solemne tontería al corresponderte, y se acordará de tí en estos momentos tanto, como yo del primer caballo que monté.

—Cállate y no blasfemes. ¡Cómo se conoce que no sabes quién es Carmen!

—Y bien que lo sé· la entonada sobri-

na de Don Pedro Orozco, señor de horca y cuchilla, que rabia por inclinarse ante las reales plantas del "Rey su Señor."

—No digo que no la conozcas de vista, sino que no sabes hasta dónde llega la nobleza de alma, el candor y la inocencia de esa niña angelical.

—Pero, hombre, yo no sé cómo se te fué á ocurrir enamorarte de una muchacha que tiene que ser forzosamente enemiga nuestra, que no es de nuestra clase ni puede tener nuestras ideas, ni puede ser la compañera de un oficial republicano. Para nosotros, pobres soldados, que no tenemos más capital que nuestras espadas, ni más porvenir que caer un día ú otro muertos frente al enemigo, la única compañera posible es la mujer de la clase media, abnegada sufrida hasta el sacrificio y dotada de virtudes heroicas, que dejan de serlo para ellas, en fuerza de ser comunes; pero no la delicada señorita de la aristocracia, que si llega por capricho á corresponder nuestro amor, al poco tiempo nos olvida ó nos desprecia.

—No es Carmen quien hará eso; su amor es tan firme como el mío, no me olvidará, no llegará á despreciarme; tengo ciega confianza en ella. Cierro los ojos, y la veo tal como la ví el día en que confesó que me amaba: esa visión

encantadora bastaría para desvanecer cualquiera duda que me asaltara, por fundada que fuera; la expresión de aquel semblante coloreado por el pudor y el brillo de aquellos ojos que la hacían traición revelando la inmensa ternura de su alma, han quedado grabados en la mía para repetirme á todas horas: "Carmen te ama con todo su corazón...."

—Y con todo eso, no te ha escrito ni una sola palabra, ni la preocupa que vivas ó mueras ó estés herido... ¡Bonito amor que no ha podido resistir á unos cuantos meses de ausencia, ni á una distancia de pocas leguas! Y te hablo así, con esta crudeza, porque bueno es que vaya entrando en tu pecho la duda, para que el desengaño era menos terrible.

—Nunca creeré que Carmen me ha engañado. Si lo viera, si asistiera á su matrimonio con otro hombre, creería que me engañaban mis sentidos, que aquella mujer no era Carmen, y me figuraría que ésta había muerto, y la seguiría amando como la amo ahora.

—Ya que tan decidido estás y es tan firme tu amor, no te diré una palabra más contra la "señora de tus pensamientos;" al contrario, te ayudaré en cuanto pueda. Si quieres mandaremos un propio á Mé-

xico, para averiguar por qué no te ha escrito tu novia.

—Ya me había ocurrido eso, pero no conocemos á nadie en esta ciudad; sería necesario mandar á uno de nuestros asistentes, y en las actuales circunstancias, no es conveniente que se separe del ejército ninguno de sus soldados.

—Pues entonces da tregua á tus amores, y pensemos en otra clase de asuntos. ¿Qué te parece de nuestro nuevo General en jefe?

—No creo que pueda substituir á Zaragoza; tal vez hubiera sido preferible algún otro; pero el Gobierno sabe más que nosotros y conoce mejor las necesidades del ejército.

Al día siguiente partieron para el campamento nuestros dos Capitanes.



CAPITULO VI.

El sitio de Puebla.

Durante todo el año de 1862 permanecieron los ejércitos mexicano y francés en las posiciones en que los hemos dejado, y los personajes de esta historia en el estado que hemos referido; no hubo durante ese año más novedades que, por una parte la llegada á México del General Comonfort con una división que formó el núcleo del Ejército del Centro, y por la otra el arribo á Veracruz del General Forey y de las últimas tropas francesas, que completaron un efectivo de treinta y dos mil hombres. Se acercaba el momento de reanudar enérgicamente las operaciones.

La ciudad de Puebla estaba sólidamente fortificada con una línea de fuertes avanzadas, otra en los suburbios de la po-

blación, y otra interior que cortaba las calles con altas y sólidas trincheras. El único punto vulnerable de la ciudad era el fuerte de San Javier, pues por una inexplicable aberración no se fortificó ni ocupó sólidamente el cerro de San Juan, eminencia que domina á la ciudad por el rumbo del Poniente, hacia el que está situado San Javier. Acaso esto se debió á dos circunstancias: La primera, que se tenía la creencia muy arraigada, aunque sin fundamento, de que los franceses atacarían por el Oriente; y la segunda, que es probable que el General Zaragoza tuviera el mismo plan que desarrolló el 5 de Mayo, el de presentar batallas parciales á los franceses, apoyado en los fuertes avanzados, é impedir que rodearan la ciudad. En este segundo caso, el éxito de la campaña se decidiría antes de que los franceses pudieran llegar al cerro de San Juan.

Al avanzar los franceses sobre Puebla, se retiró á esta ciudad el ejército mexicano, compuesto, aproximadamente, de veintidós mil hombres, de los cuales, salieron, cuando ya se había formalizado el sitio, unos tres mil de caballería; de suerte que, los que tomaron realmente parte en la defensa, fueron de diez y ocho á diez y nueve mil hombres, que espera-

ban ser socorridos por los ocho mil que formaban el ejército del Centro al mando de Comonfort.

Se cometieron también otros dos grandes errores: Una vez abandonado, como lo fué, el plan del General Zaragoza, y habiendo resuelto González Ortega dejarse sitiar en Puebla, debió guarnecer la ciudad con un efectivo de diez mil hombres, suficiente para la defensa, y agregar el resto de la tropa al ejército del Centro, que debía operar en campo raso, y necesitaba, por lo mismo, mayor efectivo de fuerza. El otro error consistió en haber encerrado dentro de los muros de Puebla á la parte más aguerrida y disciplinada del ejército, dejando afuera soldados bisoños y menos propios para sostener el choque de los franceses en campo abierto; por eso el ejército del Centro fué completamente inútil durante todo el sitio, y se dejó vencer en San Lorenzo sin combatir más que la vanguardia, disolviéndose el resto.

—Parece que nos vamos á encerrar en esta ciudad,—decía Gutiérrez á Gabriel en los primeros días de Marzo de 63, estando ya reconcentrado todo el ejército en Puebla.

—Lo sentiré,—contestó Gabriel,—porque con la fuerza que tenemos hay para

dar una batalla campal á los franceses, siendo, como somos, casi iguales en número, contando con el ejército del Centro. Pero es mucho más seguro el triunfo batiendo parcialmente á los franceses si pretenden circunvalar la ciudad; y si se arrojan sobre nuestros fuertes avanzados, como lo hicieron el 5 de Mayo, todas las probabilidades están en nuestro favor.

—Lo primero es lo que probablemente piensa hacer el General, siguiendo el ejemplo de Zaragoza, y por eso sin duda está en la ciudad lo mejor y más aguerrido de nuestras tropas.

Contra lo que todos preveían, se dejó á los franceses rodear la ciudad, sin oponerles más que un ligero simulacro de resistencia; se les dejó posesionarse del cerro de San Juan, en el que estableció Forey su Cuartel General, y, á mediados de Marzo, veintidós mil franceses y ocho mil mexicanos mandados éstos por Márquez y Vicario, cercaban la ciudad de Puebla.

La resistencia que se opuso á los invasores fué valientemente sostenida por parte del ejército mexicano. Hubo en ese sitio episodios heróicos y gloriosos, tales como el primer asalto al fuerte de San Javier, rechazado con graves pérdidas pa-

ra los franceses; la defensa de la plaza de toros, hecha por los batallones de Toluca y Rifleros de San Luis; el descalabro que sufrieron los invasores en la calle de la Estampa; los repetidos asaltos á la "Maison Rouge," casa situada en la calle de la Obligación y célebre entre los franceses por la obstinada resistencia que en ella encontraron; los infructuosos ataques al Carmen; y por fin, el, para los franceses desastroso asalto de Santa Inés, en el que los Batallones de Puebla hicieron pedazos á un Regimiento de zuavos.

Pero no se registró en todo el sitio ninguna de esas vigorosas salidas que pudieron y debieron haberse hecho con muy buen éxito; salidas que todos deseaban, porque todos los defensores de Puebla estaban animados del mayor entusiasmo; había en el ejército amor á la causa que se defendía, patriotismo y valor á toda prueba.

En los primeros días de Mayo, se comenzó á decir que estaban agotados los víveres y las municiones de guerra; lo que, á la mayor parte de los defensores de la plaza, no parecía noticia grave, porque se tenía la firme convicción de que era muy fácil romper la extensa línea de circunvalación ocupada por los franceses.

á la hora en que se quisiera intentar, mucho más contando con el auxilio del ejército del Centro, que estaba á la vista de los sitiados.

El 8 de Mayo, el General González Ortega llamó á los dos Capitanes, Gabriel Solís y Sebastián Gutiérrez, y les dijo:

—Necesito que ustedes dos, por distintos rumbos para que haya mayores probabilidades de éxito, atraviesen las líneas francesas y digan al General Comonfort (que debe estar en San Martín Texmelúcan) que se acerque á esta ciudad el día once del corriente por la garita de Tlaxcala, conduciendo el convoy de provisiones que tiene dispuesto, según me indica con las señales que ha hecho en el cerro de la Uranga; que verifique el movimiento al obscurecer, que será apoyado por la artillería de Loreto y por la Guarnición de la Plaza que hará oportunamente una salida. No doy á ustedes comunicaciones escritas, porque si desgraciadamente cayeran en poder del enemigo, se enteraría éste de nuestros planes y de las necesidades que padece la Plaza. Dejo á ustedes la elección del rumbo por donde quieran salir esta misma noche, para que tenga tiempo el General Comonfort de preparar el movimiento. Confío en el patriotismo y en el

valor de ustedes; de ellos depende la salvación de la Plaza.

—Haremos cuanto humananamente sea posible para cumplir nuestra comisión, —respondieron los dos jóvenes.

—Adviertan ustedes que no se trata de hacerse matar, sino de llegar hasta donde está el General Comonfort.

—Descuide usted, mi General,—dijo Gabriel,—trataremos de no caer en poder de los franceses, vivos, ni muertos.

—Luego que alguno de ustedes llegue á su destino, que se me repita por tres veces en el cerro de la Uranga la señal de "Estoy dispuesto."

Los dos Capitanes salieron á cumplir la orden que habían recibido.

—¿Por dónde piensa salir de la Plaza?—preguntó Gabriel á Gutiérrez.

—Por el Carmen, porque hay por ese rumbo varias fincas con arboleda y está inmediato al barrio de San Baltazar, todo lo que favorece la salida; por otra parte, si caigo en poder de los franceses, ni remotamente se pueden figurar que salgo por ese rumbo en comisión de la Plaza; creerán que soy uno de tantos que pretende escapar de los rigores del sitio.

—Pues yo pienso salir por el fuerte de Loreto, porque es por donde están más

lejanos los campamentos franceses, y por donde tienen menos vigilancia.

—¿A qué hora saldremos?

—A las ocho de la noche.

—Tenemos tiempo de sobra para prepararnos.

Cada uno de ellos se dirigió al fuerte por donde pensaba verificar su salida, para observar los alrededores y adquirir noticias sobre las posiciones que ocupaba el enemigo.

Poco antes de las ocho de la noche, el Capitán Gutiérrez se disfrazó con un traje obscuro que le daba el aspecto de un hombre pobre de la clase media, y le dijo á Gabriel:

—Me voy antes que tú, porque mi camino es más làrgo; espero que nos encontraremos en el Cuartel General del ejército del Centro.

—Así lo espero. Adiós; que tengas buena suerte.

—Lo mismo te deseo.

Los dos amigos se dieron un apretón de manos por despedida, y el Capitán Gutiérrez salió á cumplir su misión.

Poco después, Gabriel, sin disfraz alguno, con la espada ceñida y embozado en su capa militar, se dirigió al fuerte de Loreto: mostró al Comandante del punto la orden de González Ortega para que

se le dejara salir libremente de la ciudad para asuntos del servicio y una vez obtenido el permiso, le dijo el Comandante:

—Sería conveniente que dejara usted aquí el uniforme y la espada, yo le proporcionaré un traje de paisano.

—De propósito no he querido disfrazarme, porque voy á atravesar el campamento enemigo por la línea que cubren las tropas mexicanas de Márquez, y allí sería más fácilmente detenido un paisano, pues no han de sospechar que un oficial de la Plaza, armado y con uniforme, se introduce en el campamento. Los oficiales de Márquez usan uniformes de todas clases, de suerte que el mío no les ha de llamar la atención.

—La idea es buena, compañero, pero muy atrevida.

—Creo que esto es lo más seguro, pues, como he dicho á usted, al observar esta tarde con el anteojo los puestos avanzados, pude convencerme de que hay oficiales enemigos que usan uniformes muy semejantes á los nuestros.

—Como usted quiera.

El Comandante ofreció á Gabriel una copa de catalán, licor que en aquellos días era de lo más exquisito que se podía tomar, y después de brindar por el

feliz éxito de la comisión que llevaba Gabriel, salió éste del fuerte, perdiéndose á poco andar entre las sombras de la noche.

Con suma prudencia, orientándose al principio con la negra masa del cerro de Guadalupe, y después confiando solamente en su instinto, pues la noche era muy obscura, fué avanzando Gabriel hasta llegar á las avanzadas enemigas. Allí redobló sus precauciones, gracias á las que pudo acercarse á un puesto lo bastante para oir lo que en él se hablaba, pero era absolutamente imposible pasar adelante sin ser visto y reconocido por aquella fuerza avanzada. Iba Gabriel á retirarse para buscar á su derecha un paso, cuando tuvo que ocultarse violentamente, porque se acercaba, por la dirección que pensaba tomar, un grupo de tres oficiales.

—¡Quién vive!—dijo el centinela al acercarse los recién venidos.

—Oficiales del Cuartel General,—respondió uno de ellos.

—¡Alto! ¡Cabo cuarto!

Se acercó el cabo y pidió el "Santo y Seña."

—"Fernando, Fuerza, Fortín,"—contestó uno de los oficiales, y pasaron éstos, se detuvieron un corto rato, y siguie-

ron adelante, probablemente recorriendo todos los puestos avanzados.

La casualidad había hecho á Gabriel dueño del Santo y Seña, lo que hacía que fuera mucho más fácil su atrevida empresa.

Dejó pasar una media hora y se dirigió resueltamente al encuentro del centinela.

Se repitió la escena anterior, pero en esta vez fué un oficial el que salió á pedir el Santo. Después que lo dió Gabriel, para desvanecer cualquier sospecha que se le pudiera ocurrir al oficial, le dijo:

—Hágame favor, compañero, de decirme si ya pasaron por aquí tres oficiales de Estado Mayor, para quienes traigo una orden.

—Hará media hora que estuvieron aquí.

—¿Para dónde se fueron?

—Siguieron recorriendo los puestos avanzados.

—Pues con su permiso, compañero voy á buscarlos.

—Siento que se vaya tan pronto; el servicio de las avanzadas es de lo más fastidioso, por no tener con quién hablar; si pudiera detenerse, charlaríamos un poco.

—Imposible; tengo que estar en el

Cuartel General antes de media noche.

—Pues no lo detengo; hasta otra vista.

—Adiós.

Gabriel se internó directamente hacia el campamento, encontró varias patrullas y centinelas, pero dando el Santo y Seña, pasó sin dificultad por todas partes, siendo menores los peligros a proporción que se acercaba á la retaguardia. No tuvo incidente alguno desagradable, y pasó sin novedad las líneas de los sitiadores; caminó todo el resto de la noche, y al amanecer tuvo la suerte de encontrarse con una fuerza mexicana de caballería que lo condujo á San Martín, donde comunicó al General Comonfort lo que deseaba el General González Ortega. En el Estado Mayor de Comonfort encontró Gabriel á varios compañeros y amigos suyos que celebraron á porfía lo sencillo del plan para salir de la plaza sitiada, y la fortuna con que lo había llevado á término Gabriel.

El General Comonfort dió las órdenes convenientes para realizar el movimiento que se le pedía, y en consecuencia de ellas, la vanguardia del ejército del Centro fué á situarse en San Lorenzo, á la margen derecha del río Atoyac.

Veamos qué suerte había corrido, entretanto, el Capitán Gutiérrez.

Salió de las líneas de la plaza, pero, á poco andar, comenzó á inclinarse insensiblemente á su izquierda de suerte que, cuando creía estar cerca del barrio de San Baltazar, se encontró en la extremidad oriental de la laguna del mismo nombre. Desorientado completamente, siguió por el llano de Totimehuacán, y después de vagar perdido durante algún tiempo, fué á dar con las baterías francesas situadas frente al fuerte de Ingenieros (Iglesia de los Remedios). No había luz en las tiendas de campaña ni en las barracas que formaban el campamento francés, en el que pudo entrar Gutiérrez, porque no se ejercía gran vigilancia por la retaguardia, en virtud de que no había por aquel rumbo enemigos, así es que los centinelas estaban apostados á largas distancias, y las patrullas recorrían el campo muy á lo lejos.

A favor de la obscuridad llegó Gutiérrez hasta las baterías. y tuvo la suerte de llegar cuando el centinela del extremo izquierdo daba la vuelta y no podía verlo; tras de la cureña de un cañón se escondió Gutiérrez, muy inquieto é indeciso sobre el partido que debía tomar. Era claro que no podía ya dirigirse al campamento del General Comonfort: la misión que González Ortega había encomenda-

do á los dos Capitanes, había fracasado respecto de Gutiérrez; si caía en poder de los franceses, lo fusilarían indefectiblemente como espía; no le quedaba más recurso que volver á entrar en la plaza por el fuerte de Ingenieros, que tenía enfrente. Pero ni era cosa fácil volver á la plaza, ni Gutiérrez se conformaba con regresar cubierto con la vergüenza de un fracaso.

—Yo vuelvo sin cumplir la comisión del General,—se decía,—pero me la pagan éstos, (refiriéndose á los franceses); voy á hacer una que sea sonada.

Muy poco á poco fué oblicuando á la derecha la pieza de artillería que le servía de escondite, movimiento que pasaba desapercibido para el centinela inmediato, que no se fijaba en lo que estaba pasando al extremo de la batería.

Cuando la pieza estuvo dirigida al centro del campamento francés, y en el momento en que Gutiérrez iba á tomar la piola para disparar el cañonazo, fué descubierto por el centinela.

—¡Quién vive!

—¡México!—contestó Gutiérrez con voz atronadora.

Al mismo tiempo que disparaba el centinela su fusil contra Gutiérrez, éste hacía lo mismo con su pistola, pero no con-

tra el centinela, sino contra una cajuela de munciones que estaba á poca distancia. La explosión fué formidable, y de sus efectos se libró Gutiérrez arrojándose violentamente en tierra.

Indescriptible fué la confusión que reinó en el campamento, todos creían que los mexicanos habían hecho una salida y atacaban las baterías, y como al propio tiempo se retiraban á su campo los centinelas avanzados que estaban ocultos en trampas de lobos, contra ellos se dirigieron los primeros disparos.

Gutiérrez había contado con la retirada de los centinelas avanzados para poder atravesar el llano hasta el fuerte de Ingenieros, y cuando creyó que no habría ya enemigos por ese lado, disparó la pieza de artillería contra el centro del campamento francés, saltó la trinch[illegible] corrió en dirección del fuerte.

Cuando se hubo calmado la alarma, vieron los franceses que habían perdido quince hombres entre muertos y heridos, sin poderse explicar qué era lo que había pasado.

Por su parte la Guarnición del fuerte (compuesta de los batallones de Durango), no sabiendo tampoco qué significaba aquella alarma en las baterías francesas, estaba dispuesta á rechazar cual-

quier ataque. Cuando llegó Gutiérrez y contó lo que había hecho, todos lo felicitaron á porfía. Lo que no bastaba para moderar el sentimiento que le causaba no haber podido cumplir la orden del General González Ortega.

En las primeras horas de la mañana se presentó Gutiérrez en el Cuartel General, acompañado del Comandante del fuerte de Ingenieros, que quiso ir personalmente á dar parte de los acontecimientos de la noche pasada

El General alabó la conducta de Gutiérrez, mandó que se citara el hecho en la Orden del día, y terminó diciendo al Capitán:

—Nada se ha perdido con que usted no haya podido llegar al campamento del General Comonfort, porque el Capitán Solís llegó, según me indican las señales que nos hemos estado cambiando con el apostadero de la Uranga.

El 10 de Mayo de 1863, los franceses derrotaron en San Lorenzo á la vanguardia del ejército que mandaba Comonfort, se apoderó el pánico de los que no habían entrado en acción y se disolvió lo que se llamaba ejército del Centro; cayeron en poder del enemigo todas las provisiones de boca y guerra que estaban destinadas á socorrer la plaza sitiada, y ésta quedó

abandonada á sus propios recursos, que no debieron haberle faltado, supuesto que durante todo un año se estuvieron acumulando elementos para la defensa y provisiones de todo género.

Los defensores de Puebla, al finalizar el sitio, eran todavía muy numerosos, pues que no bajaban de doce á catorce mil hombres, todos soldados aguerridos y llenos de entusiasmo, con los que se podía contar para cualquiera empresa, por arresgada que fuera. Los Generales, jefes y oficiales estaban animados de los mismos sentimientos que los soldados, y todos ansiaban romper el sitio, lo que era relativamente muy fácil, dada la gran extensión de la línea que circunvalaba la ciudad; por cualquier punto que se intentara la salida, serían arrollados los franceses, y cuando se pudieran reunir en número competente para batir á los defensores de la plaza, éstos habrían estado ya fuera del alcance de sus enemigos, especialmente si se efectuaba la retirada por el rumbo de la Malintzi ó hacia los cerros de la vecina Tlaxcala y se sacrificaran algunos hombres que conservaran guarnecidos los fuertes avanzados, para obligar á los franceses á conservar su línea de circunvalación. Se podía haber salvado la mayor parte de aquel va-

liente ejército y casi toda la artillería de batalla; pero á pesar de que en las juntas de guerra que se tuvieron después de la derrota de Comonfort, muchos de los Generales opinaron en pro de la salida, no fué esa la opinión de González Ortega, quien resolvió rendir la plaza á discreción. Extraña resolución [illegible] zález Ortega, quien si tenía otros muchos defectos, en cambio no carecía de valor personal suficiente para intentar la empresa de salvar al ejército.

A las seis de la mañana del 17 de Mayo, comunicó el General González Ortega, por medio de un ayudante, al General Forey, que no teniendo elementos para continuar la defensa, disolvía el ejército, rompía sus armas y cañones, y, con los demás Generales, jefes y oficiales, se constituía prisionero de guerra en el Palacio de Gobierno.

Lloraban de cólera los soldados al romper los fusiles, y de los jefes y oficiales hubo muchos que prefirieron ocultarse en la ciudad para incorporarse más tarde á las tropas mexicanas; de este número fué el Capitán Gutiérrez.

—Yo no me constituyo prisionero,—decía:—es seguro que nos tratarán muy bien los franceses y nos llevarán á Francia, aunque no sea más que para ense-

ñarnos como animales raros; un paseíto á Europa por cuenta del Gobierno francés, tiene sus alicientes; pero la defensa del territorio nacional me llama á combatir y sacrifico el viaje, me escondo y luego que pueda me incorporo á cualquiera de las fuerzas mexicanas que sigan combatiendo, que han de ser muchas, por todas partes.

El Capitán Gutiérrez se ocultó en la ciudad, y algunos días después salió á cumplir su propósito de seguir combatiendo contra los franceses.

De los prisioneros hechos en Puebla por Forey, se fugaron en Orizaba, el 25 de Mayo, ochocientos y tantos, lo que parecería increíble si no se tuviera en cuenta que tanto prisionero (eran más de mil quinientos) estorbaba á los franceses y de propósito descuidaban el custodiarlos.

Así terminó el famoso sitio de Puebla. Si no hubiera muerto el General Zaragoza, probablemente no hubieran llegado los franceses á rodear la ciudad, ni menos á tomarla. Todavía si se sostienen los sitiados un poco de tiempo más, hubieran tenido los franceses que levantar el sitio, porque les hubiera sido imposible resistir en los campamentos las llu-

vias de la zona tropical; y por último, si se rompe el sitio por la guarnición de la plaza, se hubiera impedido por mucho tiempo la ocupación de México, donde quedaba todavía al Gobierno una división de doce mil hombres.



CAPITULO VII

Continúan las exigencias de don Pedro y la resistencia de Carmen.

La noticia de la toma de Puebla llenó de regocijo á los monarquistas, que veían muy próxima la realización de sus sueños de oro. Hasta los más tímidos cobraron bríos, y como la policía se cuidaba muy poco de ellos atribuían esto á temores y debilidad del Gobierno; poco faltaba para que públicamente hicieran ostentación de su alegría

La casa de Don Pedro Orozco estaba de gala; con la noticia de la toma de Puebla se había recibido la de haber llegado á Veracruz Julio, el hijo de Don Pedro, y la de que Alberto y Rafael se pondrían en camino para México luego que se pudiera contar con la seguridad de los caminos.

Carmen continuaba recluida en su habitación sin saber nada de lo que pasaba por el mundo, ni poder comunicarse mas que con Doña Catarina la ama de llaves; no había vuelto á ver á ninguna persona de la familia, ni había tenido oportunidad de remitir á su destino la carta que tenía escrita para Gabriel, y á la cual agregaba nuevos párrafos á proporción que avanzaba el tiempo.

Creyeron Don Pedro y su esposa que ya era tiempo de que Carmen estuviera arrepentida y dispuesta á pasar por todo cuanto de ella exigieran; tanto más, cuanto que era seguro que el novio habría muerto en la defensa de Puebla, ó estaría prisionero y sin esperanzas de volver á México. Determinaron hablar de nuevo á Carmen, pero no quiso hacerlo personalmente Don Pedro, por no rebajar su dignidad; estaba dispuesto á perdonar á la arrepentida, pero no á suplicar ni siquiera á insinuarla que se arrepintiera; así es que fué Doña Manuela la encargada de ver á Carmen.

Estaba la joven entretenida en bordar sobre un lienzo de seda, cuando, con gran sorpresa por su parte, vió entrar á su tía.

—He venido, hija mía,—la dijo Doña Manuela,—á participarte una grata noti-

cia: afligida como he estado durante todo este tiempo en que Pedro ha creído necesario que no salieras de tu recámara, no he perdido oportunidad de suplicarle que te perdone, y por fin hoy, con motivo de las buenas noticias que se han recibido, y aprovechando el buen humor de Pedro, he conseguido que consienta en que vuelvas á ser lo que siempre has sido para nosotros y se acabe este encierro, que tanto nos ha mortificado á todos.

—¡Qué buena es usted, tía! ¡Cuánto le agradezco lo que ha hecho por mí! Verá usted qué buena voy á ser, y cómo les pago á ustedes con mi cariño el interés que toman por mí.

—Así lo creo, hijita, así lo creo, y así se lo he asegurado á Pedro: no era posible que la hija de mi hermana se portara mal con nosotros. Conque voy á dar á Pedro la buena noticia de que tú estás arrepentida de tu obstinación y dispuesta á obedecerlo en todo cuanto mande, como jefe que es de la familia.

Estas últimas palabras hicieron comprender á Carmen que no la perdonaba su tío sino á condición de que rompiera sus relaciones con Gabriel. Desapareció del rostro de la joven la expresión de alegría que lo había iluminado, para ser

substituído con la de una amarga tristeza, mezclada con destellos de energía que, como fugaces relámpagos, pasaban por sus hermosos ojos.

—Si la condición para que termine mi encierro,—dijo con voz tranquila, pero firme,—es que olvide yo á Gabriel, contestaré á usted ahora lo mismo que dije á mi tío: es imposible; mi amor no se acabará más que con mi vida.

Doña Manuela no esperaba esta resistencia; la buena señora no podía comprender que el amor llegara á semejante extremo; para ella el amor no había pasado de una afección muy semejante á la que tuvo por su aya cuando era niña, afección robustecida después por la costumbre de ver en Don Pedro un sér superior, árbitro soberano de cuanto había y se hacía en la casa. La resistencia de Carmen la indignó, hasta donde era capaz de indignarse Doña Manuela; tentada estuvo de terminar bruscamente la conferéncia y retirarse, pero quiso hacer todavía un esfuerzo para convencer á Carmen y le dijo:

—Eso que tú llamas amor y que no es más que un capricho tuyo, no tiene ya objeto; has de saber que los franceses han entrado en Puebla, han matado á todos los demagogos que estaban

allí, y entre ellos ha de haber muerto también ese Gabriel que te ha trastornado la cabeza con sus cuentos, y á todos nos ha causado tantos disgustos. Los franceses no dilatan en llegar á esta ciudad; va á venir un Emperador y volveremos á tener Corte, como en tiempo de los Virreyes, y habrá fiestas á las que solamente concurrirán las personas de la alta sociedad, entre las que tenemos el orgullo de contarnos; allí, allí es donde te buscaremos una persona formal con quien casarte, y no con un cualquiera como ese Gabriel, que aunque haya escapado en Puebla, no podrá nunca acercarse á los personajes de la Corte.

La noticia de la toma de Puebla causó á Carmen una penosa impresión; era posible que Gabriel hubiera muerto, como decía Doña Manuela, y este pensamiento llenó de lágrimas los ojos de la atribulada joven, pero reponiéndose en el acto, contestó:

—Si Gabriel ha muerto, su memoria vivirá en mí, mi corazón está cerrado para otro amor; vivo ó muerto lo amo y lo amaré siempre.

—Bien dice Pedro, que eres la mujer más terca y más caprichosa; ya eso no es una locura de muchacha insubstancial, sino una rebelión contra nosotros. Puede

más en tí un desconocido, el primer atrevido que se te presentó, que tus tíos, á los que debes todo, aunque esté mal el decirlo; nosotros te recogimos cuando quedaste huérfana, te hemos educado en los buenos principios, y lejos de agradecer lo que por tí hemos hecho, nos pagas introduciendo la división en esta casa.

—Yo agradezco á ustedes mucho todo lo que han hecho por mí, reconozco todos sus beneficios y deseo que llegue una ocasión en la que pueda probarles mi cariño y mi gratitud; pero no puedo arrancar de mi corazón un amor que forma parte de mi sér, que es mi vida, que llena de luz mis pensamientos y de ternura mi alma.

—Si tu novio fuera decente, todo se compondría con dejarte hacer tu voluntad y quitarnos nosotros la responsabilidad; pero no es posible que te dejemos casar con ese hombre; sería la perpetua deshonra de toda la familia.

—No conoce usted á Gabriel y por eso habla así; es el hombre más bueno y más noble que puede haber.

—Aunque así fuera, basta con que sea soldado de Juárez para que nunca consintamos en que pertenezca á nuestra familia; afortunadamente ya estará disponiéndose el indio Don Benito con todos

los suyos á huír de aquí por miedo á los franceses. Dios lo lleve por buen camino y no nos lo vuelva á traer.... ¿Qué resuelves por fin?

—Que estoy dispuesta á obedecer á ustedes en todo, menos en olvidar á Gabriel.

—Pues, hija, lo siento mucho, pero creo que Pedro no se ha de conformar con eso, y, sabe Dios las providencias que tomará para hacerse obedecer.

—A todo estoy dispuesta.

—Pues que Dios te ayude.

Salió Doña Manuela dejando á Carmen sumida en la mayor aflicción por las noticias que le había dado.

Don Pedro, de acuerdo con su esposa, resolvió meter á Carmen en un convento luego que, con la llegada d franceses, terminara la exclaustración de las monjas decretada por el Gobierno de Don Benito Juárez el 26 de Febrero de aquel año de 1863.

—Es de todo punto necesario,—se decía en aquella noche Carmen,—que mi carta llegue á poder de Gabriel, si es que vive.

Al día siguiente era domingo, y al salir á misa, llevó consigo Carmen la carta que había estado escribiendo y á la que

puso este sobre: "Para entregar al señor Capitán Gabriel Solís."

Gabriel había llegado á México la noche anterior y estuvo rondando por la casa de Don Pedro, sin conseguir ver á Carmen; como tenía servicios urgentes que cumplir, no le era posible estacionarse en los alrededores de la casa, pero dió el encargo de hacerlo á su asistente Germán, mozo de todas las confianzas de Gabriel, muy listo y que conocía á Carmen. Cuando salió ésta á misa, la vió Germán y la siguió, con intención de acercarse á ella en una oportunidad, y decirla que estaba Gabriel en México; pero llegaron á la iglesia, y el ama de llaves de un lado y del otro la vieja criada, no se habían separado un momento de Carmen ni dejaban que nadie pasara junto á ella. Esperó Germán pacientemente la salida de la iglesia, y tuvo la suerte de que, si el ama de llaves no se fijó en él, á Carmen le llamó la atención aquel soldado que las había seguido y esperado á la salida de misa, le inspiró confianza la fisonomía de Germán, que revelaba franqueza y honradez, al mismo tiempo que cierta picaresca malicia, y resolvió confiar á él su carta; para esto, apresuró el paso, y cuando más de prisa iban, fingió que tropezaba, con lo que consi-

guió quedar un poco atrás de sus compañeras, y en ese momento arrojó la carta en la dirección en que iba Germán. De nada se apercibió la ama de llaves; pero el asistente lo advirtió todo y se apresuró á recoger el papel, desapareciendo en el acto.

—Quiera Dios,—pensó Carmen,—que mi carta llegue á su destino.

Luego que Gabriel recibió la carta de Carmen y supo la situación en que estaba la joven, comprendió que serían inútiles cuantos esfuerzos hiciera para verla, tanto más, cuanto que tenía que ausentarse de México dentro de dos ó tres días, incorporado á la División que marchaba para San Luis Potosí, escoltando al Presidente de la República.

La víspera de que saliera de México, llamó á Germán y le dijo:

—He obtenido permiso para que te quedes en esta capital, en observación del enemigo. Luego que abandonemos la ciudad procura entrar en la casa de Don Pedro Orozco, en calidad de criado; una vez allí, buscas la manera de ver á la señorita Carmen, y la dices todo cuanto nos ha pasado, que no tenga cuidado por mí, que la escribiré siempre que pueda y que espero que volveremos muy pronto á vernos; entrégale esta carta, pero

ten mucho cuidado de que no vaya á dar en manos de Don Pedro, pues sabrían quién eres y te tratarían como espía. Cuando los franceses ocupen la ciudad, procura informarte de su número, adquiere cuantas noticias nos puedan ser útiles y vete á reunir conmigo en San Luis, ó en el lugar en que se establezca el Gobierno.

—Está bien, mi Capitán,—contestó el asistente,—haré todo lo que se me encarga.

En la noche del 31 de Mayo salió de México Don Benito Juárez, con rumbo á San Luis Potosí; pero no salió arrojado del poder, sino llevándolo consigo, y acompañado de los Ministros y de gran número de Diputados y empleados públicos.

Se había dicho, y parece que tal había sido la intención del Gobierno, que se defendería la capital de la República; esta era la creencia general, tanto que muchas personas no siguieron á Don Benito Juárez, por no haber sabido á tiempo la determinación de desocupar la ciudad.

En México había, como antes hemos dicho, doce mil hombres, que fácilmente se podrían haber hecho subir á diez y ocho ó veinte mil, número suficiente para defender la capital durante mucho

tiempo. En el año de 47 se hizo la defensa con muchos menos elementos y contra un enemigo que no había tropezado en su camino más que con la resistencia que se le opuso en Veracruz, que si fué heróica por parte de los sitiados, no costó á los sitiadores más trabajo que el de disparar una lluvia de proyectiles á distancia en que no podían ser ofendidos por los cañones de la Plaza; y con el ejército que destruyó casi instantáneamente en Cerro Gordo; mientras que los franceses llegaban á México cansados por un largo sitio, en el que habían dado sangrientos asaltos, muchos de ellos rechazados con graves pérdidas, en el que habían gastado sus energías y que no significaba para ellos una verdadera victoria.

En el año de 47, una serie de circunstancias accidentales, acaso de errores involuntarios, y de desgracias muy difíciles de prever, dieron el triunfo á los americanos. Sin la desobediencia del General Valencia y sin los celos de Santa-Anna, no contaríamos la derrota de Padierna; si hubiera habido municiones en Churubusco, se habría podido prolongar la defensa del histórico convento hasta la llegada de auxilios eficaces, y no lo habrían tomado los enemigos; y sin la

fatal equivocación del General Vizcaíno, que hizo cambiar á Santa-Anna su plan de batalla y llevar sus tropas al otro extremo de la ciudad, se habría obtenido indudablemente un gran triunfo en el Molino del Rey y no se habría perdido el castillo de Chapultepec; todavía si el General Alvarez carga con la caballería cuando Echegaray al frente del tercer ligero, hizo huír á los invasores y les arrebató su artillería, el descalabro del Molino del Rey se habría convertido en una espléndida victoria.

No era de temer que en el año de 63 se repitiera esa cadena de circunstancias inexplicables y desgraciadas; la defensa de la capital se imponía, aunque no fuera más que para dar tiempo á que se reunieran numerosas fuerzas de auxilio en los Estados del Interior.

El personal del Gobierno debió ponerse en salvo, como lo hizo, para evitar el caer en poder del enemigo y para conservar el centro de unión y la fuerza moral de los republicanos; pero no debió desguarnecer la capital, sino encomendar su defensa á la división de doce mil hombres que allí tenía y que se diseminó por varios puntos al llegar á San Luis el Presidente de la República.

La defensa de México habría levanta-

do el espíritu público, decaído en parte por la toma de Puebla, y habría debilitado á los franceses al grado de no poder proseguir la campaña del Interior sin nuevos refuerzos de tropas, que acaso no habría podido enviar Napoleón III, en vista de la impopularidad que en Francia tenía la guerra de México.

Razones desconocidas tal vez el temor de que se desconociera su autoridad si no llevaba fuerza para sostenerla, hicieron que Don Benito Juárez renunciara el propósito de defender la capital, de la que se apoderaron los franceses sin disparar un tiro.



CAPITULO VIII.

Cómo burló Germán la vigilancia de la ama de llaves y cómo terminó la comisión de doña Catarina.

Al día siguiente de haber salido Juárez de la capital, se pronunciaron en favor de la Intervención francesa el General Don Bruno Aguilar, nuestro conocido el General Pedroza y otros muchos jefes y oficiales pertenecientes al partido conservador, que vivían en la ciudad. Fué nombrado el General Don Mariano Salas, Jefe Político y Militar, y de hecho quedaron derogadas todas las leyes de Reforma promulgadas por el Gobierno de Juárez. Comenzaba lo que se llamó "El Segundo Imperio," al que puso término la capitulación celebrada entre los Generales Tavera y Porfirio Díaz, el jueves veinte de Junio de 1867.

Germán, el asistente del Capitán Gabriel Solís, buscaba la manera de introducirse en la casa de Don Pedro; había observado que el cochero entraba todos los días á determinada hora en una tienda cercana, donde se expendían licores, tomaba una copa, charlaba un rato con el dependiente que se la servía, y se retiraba. Germán comenzó á frecuentar la tienda, procurando que le sirviera el mismo dependiente que al cochero, pero cuidando de ir cuando éste había ya salido.

No tardó en relacionarse con el dependiente, al que hizo el encargo de que le avisara cuando supiera de alguna casa decente en la que necesitaran criado.

Un día entró en la tienda antes de la hora en que solía ir el cochero.

—¿Qué milagro que viene hoy tan temprano?—le dijo el dependiente.

—Milagro, amigo, pero ya me aburro de no tener ni con quién hablar; como no soy de aquí, no tengo ningún conocido?

—¿Ya le sirvo el tequilita?

—Si me hace el favor.

En estos momentos entró el cochero; el dependiente sirvió al mismo tiempo las dos copas.

—¿Pues de dónde es usted?—preguntó á Germán el dependiente.

—Yo soy de Tlaxcala; era carrero en la hacienda de Santa Marta cuando me cogieron de leva y me tuvieron en San Martín Texmelúcan, hasta que me pude desertar y me vine para acá.

El cochero había tomado su copa, iba á pagar, y á una seña que hizo Germán al dependiente, dijo éste:

—Ya está pagada.

—Y la repetición también, si me hace este amigo el favor de que tomemos otra á su salud,—dijo Germán.

Dió las gracias el cochero, tomó la segunda copa y se despidió.

—¿Quién es este amigo?—preguntó Germán al dependiente.

—Es el cochero de la casa de Don Pedro Orozco, un señor muy rico que vive en la esquina de la otra calle; se llama Juan.

—¡Dichoso él que tiene tan buen destino! Yo no sé qué haré si no consigo uno antes de que se me acaben los "tlaquitos" que traje de mi tierra.

—Puede ser que él sepa de algún destino. encárgueselo mañana que venga.

—¿Qué, viene todos los días?

—Todos, á las doce en punto, porque á esa hora nunca sale el coche.

Germán llegó á la tienda al otro día, poco antes que el cochero, se saludaron,

tomaron las copas, que en esta vez pagó el segundo, y quedó en el encargo de buscar colocación para Germán.

Así pasaron otros tres días; entretanto, había sido ocupada por los franceses la capital de México; el día 7 de aquel mes de Junio entró la vanguardia mandada por el General Bazaine y el día 10 hizo su entrada solemne Forey, acompañado de los Generales Almonte, Márquez, Andrade, Zires y las tropas mexicanas que se habían unido á los franceses.

Con motivo de estos acontecimientos políticos y del gran quehacer que vino á los conservadores en aquellos días para dar forma viable al proyecto de monarquía, se había aumentado en gran manera el trabajo de todos los criados de la casa de D. Pedro, especialmente el cochero que no tenía momento de descanso, todo era ir y venir de una parte á otra, por lo que un día dijo á Germán, después que hubieron tomado la copa de costumbre:

—Oiga, amigo, mientras encuentra colocación, ¿no quiere ayudarme unos días en el trabajo de la casa del amo?

—Pues cómo no, si á eso estamos. ¿Qué tengo que hacer?

—Pues mire, ayudarme á limpiar las

caballerizas, los caballos, el coche, las guarniciones; en fin, ¿qué se entiende ayudar en el trabajo? Yo le daré la comida y dormirá en mi cuarto, diré que es un pariente mío que me vino á visitar, y hasta puede que se quede colocado en la casa si al amo le parece bien su trabajo.

—Si no es más que eso lo que hay que hacer, estoy dispuesto á ayudarlo; todo eso del trato de los animales lo sé muy bien, porque era yo carrero en la hacienda de mi amo.

—Entonces, véngase ya conmigo desde ahora.

—Vamos, luego me daré un lugarcito para avisar en la casa donde estoy alojado que me guarden mis trapos mientras vuelvo.

Desde aquel día quedó instalado Germán en el cuarto del cochero; había entrado en la casa de Don Pedro, pero no había adelantado gran cosa, porque ni conocía el interior de las habitaciones, ni sabía dónde estaba Carmen, ni era probable que pudiera hablarla; sin embargo, procuró ponerse á su paso en el patio de la casa, el primer domingo que salió á misa, acompañada de la ama de llaves; lo vió Carmen y conoció al que había recogido la carta que escribió á Gabriel;

ya esto fué un consuelo para la pobre joven, pues instintivamente comprendió que aquel soldado estaba allí por encargo de Gabriel.

Germán siguió á Carmen, entró en la iglesia, oyó la misa arrodillado muy cerca de la ama de llaves, procurando llamar la atención de ésta · se levantó cuando lo hicieron Carmen y sus compañeras y las siguió á muy pocos pasos de distancia. Todo esto fué notado por Doña Catarina, y como no sabía que Germán estuviera empleado en la casa, creyó que era un enviado de Gabriel para ponerse en relaciones con Carmen, y se propuso dar parte á Don Pedro, de que había un hombre que las seguía en la calle; pero cuando al llegar á la casa vió entrar en ella á Germán, dejó que la otra criada subiera con Carmen y dijo á aquel hombre desconocido:

—¿Quién es usted, y qué viene á hacer á esta casa?

Germán se quitó el sombrero y contestó muy humildemente:

—Estoy de ayudante del señor Juan en las caballerizas; ví que la señora salía á misa y quise acompañarla por si algo se le ofrecía.

Doña Catarina se sintió grandemente halagada con que aquel hombre la con-

fundiera con la señora de la casa; desde este momento, Germán se captó por completo las simpatías de la ama de llaves.

—Y ahora que puedo hablar á su merced,—continuó diciendo Germán,—aprovecharé la ocasión para pedirle que me deje colocado en la casa porque no más estoy ayudando al señor Juan por la comida que me da.

—No soy yo la ama de la casa, pero tomaré informes de usted y lo recomendaré. ¿Dónde ha estado sirviendo?

—Aquí, en ninguna parte porque ni conozco esta ciudad; yo estaba de carrero en la hacienda de Santa Marta cuando me cogieron de leva, pero me pude desertar en San Martín y me vine para acá, porque por todo el rumbo de Tlaxcala están las partidas de Carbajal y me hubieran vuelto á coger.

—Está bien; yo hablaré ahora sobre eso con el señor Don Pedro.

Tan buena maña se dió Germán en hacer la corte á la ama de llaves, que no sólo consiguió ser admitido en la servidumbre de la casa, sino que á los pocos días llegó á ser el hombre de confianza de Doña Catarina.

—Germán,—le dijo ésta un día,—has de saber que tenemos en la casa á una niña, esa que sale conmigo á misa, que

se ha encaprichado en ser novia de un oficial de esos que se fueron huyendo con Juárez.

—¡Jesús, señora, pobre niña! ¡Cómo se conoce que no sabe lo que son esos hombres! ¡que me lo pregunten á mí que los he visto de cerca!

—Por más que hemos hecho, no ha sido posible reducirla á la razón; yo soy la encargada de cuidarla y la responsable de su conducta. De pocos días á esta parte, me parece que ha podido, no sé cómo, burlar mi vigilancia porque antes estaba siempre triste y llorosa, y ahora la veo tranquila y como si hubiera recibido ó estuviera esperando noticias del dichoso novio; pero á mí no me la han de pegar tan fácilmente, porque de algo me han de servir mis años y mi experiencia; por fuera de la casa es por donde temo que algo le venga, y como yo no puedo estar en todo, ni salir á vigilar á los que ronden por aquí, he pensado en tí para darte ese encargo.

—¡Cosa me ha dicho usted! no tenga cuidado, yo le ofrezco que lo que es por fuera de la casa, no llegará nada, ni habrá hombre que se acerque. Desde ahora me encargo de estar á la vigilancia, y le daré á usted parte de cuanto vea.

—¡Eso es! Luego que notes algo sos-

pechoso, me avisas, para que yo sea quien se lo diga á Don Pedro. Si pudiéramos caerle á algún recadito ó carta, esto nos valdría un buen regalo, y Don Pedro tendría mucha más confianza en nosotros.

—Voy á hacer los mayores imposibles porque quede usted contenta de mí, porque yo le tengo á usted mucha ley por haberme destinado en esta casa.

—Bueno, bueno, pues no te descuides, que de mi cuenta corre tu fortuna.

Tres ó cuatro días después de esta conversación, Germán llamó aparte á Doña Catarina y la dijo:

—Ahora sí no me cabe duda de que son ciertos los temores de usted. Salía yo anoche de la tienda de la esquina, donde fuí á comprar aceite para engrasar las guarniciones, cuando oí á dos hombres que hablaban en voz baja en la calle de á la vuelta:

—"Ya estará contento el Capitán,—decía uno,—le dí la carta sin que lo viera la vieja."—Usted perdone

—Sigue, sigue.

—"Le dí la carta al salir de la iglesia cuando me acerqué á pedir limosna"

—"Pues mañana mismo nos vamos, —dijo el otro,—á dar parte al Capitán."

—"¿Y qué sucede con la contestación?"

—"Ya dice la carta que ha de venir á recogerla el asistente del Capitán Gabriel; lo malo es que la niña no lo conoce."

—"Eso ya no es de nuestra incumbencia."

—¡Esos son, esos son los que han traído la carta!—exclamó Doña Catarina,—no me cabe duda, porque no hemos podido averiguar el apellido, pero sabemos que el novio se llama Gabriel. ¡Qué infamia! ¡Cómo se han burlado de mí! Lo que yo siento es que no pueda caerle á la contestación, porque de seguro que ha de contestar. Y donde Don Pedro llegue á saber que hay esta correspondencia, es capaz de correrme de la casa!

—¡Y á mí también, que soy el protegido de usted! ¿Y qué hago entonces sin destino y sin poder volverme á mi tierra, que está llena de bandidos?

—Ya ves que á los dos nos interesa mucho apoderarnos de alguna de esas cartas.

—¿Sabe usted? Me ocurre un medio.

—¡A ver, á ver!

—Haga usted como que se descuida y deja que yo la hable á esa niña; la hago creer que yo soy el asistente del Capitán Gabriel, que estoy aquí para recoger la contestación de la carta que le entrega-

ron al salir de la iglesia, y cuando me la dé se la entrego á usted.

—No me parece mal ideado,—dijo Doña Catarina, que ni por un momento sospechó que Germán la engañara, y, sobre todo, que era capaz de asirse á una áscua ardiendo por tal de vengarse de la burla que suponía la habían hecho.—Mañana á las cinco de la tarde,—continuó diciendo,—mientras los señores van al paseo, sube y yo haré que puedas entrar en la pieza de la señorita Carmen; pero es necesario que seas muy astuto, no vaya á ser que conozca el plan y entonces se cuidará más.

—No tenga usted cuidado, verá qué bien la enredo.

Tal como lo habían convenido, así se hizo al siguiente día. Doña Catarina quedó cuidando la casa mientras la familia de Don Pedro iba al paseo; luego que salió el coche, subió Germán y le dijo la ama de llaves:

—Mira, voy á entrar en la pieza de la señorita Carmen, sígueme, al rato de estar allí, haces que llegas y me dices desde afuera que han llegado unas visitas que están esperando en la sala, yo salgo violentamente y finjo que se me olvida cerrar la puerta; entonces entras tú; yo

tendré cuidado de no volver hasta que tú hayas salido.

Doña Catarina entró en la recámara de Carmen, tomó asiento cerca de una ventana con reja que daba para el segundo patio de la casa, y comenzó á leer un libro de devoción.

—¡Señora, señora!—dijo poco después Germán, desde la otra pieza

—¿Qué se ofrece?—contestó Doña Catarina, aparentando disgusto.

—Unas señoras están en la sala y preguntan por los amos.

—¡Y este torpe no les ha dicho que han salido! Sea por Dios, tendré que ir yo á decirlo; si estos criados no sirven para nada.

Dejó el libro abierto y salió violentamente dejando la puerta abierta, como habían convenido.

Entró Germán y dijo en voz baja á Carmen:

—Por Dios, señorita, no dé usted señales de que me conoce, porque Doña Catarina va á volver para escuchar nuestra conversación; tome usted,—y le entregó la carta de Gabriel;—la contestación déjemela usted en la iglesia al salir de misa en el lugar en que se arrodilla. Doña Catarina me ha facilitado la entrada para que engañe á usted y le en-

tregue la carta que usted escriba, pero ¡buen chasco se va á llevar! He estado buscando,—continuó en voz alta,—una ocasión para hablar con usted y hasta hoy no la he podido encontrar. Contéstele usted á mi Capitán, yo volveré por la carta, ó me la da usted en la calle, pero lo más pronto que se pueda, porque tengo que volver al servicio.

El ama de llaves que se había alejado haciendo ruído para que nada sospechara Carmen, volvió silenciosamente y escuchó las últimas palabras de Germán. Este se retiró y poco después entró Doña Catarina.

—Muy bien lo hiciste,—dijo después á Germán,—creo que ha quedado convencida de que vienes de parte del novio.

—Parece que no ha desconfiado; ahora es preciso que la deje usted que escriba todo cuanto quiera para que pronto nos entregue la carta.

Gracias á esto, tuvo Carmen tiempo para contestar á Gabriel. "Seguramente," —le decía en su carta,—"no tardará mi tío en hacerme entrar en un convento, pero nada es capaz de doblegarme; permaneceré encerrada muchos años, pero el día en que tú vuelvas, encontrarás á tu Carmen tan enamorada como ahora; tal vez no te pueda avisar en qué conven-

lo esté, búscame. Si te dicen que he profesado de monja, no lo creas; si te aseguran que te he olvidado, diles que mienten y no des crédito á la noticia de mi muerte, sino cuando veas mi sepulcro. Todo lo intentarán para separarnos, pero todo será inútil."

Otras muchas cosas decía la carta, en la que desahogó Carmen su atribulado corazón.

Todos los días festivos iba Germán á la misa que Doña Catarina, y observaba atentamente los movimientos de Carmen para ver si le dejaba caer la carta, hasta que en uno de esos días la dejó dentro del devocionario en el lugar en que estaba arrodillada. Doña Catarina lo notó, é iba á recoger el libro, cuando Germán, que adivinó su intención, lo tomó violentamente.

No se dió por entendida la ama de llaves, segura como estaba, de que Germán le entregaría el libro y la carta, que sin duda estaba dentro. Pero antes de llegar á la casa desapareció Germán, y se pasó toda la mañana sin que lo viera Doña Catarina, que ya comenzaba á sospechar que había sido víctima de una sangrienta burla. Varias veces mandó llamar á Germán y siempre la dieron la misma respuesta: que desde las cinco de la mañana

que había salido, no se le había vuelto á ver en la casa. Al caer la tarde, un cargador llevó una carta para Doña Catarina; cuando ésta la leyó, estuvo á punto de sufrir un ataque de nervios. La carta decía así:

"Señora Doña Catarina:—En vez de la carta que pensaba usted enseñar á su amo Don Pedro, y que yo me llevo para entregarla á quien va dirigida, puede usted enseñar ésta. Mucho le agradeceremos siempre mi Capitán y yo, que me haya usted proporcionado la manera de ver á la señorita Carmen; espero pagar algún día este favor ayudando á usted á bien morir; entretanto, no quedo, sino que me voy, siendo su afectísimo servidor.—Germán, el verdadero asistente del Capitán Gabriel."

En el primer momento de cólera, sin reflexionar en lo que hacía, y guiada solamente por el deseo de que se aprehendiera á Germán, llevó la carta á Don Pedro.

—¿Qué significa esto?—dijo cuando la leyó;—¿quién es éste Germán; cómo ha podido ver á mi sobrina; de qué carta se trata?

No sabía qué contestar Doña Catarina, que comprendió la grave falta que

había cometido enseñando á Don Pedro la carta de Germán; pero aquello no tenía remedio y tuvo que contar todo lo que había pasado.

Cuando terminó, la dijo Don Pedro:

—No sirve usted para nada, y además, ha desobedecido usted mis órdenes terminantes, de que nadie entrara en la pieza de mi sobrina. Que liquide á usted su cuenta el mayordomo, y hoy mismo sale usted de esta casa.

Lloró Doña Catarina, suplicó, hizo valer los años que llevaba de estar en la casa, sus buenos servicios anteriores y el gran cariño que profesaba á la familia, pero todo fué inútil; Don Pedro era inflexible, y la ama de llaves, que lo conocía muy bien, quedó convencida de que su desgracia era irremediable. Entonces ocurrió lo que era natural en una persona como la ama de llaves, se propuso ayudar á Carmen y contrariar los planes de Don Pedro. Se fué al cuarto de Carmen, la contó todo lo que había pasado, la pidió perdón por los malos ratos que la había ocasionado y la ofreció ayudarla en cuanto pudiera.

Carmen la perdonó desde luego, la compadeció y la dijo que el único servicio que esperaba de ella era que averi-

guara á qué convento la llevaba Don Pedro y procurara decírselo al Capitán Gabriel Solís. Así prometió hacerlo Doña Catarina, y salió de aquella casa, firmemente resuelta á ayudar á los dos [illegible]tes.



CAPITULO IX.

Aurora del Imperio y sacrificio de Carmen

Cuando llegó á Orizaba el General Forey, en Septiembre del año de 62, uno de sus primeros actos fué desconocer la autoridad de Almonte como Jefe supremo de la Nación, investidura que había tomado en virtud del Plan proclamado en Córdoba por el General Taboada. No existía, en consecuencia, ni aquella sombra de autoridad conservadora, por lo que, al entrar en México los franceses, se dieron prisa en establecer un simulacro de Gobierno, que sirviera para proclamar cuanto antes la Monarquía, y á este efecto, previo un decreto de Forey que así lo mandaba, se instaló el 21 de Junio de 63 una Junta de treinta y cinco individuos, de lo más granado y conspí-

cuo del partido conservador; esta Junta nombró tres Regentes y convocó, más bien dicho, designó á los doscientos y tantos miembros que formaron la Asamblea de Notables encargada de dictaminar acerca de la forma de Gobierno que convenía á la Nación. Entre estos Notables no podía menos de figurar Don Pedro Orozco, y si no ocupó uno de los Ministerios creados por la Regencia, fué porque lo rehusó con celebrada modestia.

La era del nuevo orden de cosas se inauguraba bajo los más risueños auspicios; nadie se acordaba del Gobierno que Juárez tenía establecido en San Luis Potosí, y la verdad es que la capital presentaba un seductor aire de fiesta. Por todas partes se veían brillantes uniformes franceses y mexicanos; comenzaban algunos ricos á usar carruajes con lacayos de librea; junto á la sotana entallada, ceñida con ancha banda de seda, y el sombrero de tres picos de los abates franceses que habían venido con el ejército, se veían el amplio manteo y el gran sombrero acanoado de nuestros clérigos, los hábitos blancos y negros de los dominicos, los azules ó pardos de los franciscanos, los blancos crema de los mercedarios y los café y blanco de los carmeli-

tas; pues aunque no habían sido derogadas las leyes de Reforma, de hecho no se consideraban ya vigentes en materia de indumentaria.

Los oficiales y jefes franceses (muy bien educados por regla general), eran recibidos con aprecio y hasta solicitados en las más aristocráticas reuniones; el idioma francés estaba de moda, y era el sumum de la elegancia pasear en compañía de un oficial francés, ó tomar con ellos una copa en una pastelería, no obstante que, en aquella época, no se había desarrollado en todo su esplendor el lucrativo comercio de las cantinas, ni había llegado á ser una ciencia la confección de brebajes embriagantes, ni era de mal tono el ignorar los nombres exóticos de la variada colección de bebidas compuestas que hoy se estilan.

Alberto y Rafael, acompañados de Julio, el hijo de Don Pedro llegaron á México pocos días después de la entrada de los franceses. Julio era un joven de veintiún años, de escaso talento y de menos instrucción, pero muy pagado de sí mismo, orgulloso como su padre, y de un refinado egoísmo, disimulado por las buenas formas de una educación insubstancial en el fondo, pero revestida de cierto barniz que la hacía parecer brillante.

Regresaba Julio á México llamado por su padre, que deseaba tenerlo á su lado para hacerlo entrar en la política, y prepararle un importante puesto en la diplomacia, que era la carrera que había elegido para su hijo. Muy poco importaban á Julio los asuntos políticos de su Patria, pero le seducía la idea de tomar parte activa en las fiestas y diversiones de una Corte rica y un tanto democrática, como seguramente sería la de los Emperadores de México.

Se alegró mucho Julio de encontrar en Orizaba á Alberto y á Rafael, antiguos amigos suyos, y celebró las aventuras que habían corrido en su atrevido viaje.

—No esperaba yo,—les dijo,—encontrar en ustedes tan decididos partidarios de la Intervención francesa.

—Te aseguro,—contestó Alberto,—que hemos sido héroes por fuerza.

—De todos modos ya verán ustedes cómo premian los amigos de mi padre el importante servicio que les hicieron, concediéndoles una cruz ó medalla conmemorativa, ó por lo menos presentándolos al futuro Emperador para que formen parte de sus guardias de Corps. Les envidio la suerte que van á tener.

—Déjate de burlas y vamos á preparar nuestro inmediato regreso á México.

Llegaron los jóvenes á la capital cuando estaba para verificarse en el Teatro Nacional, el gran baile con que se celebró la Intervención francesa. Las buenas gentes de aquellos tiempos creían que con haber entrado los franceses en México, estaban ya realizados irrevocablemente los proyectos y propósitos de los intervencionistas, y que nada quedaba por hacer, más que ocupar en son de triunfo todas las ciudades y pueblos de la República.

Cuando Julio llegó á su casa, preguntó por Carmen, y Don Pedro le dijo:

—No me hables de esa muchacha, que nos ha dado muy serios disgustos.

—¿Pues qué ha hecho?

—Figúrate,—dijo Doña Manuela,—que se ha ido á enamorar de un soldado de esos que estaban aquí con los liberales!

—¿Y se casó con él?

—¡Lucidos hubiéramos quedado! Por fortuna, descubrimos á tiempo esos enredos, y hemos evitado que sigan adelante.

—Pero, á todo esto, no me han dicho ustedes dónde está mi prima.

—Está en esta casa, pero con prohibición de salir de su recámara. He prohibido también que la vean las personas de la casa, con excepción de Doña Catarina, la ama de llaves

—Pues yo, en lugar de ustedes, no me habría tomado tanto trabajo para cuidar á Carmen, sino que sencillamente la dejo casar con el novio; á la hora de ésta, ya estarían muy lejos, para nunca más volver, y nosotros libres de estos cuidados.

—Eso hubiera estado bien si no fuera Carmen parienta nuestra tan cercana; pero siendo quien es, semejante matrimonio hubiera sido una deshonra para nuestra casa. Afortunadamente, no se han casado, ni se casarán mientras yo viva.

Julio no insistió en ver á Carmen, ni casi volvió á acordarse de ella, después de esta conversación.

Alberto y Rafael se presentaron en la cosa de Don Pedro y fueron muy bien acogidos por éste y por toda la familia, que se deshizo en elogios alabando el valor desplegado por los dos jóvenes en la peligrosa comisión que habían desempeñado.

A Rafael llamó la atención no ver á Carmen y preguntó por ella, contestándole Doña Manuela que había ido á pasar unos días en la hacienda de unos parientes de su padre.

Alberto, cada día más enamorado de Enriqueta, estaba resuelto á pedirla en matrimonio y realizar éste desde luego

para hacerlo, consultó con la joven, pero ésta, que deseaba tomar parte todavía con su carácter de soltera en las grandes fiestas que ya se anunciaban para cuando entrara el Emperador á México, le contestó que esperara un poco de tiempo, con lo que tuvo que conformarse Alberto.

El 29 de Junio, se dió en el gran Teatro Nacional el famoso baile con que el partido conservador imperialista celebraba la llegada de los franceses. Una vez terminado el rigodón de honor, bailado por lo que de más anciano había entre los concurrentes, el salón tomó el aspecto de una verdadera fiesta. Las damas de la aristocracia mexicana lucían riquísimos trajes y soberbios aderezos de brillantes; las jóvenes estaban encantadoras con sus gracias naturales, realzadas aquella noche con la elegancia de sus vestidos, las flores que las adornaban según la moda de entonces y la alegría que brillaba en sus ojos Los jóvenes mexicanos, que en su mayor parte no se daban cuenta exacta de lo que habían venido á hacer en México los franceses, y se conformaban con la explicación de que únicamente estaban aquí por hacernos bien y buena obra, se entregaban al placer del baile con el propio abandono

que sus hermosas compañeras, excepto alguno que otro menos insubstancial, como nuestros amigos Rafael y Alberto, que, aunque vagamente, presentían que del regocijo de la capital no participaba el resto de la República y que los bailes y las fiestas de la Regencia eran el preludio de una guerra sangrienta y dilatada.

Los que estaban verdaderamente hechizados, eran los oficiales franceses, que formaban la mayoría de los concurrentes del sexo masculino; encontraban adorables á las mexicanas, elegantes como unas parisienses y perfectamente educadas; la galantería francesa se adunaba perfectamente con la alegría de buen tono y la chispeante conversación de las jóvenes mexicanas, que sostenían diálogos en francés con la misma graciosa impropiedad con que eran contestados en español.

No era Enriqueta Orozco de las que menos se divertían; al contrario, por su induscutible hermosura, su gracia natural, su irreprochable escuela de baile y la riqueza de su traje, era una de las más solicitadas, y aunque con Alberto bailó dos piezas, no pudo concederle otra por tener comprometidas las demás, y la mayor parte de ellas con un apuesto Co-

mandante de Cazadores de Africa, que lucía en su elegante uniforme la cruz de oficial de la Legión de Honor y las medallas de Italia y de Crimea. Tenía el Comandante un noble y antiguo apellido, se llamaba el Marqués de Forwal; era rico, según se decía, soltero, joven y de arrogante figura.

Aunque no era celoso Alberto, no le hacía gracia la insistencia del Comandante francés en bailar con Enriqueta; pero como no lo podía evitar, ni se hubiera permitido hacer sobre esto ninguna observación á Enriqueta, tanto por no ofenderla, cuanto porque en realidad no había motivo para ello, disimuló su disgusto y procuró á su vez divertirse lo más que pudiera.

Rafael, que desde la noche en que descubrió casualmente que Carmen tenía relaciones amorosas con un desconocido, había procurado olvidar la naciente pasión que aquella joven le había inspirado, tomaba parte en la alegría general, aunque resintiéndose en parte por la tristeza que deja siempre en el ánimo una pasión contrariada, por más que no haya tomado todavía incremento.

En cuanto á Julio, se entregaba por completo al placer del momento, sin cui-

darse de otra cosa ni pensar en el porvenir.

Cuando el baile terminó, el amor de Enriqueta á Alberto había disminuído en un veinticinco por ciento, y la joven se decía que era una lástima que su novio no pudiera lucir un brillante uniforme. Alberto, por el contrario, había quedado más prendado de Enriqueta, al verla lucir nuevas gracias y atractivos que no la conocía.

Poco después de aquel baile se verificaron los acontecimientos que determinaron la despedida de Doña Catarina y la resolución de Don Pedro de encerrar á Carmen en un convento. Consultado el caso con Doña Manuela, más que para saber su opinión para que aprobara lo que de todos modos se había de hacer, dió Don Pedro los pasos necesarios para conseguir su objeto, lo que no era difícil, porque había quedado sin efecto la orden de exclaustración, dada por Don Benito Juárez el 26 de Febrero de aquel año, y por las muchas y muy buenas relaciones que tenía Don Pedro. Cuando todo lo tuvo arreglado, sin decir á nadie nada, hizo montar con él en un coche de sitio á Carmen, para que ninguno de los criados supiera dónde la llevaba, y la con-

dujo á la portería del convento de la Concepción. (1).

Cuando llegó Don Pedro, se hizo anunciar, pasó con Carmen al locutorio, donde ya los esperaba la Madre Superiora, y dijo á ésta:

—Reverenda Madre aquí traigo á mi sobrina, de quien hablé á usted. Es huérfana, no tiene bienes de fortuna ni otros parientes cercanos más que mi familia y yo; pero como tendremos tal vez que ausentarnos de esta capital, creo que en ninguna parte la puedo dejar más segura que en esta Santa Casa; si tuviere para ello vocación, yo estoy dispuesto á dar el dote que se necesita para que ingrese en esta santa comunidad.

—Cuánto me alegro, hijita, de que venga con nosotras! Aquí en la casa de Dios, disfrutará de una completa tranquilidad que no puede dar el mundo; verá cómo al poco tiempo conoce que todo en esta vida es vanidad de vanidades, menos la virtud y la penitencia.

---

(1) Este convento no existía ya en aquella época, no obstante que lo hago figurar en la novela; era el más antiguo de México, como que fué fundado en el año de 1530 á costa de un mercader llamado Simón de Haro. Por suprema orden de 18 de Febrero de 1861, se mandó derribar una parte del convento para comunicar el callejón de Dolores con la plazuela de Villamil.

—Yo,—continuó diciendo Don Pedro, —vería con mucho gusto que mi sobrina adquiriera la vocación para el claustro; es, en mi concepto, el mejor partido que puede tomar una niña bien educada, pero que no cuenta con recursos, ni casi con parientes, pues nosotros nos ausentaremos, probablemente, como antes dije á usted.

—Esperamos que Dios iluminará el entendimiento de esta niña, para su mayor bien y para honra y gloria de Dios Nuestro Señor.

—Me despido, Reverenda Madre; esta tarde traerá un mozo la ropa de Carmen, que no tiene que comunicarse con nadie fuera de este convento así es que no debe escribir ni recibir cartas.

—A este respecto, basta con decir que las reglas de esta santa comunidad prohiben toda relación con las personas del siglo, á no ser aquellas que estén expresamente autorizadas por nuestros superiores, y eso bajo la vigilancia de la madre escucha; y en cuanto á recados escritos, ninguno puede entrar ni salir de aquí, si no es por mi conducto y enterándome de su contenido.

—Adiós, Madre, encomiéndenos usted á Dios en sus oraciones.

—Que el Señor acompañe á usted.

—Adiós, Carmen, quiera Dios que la paz y tranquilidad del claustro te infundan las buenas ideas de que tanto necesitas.

Carmen se despidió fríamente de su tío, y cuando éste salió, se abrió la puerta de la doble reja que dividía en dos partes del locutorio; una monja como de 50 años, alta, delgada, de rostro pálido, y demacrado, de severo aspecto dulcemente modificado por la bondadosa expresión de su mirada, entró, y dirigiéndose á Carmen, que estaba llorando silenciosamente, la dijo con cariñoso acento:

—No llores, hija mía; es natural que extrañes á las personas de tu familia, pero aquí encontrarás la paz del alma y los santos consuelos de la religión.

—Yo no quiero ser monja,—dijo Carmen,—no vengo aquí por mi voluntad, sino porque me ha traído mi tío, sin que me haya podido oponer porque estoy sola en el mundo; pero no quiero ser monja,—repitió con mayor energía.

—Nadie profesa en nuestra santa religión sin su voluntad, nadie te obligará á profesar; pero yo tengo que obsequiar los deseos de tu señor tío, que es la persona que te tiene á su cargo. Entras ahora de novicia, si Dios te llama á la vida

del claustro, profesarás á su tiempo; si no, volverás al mundo. Ven, hoy te enseñaré el convento; durante tres días descansarás y te instruirás en nuestras reglas, y el sábado próximo, día destinado á la Santísima Virgen, tomarás el hábito de novicia.

Condujo la Superiora á Carmen al interior del convento, donde la dejaremos por ahora, entregada á sus dolorosos pensamientos.



CAPITULO X

Por qué Alberto y Rafael abrazaron la carrera de las armas

El Comandante Forwal se mostraba cada día más obsequioso con Enriqueta Orozco; había conseguido ser presentado en la casa de Don Pedro, y era el más asiduo concurrente á las tertulias que en ella se verificaban todos los sábados.

Alberto notaba que Enriqueta recibía con marcada complacencia los obsequios del Comandante, que con su coquetería de buen tono lo animaba á continuarlos, y que, á seguir así las cosas, llegaría tal vez á perder el amor de aquella joven, en el que cifraba toda su dicha Resuelto á tener una seria explicación con Enriqueta, se presentó en la casa un sábado, antes de la hora en que solían llegar los habituales contertulios.

Estaba aquella noche Enriqueta vestida con estudiada y seductora sencillez, luciendo por único adorno un pequeño ramo de violetas prendido en el ligero escote del vestido; recorría, sentada frente al piano, unas piezas de música, mientras Don Pedro y su esposa conversaban con una señora anciana que había llegado poco antes que Alberto, quien, después de saludar á los dueños de la casa, se acercó á Enriqueta.

—No te esperaba tan temprano,—dijo ésta.

—Es que ya muy pocas veces puedo hablar contigo, y menos cuando la sala está llena de concurrentes; y tengo tantas cosas que decirte, y tantos deseos de reanudar las conversaciones que antes teníamos casi á solas, que he querido adelantarme para ver si consigo realizar mis deseos.

—Que están ya realizados; podemos hablar todo cuanto queramos, seguros de que nadie nos vendrá á interrumpir.

—¿Sigues amándome con la misma ternura con que me amabas antes?

—¿Esa pregunta envuelve alguna duda?

—Te confieso que sí, y esa duda nace de que he notado en tí un cambio que

me hace pensar que ya tu cariño no es el mismo.

—¡Qué niño eres, Alberto! Notas un cambio en mí y no te das cuenta de que tú también has cambiado notablemente sin que por eso dude yo de tu amor. Es natural que nuestras costumbres se hayan modificado como está modificándose todo en México. Esta vida de fiestas, de agitación, de movimiento, no puede parecerse en nada á la monotonía de hace unos cuantos meses; tenemos nuevos deberes que cumplir, gentes extrañas á quienes obsequiar, y para esto, hay que prescindir un poco de "los de casa." ¿Estás convencido y satisfecho?

—Tienes razón en lo que dices, y, sin embargo, no quedo, como tú dices, "satisfecho."

—¿Pues qué más quieres, susceptible señor?

—Mira, te lo diré claramente: No quisiera que recibieras con tanta confianza á ese Comandante Forwal

—¡Já, ja, ja! ¿Eso es lo que te ha puesto tan serio y te tiene tan preocupado? Debía yo disgustarme seriamente, porque ya sabes que nada me causa tanto horror como los celos, pero quiero ser indulgente contigo; el Comandante Forwal es amigo de nuestra casa no me ne-

garás que es persona perfectamente educada, todo un caballero, y no estaría bien que yo, por contemporizar con tus ridículos celos, que no tienen fundamento alguno, hiciera la incorrección de recibir mal á una persona que visita mi casa. ¡Mira que he descendido hasta darte explicaciones!

—Todo esto tiene un remedio radical: permíteme que hable formalmente con tu padre para fijar la fecha de nuestro matrimonio.

—Tal vez hubiera consentido en ello si por ahí hubieras empezado, pero ahora, en castigo de tus dudas y de tus celos, no te permito que hables todavía de matrimonio.

—Fíjame al menos un plazo.

—Tampoco, porque eso depende de tu conducta futura.

—Dame, en señal de reconciliación, el ramo que tienes prendido en el pecho.

—No, porque me privarías del único adorno que tengo esta noche.

—Adorno que no te hace falta.

—Muchas gracias por la galantería.

En este momento se dirigió hacia ellos el Comandante Forwal, que acababa de entrar en el salón; saludó á Enriqueta y á Alberto, y dijo á la primera:

—¿Recibió usted las piezas de música que me tomé la libertad de enviarle?

—Estaba revisándolas en este momento; mucho agradezco á usted la molestia que se ha tomado escogiéndolas.

—Servir á usted de alguna manera, no es molestia, sino el más grato de los placeres.

Julio y Rafael se acercaron al grupo formado por Enriqueta, Alberto y Forwal.

—¿Saben ustedes—dijo el primero.—que el jueves de la semana que entra tenemos un gran baile en la casa del señor Abascal?

—¿Es cierta la noticia?—preguntó Enriqueta.

—Ciertísima, como que acabo de ver la lista de los invitados, entre los que se encuentran el señor Comandante Forwal, Alberto, Rafael y otras muchas personas conocidas nuestras.

—Supongo que nosotros también seremos de los invitados,—agregó Enriqueta.

—No había yo querido decir que nuestro nombre figura entre los primeros de la lista.

—Eso era natural,—dijo Alberto,—siendo, como son ustedes, tan amigos de la familia Abascal.

—Es una desgracia que la señorita

Carmen no esté aquí en esta temporada, en la que tan brillantes fiestas hemos tenido,—hizo observar Rafael

Estas palabras produjeron un ligero mohín de desagrado en Enriqueta, y visible contrariedad en Julio, lo que fué observado por Alberto.

—Si la señorita Enriqueta fuera tan amable que nos hiciera el favor de cantar alguna cosa, se lo agradeceríamos mucho todos los concurrentes,—dijo Forwal.

—Cantaré por complacer á usted.

Cantó Enriqueta una aria de "Lucía," que fué muy aplaudida, y después se organizó un baile familiar.

Como había sucedido en el Teatro Nacional, la mayor parte de las piezas las bailó Enriqueta con el Comandante, y una sola con Alberto; éste insistió en que le diera Enriqueta el ramito de violetas que llevaba prendido en el pecho, pero no pudo conseguirlo. En una de las veces en que atravesaba Enriqueta el salón, se le desprendió el ramo y cayó al suelo; el Comandante Forwal se apresuró á recogerlo, pero en vez de entregarlo á su dueña, lo conservó en la mano y dijo á Enriqueta, inclinándose respetuosamente:

—¿Me permite usted, señorita, que

conserve este ramo en memoria de las gratas emociones que sentí al oirla cantar?

—Desde que se desprendieron de mí no me pertenecen.

—Yo las guardaré por haber estado ellas cerca de usted, y desde hoy será la violeta mi flor favorita.

Cuando Alberto vió el ramo en poder del Comandante se disgustó profundamente, y se propuso poner término de un modo ú otro á aquella situación, que le hacía desempeñar un papel por demás desairado.

Al salir de la casa de Don Pedro, en compañía de Rafael, recordó lo que había observado cuando éste habló de Carmen, y le dijo:

—¿Qué ha pasado con Carmen que al hablar de ella parece que disgusta á Enriqueta y á Julio?

—Lo que yo sé es lo que tú sabes también, probablemente; que está pasando una temporada en el campo, en la hacienda de unos parientes

—¡Es raro! Nunca había yo oído hablar de semejantes parientes. ¿Qué habrá pasado? Porque no es cosa de que desaparezca así, no más, una joven tan hermosa como Carmen.

—El caso es que tenemos que confor-

marnos con las explicaciones que da la familia.

—Pero, hombre, me admira tu tranquilidad tratándose de una señorita a quien hacías el amor! .

—Ya en otra vez te dije que eso no era exacto.

—Pues por lo menos lo parecía hasta el grado de equivocarme yo, que soy tu amigo más íntimo.

—Te diré, para que te acabes de convencer: ¿Te acuerdas de la noche aquella en que nos dieron la comisión de ir á Orizaba? Pues bien, al llegar esa noche á la casa de Don Pedro, ví á Carmen en el balcón y oí que hablaba con un hombre que se despedía de ella, diciendo que iba á Puebla. Esto me retrajo de hablar de amor á Carmen de quien te confieso que comenzaba á enamorarme.

—Yo no sé por qué, pero veo algo de raro en esta desaparición repentina de Carmen.

—El tiempo nos sacará de dudas, y si te casas próximamente con Enriqueta, no tardaremos mucho en saber la verdad.

—Mi matrimonio no está tan próximo como te lo figuras, y aun pudiera ser que no llegara á realizarse.

—¿Por qué? ¿No estás ciegamente enamorado de Enriqueta?

—Enamorado, sí, pero no tan ciegamente que no vea lo que pasa á mi alrededor.

—¿Qué es ello? Alguna susceptibilidad tuya, seguramente.

—Oye y juzga, tú que puedes hacerlo imparcialmente.

Contó Alberto á Rafael todo lo que le había pasado hasta aquella noche, y terminó diciendo:

—Si Enriqueta no consiente en que hable yo á Don Pedro y se anuncie oficialmente nuestro matrimonio, aun cuando no se realice desde luego estoy resuelto á terminar mis relaciones con ella, por más hondo sentimiento que esto me cause, porque nunca consentiré en hacer á sabiendas un papel, más que ridículo, indigno. Una vez anunciado nuestro matrimonio, ya tendré derecho para poner coto á las galanterías del Comandante francés.

—La conducta de Enriqueta es, en realidad, ligera, pero no pasa los límites de una coquetería de buen tono. A cualquiera persona extraña á quien cuentes lo que acabas de referirme, te dirá que no hay motivo para una ruptura. Pero en las actuales circunstancias, en que los franceses están siendo aquí los niños mimados de nuestras mujeres, en que á tí-

tulo de protectores lo toman todo para ellos y nos ven á los mexicanos como inferiores, á quienes hacen un gran favor tratándolos con orgullosa deferencia. En estas circunstancias en que las veleidosas é insubstanciales mujeres de nuestra "soi disat" aristocracia son las primeras en elevar por las nubes á los franceses y rebajar al último nivel social á los mexicanos, todo lo que me cuentas de Enriqueta reviste, en realidad, excepcional importancia, y haces bien en pretender aclarar la situación.

—Por supuesto que, si rompo mis relaciones con Enriqueta, tendré que romperlas también con la familia.

—Es consecuencia lo uno de lo otro.

Pasó algún tiempo sin que Alberto hubiera podido hablar á solas con Enriqueta el tiempo bastante para tener una seria conferencia. Durante este tiempo, se había hecho del dominio público que el Comandante Marqués de Forwal pretendía á la hermosa y elegante señorita Enriqueta Orozco; todas sus amistades la envidiaban, y aunque el Comandante no había llegado á declararse formalmente, ya Enriqueta recibía felicitaciones por su próximo y brillante matrimonio; ella negaba que existiera compromiso alguno con el Comandante, pero no se atrevía

á decir que con quien tenía relaciones amorosas era con Alberto Garay; había llegado al deplorable extremo de avergonzarse de aquellas relaciones que antes la tenían orgullosa.

Un día pudo por fin Alberto hablar largamente con Enriqueta.

—Corre por todas partes el rumor,—la dijo,—de que tienes relaciones amorosas con el Comandante Forwal; yo sé que eso no es cierto, pero entre las pocas personas que saben nuestras relaciones, y entre la mayor parte de tus amigas, estoy representando el más desairado é indigno papel, el de un hombre que deja que el primer advenedizo le arrebate á su novia. Esta situación no puede prolongarse, es indispensable, para acallar á las gentes murmuradoras, que se anuncie oficialmente nuestro matrimonio, aun cuando no se verifique inmediatamente; así el señor Forwal moderará sus galanterías, dejará de ser tu asiduo compañero en bailes y reuniones, y se verá que todo lo pasado estaba reducido á galanterías sin importancia.

—Voy á hablarte con entera franqueza: Somos tú y yo muy jóvenes, no es tiempo todavía de que contraigamos compromisos serios que nos liguen para to-

da la vida. Yo te quiero mucho, pero me asusta el matrimonio y la pérdida de mi libertad; deja pasar más tiempo y así estaremos los dos enteramente seguros, si llegamos á casarnos, de que ese matrimonio hará la felicidad de nuestra vida.

—Eso, Enriqueta, quiere decir que me he equivocado lastimosamente. Yo creía que me amabas con la misma ardiente pasión que yo sentía; me figuré que habías dado todo tu ardiente y tierno corazón de niña, en cambio del profundo y leal amor del hombre honrado; pero, desgraciadamente, lo que para mí significaba la dicha de toda la vida, para tí no era más que un capricho pasajero. Nuestras relaciones no pueden continuar.

—No me rebajaré al grado de insinuarte siquiera que continúen, ya que tus exageradas apreciaciones te hacen ver las cosas de manera distinta de como las ve todo el mundo.

—Esta es, probablemente, la última vez que nos vemos, porque voy á ausentarme de esta ciudad. Adiós, Enriqueta, que seas tan feliz como yo había soñado serlo.

—Adiós.

Salió Alberto y Enriqueta no pudo menos que sentir un gran vacío en su

derredor; tentada estuvo de llamarlo, de autorizarlo para hablar á Don Pedro del proyectado matrimonio y de reconciliarse con él, porque realmente lo amaba; pero el orgullo por una parte, y por la otra, que á ese su primer amor se sobreponía en aquellos momentos el deseo de satisfacer su vanidad llegando á ser la esposa del Marqués de Forwal, contuvieron los impulsos de su corazón. La llegada de la modista que iba á probarle un vestido, acabó de disipar la nube de tristeza que amenazaba apoderarse del ánimo de Enriqueta.

Alberto estaba firmemente resuelto á ausentarse de la capital, no quería volver á ver á Enriqueta, á la que amaba, á pesar de todo; era seguro que el Comandante Forwal la enamoraría, y seguro también que Enriqueta correspondería á ese amor, aunque no fuera más que por ostentación y por satisfacer su amor propio, y Alberto no quería presenciar el triunfo de su rival.

Algunos días después de su última entrevista con Enriqueta fué en busca de Rafael, le contó lo que había pasado y le dijo:

—No puedo estar por más tiempo en México; necesito emociones fuertes que.

distrayendo mi imaginación, me hagan olvidar el desengaño que he sufrido; para esto, nada más á propósito que la carrera de las armas. Mis antecedentes de familia y mis propias opiniones, impiden que vaya á reunirme con los defensores de Don Benito Juárez, que, por otra parte, han de estar reducidos á la hora de ésta, á gavillas de gente indisciplinada; pero el General Don Leonardo Márquez ha salido con una fuerte división á someter al orden las capitales del Interior, y estoy resuelto á presentármele, hacer con él la camapaña si hay enemigos con quienes combatir, ó permanecer por algún tiempo lejos de México, en alguna lejana capital de provincia. Vengo, pues, á darte parte de mi proyecto y á ver si Diego, que se ha quedado á tu servicio, quiere pasar por algún tiempo al mío.

—No tendrá ningún inconveniente Diego en acompañarte, ni yo me opondré á que vaya; pero lo que tú has pensado hacer lo tengo yo determinado hace ya algunos días, y he dispuesto todo lo necesario para salir. El desengaño que tuve la noche en que comprendí que no podía amarme Carmen, luego su repentina desaparición y ese aire de frialdad con que hablan de ella sus parientes, una especie de presentimiento de que esa her-

mosa joven es una víctima sacrificada al orgullo de la familia de Don Pedro, familia á la que siempre había profesado respetuosa estimación por creerla un dechado de virtudes, y por último, lo que Enriqueta ha hecho contigo, todo eso me ha desencantado de la alta sociedad de esta "Corte," y quiero también, como tú, ir á buscar en otras partes gentes distintas, acaso tan falsas y tan insubstanciales como éstas, pero de las que no tenga uno antecedentes. El ejército mexicano que se va á formar para sostener al futuro Emperador, necesita oficiales salidos de las altas clases sociales, por consiguiente, seremos muy bien recibidos por el General Márquez; la de las armas va á ser una honrosa carrera, vamos á ella en vez de pasear nuestra inutilidad por las calles de Plateros.

—¡Cuánto me alegro de no partir solo! Volveremos á correr aventuras como las de nuestro viaje á Orizaba, pero será por cuenta nuestra y no por la de otros. Yo avisé ya á mi padre, que aprueba mi proyecto, y estoy dispuesto á partir inmediatamente.

—Lo mismo yo, que dejaré una carta para que se la entreguen á mi tío cuando vuelva de su hacienda.

—Cuándo quieres que salgamos?

—Dentro de tres días, si te parece. Me han ofrecido varias personas cartas para el General Márquez, consigue tú algunas otras.

—Así lo haré, y dentro de tres días me tendrás listo para emprender el viaje.



CAPITULO XI

Amparo

En los primeros días del mes de Diciembre de 1863, Alberto, Rafael y su fiel mozo Diego, acompañados de otros tres mozos, todos muy bien montados y armados, caminaban por el accidentado y pintoresco Estado de Michoacán, con dirección á Morelia.

—¿Sabes—decía Rafael dirigiéndose á Alberto,—que la situación del país no es tan halagüeña como se la figuran en México? Nosotros hemos venido siguiendo los pasos de la columna franco-mexicana que manda el General Márquez, y gracias á eso hemos podido llegar hasta aquí y podremos entrar en Morelia; pero todas las noticias que hemos recogido en el camino, indican que está todo esto lleno de guerrillas republicanas, y an...

parece que hay un grueso de gente que manda el General Uraga.

—He hecho la misma observación que tú, lo que quiere decir que nos batiremos en vez de acantonarnos en un lugar haciendo el monótono servicio de Guarnición.

—No me explico por qué los franceses han dejado que Don Benito Juárez establezca su Gobierno en San Luis Potosí.

—Es que han estado ocupando otras poblaciones importantes.

—Pero nada me parece á mí de mayor importancia que destruír esa sombra de Gobierno.

—Todo se hará; la Intervención ha traído el objeto de establecer la monarquía y ésta será un hecho dentro de poco tiempo; costará más ó menos trabajo, pero los franceses no se retirarán de México sin haber realizado su propósito.

—¿Nos falta mucho, Diego, para llegar á Morelia?

—No, señor, podemos llegar hoy en la noche, si no aflojamos el paso.

—Pues adelante.

A las ocho de la noche llegaron los viajeros á la capital del Estado de Michoacán, pero tuvieron que quedarse en las afueras. Estaba la ciudad en estado

de sitio, fortificándose violentamente, porque se temía fuera atacada de un momento á otro por numerosas fuerzas republicanas, y no se permitía á ninguna persona entrar, ni salir, durante la noche, del recinto fortificado.

Al día siguiente se presentaron nuestros dos jóvenes amigos al General Márquez, que los recibió muy bien, tanto por las muy eficaces recomendaciones que llevaban, cuanto por la necesidad que tenía de jóvenes de la buena sociedad para completar el cuadro de oficiales de su división, y los hizo ingresar inmediatamente, con el grado de Tenientes, en el Batallón que mandaba el Coronel Don Ramón Méndez.

Pocos días después, el 18 de Diciembre, la ciudad de Morelia fué atacada vigorosamente por una fuerte división que mandaba el General Uraga; el combate fué reñidísimo, las tropas republicanas hicieron prodigios de valor, rebasaron la línea de las fortificaciones y penetraron en la Plaza, batiéndose con los imperialistas, que contaban con sus filas con un Batallón francés mandado por el Coronel Berthier; pero al fin, diezmados por el fuego de sus contrarios, tuvieron que retirarse, dejando regadas de cadáveres las calles de la ciudad. En el ata-

que, fué herido por una bala el General Márquez.

En lo más reñido del combate, cayó herido gravemente Alberto en una de las trincheras por donde penetraron los republicanos; pasó la columna asaltante y Alberto quedó abandonado sobre un montón de cadáveres frente á las ventanas de una casa de modesta apariencia en la que habitaban, una señora como de cuarenta años y una jovencita de quince á diez y seis, hija de la primera.

Cuando cesó el fuego en la trinchera y dejaron de oírse por aquel rumbo los gritos de los combatientes, se despertó vivamente la curiosidad en la joven y entreabrió la puerta de una ventana: de pronto se retiró, horrorizada por el espectáculo que se presentó á su vista, pero volvió á vencer la curiosidad, y haciendo un esfuerzo, miró de nuevo á la calle en los momentos en que Alberto hizo un movimiento quedando con la cara vuelta hacia la ventana. El pálido é interesante rostro del herido, interesó á la curiosa joven, que corrió á donde estaba su madre y la dijo:

—Mamá, ahí cerquita, casi junto al zaguán, está un pobre herido, si se queda donde está, lo matan; lo meteremos en nuestra casa.

—Imposible hijita, ¿cómo hemos de salir nosotras en estos momentos á la calle?

—Pero si está muy cerca; no mas abrimos el zaguán y en un momento lo metemos entre Juana y yo.

—A ver, ¿dónde está?

Y la señora fué á la ventana para ver al herido.

—Es verdad,—dijo,—se le puede introducir fácilmente en la casa; llama á Juana.

Entró la criada, que era una buena y robusta mujer, apoyó la idea de la joven, y las tres se dirigieron al zaguán, lo abrieron y Juana dijo:

—Yo tomo al herido por los brazos, y cuando lo tenga levantado, usted, niña Amparo, sale corriendo, lo levanta por los pies y lo metemos.

Así se hizo, y el herido, que ya había perdido el conocimiento, fué llevado á la recámara de Doña Mercedes, que así se llamaba la madre de Amparo.

—Yo me iré á dormir en tu recámara, —dijo Doña Mercedes á su hija,—pues no tenemos en la casa otra pieza en que colocar á este pobre joven.

—Parece que está muy grave. ¡Y no podemos ir por un médico!

—Por lo pronto, lo acostaremos; tú

prepara unas vendas como de cuatro dedos de ancho; tú, Juana, pon á hervir agua, y yo le lavaré la herida; por fortuna, tenemos un poco de ácido fénico.

Doña Mercedes curó lo mejor que pudo al herido, y lo dejó reposando, al cuidado de Juana.

—¿Será de los que defendían la trinchera, ó de los que atacaban?—preguntó Amparo.

—Me parece que es un oficial de los de la Plaza, según el uniforme que tiene. Debe ser persona bien acomodada, porque toda su ropa interior es muy fina.

Fué preciso velar al herido, de lo que se encargaron, en las primeras horas de la noche, Doña Mercedes, y después, Amparo, acompañada de Juana. En la madrugada volvió parcialmente en sí Alberto y, sin darse cuenta de su situación, pidió agua.

—¿Se la doy, niña?—preguntó Juan.

—Sí, trae un vaso de agua fresca, eso no le puede hacer mal.

Amparo dió al herido unos tragos de agua; éste fijó en ella su vacilante mirada, que brilló por un momento con extraño fulgor, y volvió á caer en su letargo.

Al día siguiente fué un médico, reconoció la herida, dijo que era de grave-

dad, y recomendó se tuviera con el enfermo sumo cuidado.

No se podía averiguar quién era, ni si, en caso de pertenecer á las tropas imperiales, tenía casa ó familia en la ciudad, porque la fiebre le había hecho perder la cabeza; pero cuando fueron levantados los muertos y heridos que estaban en la calle, Rafael y Diego buscaron al Teniente Garay, y tanto preguntaron, y tanto empeño pusieron en hallarlo, que al fin tropezaron con Juana, y ésta les dijo que en la casa de Doña Mercedes Calderón, viuda de Otero, estaba un oficial enfermo; fué á verlo Rafael, dijo á la señora quién era el herido, y como por las necesidades del servicio no podía quedarse á asistirlo personalmente, dejó á Diego en la casa para lo que pudiera ofrecerse á las señoras.

Ocho días estuvo Alberto luchando con la muerte, y presa de aguda fiebre; durante todo este tiempo, Amparo no se separó de la cabecera del enfermo; poco á poco la fué interesando aquel varonil semblante, al que no podía arrancar la enfermedad los rasgos de distinción y bondad que lo caracterizaban; sin darse cuenta de ello, todos sus pensamientos y sus vagos sueños de felicidad, se relacionaban con aquel joven al que se fué acos-

tumbrando á ver como persona de su familia. Nunca le ocurrió el pensamiento de que al sanar de su herida les daría las gracias por los cuidados que con él habían tenido, se marcharía y no lo volvería á ver.

Cuando se le cortó á Alberto la fiebre y un sueño tranquilo y reparador le volvió la plenitud de sus facultades intelectuales, lo primero que vió al despertar fué á Doña Mercedes, que le preparaba un calmante. Recordó al principio de una manera confusa, y después claramente, el ataque á la trinchera, y el momento en que cayó herido; pero por más esfuerzos de imaginación que hizo, no pudo recordar nada más; veía sombras que atravesaban por su memoria, sin tomar formas determinadas; le parecía recordar timbres de voces desconocidas y palabras aisladas, y entre aquel confuso laberinto, una sensación de bienestar, una especie de vago afán, algo que no sabía explicarse, pero que le producía el efecto de un agradable sueño. Luego le asaltó la duda sobre el éxito del combate en que fué herido, y pensó si estaría prisionero, idea que desechó al ver sobre una silla su espada con el puño ensangrentado, y su pistola. Después quiso informarse de la suerte que había tenido Rafael, y preten-

dió preguntar á la señora que estaba allí, pero no pudo articular palabra y volvió á cerrar los ojos, durmiéndose en el acto.

Cuando lo vió el médico aquel día, declaró que estaba fuera de riesgo, pero que sería larga la convalecencia y que necesitaba completo reposo y asíduos cuidados para que cicatrizara completamente la herida.

Rafael iba á verlo todos los dias, y estaba con él, cuando volvió á despertar ya más repuesto.

—¿Rechazamos al enemigo?—fué lo primero que preguntó con voz apenas perceptible, cuando al ver á Rafael quedó libre del cuidado que tenía por la suerte de su amigo.

—Sí, obtuvimos un espléndido triunfo, aunque á costa de graves pérdidas.

—¿Y Diego?

—Aquí está, bueno y sano, lo mismo que yo. El General Márquez está herido, pero no de gravedad.

—¿Dónde estoy?

—En la casa de las señoras que te recogieron al caer herido.

—¿Cuándo podré levantarme de la cama?

—Dice el médico que tu convalecencia será larga, pero no te preocupes por eso; nuestro Batallón se queda por ahora

aquí, y tanto tú como yo, hemos sido ascendidos á Capitanes.

—¿Qué clase de personas son las señoras que me recogieron?

—Ya te lo diré otro día; por ahora descansa, que ya has abusado hablando tanto; no te preocupes por nada, que yo estoy pendiente de tí.

Más que por el consejo de Rafael, por exigirlo así su debilidad, guardó silencio Alberto, y no tardó en volver á dormirse.

Corrían los días; Alberto había dejado el lecho y durante el día descansaba sentado en un sillón; todavía no podía andar, únicamente daba unos cuantos pasos, del sillón á la cama, apoyándose en otras dos personas, que casi lo llevaban en peso, y que eran, generalmente, Diego y Juana, y algunas veces Rafael y Amparo; cuando esto último sucedía Alberto, haciendo un esfuerzo para no quejarse, procuraba apoyarse lo menos posible en el delicado brazo de Amparo, para no molestar á la joven.

Aunque Amparo estaba perfectamente educada y tenía una instrucción poco común, la brillante conversación de Alberto, las descripciones llenas de vida y de movimiento que hacía de las costumbres y de las fiestas de México, la nobleza de sentimientos que revelaba en su lengua-

je y los elogios que de él hacia Rafael, habían impresionado de tal modo á Amparo, que consideraba á Alberto y lo respetaba como á un hombre superior, muy distinto de los que hasta entonces había conocido. La inocente niña, se entregó confiadamente al placer que la causaba la compañía de Alberto, y pasaba á su lado la mayor parte del día, trabajando en sus labores y acompañada de su madre.

Por su parte, Alberto estaba profundamente agradecido á la familia, que lo había salvado tal vez de la muerte con sus oportunos cuidados; admiraba el valor de Amparo, que no temió salir á la calle en los momentos del ataque por salvar á un desconocido, y aunque el amor á Enriqueta no se había extinguido en el corazón de Alberto, y el desengaño que sufrió le hacía ver con cierta prevención á las mujeres, no dejaba de sentir un tierno cariño por la valerosa Amparo, que era al mismo tiempo tan hermosa, tan pura y tan sencilla.

Doña Mercedes no veía peligro en la intimidad creciente de los dos jóvenes. Por una parte la buena educación y las prendas morales de Alberto; por la otra, la inocencia de Amparo y la ilimitada confianza que la joven tenía en su madre, á la que descubría todos los senti-

mientos de su alma; y por último, la seguridad de que Alberto se ausentaría, acaso para no volver, luego que estuviera completamente sano, todo esto hacía que Doña Mercedes estuviera completamente tranquila.

Llegó la vez en que Alberto pudiera salir hasta la sala y entonces, para hacerle menos pesadas las horas de forzada inmovilidad, tocaba el piano Amparo y cantaba con una dulcísima voz y una gracia encantadora, canciones tapatías, intercalando entre ellas alguna que otra romanza italiana. Alberto tocaba también el piano, pero no podía acompañar á la joven por impedírselo su estado de convaleciente; los dos deseaban que llegara el día en que pudieran tocar juntos para hacer más amenas las veladas.

Había dicho una vez Alberto que le agradaban las flores y que entre todas prefería las violetas, y desde aquel día se encargó Amparo de adornar el cuarto del enfermo con ramos de violetas que perfumaban la estancia: al principio, aquellos ramos impresionaban tristemente á Alberto, porque le recordaban el que llevaba Enriqueta la noche en que se lo pidió y no quiso dárselo, para dejarlo después en manos del Comandante Forwal; pero poco á poco se fué desli-

gando aquel recuerdo de los ramos de violetas, substituyéndolo con el de los tiernos cuidados de Amparo.

Un día llegó Rafael y dijo á Alberto:

—Vengo á darte la mala noticia de que he recibido orden de marchar inmediatamente á incorporarme á la división del General Mejía, que acaba de ocupar á Matehuala, después de haber derrotado á Negrete en San Luis Potosí. Parece que se necesitan por allá oficiales para poner esa división en alta fuerza á fin de activar la campaña y arrojar á Don Benito Juárez del territorio nacional; mañana salimos Diego y yo con una sección de caballería y dos compañías de infantería.

—Cuánto siento que mi herida no me permita ir en la expedición.

—Yo lo siento porque vamos á estar separados; pero creo que la campaña no será larga y volveremos á reunirnos muy pronto.

—Por aquí creo que no quedan más que gavillas sin importancia.

—Veremos cómo marchan las cosas: yo me voy tranquilo porque te dejo muy bien atendido.

—A propósito: dime algunos antecedentes de la familia en cuya casa estoy.

—La señora Doña Mercedes Calderón

es viuda del señor Lic. Don Francisco Otero, abogado muy honrado y muy querido en esta población. Al morir el Lic. dejó á la señorita Amparo de cinco años de edad, y por todo capital á la viuda, la casa en que viven y otra que les produce unos cincuenta pesos de renta, con los cuales viven modestamente. La señora, que fué muy hermosa, como puede verse todavía, se dedicó á educar á su hija de la mejor manera posible, y como Doña Mercedes es muy instruída, ha dado una brillante educación á su hija, para lo cual hizo el sacrificio de dar lecciones de idiomas y de música, con lo que pudo pagar maestros para Amparo pues aunque en esta población la vida es muy barata, los cincuenta pesos de las rentas no bastaban más que para cubrir las necesidades ordinarias de la vida. Tanto Doña Mercedes como Amparo, son muy apreciadas en esta ciudad, y no obstante su relativa pobreza, se las considera como una de las principales familias. Aquí tienes todas las noticias que he podido adquirir; ahora te aconsejaré que ni por asomos pretendas recompensar con dinero los servicios que te han prestado, porque sería hacerles una grave ofensa.

—Antes de lo que tú me has dicho, había yo conocido que las personas que

habitaban esta casa no son de aquellas mujeres á quienes se puede ofrecer dinero á cambio de sus servicios. Siento mucho que nos separamos: tú al menos llevas la esperanza de ascender y figurar como Coronel cuando llegue el Emperador, mientras que yo me quedaré de simple Capitán, ya que por aquí no hay enemigos qué combatir, y este Departamento parece que acepta sin contradicción el Imperio.

Los dos amigos se separaron; Rafael siguió al siguiente día para el Departamento de San Luis Potosí, y Alberto quedó en Morelia, convaleciendo de su herida.

Llegó el día en que Alberto pudo salir á la calle y volver al servicio activo. No podía, decorosamente, permanecer por más tiempo en la casa de Doña Mercedes.

Cuando anunció que se iba á su antiguo alojamiento, Amparo sintió que se nublaban sus ojos, y tuvo que retirarse á otra pieza para ocultar la penosa impresión que la noticia le causaba; Doña Mercedes sintió también mucho la separación de Alberto, á quien apreciaba, por sus buenas cualidades, pero comprendió que esa separación era indispensable, le hizo prometer que las visitaría con fre-

cuencia, y se separaron, quedando á todos un penoso sentimiento de malestar. Amparo hizo un gran esfuerzo para conservarse tranquila al despedirse, pero después que se fué Alberto, se arrojó, llorando, en los brazos de Doña Mercedes.

—¿Qué es esto, Amparo, por qué lloras tan amargamente?

—Porque se va Alberto, mamá, y ahora comprendo que se va mi felicidad con él.

—¡Pobre hija mía!, debí presumir lo que pasa y procurar evitarlo á tiempo, —pensó Doña Mercedes, luego agregó en voz alta:—No llores, este sentimiento se calmará poco á poco y desaparecerá con el tiempo; ni hay motivo para ese llanto supuesto que Alberto no se va de esta ciudad y ya oíste que nos ofreció visitarnos frecuentemente.

—Es cierto, pero ya estaba acostumbrada á verlo todos los días, y ahora que no está aquí, me parece que la casa está vacía y siento que me falta, no sé qué, pero algo que antes no echaba de menos y que ahora es necesario para mi felicidad.

—¿No te basta ya el amor de tu madre? ¿No me quieres tú lo mismo que antes?

—Sí, te quiero mucho, con toda mi alma, tú lo eres todo para mí, llenas mi corazón, no ha disminuído en lo más mínimo el amor que siempre he sentido por tí; y sin embargo, hay en mi alma otro amor que se levanta con fuerza irresistible; no sé cómo pueda ser que esos dos amores ocupen al mismo tiempo mi corazón, pero sé y siento que, tan grandes como son, pueden estar unidos sin que se destruyan el uno al otro.

—El amor que se apodera de un corazón sencillo y bueno como el tuyo, forma la felicidad de la vida cuando es correspondido por la persona amada, y ésta es digna de la pasión que ha inspirado, pero también puede ser fuente inagotable de desdichas, si obstáculos insuperables separan á los que se aman. No puedo ni figurarme siquiera lo que el porvenir te tiene reservado; siento que tan joven como eres, hayas dado tu corazón, pero esto no tiene remedio, porque te conozco muy bien y sé que este será el único amor de tu vida; pero sea lo que fuere, nunca te faltarán los consejos ni el tierno amor de tu madre.

Amparo se arrojó, llorando, en los brazos de Doña Mercedes

———



CAPITULO XII

El Comandante Sandoval

A principios del año de 1854, vivían en una hacienda del Estado de Tlaxcala, el señor Don Domingo Barroso, dueño de la finca, su esposa, Doña Guadalupe, y sus dos hijos, Manuel, que era el mayor, mozo de veinte años, y Soledad, que á la sazón tendría quince

Don Domingo era un ranchero cortado á la antigua que aunque rico, no tenía más instrucción que la indispensable para saber "de cuerito á cuerito" el catecismo de la doctrina cristiana, leer "de corrido" en libro y en carta, si bien con alguna dificultad en cuanto á lo segundo, escribir con pluma de ave una gruesa letra española, y dirigir las labores del campo en la misma primitiva forma en que las habían dirigido sus abuelos desde el primer Encomendero que formó la

hacienda. La esposa de Don Domingo, Doña Guadalupe, era algo menos instruida, pues no llegaba á leer "de corrido" más que en sus novenas y libros de devoción, y en cuanto á escritura, sus desiguales y confusas letras eran de las que, al principio, sólo Dios y ella entendían; y al cabo de poco tiempo, sólo para Dios eran inteligibles; en cambio, gobernaba la casa con la mayor economía, cuidaba de que ningún criado faltara á rezar todos los días el Rosario, no iba al pueblo cercano más que á confesarse cada año, por la Cuaresma, en compañía de toda la familia y criados, y respetaba á su marido como al hombre más sabio y perfecto del mundo. Excusado es decir que, así como D. Domingo no usaba más prendas de vestir que la calzonera de pana, zapatos de venado de "dos riendas," chaqueta de lienzo para el diario y de paño, con chaleco abierto y botones de metal, para las festividades, camisa hecha á domicilio, en la que sobraba de cuello lo que faltaba de puños, y ancho sombrero de lana abatanada; así Doña Guadalupe se había estacionado en la moda de los vestidos "de medio paso," feos y desgarbados, zapatos bajos de género obscuro, gran pañuelo de yerbas cruzado sobre el pecho, cubriendo decorosamente el cuello, y pei-

nado de trenzas con dos ondas pegadas a los lados de la frente con agua de linaza, que daba al entrecano cabello tal aspecto de rigidez, que parecía que la buena señora llevaba en la cabeza un casquete de género en vez de cabellera.

La educación de los hijos de Don Domingo corría pareja con la ilustración de los padres. Manuel era un payo ignorante y malicioso, que hacía las delicias de Don Domingo porque lo trataba siempre de "Su Merced;" jamás lo contradecía y fingía obedecerlo, á pesar de hacer siempre lo que mejor le parecía. En cuanto á Soledad, muchacha larguirucha, desabrida y sin más gracia que sus quince años, era tan maliciosa como su hermano, pero por ser algo menos hipócrita y un mucho más cerril, sufría las continuas reprensiones de su madre, aumentadas algunas veces con encierros, ayunos y otras penas, muy merecidas, por las contestaciones irrespetuosas que se la escapaban.

Completaba el cuadro de aquella familia, un huérfano que Don Domingo había recogido, y que ocupaba en la casa un lugar intermedio entre los criados y los hijos del dueño de la finca; era, sobre poco más ó menos, de la misma edad de Manuel; había ido con él á la escuela

de primeras letras del cercano pueblo, y justo es confesar que había adelantado mucho más que el señorito, sin que por esto se crea que tenía mayor instrucción que la de saber leer, escribir y hacer cuentas de números enteros y quebrados, cosa esta última, que para Don Domingo significaba el límite á que podía llegar la sabiduría de un hombre, y que era todo cuanto sabía el maestro que regenteaba la escuela.

El huérfano aquel sobrepujaba con mucho en maliciosos y perversos instintos al hijo de Don Domingo, y cuando llegó á los veinte años y pudo darse cuenta de que mientras estuviera en la hacienda no pasaría de ser un criado sin más sueldo que la comida y los desechos de la ropa de Don Domingo y de Manuel, comenzó á meditar en la manera de salir de aquella precaria situación, y no se le ocurrió cosa más á propósito que enamorar á Soledad, casarse con ella y entrar á la parte en la hacienda, que daba muy buenos productos en pulque y semillas.

Para conseguir su objeto con mayor facilidad, se dió á ganar la confianza de Manuel, ayudándolo en sus escapatorias al pueblo y en sus aventuras de mal género, al mismo tiempo que representaba con Don Domingo y su esposa el papel

de un hombre adornado de todas las virtudes; nadie era más puntual en la asistencia al rosario, nadie como él cuidaba los intereses de la casa, descubría los pequeños robos que hacían los mozos y tlachiqueros, y vigilaba los trabajos. Don Domingo llegó á tener en él entera confianza, y Manuel le daba cuanto dinero podía extraer de la caja de su padre, con lo que José, que así se llamaba el huérfano, pudo empezar á poner en práctica su proyecto de enamorar á Soledad.

La muchacha estaba siempre al lado de su madre, y era punto menos que imposible hablar con ella, pero José logró, á fuerza de dinero, conquistar á una de las criadas, con la que comenzó á mandar recados á Soledad, recados que no tardaron en producir su efecto, pues era natural que, en la ignorancia y aislamiento en que se había criado Soledad, y dados su malicioso carácter y lo frecuente de las reprensiones que sufría, cediera á las insinuaciones del primero que le hablara de amor.

Cuando creyó José que estaban á punto las cosas, determinó hablar de sus proyectos á Manuel, auxiliar con el que contaba para sacar de la casa á Soledad, pues presumía, muy fundadamente, que Don Domingo no se la daría en matrimonio

por su voluntad, sino forzado por la huída de su hija. Pero sucedió que á Manuel no le hizo gracia lo de tener por cuñado á José, y aunque, con su natural malicia, no dió á conocer su disgusto, sino que, por el contrario, ofreció ayudar á los amantes, de allí se fué á contar á su padre lo que estaba sucediendo.

Don Domingo no daba crédito á la relación de Manuel, y se propuso observar á José y á Soledad, con lo que no tardó en convencerse de que era cierto lo que su hijo le había contado. A este convencimiento siguió de cerca el castigo, que, dado el apacible carácter de Don Domingo y el cariño que tenía á José, no fué para éste, como era de esperarse, de los más terribles; se limitó á cerrar las puertas de la casa á José y notificarle que, en lo de adelante, no contara más con la protección de Don Domingo y se buscara la vida como pudiera, sin volver á acercarse á la hacienda, bajo pena de encerrarlo en la Tlapixquera y hacerlo trabajar como peón en el tajo.

Salió José de la casa, no avergonzado y arrepentido por su mal proceder, como era de esperarse, sino lleno de indignación por lo que él calificaba de injusticia, y resuelto á tomar sangrienta venganza del agravio que se le hacía.

El primero de Enero de aquel año de 1854, se pronunció con cuatrocientos hombres el Coronel Don Florencio Villarreal, contra la dictadura del General Santa-Anna, y proclamó el plan de Ayutla, que, reformado por Don Ignacio Comonfort en Acapúlco el 11 del mismo mes, fué la piedra angular en que descansan nuestras actuales instituciones políticas. Inmediatamente después de la proclamación del plan de Ayutla, comenzaron á levantarse por todas partes jefes que se adherían á él, y partidas de guerrilleros que hostilizaban al Gobierno. José aprovechó el paso de una de esas guerrillas por los alrededores de la hacienda y se lanzó á la revolución, robándose antes el mejor de los caballos de Don Domingo.

La partida de guerrilleros á la que se unió José, era una de tantas como siempre han figurado en nuestras guerras intestinas, que sin defender por convicción determinado principio político, aparecían como revolucionarios no siendo más que partidas de bandoleros que robaban á la sombra del partido que primero se les ocurría seguir.

José fué muy bien recibido por los guerrilleros, entre los que pronto tuvo mucho partido, por su audacia, por haber

aconsejado y dirigido algunos buenos golpes de mano, y porque, con la escasa instrucción que había recibido, era un pozo de ciencia si se comparaba con sus compañeros, incluso el jefe de ellos. Este era el único que no veía con buenos ojos á José, entre otras cosas porque no le había querido cambiar por el que montaba el jefe, el excelente caballo que José había sacado de la hacienda de Don Domingo. Una noche propuso el jefe á sus compañeros jugar albures, siendo él el montero; todos aceptaron, y como en esto sí era muy superior á ellos el jefe, á las cuantas horas había recogido el dinero de todos, incluso el de José; entonces siguieron jugando, con suerte varia, unos á la palabra y otros empeñando lo que tenían de algún valor. La suerte parecía haberse declarado en contra de José, pues á las tres de la mañana debía al jefe más de cien pesos, y cuando le pidió otra cantidad prestada, no quiso ya dársela, sino con la condición de que le diera en prenda el caballo que codiciaba el jefe, y que quedaría de la propiedad de éste si no le pagaba toda la deuda al día siguiente. Aceptó José y recibió otros doscientos pesos, resuelto á jugarlos en un solo albur, para desquitar todo lo perdido.

—¡Vamos, amigos,—dijo el jefe,—seis

y caballo, el predicado de Huamantla! ¡Oros y Espadas! ¡Entrenle!

La mayor parte de los jugadores apostaron al seis y José puso los doscientos pesos al caballo.

—Yo lo corro,—dijo José

El jefe le entregó la baraja, después de una ligera discusión durante la cual pudo observar José un ligero movimiento, que le hizo sospechar que el jefe había provocado la discusión para tener tiempo de hacer un escamoteo.

Comenzó á correr el albur y á las diez ó doce cartas apareció un seis de espadas.

—¡El seis viejo!—dijo el jefe, y se disponía á pagar á unos y á recoger el dinero de José, cuando éste dijo:

—¡Espéreme un poco!

Y siguió recogiendo la baraja, hasta convencerse de que no había en ella más que dos caballos.

—¡No vale el albur!—dijo José,—porque faltan cartas en la baraja.

—Yo no entiendo de eso,—contestó el jefe,—yo no corrí el albur ni podía saber que no estaban completas las cartas.

Todos los que habían apostado al seis, se pusieron de parte del jefe; pero José comprendió que llevaba el pleito perdido teniendo á tantos en su contra, y dijo:

—Yo pago las apuestas del seis, porque éstos amigos no tienen la culpa de lo que pasa, pero no pierdo mi dinero.

Estas palabras hicieron cambiar la actitud de los demás jugadores, y todos se pusieron de parte de José, tanto más cuanto que uno de ellos vió tirados bajo la mesa, á los pies del jefe, los dos caballos que faltaban á la baraja, y esto era un buen pretexto para anular las pérdidas anteriores.

No quiso ceder el jefe, sino que, levantándose de la mesa, sacó una pistola y disparó sobre José, pero éste se hizo á un lado violentamente, y antes de que el jefe pudiera apercibirse para la defensa, se fué sobre él y lo dejó muerto con una terrible puñalada en el pecho.

—Recoja cada uno lo que había perdido,—dijo á sus compañeros,—ensillen los caballos y vámonos para la sierra.

Todos obedecieron la orden, y de este modo se hizo José jefe de la partida.

Su primera hazaña, luego que se convirtió en jefe de guerrilleros, fué atacar la hacienda de Don Domingo, saquear y quemar la casa y matar cruelmente á su antiguo bienhechor y á toda la familia, inclusa Soledad. Siguió después haciendo fechorías, hasta que, en virtud de haber salido Santa-Anna de México, el 9

de Agosto de 1855, y después de varias peripecias, fué adoptado en México el plan de Ayutla, el 11 de Septiembre del mismo año, con lo que terminó por entonces la guerra.

A José le reconoció el Gobierno de Comonfort el grado de Capitán de caballería, y como no hubiera sido bien visto que se llamara simplemente José, adoptó desde entonces el apellido de Sandoval.

No tardaron los vicios de José Sandoval en hacerse tan patentes y escandalosos, que fué dado de baja por indigno de pertenecer al ejército; pero como á la sazón se había iniciado la guerra de "Religión y Fueros," preludio de la de los tres años, volvió Sandoval á ser jefe de guerrilla, robando las propiedades de los partidarios del Plan de Ayutla, como antes había robado las de sus contrarios. En su calidad de guerrillero hizo toda la campaña contra los hacendados y gentes pacíficas durante los Gobiernos de los Generales Zuloaga y Miramón; y bien hallado con aquel género de vida, siguió haciendo el papel de pronunciado después de que la batalla de Calpulalpam (22 de Diciembre de 1860), dió el triunfo definitivo al partido liberal.

Al comenzar la guerra de Intervención, fué de los primeros que se unieron á los

franceses, y esto le valió el grado de Comandante de caballería, con el que figuraba en la división que el General Márquez llevó á Morelia.

Sandoval había conocido casualmente á Amparo, y se había enamorado de ella con el amor torpe y brutal, único que era capaz de sentir el antiguo guerrillero; la hermosura de la doncella y el mismo ambiente de candor y de inocencia que se desprendía de su persona, avivaron los deseos de Sandoval á tal grado, que se resolvió á pedir en matrimonio á Amparo, cosa que, en su concepto, no sería posible que se le negara.

Un día se presentó en la casa y expuso su pretensión á Doña Mercedes. La señora no tenía antecedentes de Sandoval, pero había en su persona algo repulsivo, ese sello que las pasiones desordenadas imprimen en el semblante de los hombres viciosos, esa marca invisible á los sentidos, pero perfectamente perceptible para las almas honradas, con que los crímenes señalan á sus autores. No obstante la instintiva repugnancia con que Doña Mercedes vió á Sandoval, la buena educación de la señora hizo que recibiera afablemente la petición y diera al Comandante un plazo de ocho días pa-

ra resolver sobre ella, en vista de lo que dijera Amparo.

A los ocho días volvió Sandoval, dando ya por hecho su matrimonio; pero con gran sorpresa suya le dijo Doña Mercedes que su hija agradecía muchísimo la honra que la dispensaba con haberse fijado en ella, y estimaba en lo que valía semejante distinción; pero que Amparo era muy joven, casi una niña, y no pensaba todavía en contraer matrimonio, por lo que suplicaba al señor Sandoval que se dirigiera á alguna otra de tantas jóvenes como había en la ciudad, mucho más dignas que Amparo, de fijar su atención.

Creyó de pronto Sandoval, que aquella negativa no era más que para cubrir las apariencias y que no se dijera que había cedido Amparo á la primera insinuación; así es que insistió, muy cortesmente al principio, y con algo de acritud después, al ver que eran desatendidas sus instancias, obligando á Doña Mercedes á tomar un tono serio y lleno de dignidad, que desconcertó á Sandoval y le dió á entender claramente que la resolución de Doña Mercedes y Amparo era formal y definitiva.

Se retiró el Comandante lleno de despecho por el fracaso que habían sufrido

sus planes de matrimonio, despecho que hacía más profunda la completa seguridad que había tenido, de conseguir su objeto por aquel medio Le parecía imposible que dos mujeres, pobres relativamente, que no valían gran cosa por su posición social, despreciaran el matrimonio que proponía un hombre como él, Comandante del ejército y adornado, por su amor propio, de todas las cualidades necesarias para hacerse amar.

A fuerza de pensar sobre aquello, llegó á decidir que había de por medio algún otro pretendiente favorecido, y se dió á espiar la casa de Doña Mercedes. para descubrir al soñado rival, á quien había condenado á muerte allá en su fuero interno.

Nadie entraba en la casa, que fuera capaz de inspirar sospechas; las visitas ordinarias eran todas personas formales y de quienes no se podía creer que tuvieran relaciones amorosas con Amparo; nadie se acercaba á las ventanas de la casa, ninguno hablaba con la criada. Amparo salía siempre acompañada de su madre, y sin que nadie las siguiera. Cansado de buscar en vano, se dijo al fin que el único que seguramente estaba interesado en Amparo y era correspondido por ésta, era el Capitán Alberto Garay, que vi-

sitaba con frecuencia la casa, y de quien al principio no sospechó, porque, aparte de esas visitas, explicables por el agradecimiento de Alberto, nada había por parte de éste que indicara tener interés en la joven.

La inesperada negativa exasperó á Sandoval, quien se juró á sí mismo tomar seria venganza del desaire sufrido, y hacerse dueño á todo costo de Amparo, castigando al mismo tiempo al atrevido Alberto, que se permitía el lujo de ser amante de la mujer elegida por Sandoval.

Ni Doña Mercedes, ni Amparo, ni menos Alberto se daban cuenta de que los acechaba un implacable enemigo, capaz de todas las infamias y de todos los crímenes, por tal de satisfacer sus pasiones.



CAPITULO XIII.

Una emboscada

Luego que el Capitán Gutiérrez pudo salir de Puebla, después de la rendición de la Plaza, se dirigió al Sur del Estado y pudo reunir unos veinte compañeros, con los que empezó á hacer la campaña de guerrilla que se había propuesto, hostilizando de continuo á los convoyes franceses que cruzaban el camino de México á Veracruz; el corto número de sus guerrilleros no le permitía atacar á los franceses á la descubierta, pero le facilitaba la formación de emboscadas y el hacer imposible la persecución, pues aquellos veinte hombres se evaporaban y no se les podía encontrar.

Como Gutiérrez no extorsionaba á los labradores ni á los vecinos de las poblaciones cortas, en todas partes tenía ami·

gos y partidarios, que le daban noticias de los movimientos del enemigo.

Un día en que estaba descansando tranquilamente en la hacienda de uno de sus amigos, se le presentó un hombre y le dijo:

—Me manda mi amo Don Luis Tinoco, de Quecholac, á avisar á su merced, que hoy llegará al pueblo una partida de veinticinco franceses que van para Puebla escoltando un coche.

—Está bien; díle á tu amo Don Luis, que le agradezco el aviso. Toma,—y le dió al mozo un peso duro.

En cuanto se fué el mozo llamó Gutiérrez á dos de sus hombres y les dijo:

—Váyanse por distintos caminos á Quecholac, procuran entrar al obscurecer en la casa de Tinoco, y, si es cierto que ha llegado un coche escoltado por franceses, entreténganse en estar disparando tiros al aire, toda la noche, por las orillas de la población, para no dejarlos descansar; á las tres de la mañana se retiran y van á reunirse con nosotros en la Barranca del Muerto. Si no hay nada, me vienen á avisar.

—Así lo haremos, mi Capitán. Con permiso de usted.

Se retiraron los soldados y Gutiérrez

dió orden de que todos estuvieran dispuestos para marchar en la noche.

Al caer la tarde de ese día, llegaba á Quecholac un coche de camino escoltado por cuarenta cazadores de Africa. En la principal casa, situada en la plaza del pueblo, paró el coche y de él bajaron dos mujeres; una de ellas elegantemente vestida, joven y muy hermosa, parecía ser el ama de la otra, que no lucía traje tan costoso, y en sus maneras demostraba ser de clase inferior á la de su compañera.

El oficial que mandaba la escolta se apresuró á dar la mano á la joven para que bajara del carruaje, y la condujo al interior de la casa, que era la del Alcalde del pueblo, quien recibió á las viajeras con verdadera cortesía.

—No tendrá aquí la señora Condesa, —dijo el oficial,—las comodidades que pudo encontrar en Orizaba, pero ésta es ya la última aldea en que tenemos que pernoctar antes de llegar á Puebla.

—La verdad es que en Europa se exagera mucho; no he tenido el gusto de ver uno de esos terribles guerrilleros de que, según cuentan por allá, está lleno el país.

—Es, señora, que ha venido usted escoltada por un fuerte destacamento has-

ta El Palmar, que es donde verdaderamente termina la zona peligrosa, pues de allí á Puebla no hay más que una que otra gavilla de ladrones de poca importancia, que no se atreven á atacar á una escolta francesa; por eso en El Palmar se quedó el Escuadrón, tocándome á mí la dicha de acompañar á la señora Condesa.

—Muchas gracias, Capitán. ¿A qué hora salimos mañana?

—A la hora que usted lo disponga; si bien yo me atrevería á aconsejarla que fuera lo más temprano posible, para llegar á Puebla en las primeras horas de la noche.

—Entonces, partiremos á las cuatro de la mañana.

—Voy á dar orden de que todo esté dispuesto para esa hora.

—Buenas noches, Capitán.

—Buenas noches, señora Condesa.

La elegante joven se hizo servir, en el aposento que se la tenía preparado, una taza de café con leche, recomendó á su camarera que la despertara á las tres de la mañana, y se metió tranquilamente en el lecho.

Serían las nueve de la noche cuando la despertó el ruído de armas y caballos que se oían en la plaza, y alguna que otra

detonación lejana; pero no dió á esto importancia, y procuró conciliar nuevamente el sueño, lo que no pudo conseguir de una manera permanente, porque el ruído aquél no cesó en toda la noche.

Ya se comprenderá que los guerrilleros del Capitán Gutiérrez eran los que habían promovido todo ese alboroto. Luego que llegaron á la casa de Tinoco, éste les dijo que los franceses eran cuarenta hombres, y que á la madrugada del día siguiente salían para Puebla; entonces los guerrilleros se dispusieron á cumplir las órdenes de su jefe.

—Mira,—dijo uno de ellos al otro,—puede ser que se les ocurra á los gabachos salir á perseguir á los que les interrumpen el sueño; la noche está muy obscura y podemos mantearlos si salen; si no, lo único que se pierde son las reatas.

—Tienes razón. ¡A ver, amigo Tinoco! consíganos unas reatas fuertes y largas; si se pierden, se las pagará el Capitán.

—Aquí tengo cuatro de lazar, que me dejaron empeñadas unos arrieros, hace más de seis meses.

—Esas están muy buenas

Tomaron las reatas y las atravesaron en las calles á la entrada y salida del ca-

mino de Veracruz á México, cuidando de atarlas fuertemente á los postes del telégrafo y fierros de las ventanas á la altura de uno á tres metros; hecho esto, se fué cada uno de ellos por distinto rumbo, y comenzaron á disparar.

En el pueblo había una guardia de cincuenta hombres de infantería que custodiaba la cárcel y sostenía á las autoridades; pero por un convenio tácito con los guerrilleros, ni éstos la atacaban ni ella los batía. Fiado el Capitán francés en aquella Guarnición del pueblo, luego que oyó los disparos mandó que veinte hombres ensillaran sus caballos y, divididos en dos grupos, salieran á reconocer al enemigo. Cuando los guerrilleros notaron la salida de los franceses, hicieron varios disparos, no ya al aire, sino contra ellos; la luz de los disparos dió á conocer á los franceses el lugar que ocupaban sus enemigos, y se lanzaron contra ellos al galope. Entonces hicieron su oficio las reatas; unas enredaron los pies de los caballos, que rodaron por tierra con todo y jinetes, y otras, pegando á éstos en el pecho, los arrancaron de la silla, dando con ellos en el suelo.

Tuvieron que retirarse á la plaza los franceses, habiendo perdido dos caballos, que siguieron corriendo sin jinetes por el

campo, y cuatro hombres lastimados de más ó menos gravedad, pero que no podían caminar al día siguiente.

En vista de esto, se limitó el Capitán francés á pasar la noche sobre las armas, dispuesto á defenderse en caso de un ataque serio á la población, y sin pretender hacer otra salida, no obstante que toda la noche siguió el tiroteo por distintos rumbos.

A las tres de la mañana se retiraron los guerrilleros, para unirse con su jefe en el lugar de la cita, que era una estrecha barranca con varios recodos, que no podía flanquearse fácilmente por la aspereza del terreno, tan angosta, que un coche no podía dar vuelta una vez que hubiera entrado en ella, y por la que forzosamente tenían que pasar los franceses.

La Condesa se levantó á la hora propuesta y esperó que el Capitán la anunciara que había llegado la hora de partir; poco después pidió permiso el Capitán para hablarla, y la refirió los acontecimientos de la noche pasada.

—No creo prudente partir,—dijo,— hasta que sea día claro y pueda ver la clase y número de enemigos que nos ha estado hostilizando; no han de ser en gran número, porque no los hay por aquí, ni pueden pasar de unos cuantos que se

han propuesto molestarnos. Dentro de una hora saldré personalmente á explorar los alrededores y tendré el honor de avisar á la señora Condesa si es posible continuar el camino y á qué hora.

—Está bien, Capitán, y me alegro de que haya surgido este incidente, que rompe la monotonía del viaje.

Luego que fué día claro, salió el Capitán con la mayor parte de sus soldados, recorrió todos los alrededores y no encontró ni sombra de enemigos, lo que confirmó la idea que tenía de que no se trataba de una guerrilla, sino de unos cuantos hombres que no se atreverían á atacar el destacamento que mandaba.

—Podemos partir, señora, á la hora que usted disponga, dijo á la Condesa cuando volvió de su expedición.—Acaso no podamos llegar hoy á Puebla y sea necesario pernoctar en el pueblo de Amozoc, molestia que hubiera yo deseado evitar á usted.

—No tengo necesidad absoluta de llegar hoy á Puebla, pero confieso que no me hace gracia pasar otra noche en estos incómodos pueblos; si es posible, desearía más bien caminar una parte de la noche, con tal de dormir el resto de ella en un buen hotel.

—Llegaremos á Puebla hoy, antes de la media noche.

Estaba ya enganchado el tiro al carruaje, y sin más dilación salieron las viajeras, del pueblo de Quecholac.

El camino estaba bastante transitado por arrieros y traficantes, lo que acabó de convencer al Capitán francés de que ningún peligro había; esa confianza, de la que participaban los soldados, y el cansancio por la mala noche que habían pasado, hacían que todos fueran algún tanto descuidados y que nó tomaran precauciones de ninguna clase, cuando al medio día entraron en el cañón conocido con el nombre de "La Barranca del Muerto."

La escolta estaba reducida á veinticinco hombres, por los que había tenido que dejar el Capitán en Quecholac, cuidando á los imposibilitados de continuar el viaje. Cinco hombres iban á la descubierta, quince rodeaban el coche y otros cinco formaban la retaguardia.

Al dar vuelta á uno de los recodos de la barranca, una descarga cerrada de mosquetería puso instantáneamente fuera de combate á cuatro de los hombres que iban á la descubierta; el quinto disparó su rifle contra una especie de barricada formada con piedras y árboles derribados, que cortaban el paso, y volvió

grupas para reunirse al grueso de la escolta. El Capitán hizo alto. dejó cinco hombres custodiando el coche y avanzó con los demás; pero fué recibido con las mismas descargas que la descubierta, y perdió otros dos hombres, sin que hubiera podido ver á sus enemigos, que se ocultaban perfectamente tras de la barricada, los árboles y las peñas que dominaban por ambos lados el angosto camino. Seriamente alarmado, retrocedió el Capitán, con objeto de sacar el coche de la barranca, ó, al menos, salvar á la Condesa de caer en poder de los guerrilleros.

—¿Qué pasa, Capitán?—preguntó ésta, asomándose por una de las ventanillas del carruaje.

—Que hemos caído en una emboscada, y no tenemos más remedio que huír. antes de que nos fusilen impunemente uno tras otro. Mira,—agregó, dirigiéndose al conductor,—si puedes dar vuelta al coche; pero pronto, antes de que el enemigo avance.

La operación era muy difícil; sin embargo, estaba para terminarse felizmente. cuando las mulas del tiro, espantadas por las detonaciones, que por momentos se oían más cercanas, hicieron un brusco movimiento, que volcó el carruaje. A

tiempo que los guerrilleros, haciendo retroceder á los franceses, avanzaban sobre ellos.

Por fortuna, la Condesa y su camarera nada habían sufrido al caer.

—¡Pronto, señora, pronto, monte usted en mi caballo! Tú, Lafont, deja tu caballo á la camarera. El sargento Petit y dos soldados escolten á las señoras hasta el pueblo inmediato, mientras nosotros detenemos aquí á los guerrilleros.

Más tardó el Capitán en dar estas órdenes, que en estar cumplidas; pero por muy pronto que se ejecutaron, no habían hecho más las fugitivas viajeras que comenzar á galopar con dirección al pueblo de Quecholac, cuando Sebastián Gutiérrez y sus soldados habían arrollado á los pocos franceses que defendían el paso. Dejó Gutiérrez á su gente que levantara el campo, y montando á caballo y seguido de cinco de sus hombres, se lanzó en persecución de los que huían, á los que no tardó en tener á la vista, gracias á la superioridad de los caballos que montaban los guerrilleros; atrás se iban quedando, como era natural, las dos señoras, y por más esfuerzos que hacía el sargento, iba sensiblemente perdiendo terreno. Llegó un momento en que fué indispensable hacer frente á los per-

seguidores, mientras adelantaban las señoras, pero muy pronto sucumbieron los franceses, abrumados por el doble número de sus contrarios, quienes no tardaron en alcanzar á las dos fugitivas.

—Señora,—dijo Sebastián en correcto francés, quitándose el ancho sombrero bordado de plata, y saludando cortésmente á la Condesa, á quien desde luego reconoció como la dama de mayor categoría.—Señora, á saber que los franceses escoltaban á tan hermosa dama, me hubiera abstenido de atacarlos; ruego á usted que me perdone la haya hecho presenciar un combate, y la suplico regrese para que, arreglado su carruaje, pueda continuar el viaje.

Llamó extraordinariamente la atención de la Condesa, el aire de distinción de Sebastián, su varonil y hermoso semblante y la elegancia de su lujoso traje de charro.

—En verdad, señor,—contestó,—que mi compañera y yo hemos pasado un mal rato, y en la situación en que nos encontramos, no tenemos más remedio que aceptar los servicios de usted, si es que realmente está dispuesto á no entorpecer nuestro viaje.

—Ningún interés tengo en estorbarlo.

Dió Gutiérrez una orden en voz baja

á sus soldados, y se adelantaron éstos, quedando sólo el Capitán con las dos señoras, á quienes hizo retroceder, con dirección á la barranca, yendo en medio la Condesa, á su derecha la camarera, y á su izquierda Gutiérrez.

Un caballo muerto, á la orilla del camino, era el único vestigio que quedaba del encuentro con los tres soldados que habían huído con las señoras.

La tropa de Gutiérrez, con excepción de tres hombres que habían perecido en el ataque, estaba formada á la entrada de la barranca; cuando llegaron el Capitán y sus compañeras, el que hacía las veces de segundo en jefe, preguntó al Capitán:

—¿Qué hacemos con los prisioneros?

—Lo de siempre; desarmarlos y dejarlos libres; no podemos custodiarlos, ni es cosa de matarlos á sangre fría.

—Está bien.

—¿Ya está arreglado el coche de las señoras?

—No, Capitán, tiene quebrado un eje y es necesario llevarlo á la hacienda de San Bartolo, para que lo calcen, sólo allí hay fragua, y creo que no podrá estar compuesto el coche hasta mañana.

—Que lo lleven inmediatamente. Mande usted á un muchacho que vaya violentamente á pedir al señor Hernández unos

peones para que lleven á los heridos franceses á Quecholac, y le avise que vamos á pasar esta noche en la hacienda. Siento mucho,—agregó, dirigiéndose á la Condesa,—que no esté en mi poder el que continúe usted hoy mismo su viaje; pero la puedo proporcionar un cómodo alojamiento para esta noche.

—No tengo libertad para escoger, y me someto á lo que usted disponga.

—Yo soy, señora, el que está sometido á su voluntad.

A unas tres leguas de distancia estaba la hacienda de San Bartolo; á ella se dirigió Gutiérrez con las señoras, y en ella pasaron la noche, siendo perfectamente atendidas por la familia del dueño.

En la mañana del siguiente día avisaron á la Condesa que estaba compuesto el coche y enganchado el tiro para que continuara su viaje á la hora que tuviera á bien; tomó un ligero desayuno, se despidió del dueño de la finca y de su familia y salió ligeramente contrariada por el poco aprecio que manifestaba hacer de ella el Capitán Gutiérrez, no habiendo acudido á despedirse; pero lo encontró en el patio de la hacienda, la ofreció galantemente el brazo para llegar al carruaje, y al abrir la portezuela, la dijo:

—El camino de aquí á Puebla no está

tan seguro que se pueda caminar por él sin escolta. ¿Me permitirá la señora que la acompañe con dos de mis hombres, hasta los suburbios de la ciudad?

Era tan atrevida la proposición, que la Condesa creyó de pronto que aquello era una broma, y se quedó mirando al Capitán, entre dudosa y admirada.

—Aseguro á usted, señora, que mis hombres valen tanto, por lo menos, como los cazadores de Africa.

—Acepto la compañía; ¿pero no teme usted que encontremos un destacamento francés y el vencedor de ayer se convierta en el prisionero de hoy?

—Para los franceses pasaremos por mozos de usted, pues mi gente no usa uniforme y aquí dejará las lanzas.

—¿Y si se me ocurre decir quién es usted?

—La delación no puede salir de tan hermosos labios.

—¿Y tan hermosos como yo, los tiene el conductor?

—No, señora, pero ese es de los míos.

—Siendo así, nada tengo que objetar; pero tal vez haga usted mal en fiarse de una mujer á quien no conoce.

Partió el carruaje, galopando á su lado el Capitán Gutiérrez, y atrás los dos guerrilleros.

La Condesa tuvo tiempo para admirar la gallardía con que manejaba Gutiérrez el caballo, y lo simpática que era la figura del Capitán; éste, por su parte, había encontrado también muy interesante á aquella joven, así es que cuando, sin haber tenido ningún mal encuentro, se separaron, poco antes de llegar á las primeras casas de la ciudad, ambos hubieran querido prolongar por mayor tiempo la jornada.

—Adiós, señora,—dijo el Capitán,—probablemente no volveremos á vernos, pero toda mi vida conservaré un grato recuerdo de este día.

—Adiós, caballero.... desearía conocer el nombre de quien tan galantemente me ha escoltado.

—Sebastián Gutiérrez. Capitán del Ejército mexicano. A mi vez, me consideraría dichoso sabiendo el nombre de tan hermosa y gentil dama.

—Emma, Condesa viuda de Schewerrer.

—Adiós por última vez, señora Condesa.

—Adiós, Capitán.

Gutiérrez con sus soldados tomó á la izquierda una vereda, y no tardó en desaparecer entre las asperezas del cerro de Tepoxuchil; el coche de la Condesa si-

guió su camino, entrando al obscurecer en la ciudad de Puebla.

Al día siguiente, la Condesa, que venía á México con la misión de explorar el terreno y dar cuenta á Maximiliano y á Carlota, del sentido en que estaba la mayoría de los mexicanos respecto del establecimiento del Imperio, dió parte al Comandante Militar francés de lo que había acontecido á la escolta que la acompañaba, pero nada dijo del Capitán Gutiérrez; descansó unos días en Puebla y continuó su viaje á México, pero esta vez con una fuerte escolta. En la capital estuvo viviendo de incógnita y completamente retirada del trato social, hasta la llegada de Maximiliano y Carlota.



CAPITULO XIV.

De San Luis al Saltillo.

Gabriel Solís esperaba impaciente en San Luis Potosí que Germán le llevara noticias de Carmen, pero pasaba el tiempo, y aunque Gabriel tenía la seguridad de que Germán conseguiría entregar la carta y recoger la contestación, como los franceses avanzaban por el interior de la República, temía que llegara un momento en el que fuera necesario desocupar la población de San Luis y fuera por esto más difícil que se le reuniera su asistente. Por fin llegó éste, llevando la deseada carta.

Mucho afligió á Gabriel la noticia de que probablemente Don Pedro encerraría á Carmen en un convento, y subía de punto la preocupación que esto le causa-

ba al considerar la imposibilidad en que estaba, de prestarla auxilio.

—Nosotros triunfaremos,—se decía,—esto es seguro, volveremos á México más tarde ó más temprano, pero no tan pronto que pueda arrancar á Carmen del poder de sus tíos.... Y es imposible que yo vaya á México, no me puedo separar ni por un momento del Ejército, en estas circunstancias; la Patria antes que todo.

Entretanto, se iba haciendo insostenible la situación de Juárez en San Luis Potosí. El 4 de Diciembre ocupó el General Don Tomás Mejía la población de San Miguel Allende; el 9 del mismo mes entraba en Guanajuato y llegaba el 14 á Dolores Hidalgo, al mismo tiempo que el General francés Douay ocupaba á la sazón á León de los Aldamas. Esto determinó que el Presidente Don Benito Juárez saliera de San Luis Potosí con dirección al Saltillo.

Gabriel formó parte de la división que, al mando del General Miguel Negrete, quedó encargada de contener los avances de Mejía. En efecto, esa división se batió con la del General imperialista en San Luis Potosí, el veintisiete de Diciembre, pero fué derrotada completamente, y sus restos se dispersaron en distintas direc-

ciones. Gabriel, que había sido herido en el combate, quedó escondido en una de las casas de la ciudad, donde no tardó en reunírsele su fiel asistente Germán.

La casa en que estaba oculto Gabriel era de una honrada familia de la clase media, con la que había contraído amistad durante la permanencia del Gobierno Republicano en San Luis, así es que estuvo perfectamente atendido y en completa seguridad. Un mes después estaba ya en estado de poder caminar, pero, como por todo recurso únicamente le habían quedado sus armas, resolvió hacer á pie el viaje hasta el Saltillo; se despidió de la familia que le había dado asilo, y emprendió la marcha, que estaba llena de dificultades y erizada de peligros.

Bien podía considerarse como una heroicidad la resolución tomada por Gabriel, pues precisamente en aquellos momentos, una gran parte de los prohombres del partido republicano dudaba del éxito de la guerra; mejor dicho, creía completamente perdida la causa nacional y pretendía entrar en negociaciones con los franceses.

El 9 de Enero de 64, una Comisión, en nombre de Doblado y de González Ortega, se presentó á Juárez en el Saltillo y le suplicaba que renunciara la Presidencia, á

fin de que fuera fácil tratar con los franceses; y lo mismo pedía otra Comisión mandada por el General Vidaurri, que á la sazón gobernaba en Nuevo León y Coahuila.

Sin la indomable energía de Don Benito Juárez, que se negó á estas pretensiones, acaso hubiera sido un hecho el establecimiento del Imperio. Y en verdad que la negativa de Don Benito no podía atribuirse á ambición de mando ó á otra pasión innoble, sino al convencimiento que tenía de que el triunfo de la República era seguro mientras subsistiera el poder legítimo representado por el Presidente, poder que no podía recaer en otra persona de un modo legal, por no ser posible que se verificaran elecciones en el estado de guerra en que se encontraba la Nación; y porque el ceder la Presidencia á González Ortega llamado á ejercerla como Presidente de la Suprema Corte de Justicia, era poner la situación en manos de los imperialistas, ya por la reconocida ineptitud de González Ortega, como por sus tendencias, francamente manifestadas á tener un avenimiento con los franceses. Por otra parte, nada tenía de halagador el puesto de Presidente en aquella época; sin recursos pecuniarios, casi sin soldados frente á enemigos pode-

rosos y recibiendo á cada paso decepciones de sus mismos partidarios, la silla presidencial se había convertido en un potro de tormento.

—No puedo más, Germán, las fuerzas me abandonan,—decía Gabriel á su asistente, ocho días después de haber salido de San Luis.

—Descansaremos un poco, mi Capitán, pero allí, al abrigo de aquellos matorrales; no sea que pase alguna partida de caballería de la que no podamos librarnos tan fácilmente como de la que nos quiso aprehender el otro día.

—Vamos, dame el brazo y nos ocultaremos en los matorrales que dices, aunque ya es casi de noche, y á esta hora es difícil que transiten por estos caminos.

—Si pudiéramos conseguir un caballo, el viaje sería más violento y más cómodo.

—No hay que pensar en eso por ahora, ni que contar más que con nuestras propias fuerzas. Dame algo de comer.

Germán sacó de unas alforjas que llevaba al hombro, un pedazo de pan y un pequeño trozo de carne asada, que alargó al Capitán, diciéndole:

—Yo he venido comiendo por todo el camino, y no tengo gana.

—¿Queda todavía algo de provisiones?

—Tenemos para varios días,—y señaló

Germán el morral, que parecía estar casi lleno.

Pero no dijo al Capitán que hacía cerca de veinticuatro horas que no comía por conservar para el convaleciente los últimos restos de provisiones; que éstas estaban consumidas, y que lo que llevaba el morral eran yerbas que le había puesto, para que no conociera Gabriel á qué estado de miseria estaban reducidos.

—Duerma usted, mi Capitán, mientras yo voy á explorar el terreno; puede ser que se encuentre por aquí cerca un rancho á pastoría en que podamos descansar dos ó tres días con seguridad.

—Anda, que yo no me moveré de aquí hasta que vuelvas.

Tomó Germán bien las señas del lugar en que quedaba Gabriel, salió al camino y siguió adelante, parándose de vez en cuando, para cerciorarse de que no se oía ruído alguno que indicara la marcha de gente á caballo.

Habría caminado una media legua, cuando se sintió de pronto cogido por los brazos, al mismo tiempo que un hombre le apuntaba con un mosquete y le decía que se rindiera. No era necesaria la intimación, porque mientras se la hacía el que tenía delante, por detrás le ataban fuertemente los brazos, de manera

que no podía hacer ningún movimiento para huír ni para defenderse.

Desde luego conoció que se trataba de ladrones, y como nada tenía que le pudieran robar, únicamente sintió el incidente, por la demora que le ocasionaba.

—Regístrenlo, á ver qué trae,—dijo una voz que salió de la parte más obscura del camino.

—No traigo nada que pueda servir á ustedes, más que mi cuchillo; sáquenlo de la cintura, y como no conozco el camino ni tengo más armas, desátenme los brazos y no me maltraten sin necesidad.

—No obstante lo dicho por Germán, no le dejaron libres sus movimientos, hasta que lo registraron minuciosamente y se convencieron de que, en realidad, no tenía dinero ni cosa que se lo pareciera.

—Ya puede seguir su camino,—le dijo uno de los que lo habían detenido.

Germán se quedó parado.

—¿No ha oído? Ya se puede largar.

Germán, que había estado reflexionando que algún provecho podía sacar de este encuentro, contestó:

—Han de estar ustedes, amigos, en que yo no tengo á donde ir, ni conozco estos caminos, y estoy pensando en que lo mejor que podría hacer sería quedarme con ustedes.

—Nosotros no recibimos á gente desconocida.

—Pues siquiera háganme la caridad de darme algo de comer y decirme cuál es el pueblo que está más cerca de aquí.

—No estamos para dar noticias.

—Pues con permiso de ustedes, yo me quedo aquí, porque estoy muy cansado y no quiero caminar más

—¿Qué hacen ustedes aquí en medio del camino?—dijo un jinete, que llegó en aquel momento por la dirección contraria á la que había seguido Germán.

—Estábamos esperando detrás de aquellos paredones, como nos mandó, cuando vimos venir á este hombre y lo detuvimos: no trae nada y le estábamos diciendo que se marchara, pero no se quiere ir.

—Por fortuna, he podido adelantarme bastante, si no, los cogen aquí los franceses, que han salido del pueblo y no dilatarán en llegar. Pronto lleven á ese hombre en ancas del caballo alguno de ustedes, para que no nos denuncie, y vámonos, porque vienen persiguiéndonos, y al que cojan lo despacha la Corte Marcial.

—Mejor fuera darle aqui su pasaporte y no tener que cargar con él.

—Ya veremos eso después: ahora no, porque encontrarían al muerto y eso les serviría de rastro.

Germán, que había oído toda esta conversación, se formó un plan con el que, si lo llevaba á feliz término, se podía escapar de los ladrones y de los franceses con gran ventaja para el Capitán Gabriel. Al efecto, dejo caer su sarape en medio del camino, á tiempo que ya se oía distintamente el trote de una partida de caballería, y los ladrones, llevándole entre ellos, corrían hacia los cercanos paredones para tomar sus caballos. En las ancas de uno de éstos hicieron montar á Germán, y, á paso moderado para que no los denunciara el ruído, se alejaron por la derecha del camino.

Hubieran seguido adelante los franceses si no hubiera sido porque uno de los caballos tropezó con el sarape que había dejado caer Germán; esto hizo que examinaran aquel lugar, y no tardaron en encontrar y seguir las huellas de los ladrones. Cuando el capitán de éstos conoció que era perseguido, mandó á su gente que le siguiera á escape.

El caballo en que iba montado Germán se fué quedando atrás de los otros por la doble carga que llevaba. El asistente de Gabriel hubiera podido dejarse caer del caballo, seguro de que ninguno de los ladrones se detendría á buscarlo, pero no era esto lo que le convenía. Poco á poco

fué sacando el puñal, que habían olvidado quitarle, y en un momento oportuno, lo clavó hasta la empuñadura en la espalda del jinete que iba en la silla, y que murió instantáneamente, sin que sus compañeros se hubieran apercibido del ligero grito que exhaló al morir. Germán se apoderó de las riendas del caballo y, como no quedaba atrás ni á su lado nadie que pudiera verlo, porque todos los ladrones iban adelante, dejó caer al suelo el cadáver y ocupó su lugar en la silla. Todavía siguió corriendo en la misma dirección que los ladrones, porque comprendió que si los franceses se daban cuenta de que estaba un hombre muerto en el camino, notarían las huellas del caballo que se separaba del resto de la partida. En efecto, fué notado el cadáver, pero como estaba claro el rastro que indicaba que toda la banda había seguido huyendo junta, continuó en pos de ella el destacamento francés.

Al llegar á un pedregal en el que no era fácil distinguir las huellas, se apartó Germán del grupo de los ladrones, sin que éstos lo notaran, porque había continuado corriendo atrás de toda la banda.

En todo lo que alcanzaba á distinguir con la vista, no había árboles ni matorrales donde poder ocultarse, y para agra-

var la situación, en aquel instante salió la luna inundando de luz la estéril llanura. Iba Germán á bajarse del caballo dejándolo abandonado para ocultarse mejor, cuando notó á poca distancia unas rocas que sobresalían del suelo y que podían ocultar al caballo.

Llegar á ellas, desmontar y cubrir con el sombrero los ojos del caballo, fué obra de un momento.

—Si relincha el caballo ó hace algún ruido que me denuncie, estoy perdido, sin remedio.

No había acabado de hacerse esta reflexión, cuando á poca distancia pasaba á galope tendido el Destacamento francés. Dejó Germán que se alejara, y cuando no había ya riesgo alguno de que lo vieran, montó de nuevo á caballo y regresó por el mismo camino que había recorrido.

Dos horas después encontraba á Gabriel, algo repuesto ya de su cansancio.

—Ahora sí, mi Capitán,—le dijo al llegar,—se acabaron los trabajos; ya tenemos un caballo, y muy bueno, según los servicios que le he visto prestar.

—¿Cómo lo has adquirido?

Germán contó lo que le había pasado y añadió:

—Por lo que he oído, no estamos le-

jos de un pueblo, en el que hay franceses; no podemos entrar en él, pero teniendo un caballo, lo de menos es dar un rodeo. Además, me encontré un par de pistolas en las bolsas del vaquerillo, y un buen sarape amarrado en los tientos; como la silla está plateada, le podemos quitar la plata y venderla; se puede vender también el vaquerillo, y hasta las pistolas, porque usted tiene las suyas.

—Por ahora, desensilla el caballo, déjalo bien amarrado, pero de modo que pueda comer una poca de yerba, descansa tú un rato, y en la madrugada nos volveremos á poner en camino.

—Lo que es la cena del caballo está asegurada con este morral lleno de maíz, que venía también amarrado en la silla, y para que no se atorzone la bestia, le daré á beber toda el agua que nos queda en los frascos.

A las dos horas volvieron á emprender el camino; Gabriel montado en el caballo y Germán en las ancas; el hambre se hacía sentir de un modo alarmante para el pobre asistente, pero no había esperanzas de encontrar algo con qué alimentarse hasta que fuera de día y pudiera verse si por allí cerca se encontraba alguna pastoría ó se tropezaba con algún arriero ó caminante que quisiera dar provisio-

nes á cambio de una de las pistolas del ladrón.

Al despuntar el día, vieron que estaban á poca distancia de un pueblo de regular apariencia, y que, á poco andar, llegarían á una venta situada á orillas del camino, que venta debía ser la casa que se veía, según que así lo daba á entender la bandera roja que adornaba la puerta.

Llegaron á lo que de lejos parecía venta y de cerca era todo un mesón ó paraje de arrieros, con su fonda anexa, sus grandes macheros y su tienda abundantemente surtida.

No sabía Germán qué haría para pagar el gasto que hicieran de comestibles; pero dejando para después esa grave cuestión, ayudó á Gabriel á bajar del caballo, y estaba informándose de lo que podrían darles de comer á aquella hora, cuando apareció el dueño del mesón. No hizo más que ver á los recién llegados, cuando acudió, sombrero en mano, á ofrecerles todo cuanto pudieran necesitar; él mismo desensilló el caballo, y no quiso que se quedara la montura en el cuarto destinado á ese uso sino que la llevó á su habitación; mandó que dieran un buen pienso al caballo y que sirvieran un suculento desayuno á los recién llegados.

—Valiente chasco se va á llevar éste, —decía entre sí Germán,—valiente chasco cuando vea que no tenemos con qué pagarle y le dejamos en prenda las pistolas.

En un cuarto separado del que servía para los demás caminantes, que ya empezaban á llegar, hizo el ventero que sirvieran el desayuno á sus huéspedes, y luego les arregló un cuarto en el que pudieran descansar.

Gabriel se durmió; pero Germán, deseoso de arreglar cuanto antes sus cuentas con el ventero, salió á buscarlo luego que dejó dormido al Capitán.

Atravesaba un pasadizo que comunicaba el primer patio con los macheros, cuando le llamó la atención el rumor de voces que se oía á poca distancia. Se paró á escuchar, no dándose cuenta de pronto del lugar en que se encontraban los que hablaban; una de las voces era de hombre y la otra de mujer, la primera parecía ser la del ventero y decía:

—No te quepa duda, son de la partida de "El Jicote," aunque no son de los que han venido otras veces; pero yo conozco muy bien el caballo de "El Salta Pared," y su silla. Ayer tarde pasaron los franceses, que van á perseguirlos, y quién sa-

be si los alcanzarían y por eso se han dispersado.

—¿Y qué hacemos ahora?

—Yo, por las dudas, les he dado cuanto han pedido; porque, si no "El Jicote" viene y acaba con nosotros; pero si es que los cogieron los franceses, entonces nos podemos aprovechar del caballo y la silla, que son muy buenos, y bien valen las dos cosas doscientos pesos.

—Entonces deténlos con cualquier pretexto hasta la noche, que ya se sabrá si los franceses alcanzaron al "Jicote," y si es eso, damos parte de que aquí están éstos.

—Eso es, para que vengan y se lleven el caballo, la silla, y luego nos hagan estar yendo á declarar en la Corte Marcial. Lo mejor es despacharlos aquí, en la noche, que nadie ha de venir á reclamarlos.

—Tienes razón.

Germán no pudo oír más y se retiró después de haber observado que quienes hablaban lo hacían en un cuarto aislado que servía de granero y estaba en la parte superior del pasadizo.

—Creen que formamos parte de la cuadrilla de ladrones que persiguen los franceses y por eso nos están sirviendo con tanto esmero; nos aprovecharemos del

error en que están, que al fin hasta la noche no hay riesgo.

Después de esta juiciosa reflexión, se fué Germán á dormir tranquilamente.

Cuando despertó Gabriel, quiso marchar inmediatamente, pero Germán le contó cuanto había oído y concluyó diciéndole:

—Las circunstancias nos favorecen y no debemos despreciarlas; descanse usted y repóngase completamente, que un día entero de comer bien y dormir sobre colchones, nos hacía grandísima falta. En las primeras horas de la noche nos volveremos á poner en camino.

Aceptó Gabriel el consejo, pero recomendó á su asistente que no perdiera de vista al ventero.

A medio día, después de comer, dijo Germán al dueño de la venta:

—Oiga, amigo, si pasa por aquí algún Destacamento de franceses ó de tropas mexicanas, procure que no nos vean, porque no nos conviene.

Esto acabó de afirmar la idea que el ventero tenía, de que Gabriel y Germán formaban parte de la banda de ladrones que capitaneaba "El Jicote," y respondió con maliciosa sonrisa:

—No tenga cuidado; yo conozco muy bien á mi gente, y en esta casa están us-

tedes tan seguros como en el más empinado cerro.

—Ya lo sabemos, y por eso hemos venido aquí, donde pensamos estar unos tres ó cuatro días.

Por la tarde pasaron los franceses llevando prisioneros á seis de los ladrones, entre ellos al Capitán; el ventero cumplió su ofrecimiento, y aunque los soldados se detuvieron un rato en el mesón, no vieron á Gabriel, ni á Germán ni se dieron cuenta de que allí había un buen caballo y una lujosa silla de montar.

Con el pretexto de recoser el forro del vaquerillo, había llevado Germán la silla y todos los arneses del caballo al cuarto que ocupaba el Capitán Gabriel; cuidó de llenar con provisiones las bolsas del vaquerillo y el morral, y esperó que llegara la noche para salir del mesón. Había visto en la tarde que la casa no tenía más salida que el zaguán que daba al camino; pero en la parte de atrás de los corrales había un lugar en que estaba desbordada la tapia, y por allí se podía hacer pasar un caballo, aunque con alguna dificultad; se ocupó un gran rato en hacer más practicable aquella salida, por si tenía que hacer uso de ella, y la dejó en condiciones de que no ofreciera grandes dificultades

Al comenzar la noche fué alejando el ventero, con varios pretextos, á los parroquianos, excepto cuatro hombres de muy mala catadura que dijo iban á pasar allí la noche, y cerró con llave el zaguán.

Cuando la obscuridad fué completa, se apresuró Germán á ensillar el caballo; hizo salir á Gabriel y le dijo que lo esperara junto á la brecha abierta en la tapia, pues no convenía que salieran los dos juntos para no infundir sospechas, si por acaso alguno los veía. Cuando hubo pasado el tiempo que Germán calculó necesario para que Gabriel hubiera llevado el caballo al extremo del corral, salió á su vez.

Todo hubiera salido bien si no hubiera sido porque á uno de los cuatro hombres que se habían quedado acompañando al ventero, se le ocurrió ir á ver qué clase de caballo era el que se iban á apropiar; llegó cuando el caballo estaba ya ensillado y antes de que se acercara Gabriel; esto le llamó la atención y corrió á dar parte al ventero de lo que acababa de ver.

—¡Esos pícaros se nos pueden escapar por el portillo del corral!—dijo,—y armándose todos de largos puñales, se dirigieron á la brecha por donde contaba salir Germán

Casi al mismo tiempo llegaron á ella Gabriel, que se había retrasado por no conocer bien los lugares, y Germán por una parte, y el ventero y sus cuatro compañeros por la otra, pero ganando Gabriel el lado de la salida.

—El caballo no podrá brincar con el peso de nosotros dos,—dijo Germán,—monte usted, mi Capitán, y espéreme al otro lado; pero déjeme el machete que tiene la silla.

No había tiempo que perder en discusiones; así lo comprendió Gabriel y en un instante montó á caballo y saltó la tapia, dejando á Germán el machete. Luego que estuvo al otro lado, amarró el caballo en unos matorrales, á unas diez varas de distancia de la tapia y regresó, para ayudar á Germán en la lucha que había entablado con los cinco asesinos. Aunque no convenía hacer uso de las pistolas, por no llamar la atención de las patrullas que pudieran rondar por el vecino pueblo, Gabriel las llevaba amartilladas, resuelto á dispararlas en caso necesario.

El machete de Germán había tenido á raya á sus contrarios, pero cuando apareció Gabriel, un paso en falso dado para comenzar á subir la brecha abierta en la tapia, hizo caer á Germán, y ya se pre-

cipitaba sobre él uno de sus enemigos, cuando cayó mortalmente herido por la bala de una de las pistolas que empuñaba Gabriel. Se levantó Germán y aprovechando el momento de vacilación que tuvieron los asaltantes, se reunió con el Capitán. Ya se podían considerar en salvo, pero Germán no quería retirarse sin escarmentar al traidor ventero, que todavía pretendía detenerlos, y mientras Gabriel hacía caer á otro hombre con el disparo de su otra pistola, Germán asestaba tremendo machetazo al ventero, que caía también, para no levantarse más.

Los dos asesinos que quedaban huyeron para el interior de la casa, y nuestros amigos, montando á caballo, se alejaron precipitadamente de aquellos lugares, cuidando de no acercarse al pueblo, sino rodeándolo á considerable distancia.

Quince días después se presentaba Gabriel en el Saltillo, lo recibía en audiencia particular el Presidente, y premiaba su valor y su constancia con el grado de Comandante de Batallón.

Germán también fué ascendido á sargento; pero por un especial favor que solicitó y obtuvo, siguió siendo el ordenanza del Comandante Gabriel Solís.



CAPITULO XV.

Pompas y vanidades

El 10 de Abril de 1864, aceptó Maximiliano en su Palacio de Miramar la corona de México. Salió pocos días después para Roma, y el 21 del mismo Abril emprendió el viaje para nuestra Patria. El 15 de Mayo se recibió en la capital la noticia de la aceptación del Emperador, y con este motivo hubo grandes fiestas y regocijos en todas las poblaciones sujetas al nuevo orden de cosas.

Los imperialistas manifestaban su contento de mil maneras, y hasta compusieron varios himnos en loor de Maximiliano, uno de ellos con la siguiente letra:

Levanta ¡Oh Patria!
la frente bella,
que ya tu estrella
se ve brillar,

y se alza hermosa
por el espacio,
desde el Palacio
de Miramar.

Al fin calmando
tu amargo duelo,
benigno el cielo
mostró su faz;
al fin dolida
de tus quebrantos,
llena de encantos
vuelve la paz.

En vez del grito
del improperio,
"¡Viva el Imperio!"
se oye clamar;
"¡Viva!" responde
rápido el viento,
y el firmamento,
y el hondo mar.

Alegres ninfas
de los vergeles
tejed laureles
con dulce afán,
y vuestras sienes
ceñid, hermosas,
de frescas rosas
y de arrayán.

Y tú de oliva
la sién ceñida,
Patria querida,
vuelve á triunfar;
oye los himnos
de la victoria,
llena de gloria
vas á reinar.

Casi al mismo tiempo que se recibía la noticia de la aceptación, llegaban á Veracruz Maximiliano y Carlota. La fragata "Novara," la misma que antes de cuatro años había de conducir los inanimados restos del Archiduque, anclaba el 28 de Mayo de 1864 en el primero de nuestros puertos, que recibía muy fríamente á los que se decían Emperadores de México.

La frialdad de Veracruz fué compensada sobradamente con el entusiasmo de las demás poblaciones por donde pasaron los Archiduques en su tránsito para la capital. Puebla y México hicieron derroche de manifestaciones. ¡Qué de arcos, flores, cortinas y banderas! Qué multitud de gente al paso de la Comitiva imperial, cuántos y cuán vistosos uniformes, qué galanura de trajes! ¡Cuánto afán por asistir á los bailes y convites, cuánto deseo en las damas, de alternar con la Empera-

triz, cuántas pequeñas intrigas para conseguir un puesto de chambelán, guardia de corps ó caballerizo! Pero el pueblo no manifestaba entusiasmo, sino curiosidad, esa curiosidad natural de ver cosas que nunca se han visto; el pueblo seguía la carroza abierta en que iban Maximiliano y Carlota, no por cariño á ellos, sino por ver de cerca cómo era un Archiduque. Los "vivas" que se oían de vez en cuando, eran lanzados por los pocos imperialistas de convicción que había entre la multitud, ó por los que estaban acostumbrados á gritar indistintamente vivas ó mueras á cuanto personaje entraba solemnemente, ó salía desairado de algún alto puesto; pero esos "vivas" no los contestaba el verdadero pueblo, y, sin embargo, esa misma multitud indiferente, hubiera tal vez aceptado el Imperio y lo hubiera sostenido, si hubiera encontrado en Maximiliano el talento, la energía y las dotes de un buen gobernante; pero muy pronto comprendió el pueblo, con esa maravillosa intuición que lo caracteriza, que aquel hombre que se le presentaba como un salvador, que aquel descendiente de una raza de Príncipes, de quien se hacían tantos elogios, era más vulgar y más inepto que muchos de nuestros pasados gobernantes; y la curiosi-

dad, que estuvo á punto de convertirse en adhesión, se volvió primero indiferencia y desprecio después; y á los himnos imperiales contestó el pueblo con las burlescas canciones de la "Mamá Carlota" y "El Cura de Tamajón."

Mientras que en la capital todo era fiestas y regocijo, nuestros conocidos Rafael y Diego habían llegado sin contratiempo á Matehuala y se habían incorporado á la División que mandaba el General conservador Don Tomás Mejía, que estaba encargado de arrojar del territorio nacional á Don Benito Juárez y á su Gobierno.

Era Mejía un hombre de principios conservadores inalterables, muy valiente, muy honrado y muy perito en el arte de la guerra, tal como se hacía entre nosotros en aquella época.

A los pocos días de haber llegado Rafael, tomó parte en la batalla de Matehuala, dada el 17 de Mayo y ganada por Mejía á Don Manuel Doblado, y siguió tomando parte activa en toda la campaña, hasta la entrada de Mejía en Matamoros, el 25 de Septiembre de aquel año de 64.

Entretanto, la familia de Don Pedro Orozco había llegado á la cumbre de la felicidad. Don Pedro había descubierto

que era descendiente en línea recta, de los Condes de La Laguna; sacó á relucir papeles viejos y pergaminos olvidados, y quedó establecido y por nadie disputado el Condado en cuestión. Algo contrariaba á Don Pedro el no haber encontrado el escudo de armas de la familia, que no estaba dibujado en ninguno de los papeles que del Condado trataban; por lo pronto, se conformó con mandar pintar en las portezuelas del carruaje una corona de Conde, y más tarde consiguió arreglar un escudo de armas en consonancia con el título. Todo el mobiliario de la casa fué adornado con los consabidos corona y escudo, y Conde le decían á Julio y Condesa á Enriqueta.

Esta había sido nombrada dama de honor de la Emperatriz, y Julio Oficial de órdenes del Emperador. Don Pedro formó parte del Consejo de Gobierno cuando se estableció éste en Diciembre de aquel año.

Ya el Comandante Forwal era muy poca cosa para las aspiraciones de Enriqueta, que no quería menos que un General francés ó un Príncipe austriaco para marido. Cuando alguna de las amigas de Enriqueta hablaba delante de ella de Alberto, extrañando la determinación que

había tomado, de ingresar en el ejército, Enriqueta decía:

—¿Qué otra cosa podía hacer? No tiene título, y aunque posee algunos bienes de fortuna, no son gran cosa; de suerte que no podía presentarse decorosamente en la Corte, ni alternar con la nobleza.

—¡Lástima! ¡Dos muchachos tan simpáticos: él y Rafael Armijo!

—Ya los volveremos á ver presentándonos las armas cuando salgamos acompañando á la Emperatriz.

—Si es que no los matan en alguna batalla.

—No lo creas; ya tendrán buen cuidado de no exponerse mucho.

—Lo menos son ya Tenientes.

—Y no creas que pasen de ahí, porque según nos ha dicho Julio, el Emperador está resuelto á que los grados superiores del ejército los ocupen solamente los hijos de familias nobles.

—Por eso, ya Julio es Capitán.

—Sí, tenía que empezar por lo más bajo, para evitar que los envidiosos dijeran que ascendía sin méritos, pero muy pronto será Coronel y luego General.

—¿Cuándo es por fin el casamiento de Lupe Almonte con el General Herrán?—preguntó otra de las amigas de Enriqueta.

—Dentro de tres días; la ceremonia como tú sabes, va á ser en la capilla del Palacio Imperial; los va á casar el señor Arzobispo, y van á ser padrinos el Emperador y la Emperatriz. Yo estoy ya esperando los dos trajes que me mandó hacer papá para ese día. Por supuesto, que todas ustedes asistirán.

—Es claro; yo, por mi parte, he visto ya la invitación que mandaron á papá.

—Lo mismo yo,—dijeron todas las demás.

—Por supuesto,—agregó una de ellas, —que no faltará en la ceremonia esa Condesa de Schewerrer que tan mal me cae.

—Tienes razón,—dijo Enriqueta,—á mí tampoco me simpatiza; no se puede negar que es muy hermosa, muy distinguida, y se viste muy bien; pero su aire de superioridad hace que no se la pueda tener confianza, ni menos cariño. Es claro que asistirá á la ceremonia, porque es la favorita de la Emperatriz y la acompaña á todas partes.

—Se dice por ahí que tu hermano Julio hace el amor á la Condesa.

—No lo sé, Julio nada me ha dicho; pero se lo voy á preguntar en la primera vez que lo vea.

—Pues se lo preguntarás ahora mismo,

porque, mira, atraviesa la calle y no dilatará en estar con nosotras.

En efecto, poco después entraba Julio y decía á Enriqueta y sus amigas:

—Sepan ustedes la gran noticia.

—¿Cuál, cuál?

—Que se adelanta el matrimonio de Lupita Almonte, y se va á celebrar mañana; están ya repartiendo á toda prisa las invitaciones nuevas.

—¡Ay, Dios mío! ¡y mis trajes que no están acabados todavía! ¿Qué voy á hacer ahora?

—¿Y por qué se adelanta el día del matrimonio?

—Esta es la segunda importante noticia, que daré á ustedes muy reservadamente, si me ofrecen no divulgarla.

—Prometemos que nadie más que nosotras la sabrá por nuestro conducto, mientras no se haga pública.

—Pues se adelanta el matrimonio, porque Su Majestad el Emperador saldrá pasado mañana, 10 de Agosto, á visitar las principales poblaciones del Interior, ahora que ya no hay Juaristas por ninguna parte.

—¿Y se va también la Emperatriz?

—No; la Emperatriz se queda gobernando, mientras vuelve el Emperador.

—Pero, ¿es cierto todo eso que nos estás contando, cómo lo has sabido?

—Porque acabo de recibir la orden de disponerme para acompañar á Su Majestad en la expedición, y traigo aquí la nueva invitación para el matrimonio; véanla ustedes.

—No cabe duda; mañana es la ceremonia.

—¡Ah, ya se me estaba olvidando! Díme, Julio, ¿es cierto que haces el amor á la Condesa de Schewerrer?

—Esas son intriguillas de Corte y habladurías de antesala ¿Quién te ha dicho semejante cosa?

—Poco importa quién me lo haya dicho, lo que deseo saber es, si la noticia es cierta.

—Verdaderamente, me agrada mucho la señora Condesa, y pienso seriamente en pretenderla; aunque por el lado de los intereses materiales no sea muy igual el matrimonio, pues parece que la Condesa no tiene una gran fortuna; yo pasaré por todo eso, ya que en cuanto á nobleza no hay diferencia. Pero hasta ahora no hay nada formal y guardo mi declaración para cuando volvamos del viaje. Debo advertir que, de todos modos, aplazaré el matrimonio hasta dentro de un año, porque quiero disfrutar todavía ese tiempo de mi vida de soltero.

—Nos vamos,—dijeron las amigas de Enriqueta,—porque ustedes tienen que arreglar muchas cosas y nosotras también; esta noticia que nos ha dado Julio, nos pone á todas en movimiento.

Se despidieron las visitas, Enriqueta fué á dar órdenes para que sus trajes estuvieran listos aquel mismo día, y Julio á preparar la multitud de cosas que quería llevar en el viaje para presentarse siempre y en todas partes, con el lujo que correspondía á un Conde, Oficial de órdenes del Emperador

El 9 de Agosto se verificó el matrimonio de la señorita Guadalupe Almonte y el General Don José Domingo Herrán. La ceremonia estuvo muy concurrida por las principales familias de México, lo mismo que el banquete, con que se solemnizó el matrimonio.

Al día siguiente salió Maximiliano de México, rumbo al Interior, con un gran tren y acompañado de numerosa escolta franco-mexicana.

En la comitiva de Maximiliano iba Julio, con varios criados que llevaba á su servicio, y numerosos bultos de equipaje, para poder presentarse en todas ocasiones con el mismo lujo que en los Palacios de México; llevaba seis hermosos caballos ricamente enjaezados, un elegan-

te coche de camino y primorosas armas, que de poco ó nada le hubieran servido en un combate, pero que en cambio llamaban la atención, por la riqueza de sus incrustaciones de oro y la extraordinaria finura de su construcción.

Después de recorrer Maximiliano, con su comitiva, las ciudades de Querétaro, Celaya, Salamanca, Guanajuato, San Luis Potosí y algunas otras; después de haber recibido en León á los Generales Uraga, Vidaurri y Quiroga, que se habían sometido al Imperio, llegó á fines de Septiembre, á la ciudad de Morelia.

Alberto, que desde que sanó de la herida que recibió en el asalto de la Plaza en Diciembre del año anterior, no había dejado de combatir contra las tropas republicanas que pululaban por todo el Estado, ya en forma de guerrillas más ó menos numerosas, ya como Cuerpos de ejército organizados se encontraba en Morelia cuando entró en la ciudad el Emperador, con su brillante comitiva; desde luego conoció Alberto á Julio, de quien ya sabía, por los periódicos, que se titulaba Conde de la Laguna, y era Oficial de órdenes del Emperador.

Mucho gusto le dió á Alberto volver á ver á Julio, así es que procuró buscarlo en su alojamiento luego que acabó el pe-

sado servicio de aquel día y la formación y la columna de honor que desfiló por frente al Palacio de Gobierno. Por fortuna, no le tocó á Alberto hacer guardia y pudo en la tarde dedicarse á buscar á su amigo Julio, á quien encontró alojado en el principal hotel de la ciudad.

Acababa Julio de comer y estaba negligentemente recostado en un sillón, fumando un puro, cuando uno de sus criados le presentó en una bandejita de Cristoffle la tarjeta de Alberto.

—Has que pase ese caballero.

Entró Alberto preparado para dar un estrecho abrazo á Julio, pero éste, sin moverse del sillón, le tendió la mano, diciéndole, con aire de protección:

—¡Hola, Alberto! Ya sabía yo que estabas por estos rumbos pero no creía encontrarte aquí; pensaba que formabas parte de la columna que, al mando del General Márquez, marchó á ocupar Colima.

—No salió mi Batallón y tuve que quedarme.

—Has hecho muy bien alistándote en nuestro ejército; veo que has llegado á obtener el grado de Capitán, y si la guerra continuara y tuvieras la suerte de batirte bien, ¡quién sabe si con mi recomendación y la de algunas otras personas

influyentes, pudieras ascender á Comandante de Batallón! Por supuesto que casi es un sueño lo que estoy diciendo, porque las pocas gavillas de Juaristas que quedan, no dilatarán tres meses en acabarse completamente.

—Pues mira,—dijo Alberto, á quien había molestado lo frío del recibimiento de Julio, y su aire de protectora condescendencia,—lo que es en el Estado de Michoacán....

—Departamento,—interrumpió Julio.

—Bien; lo que es en el Departamento de Michoacán, te aseguro que si no es por la correría que acabamos de hacer para limpiar á ustedes el camino, y porque la mayor parte de esas que tú llamas gavillas, ha ido siguiendo la retaguardia del General Márquez para molestarlo en su marcha á Colima, te aseguro que no llegan ustedes con felicidad.

—¡Bah! Todos ustedes los soldados de filas, tienen la costumbre de aumentar el número y calidad de los enemigos. Nosotros acabamos de recorrer triunfalmente las principales poblaciones del Interior: en todas partes hemos sido recibidos con delirante entusiasmo, y no hemos visto ni la sombra de un enemigo. De los Estados de Oriente, ni se diga: en ellos hace mucho tiempo que es un he-

cho la completa paz, con excepción de Oaxaca, que muy pronto caerá en nuestro poder; no tenemos por allí enemigos á quienes combatir. Y ya ves, todos los Generales Juristas que algo valían, están reconociendo al Imperio; acaban de presentársenos Uraga, Vidaurri, O'Horán y otros muchos.

—Pues yo creo que la guerra está muy lejos de haber terminado.

—Con tu permiso, voy á vestirme, porque tengo que asistir al banquete con que nos obsequia esta noche la Municipalidad. Es lástima que tú no puedas concurrir, para que conocieras de cerca á Su Majestad el Emperador; verías qué noble es, y qué afable con sus inferiores. A mí me distingue entre todos sus Oficiales de órdenes, acaso por ser yo uno de los pocos representantes que quedan, de la nobleza antigua.

—Si hubiera yo sabido que estabas tan ocupado, no te hubiera venido á molestar.

—No, si no ha sido para mi molestia el recibirte, al contrario, y si me necesitas para alguna cosa, ya sabes que estoy dispuesto á servirte. Te recomendaré, si quieres, con el Coronel Méndez, para que no salgas á expedicionar, sino que estés siempre aquí de Guarnición.

—No, muchas gracias, precisamente lo que menos me agrada es la vida de ociosidad que se tiene en las ciudades, y prefiero mil veces batirme.

—Tú lo sabes, pero ya que has conseguido llegar á Capitán, cosa muy rara, no teniendo antecedentes de nobleza, ni habiendo adquirido ese grado antes de la Intervención francesa, ya que has tenido tanta suerte, ¿qué más puedes desear?

—Tienes razón; nosotros, los que exponemos diariamente nuestra vida en los campos de batalla, no debemos aspirar á los altos grados del ejército, que están reservados para los que prestan sus importantes servicios haciendo de figuras decorativas en las antesalas del Palacio Imperial.

—Te perdono la ironía, porque no estás acostumbrado al trato y finura de la Corte, y vuelvo á ofrecerte mis servicios.

—Te los agradezco mucho, pero giramos en tan distintas órbitas, que no creo necesitarlos.

—¡Se me olvidaba hacerte una recomendación! Cuando vaya yo en la comitiva Imperial, no se te ocurra saludarme; no te ofendas por esto, pero nos está prohibido contestar en esos casos los saludos.

—No tengas cuidado, que no te molestare con ellos.

Los dos jóvenes se separaron; Alberto se fué indignado por el recibimiento que le había hecho Julio, y este se quedó diciendo:

—Es increíble cómo se han confundido las clases en esta sociedad desorganizada por cuarenta años de República! Mucho trabajo nos va á costar volver á colocar á cada uno en el puesto que le corresponde.

Acabó de acicalarse y salió á dar una vuelta por la ciudad, antes de que llegara la hora del convite.

Al día siguiente presenció, desde un balcón del Palacio de Gobierno y formando parte del séquito de Maximiliano, una imponente ceremonia.

Las tropas francesas que estaban de Guarnición, formaron los tres lados de un cuadro en la Plaza principal, y el otro lado lo cubrió el Batallón que mandaba el Coronel Don Ramón Méndez; sonaron varios toques de corneta, los soldados franceses presentaron las armas, mientras el General Douay leía algo de que no se dió cuenta Julio; acabada la lectura, dos Oficiales se dirigieron á donde estaba el Coronel Méndez; éste mandó á un Ayudante, que transmitió una

orden al Capitán Alberto Garay, quien acompañado de los dos Oficiales franceses se dirigió al lugar que ocupaba el General Douay, y allí el General francés colocó en el pecho de Alberto la Cruz de la Legión de Honor, que le había sido concedida por el Emperador Napoleón, en premio de su notable valor y de haber salvado en un encuentro, con gran riesgo de su vida, la de un Coronel francés que había caído del caballo y estaba rodeado de enemigos.

Julio no pudo menos de envidiar aquella condecoración tan estimada por todos, y su envidia subió de punto cuando Maximiliano hizo llamar á Alberto, lo felicitó públicamente y mandó que se tomara razón de su nombre para tenerlo presente en la primera promoción de grados que se hiciera.

Poco después salió Maximiliano de Morelia, y regresó á México por Toluca, á donde lo fué á recibir la Emperatriz Carlota.



CAPITULO XVI

En el que se pone nuevamente á prueba el valor de Rafael

A fines del año de 1864, Maximiliano había decidido eliminar completamente de su Gobierno el elemento conservador, para adoptar, si no todas, la mayor parte de las Leyes de Reforma dadas por Juárez; cuidó, para no tropezar con dificultades, de alejar á los dos principales caudillos conservadores, los Generales Miramón y Márquez. El primero salió de la República en Noviembre de ese año, con el pretexto de que fuera á estudiar los adelantos de la artillería en Alemania; y al mes siguiente fué enviado Márquez á

Constantinopla como Ministro Plenipotenciario.

A propósito de esto. "La Orquesta," periódico liberal que se publicaba en México, dió á luz una caricatura en la que se veía á Don Teodosio Lares examinando á trasluz un huevo, dentro del cual se esbozaba la cabeza de Maximiliano, y Rodríguez San Miguel, que estaba á su lado, preguntaba:

—"¿Qué hacéis ahí, compañero?"

A lo que contestaba Lares:

—"Mirando este huevo, amigo,
que nos ha salido huero."

Y en otro número del mismo periódico, aparecían los Generales Márquez y Miramón, con trajes de peregrinos, y abajo se leía lo siguiente:

"Van en peregrinación
dos ilustres señorones;
uno va por instrucción,
y el otro con instrucciones."

Al mismo tiempo que se desterraba

honrosamente á los dos Generales, se discutía con el Nuncio Apostólico Monseñor Meglia, la cuestión relativa á los negocios y bienes de la Iglesia, sin que se hubiera podido llegar á un acuerdo:

Como en aquellos días Maximiliano consideraba asentado su trono sobre bases firmes, pues que estaban sometidas al Imperio casi todas las capitales de los Estados y las principales poblaciones de la República; y por otra parte, á diario deponían las armas muchos de los que con ellas habían combatido contra el nuevo orden de cosas, seguro de su posición el Emperador, se resolvió á dar, en Febrero de 65, las leyes de tolerancia de cultos y de nacionalización de los bienes eclesiásticos.

Todo esto no había podido prepararse de tan oculta manera que no se apercibiera de ello el partido conservador, y algunos de sus miembros, los más exaltados, pretendieron hacer una revolución para derrocar al Emperador, contando, probablemente, con el General Santa-Anna, que estaba á la sazón buscando la manera de entrar en la República y tomar parte en los negocios políticos, sin conseguir que aceptara sus servicios ninguno de los dos partidos beligerantes.

No contando los revolucionarios conservadores con los Generales Miramón ni Márquez, que habían salido de la República, les ocurrió servirse del General Don Tomás Mejía, que era el de mayor prestigio entre los jefes que estaban en armas. Los que esto pensaron desconocían completamente el carácter de Mejía, eminentemente leal y honrado, incapaz de cometer la bajeza de pronunciarse contra el Emperador, á quien había reconocido y por quien tenía personal cariño; pero el caso fué que el directorio conservador exaltado, envió sus propuestas de defección al General Mejía, encargando muy especialmente á las personas que las llevaron á Matamoros, que era donde el General estaba, que si no las aceptaba, cuidaran mucho de que no pudiera llegar á México ningún correo que denunciara lo que se estaba fraguando.

Cuando las tres personas que iban á proponer á Mejía la defección llegaron á Matamoros, convinieron en que una sola de ellas hablara al General, sin que éste supiera que eran tres los enviados. Así lo hicieron, y á fe que tuvieron razón, pues indignado profundamente el General, no sólo rehusó aceptar, sino que redujo á prisión al mensajero para dar par-

te á México, y recibir instrucciones sobre lo que con él debía hacerse.

Esto lo supieron los compañeros del preso, y decidieron evitar á todo trance la salida de los correos ó su llegada á México.

Algo sospechó Mejía de que pudiera haber quien estuviera empeñado en evitar que mandara á México la noticia de que se estaba conspirando, y entonces decidió mandar á uno de sus oficiales, eligiendo para ello á Rafael.

—Necesito, Capitán,—le dijo cuando estuvo en su presencia Rafael,—que lleve usted á México estos pliegos y los entregue en su propia mano al Emperador. Tal vez haya personas interesadas en que estas comunicaciones no lleguen á su destino, pero confío en el valor y discreción de usted; acaso tenga en este momento en sus manos la suerte del Imperio, y no dudo en confiarla á uno de mis mejores y más valientes oficiales.

—Suceda lo que quiera, mi General, sólo Su Majestad el Emperador se enterará de estas comunicaciones, y haré cuanto sea posible para cumplir el encargo que me hace el honor de confiar á mi lealtad.

—Espero que cumplirá con él.

—Mi vida responde del éxito.

—Salvo órdenes superiores en contrario, espero que volveremos á vernos en esta ciudad.

—Estaré de vuelta luego que haya cumplido mi comisión.

—¿Cuántos hombres quiere usted llevar de escolta?

—Ninguno, mi General; sería necesaria una columna de las tres armas para atravesar de aquí á México; una simple escolta, por numerosa que fuera, sería deshecha antes de rendir la tercera jornada. Saldré más bien con mi asistente, como pasajero, á bordo de la balandra "Juanita," que se da á la vela mañana, para Veracruz, y de allí á México iré en la diligencia.

—Me parece muy bien. Es realmente el camino más rápido y seguro.

Rafael lo hizo como lo había dicho, y al día siguiente se embarcó para Veracruz, acompañado de Diego.

Los dos conspiradores que se encontraban en Matamoros estaban seguros de que el General Mejía no se limitaría á tener preso al que había tratado de sedu-

cirlo, sino que daría parte al Gobierno Imperial de lo que contra él se tramaba, y resolvieron, en consecuencia, vigilar con esmero la salida de los correos extraordinarios. No se hubieran apercibido de la partida de Rafael, si no hubiera sido porque casualmente oyeron la siguiente conversación:

—¿Por qué no asistió hoy á la revista el Capitán Armijo?

—Porque salió á una comisión del servicio.

—¿A dónde fué?

—No lo sé; salió para la costa.

Luego que oyeron esto, se fueron los dos conspiradores para su alojamiento, y uno de ellos dijo:

—Somos unos necios, se nos olvidó que el camino por mar es mucho más expedito, y hemos dejado partir y que se nos adelante el correo.

—Nada hay perdido—dijo el otro.—Si encontramos un buque que salga para Veracruz, aun podemos detener el correo en el camino.

—¡A la costa en el acto! A todo tran-

ce hay que evitar que lleguen á México las comunicaciones del General Mejía.

—Es necesario cuidarnos de cometer otra ligereza; yo parto en seguimiento de ese Capitán Armijo, á quien afortunadamente conozco de vista; tú quédate aquí vigilando, no sea que nos hayamos equivocado y el tal Capitán no sea el correo que tememos.

—Es posible, aunque no probable, que el Capitán Armijo vaya á Tampico ó á otra parte y no á México. Me parece bien lo que dices, me quedaré aquí y seguiré vigilando escrupulosamente.

Al día siguiente salió de Matamoros uno de los conspiradores, de apellido González, y al llegar á la costa, supo que acababa de salir con rumbo á Veracruz y llevando pasajeros, la balandra "Juanita."

Con algún trabajo, y pagándolo muy bien, consiguió González fletar el pailebot "Consuelo," que se dió inmediatamente á la mar.

—¿Cuándo salió la balandra "Juanita"? —preguntó González al Capitán.

—Antier en la mañana.

—¿La podremos alcanzar?

—Antes de llegar á Tampico, es imposible, porque es muy velera; pero como allí se ha de detener un día la podemos dar alcance antes de que llegue á Veracruz.

—En esa balandra va un socio mío á quien me interesa mucho ver antes de que marche para México. Cuente usted con una buena prima si llegamos á Veracruz, por lo menos, al mismo tiempo que la balandra.

—Haré todo lo que se pueda.

Al pasar por las aguas de Tampico supieron que la balandra había salido algunas horas antes, sin dejar en tierra pasajeros, por lo que no tocaron en el puerto, sino que siguieron adelante.

La víspera de llegar á Veracruz estaba González recostado en la litera de su camarote, cuando se acercó el Capitán y le dijo:

—Tenemos á la vista la balandra. ¿Quiere usted ponerse al habla con su socio?

—No, sigamos adelante, para llegar primero á Veracruz.

Con unas cuantas horas de diferencia, arribaron los dos barcos á Veracruz, y desde luego Rafael y Diego se dirigieron

á la casa de Diligencias á tomar boletos de viaje para México, sin fijar la atención en un sujeto que no los había perdido de vista desde que desembarcaron en el muelle, y que entró también en el despacho, al parecer, con el mismo objeto de tomar pasaje. Pero unos y otros tuvieron que esperar otro día más, porque estaban tomados todos los asientos del coche.

González, pues él era el que había entrado en el despacho casi al mismo tiempo que Rafael, dijo á éste:

—Por lo que acabo de oír, parece que seremos compañeros de viaje hasta México, pues yo también venía á tomar un asiento en la diligencia, para ir á la capital.

—Sí, señor; para allá vamos nosotros.

—¿Y están seguros los caminos? Se lo pregunto á usted, porque yo acabo de llegar de la Habana y por allí se dice que hay muchas guerrillas que asaltan las diligencias.

—No creo que haya riesgo, porque las escoltas están recorriendo siempre los caminos.

—Pues entonces, pasado mañana tendré el gusto de ser su compañero; entretanto, me ofrezco á sus órdenes para lo que pueda servirle. Luis Pérez, Agente

viajero de la casa Bazagoiti y Compañía de la Habana.

—Muchas gracias. Joaquín Delgado, servidor de usted.

Uno y otro habían ocultado sus nombres; pero González, que conocía á Rafael, quedó, con ésto, convencido de que su interlocutor era el enviado del General Mejía, que llevaba las comunicaciones, y se propuso impedir á toda costa que llegaran á su destino.

González se ocupó todo el día siguiente en averiguar si había guerrillas entre Veracruz y Orizaba, pues el medio más expedito que se le ocurrió para inutilizar á Rafael, fué denunciarlo á los republicanos como Oficial portador de pliegos para el Gobierno Imperial; pero aunque supo que abundaban las guerrillas, y aun solían darse casos de que asaltaran las diligencias, generalmente no atacaban más que los pequeños Destacamentos de franceses ó los convoyes que éstos conducían, y, de todos modos, no halló manera de ponerse en comunicación con ningún jefe de guerrillas.

Llegó el día de la partida y salieron de Veracruz las tres personas que ya conocemos y dos comerciantes españoles; el viaje no tuvo al principio incidente alguno, pero entre Córdova y Orizaba fué de-

tenida la diligencia por una partida de guerrilleros que hicieron bajar del coche á los que iban en él, y se apoderaron de las balijas que contenían la correspondencia. Salvo el tiempo que en esto se perdió, no hubieran sufrido nada los viajeros, si no hubiera sido porque González pudo hablar al jefe de la partida, sin que nadie se apercibiera de esto, y le indicó que Rafael era portador de pliegos importantes para el Gobierno de México.

Rafael, á su vez, temiendo ser registrado, había dirigido una rápida mirada á su alrededor, para ver si era posible escapar, en un caso de necesidad, y estaba parado á la orilla del camino, al lado de dos caballos de los mismos guerrilleros, que habían desmontado para verificar la apertura de las balijas; uno de los caballos estaba atado á un árbol, y el otro tenía únicamente trabada la rienda en la cabeza de la silla.

—¡Tráiganme á ese!—dijo el jefe, señalando á Rafael.

Este, comprendiendo instintivamente el riesgo que corría, brincó sobre el caballo, que estaba desatado y se lanzó á escape, siguiendo el camino para Orizaba.

—¡Cójanlo vivo ó muerto, y traigan los papeles que lleva!—gritó el jefe.

Seis ú ocho guerrilleros corrieron tras

de Rafael, y, poco después, se oyeron varias detonaciones de armas de fuego. Al cabo de media hora regresaron los guerrilleros, sin haber podido dar alcance al fugitivo.

—¡Imbéciles!—les dijo el jefe.—¿Cómo lo han dejado escapar?

—Se llevó "El Clarín," que es uno de los mejores caballos.—contestó uno de los guerrilleros;—pero creo que no la contará, porque le disparamos varios tiros, y estoy seguro de que le pegamos.

—Eso poco me importa; lo que necesitaba eran las comunicaciones que lleva para el enemigo.

Diego oía todo esto y se devanaba los sesos, pensando quién podía haber dado noticia de la comisión que llevaba Rafael.

Por fin, dejaron los guerrilleros continuar su camino á la diligencia, pero la fueron acompañando durante algún tiempo, con la esperanza de encontrar el cadáver de Rafael.

González no continuó su viaje hasta México, sino que se quedó en Orizaba, para averiguar qué había sido del portador de los pliegos, y Diego se quedó también, con el mismo objeto.

Rafael siguió corriendo, aun cuando no lo perseguían ya los guerrilleros, y lle-

gó á Orizaba antes que la diligencia; se hospedó en el primer hotel que encontró, y mandó buscar á un médico, para que le curara la herida que había recibido en su fuga y que le molestaba sobremanera. Esa herida, aunque no revestía gravedad alguna, necesitaba de varios días de reposo para ser curada, y determinó desde luego una fiebre intensa, que hizo perder el conocimiento á Rafael. Cuando recobró los sentidos al cabo de cinco días, vió á Diego junto á la cabecera de la cama.

—¿Qué pasó después que dejé á ustedes?—le preguntó.

—Nos dejaron libres los guerrilleros; llegamos aquí en la noche; al día siguiente supe dónde estaba usted y me vine á acompañarlo.

—Tal vez hice mal en huír; pero temí que nos quisieran registrar y encontraran las comunicaciones del General.

—Hizo usted muy bien, porque el jefe de los guerrilleros sabía que tenía usted esas comunicaciones y por eso lo querían coger.

—Pero entonces, me hubieran registrado desde el primer momento.

—Lo que quiere decir que alguno de los que venían con nosotros en la diligencia, les dió parte de quién era usted.

—¿Quién puede haberlo sabido?

—Solamente ese Luis Pérez, que casi no nos perdió de vista en Veracruz, porque los otros dos pasajeros estoy cierto de que eran dos españoles que no nos conocían ni tenían por dónde saber quiénes éramos.

—¿Pero cómo supo lo que sólo sabíamos el General, tú y yo?

—Es muy difícil de averiguar; pero el tal Pérez se me ha hecho más sospechoso, porque no siguió su viaje para México, sino que se ha quedado aquí, y no pierde oportunidad de preguntarme por usted, sin que le haya yo podido ocultar el lugar en que está, porque lo sabe toda la gente, por haberse hecho público el asalto á la diligencia.

Ocho días después de esto, pudo Rafael ponerse de nuevo en camino; compró Diego los boletos para el viaje, cuidando de que nadie supiera que se iban, y á la madrugada del otro día tomaron asiento en la diligencia, en la que no estaban más que dos señoras y un niño. Pero momentos antes de la partida entró en el coche otro pasajero, á quien no era fácil ver el rostro, por la obscuridad que reinaba, hasta que al amanecer notaron, con sorpresa, Rafael y Diego, que aquel último compañero de viaje era el Agente Luis Pérez.

—¡Cuánto me alegro,—dijo éste al ver á Rafael,—de volver á encontrar á usted y caminar en tan buena compañía! Yo tuve que detenerme en Orizaba y hasta hoy que terminé mis negocios, puedo marchar para la capital; no creía encontrar á usted, aunque sabía, por su criado, que estaba aliviado de la herida que recibió cuando nos asaltaron los guerrilleros.

—Yo tampoco creí que volveríamos á encontrarnos,—contestó secamente Rafael.

Nada de particular ocurrió de Orizaba á la Cañada de Iztapa, donde tenían que pasar la noche los viajeros, hospedados en una mala posada. Sin embargo, ya muy entrada la noche, llamó la atención de Diego una sombra que se deslizaba por las tapias del corral, al que caía la pequeña ventanilla del cuarto en que dormían él y Rafael; pero por más que hizo, no pudo conocer quién era el que salía del mesón á semejante hora y que volvió á entrar por el mismo camino, media hora después.

González, que era el nocturno paseante, salió del mesón y se dirigió á un cobertizo que estaba á poca distancia, y donde lo esperaba un hombre, con el que entabló el siguiente diálogo:

—¿Estás seguro de que no hay ahora por aquí ninguna partida de pronunciados?

—Ninguna, señor amo; ya lo averigüé bien con el ventero y los mozos de la casa.

—¿Y entre Puebla y México?

—Allí sí está la partida del "Diablo Verde."

—¿Tú sigues con la diligencia hasta México?

—No, señor, me quedo en Puebla, para regresar en el otro viaje á Orizaba.

—¿Pero me puedes proporcionar alguna persona que me ponga en relaciones con el "Diablo Verde" y le lleve un recado?

—Sí, en la garita de México vive el compadre Cruz y ese le puede servir.

—Está bien; mañana en la noche me llevarás á verlo. Toma lo que te ofrecí y no te des por entendido con nadie, de lo que hemos hablado—y puso cinco pesos en las manos de su interlocutor.

—Muchas gracias.

—Buenas noches.

—Hasta mañana, mi amo.

La diligencia siguió su camino para Puebla, y al llegar á esa ciudad desapareció González, lo que no dejó de llamar la atención de Rafael y Diego, tanto más,

cuanto que al montar en el coche al día siguiente, no pareció, no obstante que tenía tomado boleto de pasaje hasta México. Rafael preguntó al conductor si no esperaba al pasajero que faltaba, y se le contestó que había avisado que montaría en la Garita. En efecto, al llegar á la Garita, subió González, dando la explicación de que había tenido que ir á quedarse allí con un amigo suyo.

Lo que en realidad había hecho González era ponerse de acuerdo con un semibandido llamado Cruz, que se comprometió á hacer que "El Diablo Verde," que merodeaba por el monte de México, asaltara aquella diligencia y pusiera á disposición del pasajero que le indicaría el mismo Cruz, todos los papeles que los otros llevaran, mediante una gratificación de mil pesos.

El plan era seguro, porque por mucha resistencia que opusieran Rafael y Diego, serían fácilmente vencidos por veintitantos ladrones que formaban la partida de "El Diablo Verde."

La seguridad del triunfo hizo que González fuera más comunicativo y alegre que de ordinario. Las señoras y el niño que habían hecho el viaje desde Orizaba, se quedaron en Puebla, y allí, en cambio, montaron en la diligencia tres jóvenes es-

tudiantes y un ranchero, acompañado de su mujer. Se habló de ladrones y González se burló de ellos, diciendo que ya no se les encontraba más que en las novelas, y contó varias aventuras que, según decía, le habían pasado en sus frecuentes viajes.

Llegaron á Río Frío, donde comieron todos alegremente, y, habrían andado media legua en dirección del monte, cuando se rompió el eje delantero de la diligencia; era imposible continuar el viaje aquella tarde, ni acaso en todo el día siguiente.

Volvieron los pasajeros á la venta de Río Frío, sin que les preocupara mucho el percance, excepto á Rafael, que deseaba llegar cuanto antes á su destino, y á González, que perdió su alegría y se mostró fuertemente contrariado por aquel accidente; pero la cosa no tenía remedio, y había que resignarse.

Diego, que tenía sus razones para desconfiar de González y no lo perdía de vista, notó que al obscurecer llegó á la venta un hombre de muy mala catadura, montado á caballo, estuvo allí un corto rato, y salió, haciendo á González una seña, que sorprendió Diego, quien, alarmado por esto, habló con Rafael y convinieron en buscar caballos y partir solos pa-

ra la capital al siguiente día, ya que no era posible hacerlo en aquella misma noche.

Quedó encargado Diego de conseguir los caballos, pagándolos á cualquier precio y haciendo el negocio de manera que nadie se enterara de que iban á partir.

Mientras Rafael y Diego arreglaban la manera de proseguir el viaje sin la peligrosa compañía de González, éste sostenía el siguiente diálogo con el hombre que había estado en la venta y le había esperado á poca distancia entre un grupo de árboles.

—Toda la tarde hemos estado esperando la diligencia, decía el que hablaba con González y que no era otro que Cruz; ya mi compadre se aburre de esperar y me ha mandado á ver qué es lo que pasa.

—Que se ha rompido un eje y no podemos salir de aquí hasta mañana en la tarde ó pasado mañana; pero de todos modos, espérennos.

—Pero que sea pronto, porque no dilatan en pasar las escoltas.

—Yo haré todo lo posible para que salgamos mañana en la tarde. Ya saben, si hacen resistencia los matan, pero sólo á los que estén armados: lo esencial es recoger todos los papeles.

—¿Y el dinero ofrecido?

—Aquí llevo las libranzas, y me puedo quedar con ustedes mientras las pagan, para que vean que no los engaño.

—Está bueno.

—No vayan á asaltar á ningún pasajero, sea quien fuere, porque darán la alarma.

—No tenga usted cuidado, que ya está advertido de eso el Capitán.

Con esto se separaron los dos hombres, y González volvió á entrar en la venta, de tan buen humor y tan alegre como había estado antes del incidente que interrumpió el viaje.

—¿Qué tal, amigos, ¿cómo pasaron la noche?—decía González á sus compañeros, reunidos al día siguiente en el comedor de la venta, para desayunarse.

—No del todo mal,—contestó el ranchero.

—¿Cuándo estará compuesta la diligencia?—preguntó uno de los estudiantes.

—Dicen que esta tarde ó mañana muy temprano.

—Yo no tengo prisa por llegar á México,—dijo Rafael,—de suerte que no me perjudica esta demora.

—Pues nosotros sí deseamos llegar cuanto antes,—agregó el estudiante,—porque nuestros gastos están muy limitados.

—Si ustedes quieren,—indicó González,—iremos después del desayuno á la carrocería, y ofreciendo una buena gratificación acabarán más pronto la compostura.

—Iremos,—dijo el ranchero.

—Vayan ustedes,—dijo Rafael,—yo, como no tengo empeño en que se acabe pronto la compostura, voy á aprovechar el tiempo para dar un paseo por los alrededores. No por eso dejen ustedes de contar con mi parte de escote para pagar la gratificación.

Mientras los demás pasajeros iban á la carrocería, Rafael se reunía con Diego, que lo esperaba en el cuarto que ocupaban.

—Tengo ya dos buenos caballos,—dijo, luego que se le reunió Rafael;—están ya ensillados en aquella casita que se vé desde aquí entre los árboles; podemos salir al camino por la parte de atrás de la casa, sin que se nos pueda ver desde aquí.

—¿Te alquilaron los caballos, ó los compraste?

—Los compré, y necesitamos llevar los doscientos pesos que pidieron por ellos.

—¿Cuánto queda de dinero en tu vívora?

—Diez onzas.

—Allá te completaré con lo que llevo

en el cincho; recoge nuestros abrigos y vámonos, ahora que están los demás entretenidos en la carrocería.

Salieron de la venta sin que nadie los viera, llegaron á la casa de que había hablado Diego, pagaron los caballos, dió Rafael diez pesos al que se los vendió, para que se los llevara al ventero, en pago del gasto que habían hecho; montaron, y poco después se alejaban de Río Frío á todo el galope de sus caballos.

González y los demás pasajeros, volvieron de la carrocería muy satisfechos porque se les aseguró que estaría compuesta la diligencia al acabar la tarde de aquel día. No había llamado la atención de ninguno la ausencia de Rafael y Diego; pero hacía como dos horas que éstos habían partido, cuando se presentó el que les vendió los caballos, avisó al ventero que sus huéspedes se habían marchado, y le entregó los diez pesos, con los que quedaba pagado con exceso el gasto que habían hecho.

—¿Qué les pasaría á los compañeros de ustedes, que no quisieron esperar y se fueron ya siguiendo el camino?—preguntó el ventero á González y demás viajeros.

—¡Cómo! ¿Qué dice usted? ¿Se han

ido nuestros compañeros, los que venían con nosotros en la diligencia?

—Sí, ese señor alto, delgado, moreno, de bigote y piocha negros, y el otro, que parecía ser su mozo, se acaban de ir á caballo.

—Pero, ¿quién dice que se van por el camino de México? Han de haber ido nada más á dar un paseo por los alrededores, según nos acaban de decir.

—No señor, si ya hasta me dejaron pagado el gasto.

Desesperado González al ver que se le escapaba la presa que creía ya tener entre sus manos, se desató en improperios y maldiciones, y acabó por pedir que le alquilaran ó vendieran un caballo en cualquier precio, pues, según decía, le importaba mucho llegar á México antes, ó por lo menos al mismo tiempo que los que habían partido.

El ventero, que vió en perspectiva un buen negocio, le dijo que si estaba dispuesto á pagarlo bien, le podría conseguir un caballo.

—Pero que sea lo bastante bueno para dar alcance á los que se han ido.

—Es tan bueno como los que ellos llevan, y como han de ir despacio, con que usted le apriete tantito al "cuaco," en cuanto que los alcanza.

—Pues tráigalo inmediatamente.

—Es que me ha de dar por él ciento cincuenta pesos, y ochenta más si lo quiere ensillado y enfrenado.

—Aquí tiene el dinero, pero vaya pronto á traer el caballo.

Poco después montaba González en un caballo de no mala figura, pero inferior en clase á los que había comprado Rafael, y salió de la venta á escape, con la esperanza de alcanzar á los que se le escapaban, antes de que éstos llegaran al lugar en el que estaban apostados los ladrones.

Corrió durante dos horas, sin encontrar ni rastro de los que perseguía, cuando, de pronto, al cruzar una de las muchas barrancas que atraviesan el camino, fué detenido por varios hombres, entre los que se encontraba Cruz.

—¿Qué hay de lo dicho, dónde está el dinero ofrecido?—le preguntó el que parecía jefe de la partida.

—¿Han pasado por aquí dos hombres á caballo?

—Sí, hace como dos horas que pasaron.

—Pues á esos era á los que se debía detener.

—Usted mandó decir que no se ataja-

ra á nadie antes de que pasara la diligencia.

—Pero esos se me adelantaron.

—Pues como eso no es culpa mía y llevo ya dos días de estar aquí perdiendo el tiempo, ya puede ir soltando el dinerito ó las libranzas; no más que si son papeles, se queda con nosotros mientras los va á cobrar uno de los muchachos.

—Yo no les doy nada, porque no se ha dado el golpe.

—Tiene usted razón, trato es trato, y yo soy muy legal en esto; esperaremos que pase la diligencia, recogemos todos los papeles que traigan los pasajeros, se los entregamos á usted y nos da en cambio lo que nos tiene ofrecido.

—Ya no tiene objeto detener la diligencia.

—Pues entonces, como nosotros estamos aquí dispuestos á cumplir lo ofrecido, y usted ya se arrepintió, dénos el dinero, y en paz.

—Repito que no doy nada,—y déjenme pasar, porque me importa mucho llegar á México cuanto antes.

—¡Vamos, muchachos, bajen á este del caballo, véndenle los ojos y llévenselo!

—Yo les daré el dinero, pero déjenme seguir adelante.

—A verlo.

—Aquí está la libranza que les ofrecí.

El capitán recogió la libranza, se la guardó y dijo tranquilamente:

—Ya no más estará usted con nosotros mientras la pagan, que será cuestión de tres días, porque hoy mismo se irá á hacer el cobro, y estará usted muy bien tratado.

Por más que hizo González, no consiguió que lo dejaran libre los ladrones, hasta cuatro días después, que volvió el capitán de México, con el dinero que representaba la libranza

Hasta el día en que González llegó á México, no había conseguido Rafael que le diera audiencia el Emperador, porque no había querido darse á conocer como Oficial de la división de Mejía, ni menos que tenía una comisión especial. Mucho trabajo le costó, pero al fin pudo llegar hasta Maximiliano, como uno de tantos pretendientes.

—Señor,—dijo al encontrarse á solas con el Emperador, en el gabinete en que éste lo recibió,—soy un Oficial del ejército de Vuestra Majestad.

Al decir esto, presentó al Emperador los pliegos de que era portador.

—¿Por qué se me ha presentado usted sin uniforme y pidiendo una audiencia con objeto distinto del verdadero?

—Por recomendación especial de mi General, que no quiso se enterara nadie de que traía esos pliegos.

—Nadie hubiera tenido el atrevimiento de abrirlos, ni de estorbar que me hablara uno de mis Oficiales.

—Pero sí podían, como lo intentaron, hacer desaparecer al mensajero, y yo ofrecí á mi General que pondría las comunicaciones en las imperiales manos de Vuestra Majestad.

La noble entereza con que se expresaba Rafael llamó la atención de Maximiliano; examinó detenidamente la fisonomía de aquel joven y quedó prendado de su figura.

—¿Qué grado tiene usted en el ejército?

—Capitán de infantería.

—Está bien; vuelva usted mañana, á esta misma hora, para recibir mis órdenes.

Se retiró Rafael, y Maximiliano se puso á leer las comunicaciones del General Mejía, que era el jefe mexicano en quien mayor confianza tenía en aquella época.

Aunque Maximiliano sospechaba que el partido conservador exaltado no sólo no estaba á gusto con la política Imperial, sino que le era desafecto y en cierta manera hostil, nunca creyó que ese partido

llegara al extremo de hacer armas contra el Imperio, así es que las comunicaciones de Mejía, en que le daba parte de la conspiración y de las propuestas que se le habían hecho para que se pusiera al frente de los revolucionarios, le causaron gran sorpresa, y se propuso tomar enérgicas medidas para evitar cualquier movimiento revolucionario.

Contestó á Mejía en los términos más lisonjeros y le ordenó que hiciera salir del territorio mexicano al que le había hecho las propuestas de que se pronunciara, sin formarle causa ni imponerle el severo castigo que merecía, para no hacer público aquel desacuerdo que había entre los mismos que se tenían como partidarios del Imperio.

Se dió orden á la policía para que aprehendiera al General Don Juan Vicario, uno de los primeros jefes mexicanos que se unieron á los franceses; pero súpolo á tiempo Vicario y huyó á los Departamentos del Sur, donde siempre había combatido. Allí, á principios de Marzo de 65 se pronunció contra el Imperio, aunque sin unirse á los republicanos; este pronunciamiento determinó que á mediados del mismo mes, fuera desterrado á Francia el General Taboada, el que se había pronunciado en Córdova contra el Go-

bierno de Don Benito Juárez en los primeros días de la Intervención francesa.

Rafael no se presentó en Palacio al día siguiente de su entrevista con Maximiliano; esto llamó la atención del Emperador, y sintió no haberse informado cuál era el alojamiento del Capitán, que por haber ido á México con una comisión reservada, no se había presentado en la Comandancia Militar.

Pasaron otros tres días sin que pareciera Rafael; casi lo había olvidado ya Maximiliano, á quien su carácter voluble hacía pasar sin esfuerzo del asunto más serio y trascendental á las mayores futilezas, como el arreglo de una ceremonia á los colores de una librea, cuando al cabo de seis días le anunciaron que un hombre del pueblo, que parecía estar enfermo, insistía en solicitar aundiencia, asegurando que con decir su nombre lo recibiría desde luego el Emperador.

—¿Cómo se llama ese hombre?

—Rafael Armijo.

—Que lo introduzcan aquí inmediatamente, y que nadie, sea quien fuere, entre hasta que yo llame.

Entró Rafael, que estaba densamente pálido, al grado de llamar la atención de Maximiliano.

—¿Por qué no se presentó usted al día siguiente, como le ordené?

—La noche del día en que tuve la honra de ser recibido por Vuestra Majestad, me asaltaron tres hombres desconocidos, me hirieron, y no consiguieron asesinarme porque esto pasaba cerca de mi alojamiento y mi asistente corrió en mi auxilio. Hasta hoy he podido salir, y aquí estoy para recibir y cumplir las órdenes de Vuestra Majestad.

—No está usted en estado de ponerse en camino.

—Puedo montar á caballo, porque mi herida no fué grave sino por la mucha sangre que me hizo perder y porque se volvió á abrir la que recibí en el camino de Veracruz al venir á esta capital.

—Es necesario volver á Matamoros.

—Volveré, señor.

—Está bien, pero en esta vez acompañará á usted una fuerte escolta hasta Veracruz, y allí se embarcará èn un buque de guerra francés.

—Como lo disponga Su Majestad.

—Tome usted esto para el General Mejía,—y le entregó un pliego cerrado.—Esto para usted, Comandante Armijo.

Y puso en manos de Rafael el despacho de Comandante de Batallón y las

insignias de Caballero de **la Orden** Imperial de Guadalupe.

Rafael se inclinó respetuosamente, Maximiliano continuó diciendo:

—Quede usted alojado desde hoy en el departamento que ocupa la guardia palatina, y no saldrá para Veracruz hasta dentro de ocho días, que esté completamente restablecido.

Ocho días después salieron Rafael y Diego de México y llegaron felizmente á Matamoros.



CAPITULO XVII.

El rapto de la Condesa.

El General Don Porfirio Díaz, después de haber expedicionado por el interior de la República, se dirigió á Oaxaca, su Estado natal, con el objeto de fortificar esa ciudad y hacer en ella una heroica defensa. Puso todo su empeño en reunir gente y disciplinarla; hizo extraordinarios esfuerzos para poner á Oaxaca en estado de sostener un sitio y de presentar seria resistencia, y esperó el ataque de los franceses, confiado en que no podrían tomar la ciudad.

No pudo estorbar la marcha del enemigo por las ásperas serranías que tenía que atravesar antes de llegar á Oaxaca, porque no contaba con elementos bastantes, ni sus bizoñas tropas estaban en estado de sostener ataques á campo raso,

ni de hacer retiradas estratégicas; pero contaba con valientes guerrilleros que dieron mucho quehacer á los franceses durante su marcha.

Entre estos guerrilleros merece especial mención JUAN AGUSTIN, indio sumamente activo, muy atrevido y que fué sin duda el que mayores perjuicios hizo á los franceses en las numerosas emboscadas que á diario les ponía. Los franceses primero, y después los austriacos, pusieron decidido empeño en aprehender al famoso guerrillero y después de la toma de Oaxaca, llegaron los austriacos á conseguir su objeto, por haber entregado una mujer á JUAN AGUSTIN. No quisieron fusilarlo en el acto, sino llevarlo á Puebla como un trofeo y allí juzgarlo y sentenciarlo solemnemente para escarmiento de guerrilleros. Era tal el miedo que infundía, que lo llevaban con esposas en las manos y atado á la cureña de un cañón; pero sucedió que una tarde pidió agua á una india, y le dijo en mexicano que le llevara dentro del jarro una bola de sebo; así lo hizo la india; JUAN AGUSTIN tomó el agua y se quedó con la bola de sebo en la boca; en la noche desataron del cañón al preso y quedó con las esposas en las manos, rodeado de soldados austriacos; había nota-

do que en la mano izquierda quedaba la argolla un poco floja, y, durante la noche, á fuerza de untarse sebo en la mano, logró desprenderla de las esposas; entonces brincó sobre uno de los descuidados centinelas, le dió un tremendo golpe con la misma argolla que pendía de la cadena, y huyó sin que los sorprendidos austriacos hubieran podido darle alcance; en la herrería de un pueblo cercano le limaron la argolla que tenía en la mano derecha, y continuó el bravo guerrillero siendo el terror de los austriacos. Mucho tiempo después del triunfo de la República, vivía JUAN AGUSTIN sirviendo el empleo de celador del telégrafo en un pueblo del Estado de Oaxaca. (1)

Ya por aquel entonces era el General Díaz uno de los caudillos de mayor renombre en el Ejército nacional, así es que, para atacar á Oaxaca, se organizó un cuerpo de Ejército mandado por el General Bazaine en persona, por no ser aquella expedición de las que podían confiarse á jefes de columna.

El sitio de Oaxaca no fué lo que debió haber sido y lo que esperaba el General Díaz, por una serie de circunstancias des-

(1) Todo este episodio de *Juan Agustín* es rigurosamente histórico.

graciadas independientes todas de la voluntad y de los esfuerzos del General; aun así, ese sitio fué tan notable que valió al General Bazaine el nombramiento de Mariscal de Francia.

Dos circunstancias influyeron especialmente en que Oaxaca sucumbiera: una fué el mayor alcance de la artillería francesa, que destruía las fortificaciones levantadas á costa de mucho trabajo, sin que los sitiados pudieran causar el menor daño al enemigo porque allí no se contaba con la gruesa artillería que había defendido á Puebla en el año de 63. La otra circunstancia fué la poca firmeza de la mayor parte de los jefes subalternos, que llegó al extremo de que muchos defeccionaran y se pasaran al enemigo, aun aquéllos en quienes más confianza tenía el General Díaz; cuando éste determinó capitular, quedando prisionero sin garantías, lo hizo porque descubrió una conspiración fraguada por algunos jefes para entregar la ciudad al enemigo, y no estaba en condiciones de poder imponerles el castigo que merecían.

El sitio de Oaxaca es un episodio de nuestra Historia Patria, en el que, entre densos nubarrones, se destaca la figura del General Díaz, tanto más brillante, cuanto más negras aparecen las figuras

que lo rodean; este sitio significa los esfuerzos y la heroicidad de un solo hombre, secundado por un puñado de valientes.

El Capitán Gutiérrez, después de expedicionar por su cuenta á todo lo largo del camino entre Puebla y Orizaba, se unió con las tropas que mandaba el General Don Porfirio Díaz, y bajo sus órdenes hizo la campaña en los Estados de Oaxaca, Guerrero, Puebla, México, Querétaro y Michoacán, tomando parte muy activa, especialmente, en la acción de Tejupilco y en la toma de Tasco.

Cuando á principios del año de 65 Bazaine atacó al General Díaz en Oaxaca, Gutiérrez era Coronel, grado que había ganado á fuerza de heroicas acciones llevadas á cabo durante todo el año anterior. En aquel memorable sitio, mandaba Gutiérrez un Batallón, del que eran Oficiales ocho de sus antiguos compañeros de guerrilla, únicos que habían sobrevivido hasta entonces de los veinte que la formaban. Cuando por la fuerza de las circunstancias resolvió el General Díaz rendir la Plaza á discreción el 9 de Febrero de aquel año, Gutiérrez disolvió su Batallón dando cita á sus soldados, y muy especialmente á los Oficiales, para que se le reunieran en Acatlán, población

situada al Sur de la ciudad de Puebla, y se ocultó en Oaxaca, como lo había hecho en Puebla al terminar el sitio de 63.

Prisionero como quedó el General Don Porfiio Díaz después de la rendición de Oaxaca, la guerra se hacía casi imposible en los Estados de Oriente, así es que al reunirse en Acatlán Gutiérrez, sus ocho antiguos compañeros y unos cuantos soldados, resolvieron ir á prestar sus servicios en el Interior de la República.

—¡A Michoacán, muchachos!—les dijo Gutiérrez.—Allí está el General Arteaga, que no es hombre que deje á sus soldados en la ociosidad. Nosotros solos no podemos hacer nada de provecho, ni hay por estos rumbos algún jefe caracterizado con quien nos podamos reunir; vamos á Michoacán. Pero, como no es posible que lleguemos hasta allá todos reunidos, es necesario separarnos de nuevo.

—¿Dónde nos reunimos entonces, mi Coronel?—preguntó uno de los Oficiales.

—No puedo fijar un lugar determinado, porque no sabemos qué poblaciones ocupará el ejército nacional, así es que cada uno se incorporará á la primera columna republicana que le sea posible, y luego, poco á poco, nos juntaremos todos otra vez. Podemos caminar dos ó tres

juntos, sin llamar la atención. ¿Quiénes de ustedes quieren venir conmigo?

—¡Yo!—dijeron todos, á una voz.

—No pueden venir todos, ni yo quiero escoger, rifen entre ustedes los nombres de los dos Oficiales que me han de acompañar, y el de un soldado, que puede ir haciendo el oficio de mozo.

Así lo hicieron, y se separaron tomando cada grupo distinta dirección.

—¿Atravesaremos el Estado de Guerrero para llegar á Michoacán?—preguntó uno de los que habían quedado con Gutiérrez.

—Es el camino más corto, pero no el más seguro, porque cualquiera fuerza enemiga que nos encuentre ha de sospechar que somos guerrilleros, y hemos de llamar la atención en todos los pueblos por donde pasemos; lo mejor es irnos á Puebla y de allí á México, como si fuéramos traficantes; de ese modo no tendremos malos encuentros y podremos ver cómo está el enemigo en esas ciudades.

Tomada esa determinación, llegaron sin novedad á México montados en sus mulas y habiendo caminado unidos á los convoyes, que casi diariamente atravesaban el camino entre México y Puebla.

Una vez en la capital, tuvieron nece-

sidad de detenerse unos cuantos días esperando la oportunidad de que salieran tropas para el Interior, á fin de hacer con toda seguridad las primeras jornadas.

Una noche se paseaba Sebastián Gutiérrez por las calles de México, desiertas á la sazón por lo avanzado de la hora, cuando oyó un ligero silbido que parecía ser una contraseña y que fué contestado por otro igual; la curiosidad hizo que se detuviera Sebastián, ocultándose en el hueco de una puerta, que estaba protegido por la densa obscuridad que reinaba en la calle; pasó algún tiempo, y ya iba á abandonar su improvisado escondite, cuando se repitieron los silbidos, pero en esta vez más distintos y cercanos que en la primera; aun pasó otro corto espacio de tiempo, hasta que al fin apareció por la acera de enfrente y sin que hubiera podido ver de dónde había salido, un bulto que se detuvo frente al lugar en que estaba oculto Sebastián; casi inmediatamente se reunió al primero otro desconocido y entablaron entre los dos, en voz baja, una conversación, de la cual pudo oír Gutiérrez las siguientes palabras, gracias á que insensiblemente fueron elevando el diapasón de sus voces los que hablaban:

—¿Con que está ya todo listo?

—Sí señor.

—¿Dónde está el coche?

—Atrás de San Fernando.

—Bien, voy entonces á esperar dentro del coche. ¿A quién pusiste de cochero?

—A Juan.

—¿Qué instrucciones le diste?

—Que deje entrar en el coche á la primera persona que llegue; que cuando nosotros pongamos después un bulto dentro del coche, á una seña mía, parta á todo trote con rumbo á Tacubaya, pero á la mitad de la calzada se pare á recibir órdenes de la persona que va adentro. También le advertí que no haga caso alguno de cuanto vea ú oiga, y que por ningún motivo cambie estas instrucciones.

—Tenemos todavía media hora; ustedes á sus puestos, yo voy á esperar en el coche.

Cada uno de los dos interlocutores tomó por distinto rumbo, y Sebastián siguió al que había dicho que iba á esperar en el coche.

—Estos pícaros,—iba diciendo Sebastián,—tratan seguramente de robar á una pobre mujer; en rigor, esto no me importa á mí gran cosa; pero también es una tristeza que delante de uno se cometan estas infamias. sin que trate de evitarlas.... Y el caso es que yo solo no

puedo impedir el rapto, sin tener más armas que un puñal, y sin que me pueda valer de la policía.... Pero si consiguiera detener al que va á esperar en el coche, haría fracasar el plan..... Vamos á ver si es posible.

Apretó el paso y alcanzó al desconocido en los momentos en que éste atravesaba la plazuela de San Fernando.

—Señor,—le dijo Sebastián,—¿no me quisiera usted hacer el favor de decirme dónde queda la calle del Indio Triste?

—No puedo darle razón, porque no lo sé.

—Pues siquiera dígame dónde encontraré por aquí un mesón donde alojarme esta noche.

—Tampoco lo sé. Y hágame favor de no molestarme más, porque voy muy de prisa.

—Yo no la tengo, y como por aquí no hay gente ni policía á quienes preguntar lo que me interesa, no puedo dejar que usted se marche y me deje parado en el centro de esta plaza, que no sé cómo se llama.

El desconocido sospechó que se trataba de algún ladrón, y sacando una pistola, apuntó con ella á Sebastián, al mismo tiempo que le decía:

—Retírese en el acto si no quiere que le deje muerto de un tiro.

—Eso ya es otra cosa,—dijo Sebastián, —me repugnaba atacar á un hombre desarmado ó desprevenido; pero ahora, señor raptor de mujeres, muy listo será usted si escapa de mi puñal.

Al desconocido no le convenía disparar, porque llamaría la atención de la policía ó de los franceses, que había muchos que vivían por aquellos lugares, por lo que, sin dejar la pistola, que tenía en la mano izquierda, sacó un verduguillo del grueso bastón que portaba, y con él acometió furiosamente á Sebastián.

La lucha fué muy reñida, si bien de corta duración, pues aventurando el todo por el todo, arrojó Sebastián su puñal contra el desconocido, con tan buena suerte, que consiguió herirlo, al parecer de gravedad, pues cayó en tierra, sin hacer movimiento alguno para levantarse.

—Ahora al coche,—dijo Sebastián,—y quiera Dios que los compañeros de ese hombre no tropiecen con él al venir, porque sería yo descubierto.

Llegó Sebastián al lugar en que estaba parado un coche cerrado y tirado por un hermoso tronco de caballos ingleses, abrió la portezuela y se sentó en el asiento de atrás. Una media hora después, llegaron

cinco hombres, conduciendo á una mujer envuelta en un ancho abrigo negro, y con la cara tapada; conforme á lo que había oído Sebastián, abrió silenciosamente la portezuela, ayudó á introducir en el coche á la dama y volvió á cerrar. Los hombres se dispersaron y el coche tomó el camino de Tacubaya.

Antes de desatar á la señora, y para evitar que gritara, sin dar tiempo á Sebastián para explicar lo que había pasado, la dijo:

—No sé quien es usted, señora; por una verdadera casualidad descubrí que trataban de robar á usted, y he podido evitarlo; voy á dejarla libre y á conducirla al lugar que usted me indique.

Desató á la señora y continuó diciendo:

—Dentro de unos momentos me preguntará el cochero á dónde debemos ir; dígame usted ¿á qué parte quiere que la conduzca?

—Todo lo que está pasando es muy extraño; no sé si lo que usted me dice es cierto, ó es usted mi raptor.

—Si lo fuera, señora, no tendría necesidad de preguntar á usted á dónde quiere ir; la conduciría á mi voluntad.

—Es cierto. ¿Puede usted hacer que me deje el coche en la plaza principal?

—Sí, señora.

—¿Se compromete usted á no seguirme una vez que hayamos llegado, y á no pretender conocerme?

—Ofrezco á usted que será obedecida en todo. Yo no vivo aquí, llegué hace tres días; dentro de otros dos ó tres saldré para el Interior, y es probable que en mucho tiempo, acaso nunca, vuelva á esta ciudad.

—Sin embargo, me parece haber oído en alguna otra parte la voz de usted.

—Seguramente se equivoca la señora; nunca he vivido en las Cortes, ni he frecuentado la alta sociedad.

En esto paró el coche, volvió Sebastián á abrir la portezuela, y dijo al cochero:

—A la plaza principal; paras frente al Portal de Mercaderes.

Dió el coche la vuelta y se dirigió al lugar indicado.

—¡Es cierto entonces lo que usted me ha dicho!

—La señora acabará de convencerse cuando esté en absoluta libertad y haya llegado á su casa con toda seguridad, y sin que yo pretenda conocerla.

—¿Quiere usted hacerme el favor de referirme los pormenores de esta aventura que aun no puedo llegar á entender?

—Con mucho gusto.

Y Sebastián refirió todo lo que ya saben nuestros lectores.

Cuando hubo concluído, dijo la señora:

—¿De suerte que este coche no es de usted?

—He dicho á la señora que no vivo en esta capital, ni pertenezco á las altas clases sociales; este coche, probablemente, es de la persona que dispuso el rapto.

—¿Quién podrá ser?—pensaba entretanto la dama.—No atino qué persona pueda estar tan al tanto de mis acciones, que haya podido urdir esta celada..... ¿Será cuestión política ó aventura amorosa?

Llegó el coche al portal, bajaron la dama y Sebastián, y éste dijo al cochero:

—A la casa.

El coche se alejó, perdiéndose por las calles de la Monterilla.

La señora no pudo reconocer el coche ni los caballos y dijo para sí:

—Mañana averiguaré esto, y desgraciado del que se haya atrevido á tanto.

Luego se volvió para despedirse de su libertador, á quien pudo ver en aquel momento el rostro.

—Muchas gracias, Capitán Gutiérrez—dijo alegremente;—en usted puedo tener absoluta confianza; deme usted su brazo y acompáñeme al Palacio Imperial.

seguro de que podrá salir de él, no obstante que es usted uno de nuestros más encarnizados enemigos.

Al decir esto se descubrió, y Sebastián pudo ver el hermosísimo rostro de la Condesa de Schewerrer.

Los dos jóvenes se dirigieron al Palacio. La emoción que ambos experimentaron el reconocerse, la situación en que se encontraba Sebastián, y, por parte de la Condesa, la esperanza de tener una larga explicación con su compañero estando ya seguros dentro del Palacio, hicieron que llegaran á éste sin haberse dicho una palabra.

La puerta de la Emperatriz se abrió silenciosamente al llamar á ella la Condesa de una manera especial.

—Pase usted, Capitán,—dijo la Condesa, sonriendo.

—Muchas gracias, señora. Sigo perteneciendo al ejército republicano, y no entraré en este Palacio sino escoltando al Presidente de la República.

—¿Qué hace usted entonces en esta ciudad?

—Fuí uno de los defensores de Oaxaca, y voy de paso á reunirme con las tropas que manda el General Arteaga.

—¿No hay medio de que permanezca usted aquí?

—Ninguno.

—Adiós,—dijo la Condesa, tendiendo la mano al Capitán;—nunca olvidaré el servicio que me ha hecho usted esta noche.

—Si mi Patria no necesitara de mi vida, la consagraría gustoso al servicio de usted,—contestó Gutiérrez, besando, conmovido, la mano de la Condesa.

Desapareció la dama tras de la puerta, que se cerró inmediatamente, y Sebastián se alejó, dando un suspiro y diciendo para sí.

—¡Qué hermosa es!

La Condesa subió las escaleras del Palacio, murmurando:

—¡Qué noble y qué valiente!.... ¿Por qué no estará con nosotros este hombre?



CAPITULO XVIII.

Intrigas de la Corte

La Emperatriz Carlota estaba frente á un elegante escritorio, en el que había gran número de papeles en aparente desorden, pero todos coleccionados de manera que en un momento dado, se podía encontrar el que se necesitara; todos tenían notas marginales escritas, unas, por la misma Emperatriz, y otras por distintas personas; algunas de esas notas estaban marcadas con líneas rojas, para llamar sobre ellas la atención.

Un lámpara de seis luces, con globos de cristal apagado, pendía del artesón, y sobre el escritorio estaban dos candeleros de plata con bujías perfumadas.

Aunque la Emperatriz leía algunos de los papeles que tenía delante, se notaba desde luego que estaba preocupada, ner-

viosa, y que el trabajo á que parecía entregarse no era lo que ocupaba en esos momentos su imaginación.

María Carlota Amalia, esposa de Maximiliano, era hija de Leopoldo primero, Rey de Bélgica, y de la Princesa María Luisa Teresa de Orleans; tenía á la sazón veinticinco años, era alta de cuerpo, de facciones regulares y aire majestuoso; altiva, inteligente y enérgica; fué el alma del Imperio, porque dominaba completamente al débil, voluble y apático Maximiliano. En México no tuvo simpatías porque odiaba á la burguesía y al clero, precisamente las dos clases que rodeaban el trono de Maximiliano, porque burgueses y no otra cosa eran la mayor parte de los aristócratas de entonces.

Dos golpecitos dados discretamente á la puerta, interrumpieron el trabajo ó las reflexiones de la Emperatriz, quien sin moverse de su asiento dijo:

—Pasa.

Se abrió la puerta y entró la Condesa de Schewerrer, que volvía de su expedición nocturna.

—Me tenía ya inquieta tu tardanza,—dijo Carlota.

—¡Ah! señora, es que me han pasado extrañas aventuras!

—¿Hablaste con el Secretario del Nuncio?

—Sí señora.

—¿Cuál es la última resolución?

—Que es imposible ceder; que realmente no trae el Nuncio instrucciones en ese sentido, y que, por otra parte, nunca autorizará la Corte Romana el despojo de los bienes eclesiásticos.

—¡Pero es terquedad de estos hombres! Nosotros no podemos rehusarnos á dar las leyes de tolerancia de cultos y nacionalización de bienes eclesiásticos; las exige el Emperador Napoleón; Bazaine insiste en que se promulguen cuanto antes. y si no se tiene un arreglo previo con el Papa, todo el partido conservador nos abandona.... Sin embargo, á pesar de todo, se darán esas leyes,—continuó, como hablando consigo misma;—hay que convencer al Emperador de que no debemos esperar el resultado de la Comisión que se ha enviado á Roma.

Quedó la Emperatriz pensativa por un largo rato, hasta que, saliendo de su abstracción, dijo á la Condesa:

—¿Qué aventuras son esas de que me hablaste al principio?

La Condesa refirió lo que le había acontecido.

—¿Quién es ese hombre que tan opor-

tunamente ocurrió á salvarte? Quiero conocerlo, porque lo que ha hecho merece una recompensa.

—Es imposible presentarlo á Vuestra Majestad, porque ese hombre es un soldado republicano que, después de haber militado en Oaxaca á las órdenes del General Díaz, pasa por esta ciudad para reunirse en Michoacán con sus compañeros de armas.

—¿Y cómo se atreve un jefe republicano á pasear y á correr aventuras en nuestra capital? Hay que extrañar esto muy seriamente al jefe de la policía. A no ser que tu libertador te haya contado toda esa historia para despertar tu interés.

—No señora, porque lo conozco de antemano.

—¿Tú tienes relaciones con nuestros enemigos?

—Por lo menos las tuve al llegar al país.

—¿Cómo fué eso?

La Condesa refirió su primer encuentro con Gutiérrez, cómo éste derrotó á la escolta de cazadores de Africa, y cómo acompañó á la Condesa hasta las inmediaciones de Puebla.

—Ahora más que nunca desearía yo conocer á ese hombre. Con razón Juárez puede sostener la lucha contra todas

nuestras fuerzas, si cuenta con servidores como tu Capitán..... ¿Cómo dices que se llama?

—Sebastián Gutiérrez.

—No se me olvidará ese nombre. Y ahora, dime: ¿Quién sospechas que sea el que pretendió secuestrarte?

—No sé quién pueda haber sido, pero no es difícil averiguarlo.

—¿De qué manera?

—Quienquiera que haya sido, es persona que me ha visto salir las tres noches que he ido á conferenciar con el Secretario del Nuncio, y no puede ser más que alguno que vive en Palacio ó tiene espías en él. Como Gutiérrez dejó muerto ó mal herido al raptor, mañana sabremos qué personaje de la Corte falta en ella, y ese será, sin duda, el que pretendió robarme.

—¿Pero qué móvil puede haber sido el que determinó este atentado, cuando todos creen que tú no tomas parte en los asuntos políticos? ¿Será acaso el raptor alguno de tus muchos adoradores?

—No creo que ninguno de ellos se atreviera á dar semejante escándalo; y por otra parte, de esos muchos admiradores de que habla Vuestra Majestad, no hay más que uno sólo que me haya hablado de amor, precisamente el que menos in-

terés me inspira, y á quien he dicho con toda claridad que no puedo acceder á sus pretensiones.

—¿Te refieres á Julio Orozco?

—Sí señora.

—No creo yo tampoco que él haya sido; pero si fué, es una complicación más que se nos presenta, porque su padre, Don Pedro, el Conde de la Laguna, es uno de los personajes más influyentes del partido conservador moderado, con el que contamos para sostener las leyes que se van á dar. Puedes ya retirarte, yo voy todavía á escribir unas cartas.

—Buenas noches, señora.

—Adiós, Condesa.

Al levantarse la Condesa al día siguiente, se enteró de la noticia que ya corría por todo el Palacio, y de la que dieron cuenta los periódicos de la tarde, en los siguientes términos:

"Anoche, que no estaba de servicio el señor Capitán Don Julio Orozco, hijo del señor Consejero Don Pedro Orozco, Conde de la Laguna, salió dicho señor Capitán á pasear, y cuando regresaba para su habitación, fué asaltado en la plazuela de San Fernando por unos bandidos, que pretendieron robarlo: pero el joven Capitán se defendió heróicamente, y logró

hacer huir á los asaltantes, que no consiguieron su objeto, pero que causaron al joven y valiente Capitán una herida en el pecho, que afortunadamente no es de gravedad. Ya es escandaloso el número de robos y asaltos á mano armada que se están verificando en esta capital; nos permitimos excitar el celo de la policía, á fin de que procure muy eficazmente evitar que se repitan hechos como el que dejamos consignado, que nos desacreditan ante las naciones cultas y dan armas á los enemigos del Gobierno para atacar las instituciones que nos rigen."

—¿Con que era usted, señor Orozco, el que pretendió secuestrarme?—se dijo á sí misma la Condesa, cuando supo la noticia.—Bien merecido tiene usted el castigo que le aplicó el valiente Capitán Gutiérrez, pero aún falta el que yo le reservo.

La Emperatriz comprendió también que Orozco era el culpable, pero no dijo una palabra, ni volvió á hablar de esto con la Condesa.

Julio, entretanto, se proponía buscar por todas partes al hombre que lo había herido, y hacerle pagar cara su intervención en el asunto. Luego que fué transportado á su casa, le hicieron la primera cura y estuvo capaz de hablar, mandó lla-

mar á su criado de confianza, que era el que había reclutado á los hombres encargados de robar á la Condesa, y se informó minuciosamente de lo que había pasado. Cuando supo que otro hombre había ocupado su lugar en el coche, que había regresado con la Condesa y que ambos se habían bajado del coche frente al Portal de Mercaderes, no le quedó duda de que el mismo que lo había herido era el que había acompañado á la dama, y que éste era un individuo que frecuentaba la Corte y guardaba los pasos á la Condesa, pues sólo así se explicaba que tan á tiempo hubiera acudido á su defensa.

Don Pedro puso el grito en el cielo por la herida de su hijo, ocurrió al Emperador y consiguió que se dieran las órdenes más severas, á fin de perseguir y castigar á los malhechores.

Estaba Julio seguro de que, por la circunstancia de su herida y del lugar en que la había recibido, la Condesa sabía que él era el que pretendió robarla; pero como al volverse á presentar en Palacio, todos lo recibieron con marcadas muestras de afecto, y la misma Condesa tuvo la deferencia de informarse del estado del herido, fué adquiriendo confianza hasta el grado de repetir sus insinua-

ciones amorosas, ello que sin resultado alguno.

—Ya es necesario—se dijo un día,—ocurrir al último extremo: es indudable que no podrá rehusarse á una petición de matrimonio hecha en toda forma. Yo no quería casarme tan pronto, pero sacrifico un año de libertad por obtener cuanto antes el amor de tan hermosa mujer.... Si hubiera podido realizar mi plan, el éxito era seguro: Un paseo nocturno hasta Tacubaya; protestas de amor por mi parte, ponderando la pasión irresistible que me había conducido á aquel extremo, y luego, mucha sumisión, mucho arrepentimiento, y conducirla á su casa con el mayor respeto después de obtenido su perdón y de que le hubiera arrancado "el dulce sí"...... Sin embargo, no sólo no está perdido todo, sino que creo haber ganado la partida. Es claro que la Condesa no ha rechazado mis obsequios, sino para darse el gusto de encadenarme más y tenerme más rendido; sabe que yo fuí el que pretendió robarla, y supuesto que no se da por entendida y sigue tratándome lo mismo que antes, hay que convenir en que le ha causado buen efecto mi atrevimiento. El solicitarla ahora formalmente en matrimonio, será el golpe de gracia.

Habló á Don Pedro de sus proyectos,

que fueron aprobados, tanto por él como por Doña Manuela; solamente Enriqueta no veía con muy buenos ojos aquel matrimonio, porque comprendía la superioridad de la Condesa, por más que no quisiera confesarla, y presentía que iba á ocupar la esposa de su hermano el primer lugar en la familia.

Comenzaron los preparativos para celebrar dignamente la boda, pues ni á Don Pedro ni á ninguno de la familia se les pasaba por las mientes que pudiera surgir algún obstáculo, y mucho menos que ese obstáculo pudiera ser una negativa por parte de la Condesa, á quien creían hacer un distinguido favor admitiéndola en tan rica y aristocrática familia.

Don Pedro habló del proyectado matrimonio al Emperador y éste le dijo que á la Condesa correspondía disponer libremente de su mano, por lo que á ella hizo Don Pedro la petición en forma, recibiendo por respuesta que contestaría dentro de tres días.

Durante estos acontecimientos, se habían promulgado las leyes de tolerancia de cultos y nacionalización de bienes eclesiásticos. Excepto el pronunciamiento de Vicario, del que antes hicimos mención, y las conspiraciones que determinaron el destierro de Taboada y algunos otros

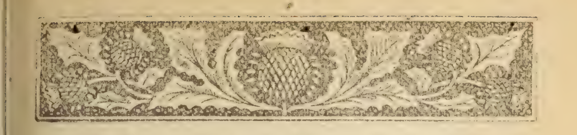
personajes, el partido conservador no dió á conocer su descontento por esas leyes mas que de una manera pasiva, esperando que todo se arreglaría satisfactoriamente por la comisión que, con ese objeto, salió para Roma el 16 de Febrero llevando instrucciones del Gobierno Imperial. Esto había hecho que se le tuvieran ya muy pocas consideraciones á ese partido que, en último caso, no había resultado tan temible como se creyó al principio.

A los tres días de hecha la petición á la Condesa, se recibieron en la casa de Don Pedro dos pliegos, uno para él y otro dirigido á Julio.

En el primero se decía á Don Pedro que la señora Condesa de Schewerrer agradecía en alto grado la honra que se le hacía solicitando su mano, pero que no pensaba contraer matrimonio.

En el segundo se ordenaba á Julio que, con el grado de Capitán que tenía, marchara inmediatamente á Oaxaca á incorporarse á la división que mandaba el General Oronoz.

Julio no tuvo más remedio que obedecer, y Don Pedro se quedó devorando en silencio el desaire que había sufrido.



CAPITULO XIX

En el Convento

Cuando Doña Catarina salió de la casa de Don Pedro, despedida por éste, se propuso favorecer á Carmen para vengarse de la injusticia de que, según ella, había sido víctima. Al efecto, no dejó de rondar la casa, con tan buen éxito, que pudo ver cuando Don Pedro sacó á Carmen para llevarla al convento: no era posible seguir al coche, pero se fijó en el número que tenía y al día siguiente se puso en relación con el cochero, que como no tenía interés alguno en ocultarlo, la contó que había llevado al caballero y á la señorita al convento de la Concepción, del que ya no había salido más que el primero.

Desde entonces, Doña Catarina, humildemente vestida, iba todos los días á la

iglesia del convento y permanecía ostensiblemente en oración horas enteras.

Tanta piedad no dejó de llamar la atención de monjas y sacristanes, que tenían por una santa á Doña Catarina. Luego que ésta calculó que estaba bien asentada su buena fama, comenzó á ir de vez en cuando á la portería con distintos pretextos, ya para suplicar que se rezara por una necesidad, ya para preguntar dónde vivía tal ó cual sacerdote que sabía era confesor de alguna de las monjas, ya, por fin, para dejar alguna limosna por encargo de bienhechores desconocidos; Doña Catarina llegó á ser insensiblemente una persona de toda confianza para las monjas; iba diariamente á la portería, y no había ya encargo de cierta delicadeza que no le fuera encomendado, porque lo hacía con mucha más inteligencia y eficacia que el mandadero del convento.

—¡Ay, hermanita!—la dijo una vez la monja portera, estamos ahora muy afligidas, y la Madre Superiora me encargó que si venía usted la hiciera un encargo.

—Ya sabe, hermanita, que yo, por esta santa casa y por las madrecitas, que son tan buenas conmigo, soy capaz de arar la tierra.

—Dios Nuestro Señor se lo pagará.

hermanita, así se lo pedimos todos los días á Su Divina Majestad, aunque malas. Como le iba yo diciendo á usted, hoy me llamó la Madre Superiora y me dijo: "Hermana Sor Purificación, si viene la hermana Catarina, dígale que por amor de Dios nos haga la caridad de buscarnos una criada que venga á ayudar en la cocina, porque se enfermó la que teníamos y se ha ido á curar á su tierra, de la que seguramente ya no ha de volver, y como los tiempos están tan malos y hay en el siglo tanta perdición, no es cosa de recibir á la primera que se presente si no viene recomendada por personas conocidas, como la hermana Catarina." Este es el encargo que me hizo la Madre Superiora, y la aflicción tan grande que tenemos por el mucho trabajo que hay en la cocina.

—No se aflija, hermanita, con la ayuda de Dios todo se remediará; no faltan personas piadosas que vengan con mucho gusto á servir á las madres; yo tengo una parienta que no está aquí, pero hoy mismo la voy á mandar llamar, y pasado mañana tenemos ya la contestación. Dígale su reverencia á la Madre Superiora que no busque ya quien venga, que yo les traeré una criada de toda confianza.

—Dios Nuestro Señor le pagará la caridad.

—Me voy para no perder tiempo y mandar traer á mi parienta. Adiós, madrecita.

—Dios guarde á usted muchos años.

—No me olviden en sus oraciones.

—Así lo haremos, aunque pecadoras.

Doña Catarina iba á ver realizado su gran deseo de entrar en el convento; hubiera podido hacerlo accidentalmente con cualquier pretexto, pero ella necesitaba permanecer adentro algunos días para ver si estaba allí la señorita Carmen, y hablar con ella, sin infundir sospechas, para tener siempre abierta la puerta.

Tenía en realidad, entre sus muchas conocidas, algunas que podían ocupar la plaza de cocinera en el convento, pero ahora se verá por qué no propuso desde luego á alguna de ellas.

Fué á ver á la que le pareció más á própósito, y la propuso la colocación, que fué aceptada con gusto.

—Pero ha sido necesario,—dijo Doña Catarina,—decir que es usted parienta mía, para que esto le sirva de recomendación con las madres, que me hacen el favor de tener en mí tanta confianza; así es que la he propuesto á usted como parienta mía, lejana, en lo que no miento

porque todos somos parientes lejanos, por nuestro padre Adán. (Argumento que pareció incontestable á su interlocutora). También, para que vea yo la clase de trabajo y pueda instruír á usted convenientemente, hasta de aquí á ocho días se presenta usted en la portería del convento de la Concepción, llevando todas sus cosas y preguntando por mí; en estos ocho días, yo voy á suplir la cocina, y así le podré decir cómo es el modo de las madres. Usted dirá que estaba fuera, y no pudo llegar antes, que es lo que yo les diré también, asegurando que dentro de ocho días estará usted allá. Usted no dice que estaba fuera de la ciudad, sino nada más fuera; lo que es cierto, porque está usted fuera del convento.

Así arregladas las cosas, se fué Doña Catarina para el convento y llamó en el torno.

—Deo gratias.

—A Dios sean dadas, madre.

—¿Es usted, hermana Catarina?

—Yo misma, madrecita, que vengo á dar á ustedes la buena noticia de que ya está arreglado lo de la cocinera, nada más que no puede venir, hasta de aquí á ocho días.

—¡Ay, hermana, sea por Dios, cuánto

va á sentir esa dilación la madre Superiora!

—No ha sido posible arreglarlo de otra manera; pero como yo considero lo atareadas que han de estar ustedes, vengo á proponer á la madre Superiora que, si quiere, supla yo á mi parienta en estos ocho días. Aunque vieja, todavía estoy fuerte para el trabajo

—¡Jesús, hermana, cómo ha de ser posible que se tome usted tantas molestias por nosotras!

—No es para mí molestia, al contrario, un gran beneficio que me harán, con que pueda yo recogerme en esta santa casa, durante esos días, á recibir buenos ejemplos y á aprender á servir á Dios Nuestro Señor.

—Voy corriendo á llamar á la madre Superiora, para que ella determine lo que deba hacerse. Quede con Dios un momento, hermana.

—El vaya con su reverencia.

Volvió á poco rato la tornera, diciendo:

—Pase por el locutorio, hermana, por allá la espera la madre Superiora.

—Me ha dicho la hermana tornera,—dijo la Superiora cuando Doña Catarina entró en el locutorio,—que ha encontrado usted una criada con quien substituir

á Tomasa, que se nos enfermó, y se ha ido.

—Sí, madre, ya le dije eso á la hermana portera; pero como la que va á venir (y es muy cumplida y muy religiosa, aunque me esté mal el decirlo, porque es mi parienta); como la que va á venir no puede entrar hasta de aquí á ocho días, si su reverencia quiere aceptar los servicios de esta inútil servidora de Dios y de mis reverendas madres, yo supliré en la cocina mientras llega la que se ha de quedar.

—Con mucho gusto aceptamos, hermana Catarina. ¿Cuándo podrá usted venir?

—Hoy mismo; voy á cerrar mi cuartito y á sacar una muda de ropa, y dentro de una hora estaré aquí.

—Luego que llegue, que me avise la madre tornera, para abrirle el locutorio.

No era por llevar la muda de ropa por lo que no entró inmediatamente en el convento Doña Catarina, sino por ir á proveerse de lápices, papel y una bola de cáñamo delgado, que supuso podría hacerle falta.

Con todos estos objetos y su ropa, volvió Doña Catarina al convento, y quedó instalada en la espaciosa y limpia cocina.

El convento de la Concepción era muy grande; tenía un hermoso patio con cuatro

corredores en cada uno de sus dos pisos y doble arquería; otro patio, un poco más chico, sombreado por naranjos y con una fuente en medio; otro que servía para los usos domésticos, y un extenso jardín, en el que había varios árboles frutales. En los corredores altos del primer patio estaban las celdas de las monjas profesas, y el departamento de las novicias ocupaba el segundo patio; los claustros de uno y otro estaban adornados con grandes cuadros que representaban, en uno la vida de la Santísima Virgen, y en el otro la de Santa Teresa de Jesús. La servidumbre no pasaba del tercer patio, sino cuando era llamada por la Superiora, para algún servicio. Aun para los ejercicios religiosos, tenían las criadas una tribuna aparte, que no se comunicaba con los coros alto y bajo de las monjas y novicias.

El aspecto general del convento era alegre, todo estaba excesivamente limpio y ordenado; la cocina era un primor, amplia, bien ventilada, el piso de lozas cortadas en cuadro, y el ancho bracero todo de azulejos blancos y azules; la batería de cocina era toda de cobre estañado, pero tan reluciente que parecía de plata y oro.

Como el convento era rico y sus reglas no muy severas, la comida era sana

y abundante, albeaba la mantelería, la vajilla era de porcelana francesa, y los cubiertos de metal blanco.

Las celdas tenían todas el mismo mobiliario; un catre de fierro, un colchón de lana, sábanas de algodón, un sarape y almohadas con fundas blancas; tres sillas, una mesa y un armario chico.

Tres días llevaba Doña Catarina de estar en el convento, y todavía no había podido saber siquiera si Carmen estaba entre las novicias. Resolvió averiguarlo, y al efecto, se aventuró una noche por los corredores del patio que correspondía al noviciado; nada adelantó con esto, porque todas las celdas estaban en el piso superior, pero pudo observar que un ángulo de aquella parte del edificio, debía corresponder al jardín; se dirigió á éste, y orientándose lo mejor que pudo, no tardó en encontrar la parte del muro que correspondía al departamento de las novicias, y en el cual muro había una pequeña ventana con reja de fierro.

A la mañana siguiente, fingióse indispuesta Doña Catarina y fué á ocupar un lugar en la enfermería, que estaba situada en la parte baja del claustro de novicias; de este modo pudo examinar á todas ellas cuando bajaron al refectorio, y no tardó en conocer á Carmen.

Al pasar ésta cerca de donde estaba Doña Catarina, la tos de la antigua ama de llaves, que le era muy conocida, hizo que fijara disimuladamente la vista en la persona que tosía, y, á su vez, reconoció á la que había sido su carcelera, y vió que le mostraba recatadamente un papel.

No le fué posible á Carmen acercarse á Doña Catarina al volver del refectorio; pero al subir en la noche, después de la cena, quedó la última de todas sus compañeras, y aunque la maestra de novicias iba hasta atrás, como era anciana, de escasa vista, y Doña Catarina había tenido la precaución de apagar á tiempo el farol que alumbraba aquella parte del claustro, pudo dar á Carmen, cuando pasó junto á ella, un papel escrito y la bola de cáñamo.

En la carta refería Doña Catarina cómo había entrado en el convento y su próxima salida; decía que estaba dispuesta á ayudar á Carmen; que procurara llegar á la reja que daba para el jardín, á las doce de la noche siguiente, y dejara caer hilo de cáñamo de largo bastante para llegar al piso del jardín y recogiera ese hilo al sentir tres tirones; que le enviaría lápiz y papel y que por ese medio se podrían seguir comunicando siempre

que ella (Doña Catarina) pasara una noche en el convento.

Para la pobre reclusa, aquella carta de Doña Catarina fué como un rayo de luz que penetrara de improviso en el obscuro calabozo de un preso, como un lazo que renovaba las relaciones que unían á Carmen con el mundo. Lloró de alegría al considerar que no estaba tan sola y abandonada como se creía; le pareció que la carta de Doña Catarina era la más segura señal de que muy pronto saldría de su involuntario encierro.

Carmen conocía muy bien la reja de que le hablaba Doña Catarina en su carta, reja que correspondía á una pieza deshabitada, en la que nada había y que, por lo mismo, no estaba cerrada con llave.

En la noche siguiente recibió Carmen el papel y los lápices, y quedó, por aquel medio, establecida la comunicación entre ella y Doña Catarina.

A los ocho días se presentó la supuesta parienta que iba á ocupar el lugar de la criada enferma; Doña Catarina se despidió de las monjas, que sintieron mucho que no se quedara con ellas, pues en aquellos ocho días que había estado en el convento, había sido tan servicial y había manifestado tan buen carácter y tantas cualidades y virtudes, que se había

hecho querer de todas las monjas. Pero las ofreció que de cuando en cuando iría á pasar con ellas unos tres ó cuatro días, para ayudarlas en lo que pudiera, y para sacar ella el provecho espiritual que había de proporcionarla el retirarse en esos días del mundo.

La Superiora y todas las monjas quedaron muy complacidas con el ofrecimiento, y Doña Catarina pudo ya considerarse como formando parte de la comunidad.

Desde entonces Carmen estuvo al tanto de lo que pasaba por el mundo, y aun llegó á tener noticias de Gabriel, por haber sido citado su nombre en un periódico republicano que llegó, no se sabe cómo, á manos de Doña Catarina; en ese periódico se mencionaban los nombres de los que acompañaban á Don Benito Juárez.

Pasó el año del noviciado y Carmen dijo resueltamente que no quería profesar. La Superiora mandó llamar á Don Pedro y le dijo:

—Su sobrina de usted no tiene vocación para monja y yo no puedo hacerla profesar á la fuerza; como ya terminó el año del noviciado, he mandado llamar á usted para decirle que no es posible que

su sobrina permanezca por más tiempo entre nosotras.

—Ya que mi sobrina paga tan mal los favores que nos debe, y se niega á seguir el camino que la he indicado como el único conveniente para una señorita de su posición y antecedentes, yo por mi parte la abandono desde este momento; la desconozco y no quiero ocuparme más de tan ingrata criatura. Dígaselo usted así, y que al salir del convento no se le ocurra dirigirse á mi casa, porque la arrojaré de ella como se lo merece. Tengo una hija, modelo de virtudes, y no quiero que se contamine tratando con esta muchacha.

—Pero es que la señorita Carmen, por más que no quiera ser monja, es muy buena y virtuosa y no sólo en el claustro se puede servir á Dios Nuestro Señor.

—Es que usted no sabe todos los disgustos que mi sobrina me ha ocasionado, siendo el último y mayor de todos, el tener relaciones amorosas con uno de esos soldados juaristas que invadieron la capital. Por más consejos que la he dado, no he conseguido que prescinda de semejantes relaciones.

—Es realmente una gravísima falta, que solamente puede disculparse por sus po-

cos años, pero de la que tal vez se arrepienta volviendo al lado de ustedes.

—No, reverenda madre; estoy firmemente resuelto á darle á Carmen el dote correspondiente y mi perdón, si consiente en tomar el hábito en esta santa casa, pero á no volverla á recibir en la mía, bajo ningún concepto. Dígaselo usted, y todavía esperaré ocho días; si para entonces no se ha arrepentido, ya sabe que no cuenta para nada con nosotros.

Todavía la Superiora hizo algunas reflexiones á Don Pedro, pero éste creía ajada su dignidad con la negativa de Carmen, estaba sumamente contrariado con que una débil muchacha se opusiera á lo que él mandaba y se mantuvo firme, sin ceder un ápice en su resolución.

Cuando la Superiora participó á Carmen el resultado de su conferencia con Don Pedro, dijo la joven:

—Yo, madre, no puedo consentir en profesar, porque no tengo vocación para la vida monástica; amo á un hombre y lo amaré siempre; si Dios quiere, será mi esposo, si no, le permaneceré siempre fiel Mi tío no quiere recibirme en su casa y yo no tengo en donde refugiarme al salir de aquí; si quiere vuestra reverencia, me quedaré, no ya como novicia, sino en calidad de sirviente; ayudaré en todo cuan-

te pueda mientras encuentro una casa decente en donde quieran recibirme.

—Si de mí dependiera te quedarías entre nosotras como una compañera, aunque no profesaras; pero no está en mi mano hacer esto. Mañana dejarás de ser novicia y ya no puedes permanecer en el convento, más que con el carácter de criada; esto debe ser muy duro para tí, pero te prometo que no harás nada que te sea penoso, y que, con el nombre de criada serás una compañera nuestra.

—Yo haré cuanto esté de mi parte para pagar á ustedes el grandísimo favor que me hacen dándome asilo en esta santa casa.

Desde el día siguiente dejó Carmen el hábito, y quedó agregada, de nombre, á la servidumbre del convento; desde entonces también tuvo completa libertad para hablar con Doña Catarina en las veces que ésta entraba en el convento.



CAPITULO XX.

"Guerrillas y expediciones." (1)

Retrocedamos algún tiempo para seguir los pasos del Comandante Gabriel Solís.

El avance de los franceses obligó al Presidente de la República á establecer, como hemos dicho, su Gobierno en el Saltillo; pero á poco tiempo, con objeto de recoger armas que en gran abundancia tenía Vidaurri, y de que fuera reconocido por éste de una manera franca, el Gobierno republicano, marchó Juárez para Monterrey, acompañado de sus Ministros y de una escolta en la que figuraba el Comandante Solís.

---

(1) Este era el nombre de una sección especial que tenían los periódicos imperialistas de aquella época, sección destinada á dar cuenta diariamente de las operaciones militares.

La conferencia con Vidaurri terminó tumultuosamente, teniendo que huir Juárez perseguido por el populacho, al que pudo detener con mucho trabajo una parte de la escolta mandada por el Coronel Buchoni y otros jefes, entre los que se encontraba Gabriel; pero al siguiente día, 13 de Febrero de 1,864, fué necesario sostener un serio encuentro, porque los soldados de Vidaurri atacaron al Presidente en el pueblo de Santa Catarina.

—Comandante Solís,—dijo á Gabriel el Coronel Buchoni,—cubra usted la retirada con veinte hombres de su Batallón, mientras nosotros nos adelantamos á cortar el camino improvisando unas trincheras, para dar tiempo á que se aleje el coche en que va el señor Presidente. Sosténgase usted el mayor tiempo posible, y retírese cuando no pueda más.

Gabriel ocupó dos pequeñas eminencias que había á los lados del camino y comenzó á hacer fuego contra los soldados de Vidaurri, que no tardaron en presentarse. Estos se detuvieron de pronto, creyendo que toda la fuerza que acompañaba al Presidente estaba allí, pero al poco tiempo llegó un jefe y ordenó que se forzara el paso.

El enemigo avanzó en tres secciones; una por el frente del camino y las otras

dos por los flancos, con el manifiesto propósito de envolver la posición de sus contrarios.

Gabriel comprendió que de todas maneras estaba perdido, porque no podía evitar el ser envuelto, si no era retirándose á toda prisa, y esto era tanto como arrastrar en su pérdida á sus compañeros que aún no habían tenido tiempo de formar ninguna provisional defensa. Resolvió morir allí con todos sus soldados, deteniendo el mayor tiempo posible el avance de los Vidaurristas, y desprendió por su derecha y su izquierda á la mitad de su gente para detener á los que avanzaban por los flancos, mientras él sostenía la acometida del centro, que era la más seria.

Tan violentamente y con tanta precisión fué ejecutado el movimiento por los soldados de Gabriel, que el enemigo fué recibido á tiros de fusil antes de que pudiera rebasar la posición, lo que desconcertó á los que atacaban, que no eran por cierto, tropas tan aguerridas y disciplinadas como los soldados que mandaba Gabriel.

Al mismo tiempo que por los lados quedaba reducida la acción á un tiroteo más ó menos activo, sin avance de unos ni de otros, Gabriel se puso al frente de

los pocos soldados que le quedaban, y, después de una descarga cerrada, avanzó á paso veloz contra los que llegaban por el camino.

La audacia de este ataque hizo retroceder al enemigo antes de darse cuenta del corto número de sus contrarios, que no cuidaron de perseguirlo, sino que se replegaron á sus posiciones, contentos con haber ganado la primera partida.

Las secciones que atacaban los flancos se replegaron también, y por espacio de un cuarto de hora, unos y otros conservaron las posiciones que tenían; pero no tardaron en llegar refuerzos de consideración á los soldados de Vidaurri, y entonces volvieron á acometer, esta vez mejor dirigidos, con menos precipitación, pero con la absoluta seguridad del triunfo.

No quedaba ya más recurso á los que defendían el paso, que vender caras sus vidas, y en esta vez ya no dividió Gabriel su escasa fuerza, sino que la reconcentró en un solo punto, que dominaba el paso del camino.

Por valerosa y enérgica que fuera la defensa de aquel grupo de hombres, no pudo resistir por largo tiempo al gran número de enemigos que atacaban; el Destacamento juarista fué completamente

arrollado, pero su heroico sacrificio había dado tiempo para que se salvaran el Presidente y sus Ministros.

Heridos, aunque no de gravedad, habían quedado tendidos en el campo de batalla Gabriel y Germán, que pudieron alejarse del lugar del combate antes de que regresaran los Vidaurristas, y llegar después al Saltillo á reunirse nuevamente con las tropas del Gobierno.

Seriamente comprometido estaba el prestigio de Juárez, si no castigaba con mano firme la defección de Vidaurri, quien había llegado á formar en la frontera del Norte una tercera entidad que desconocía á Juárez y no se adhería al Imperio.

A facilitar la caída de Vidaurri vino un mal paso que éste dió en los primeros días de Marzo de 64; mandó una circular para que todos los habitantes de los Estados de Nuevo León y Coahuila votaran sobre la cuestión de si se admitía ó no la Intervención Francesa, para obrar en consonancia con la voluntad de los pueblos; esto dió margen á Don Benito Juárez para publicar un decreto en el que declaraba traidor á Vidaurri, lo que dió por resultado que lo abandonaran muchos de sus partidarios.

Marchó de nuevo Juárez para Monterrey, pero en esta vez acompañado de

una fuerte división de tropas que mandaban Doblado y Patoni. Vidaurri huyó á los Estados Unidos y poco tiempo después se sometió al Imperio.

Ninguna noticia de Carmen había vuelto á tener Gabriel, y á la distancia que se encontraba de México, no abrigaba la menor esperanza de tenerla. Germán se había ofrecido para volver á la capital, comprometiéndose á encontrar á Carmen y á llevar noticias de ella al Comandante; pero éste no había querido que Germán dejara ni por un día el servicio, porque los acontecimientos políticos hacían cada vez más comprometida la situación del Presidente de la República, y ni con el objeto de adquirir noticias era prudente que disminuyera el número de sus defensores.

En efecto, Juárez no pudo permanecer mucho tiempo en Monterrey; á mediados de Agosto de aquel mismo año de 64, se aproximó á la población el Coronel Julián Quiroga, Vidaurrista que un mes más tarde se adhirió al Imperio, y Juárez tuvo que volver á salir de la capital de Nuevo León para establecer el Gobierno en Chihuahua, donde pudo permanecer tranquilo relativamente, por espacio de un año, no obstante que los franceses, mandados por el General Castagny, ocu-

garon, desde Agosto de 64, las ciudades de Saltillo y Monterrey.

En el año de 1865, la causa republicana parecía perdida. A las numerosas defecciones de los militares, había que agregar que una gran parte del territorio nacional estaba ocupado por los franceses y los imperialistas.

Colima había sido ocupada por el General Márquez el 2 de Noviembre de 64; el Coronel Garnier tomó el puerto de Mazatlán el 7 de Enero de 65 y entró en Guaymas en el mes de Marzo siguiente, después de haber derrotado al General Patoni; Bazaine hizo rendir á Oaxaca el 9 de Febrero del mismo año; Don Tomás Mejía era dueño del puerto de Matamoros desde el 26 de Septiembre de 64; y hasta la lejana península de la Baja California se adhirió al Imperio en Octubre de 65.

Sin embargo, alguno que otro hecho de armas favorable á los republicanos como la batalla de San Pedro ganada por el General Antonio Rosales al Coronel francés Gazielle; entre Culiacán y el puerto de Altata, batalla muy notable porque el número de los republicanos era menor que el de los franceses é imperialistas, y la victoria fué tan completa, que el jefe francés quedó prisionero y perdió to-

da su gente; la acción de Veranos, cerca de Mazatlán, ganada por el General Ramón Corona á la vanguardia del General Castagny, el 10 de Enero de 65, y la toma de Tacámbaro por el General Régules; estos hechos de armas y algunos otros de menor importancia, eran indicios seguros de que la lucha no había terminado, sino que cambiaba de forma, con manifiesta desventaja para los franceses, que no podían reponer sus pérdidas y á quienes fatigaba aquella obstinada guerra contra un enemigo que se reproducía sin cesar y al que era imposible destruír. Por otra parte, la enérgica actitud de Juárez, que ni por un momento dejaba de considerarse como Presidente de la República, que sin cesar expedía órdenes que eran acatadas por todos los jefes que estaban en armas, mantenía vivo el fuego del patriotismo y el entusiasmo entre los republicanos, á proporción que cundía el desaliento entre los partidarios del Imperio; de éstos los que lo eran de buena fe por creer que así terminaría la constante lucha de los partidos, veían con pena que estaba muy lejos de alcanzarse la deseada paz; los que habían aceptado el Imperio por repugnancia á las leyes de Reforma, sufrían el más duro desengaño con las leyes de tolerancia de cultos

y nacionalización de los bienes eclesiásticos; y únicamente estaban satisfechos los ambiciosos y los que pretendían figurar en altos puestos á título de antigua nobleza ó de fuertes capitales, clase mucho más numerosa de lo que generalmente se cree, y que bajo el régimen republicano tenía que pasar desapercibida por su completa nulidad.

A fines de ese mismo año de 65, terminaba el período constitucional de la presidencia de Don Benito Juárez, y este acontecimiento podía cambiar completamente la faz de los negocios políticos dando el triunfo al Imperio.

Conforme á lo prevenido en la Constitución general, y dado que no podían verificarse las elecciones, la presidencia de la República debía recaer en el Presidente de la Suprema Corte de Justicia, que lo era por aquel entonces, el General Don Jesús González Ortega; personaje que ni tenía el prestigio de que gozaba Don Benito Juárez, ni se encontraba en el territorio nacional, sino en los Estados Unidos, ni había vuelto á figurar desde que el 21 de Septiembre de 1864, fué derrotado en el cerro de Majoma, Estado de Durango, por el Coronel de zuavos Martín, y aunque esa acción fué muy reñida y costó á los franceses la pérdida de su

jefe, no constituía una gloria para el General mexicano. Además, González Ortega se inclinaba á transigir con los intervencionistas, como lo demostró al pretender en Enero de aquel año de 64, que renunciara Don Benito Juárez la Presidencia, como un medio para negociar con los franceses.

Juárez y sus Ministros conocían el peligro que amenazaba al partido republicano, buscaron el medio de conjurarlo y no hallaron otro mejor que el de dar un golpe de Estado violando la Constitución.

El 6 de Noviembre de 1865 expidió Juárez en Paso del Norte dos decretos: en el primero decía que, en virtud de las circunstancias por las que atravesaba la Nación, continuaría el mismo Don Benito en la presidencia de la República, hasta que se pudieran verificar las elecciones; y en el segundo, destituía á González Ortega del cargo de Presidente de la Suprema Corte de Justicia, por haber abandonado el servicio militar, yéndose á los Estados Unidos sin licencia del Gobierno.

El paso dado por Juárez era sumamente peligroso; rompía con él sus títulos de Presidente legítimo y de Jefe de la Nación, para convertirse en uno de tantos

gobernantes de hecho como había habido en México, y daba motivo para que se dividiera el partido republicano, aumentando así las dificultades con que tropezaba. Además, si no tenía Juárez facultades para prorrogar su período presidencial, menos para destituir al Presidente de la Suprema Corte, que había sido elevado á ese puesto por elección popular, y que si cometía alguna falta como soldado, ésta no refluía en su carácter de Magistrado civil.

En realidad, desde que terminó el período presidencial de Don Benito Juárez á fines de 65, hasta que tomó posesión de la Presidencia de la República el 25 de Diciembre de 1867, no hubo Gobierno legítimo republicano, sino un jefe de partido que combatía á otro: la legalidad había desaparecido.

A pesar de esto, no puede negarse que la determinación de Juárez salvó las instituciones republicanas, gracias sobre todo, al buen sentido y al patriotismo de los Generales y jefes que combatían al Imperio y que, conociendo lo apremiante de las circunstancias, siguieron sometidos al Gobierno de hecho, dejando para más tarde el atacar al hombre que violaba la Constitución.

No todos, sin embargo, se conforma-

ron con el golpe de Estado, y el que menos pudo estar de acuerdo con él fué González Ortega, á quien tan de cerca tocaban los efectos de aquella determinación. Pretendió volver á la República, pero se opusieron á ello las autoridades americanas y tuvo que permanecer por entonces expatriado; sin embargo, algunos de sus pocos partidarios hicieron tentativas aisladas para conseguir por la fuerza lo que Juárez negaba al derecho.

El 20 de Noviembre de 1865, volvió Juárez de Paso del Norte á Chihuahua, y estableció allí el Gobierno.

Gabriel Solís, en quien tenía absoluta confianza el Presidente, lo había seguido á Paso del Norte y á Chihuahua, formando parte de las tropas que le servían de escolta. Una noche, al retirarse Gabriel á su alojamiento, lo detuvo en la calle un hombre regularmente vestido que, abriendo los brazos, le dijo:

—¿No me conoces ya?

Sorprendido Gabriel y sin saber quién era el que así le hablaba, quedó un momento perplejo, sin decir palabra, por lo que el otro continuó diciendo:

—Soy tu antiguo compañero, el Capitán Constantino Dávila: "El Pelón Dávila." ¿No te acuerdas?

—¡Hombre! ¿Cómo te había de cono-

cer así de pronto, de noche y cuando no tenía ni la más remota idea de que estuvieras aquí? ¿Qué andas haciendo? ¿Qué ha sido de tu vida desde que te dejé en Puebla?

—Todo eso es muy largo de contar; ven á mi alojamiento y quedará satisfecha tu curiosidad.

—¿Dónde estás alojado?

—En el hotel de Las Cuatro Naciones, aquí cerca. Ven, y te ofrezco un ponche caliente mientras te cuento mis aventuras.

—Vamos, pero con la condición de que vengas á comer mañana conmigo.

—Aceptado.

Llegaron al cuarto en que habitaba Dávila, pidió éste en la cantina dos ponches y, cuando estuvieron cómodamente instalados, comenzó su narración en estos términos:

—Cuando se rindió la Plaza de Puebla hice la tontería de constituirme prisionero de los franceses, como una gran parte de nuestros compañeros, y luego agravé aquella tontera con no escaparme en Orizaba. La verdad es que no me venía mal un paseo por Europa. No quiero referirte detalladamente los trabajos que pasamos, especialmente los que no quisimos reconocer al Imperio; se nos dejó aban-

donados en tierra extraña, sin dinero y sin la posibilidad de regresar á nuestra Patria. Yo fuí de los que menos sufrieron, porque mi familia pudo mandarme algunos recursos, pero éstos se agotaron bien pronto y luego corrí la suerte de todos. No sé qué hubiera sido de nosotros sin la protección eficaz y el apoyo moral y material del General Don Epitacio Huerta; fué para nosotros un padre y con nada le pagamos los beneficios que le debemos; por fin, pudimos ir regresando unos por una parte y los demás por otra; yo vine con el General Huerta, á quien he dejado en los Estados Unidos. Aquí tienes, en compendio, la historia de mi vida desde que me dejaste en Puebla.

—¿Y qué piensas hacer ahora?

—Seguir combatiendo á los franceses hasta que los expulsemos de México en compañía del fantasmón que nos han traído para que nos gobierne.

—Muy bien pensado; estamos necesitando de los esfuerzos de todos los buenos mexicanos, porque, aquí en confianza te diré que, la cosa no anda del todo bien.

—Así lo hemos sabido en los Estados Unidos, pero con todo, ya verás como triunfamos muy pronto.

—Del triunfo estamos todos seguros, pero no de que sea tan pronto como lo deseamos.

—Veo que has ascendido.

—Soy Comandante de Batallón.

—Te felicito por ello.

—Por ahora los ascensos proporcionan el honor consiguiente y mucho mayor trabajo; lo que es en cuestión de recursos pecuniarios, estamos nivelados, es decir que, de Coronel abajo, todos mal comemos y nos medio vestimos.

—Pues, hombre, sería muy fácil salir de esta situación.

—No veo la manera.

—Mañana te lo explicaré; por ahora, brindemos por el gusto de habernos vuelto á ver, sanos y salvos, lo que no es poca fortuna en los tiempos que corren.

—A tu salud.

—A la tuya.

Los dos amigos se separaron, dándose cita para el día siguiente, en el alojamiento de Gabriel.

—Avisa á Doña Sabina que me mande hoy comida doble, porque tengo un convidado,—dijo Gabriel á Germán, al levantarse de la cama;—que nos mande también dos botellas de vino, y que substituya el garbanzo tostado con verdadero café.

—Está bien, mi Comandante.

Al medio día, después de una substanciosa comida, decía Dávila á Gabriel:

—¿Con que desde que saliste de Puebla no has vuelto á ver al General González Ortega?

—No; después de la derrota de Comonfort en San Lorenzo, me fuí á México, y he estado desde entonces casi todo el tiempo al lado del señor Presidente.

—Pero ahora el legítimo Presidente es el General Ortega, y á él es á quien debemos obedecer.

—El señor Juárez ha dado un decreto prolongando su período presidencial.

—Pero no me negarás que esto es anticonstitucional, y como la Constitución está sobre todas las leyes, ese decreto es nulo.

—No te contestaré que á nosotros los soldados no nos toca discutir las leyes sino obedecerlas, porque creo que el ejercicio de las armas no nos priva del derecho de tener opiniones propias; te confesaré que legalmente corresponde la presidencia de la República al General Ortega, pero en la situación en que estamos, no rige ni puede regir la Constitución; no se trata ahora de conservadores y liberales, de centralistas y federalistas, sino de dos principios políticos dia-

metralmente opuestos: de monarquistas y republicanos, y para hacer triunfar á los segundos hay que prescindir de todas las formas que marcan las diferencias entre los republicanos y atender sólo al principio. No se trata de hacer triunfar la Constitución de 57, sino la República. Por eso están con nosotros muchos jefes que nos combatieron durante la guerra de los tres años, como el General Negrete; muchos que no eran constitucionalistas, como el General Comonfort, y por eso también no basta que Maximiliano adopte las principales leyes de Reforma del Gobierno de Don Benito Juárez, porque, te lo repito, no es la Constitución de 57 ni esas leyes lo que nosotros defendemos principalmente, sino la forma republicana, y para hacerla triunfar, es necesaria la permanencia del señor Juárez en el Gobierno.

—También González Ortega es republicano.

—Pero no tiene el talento, la energía ni el prestigio de Don Benito Juárez: suponiendo que el General Ortega fuera muy capaz de gobernar, no podría hacerse obedecer de todos los jefes, y esa división nos sería fatal.

—La división se va á introducir desde

luego, porque unos obedecerán á Juárez y otros á González Ortega.

—No lo creas, una vez que Don Benito ha declarado que continúa en la presidencia, todos seguirán obedeciéndolo.

—¡Quién sabe! El sitio de Puebla dió mucho prestigio al General Ortega.

—Mira; ese sitio es una gloria para los defensores de Puebla de todas graduaciones, menos para el General en jefe, que no supo ó no quiso salvar aquel valiente ejército rompiendo la línea francesa.

—Pues yo soy partidario de González Ortega; por eso no me he presentado á la Comandancia Militar al llegar aquí, porque no quiero servir sino al Gobierno legítimo. No tarda en estar en el territorio nacional el General Ortega, y entonces verás como todos, ó por lo menos la mayor parte, se van con su antiguo jefe. Yo tenía esperanzas de que tú fueras de los nuestros, pero veo que estás ofuscado, y lo siento, porque entre nosotros se premiarían mejor tus servicios y no tardarías en ser Coronel ó General.

—Dejemos esta conversación; creo que lo que acabas de decirme no es más que una chanza, por tal la tomo, y sin embargo me ofende. Por nada del mundo cometeré jamás una defección.

—No, no te lo decía yo con ese ánimo.

—Así lo creo.

—Lo único que quise decir fué que estando al frente del Gobierno un militar, sabrá apreciar los servicios de los soldados, mucho mejor que un paisano, que nunca se ha batido, ni se batirá con el enemigo.

—Como no has estado en la República, no puedes tener idea clara de la situación; toma informes, reflexiona con calma sobre lo que te he dicho, y espero que vuelvas á ser nuestro compañero, no para ganar ascensos, sino para servir á la Patria.

Poco después se separaron los dos jóvenes, pero su despedida no fué tan cordial como la de la víspera en la noche.

Germán no había oído la conversación de los dos amigos, pero notó que se despedían fríamente, lo que bastó para que desconfiara del Capitán Dávila, á quien había conocido durante el sitio de Puebla, sin que fuera "Santo de su devoción."



CAPITULO XXI.

Una conspiración.

—¿Qué ha hecho usted Capitán?—preguntaba al comenzar la noche de ese día, un hombre vestido con el traje de la gente del pueblo, al Capitán Dávila, en el alojamiento de éste.

—Nada he conseguido, mi Coronel,—contestó;—el Comandante Solís es partidario de Don Benito y no podemos contar con él.

—¿Le ofreció usted que se le ascendería?

—Se lo indiqué claramente y en ese punto cortó la conversación; no insistí, porque lo creí peligroso.

—Nos pasaremos sin él, y lo siento, porque su concurso habría sido la completa seguridad del triunfo. Vaya usted al mesón de "La Esperanza;" allí encon-

trará usted unos carros y un atajo de mulas que acaba de llegar con buen número de arrieros; pregunte por Don Silverio y entréguele esta carta. Se queda usted por allí en cualquiera parte vigilando la puerta del mesón, y luego que vea llegar un guayín del que bajarán tres hombres, viene á darme parte.

—Con su permiso, mi Coronel.

—¡Ah! se me olvidaba: es posible que conozca usted á Don Silverio ó á alguno de los arrieros de que le he hablado; en ese caso, no dé señales de haberlos conocido.

—Está bien.

Salió Dávila á cumplir su cometido, y en una de las calles por donde pasaba lo vió Germán.

—¿Dónde irá á estas horas el Capitán Dávila?—se dijo Germán; pero como ningún interés tenía en averiguarlo, dejó que pasara y siguió tranquilamente matando el tiempo, mientras llegaba la hora de ir á visitar á una linda muchacha del pueblo, con la que mantenía relaciones amorosas.

Al poco tiempo, y estando en dulces coloquios con la muchacha en una pieza que tenía ventana para la calle, llamó la atención de Germán volver á ver al Capitán Dávila salir, acompañado de otro

hombre, de un mesón que estaba situado en la acera de enfrente y que no era más que un paraje de arrieros.

—¿Qué estará alojado allí el Capitán?—se dijo.—No es posible, seguramente ha venido á ver á algún arriero que le haya traído el equipaje.

No hubiera dado Germán importancia alguna á este incidente, si no hubiera sido porque en aquellos momentos volvió la cara el que había salido con Dávila, le dió de lleno en el rostro la luz del cercano farol que iluminaba la esquina, y pudo verlo Germán.

—¡Calle!—se dijo,—si ese hombre tiene la mismísima cara del General X!....

—¿Qué ves con tanta atención?—le dijo la muchacha.

—¿Quién es aquel hombre que está parado con otro en la puerta del mesón?

—¿Cuál, el catrín?

—No, el de la calzonera.

—No lo conozco; ha de ser alguno de los que llegaron ahora.

—¿Ha venido mucha gente?

—Muchísima.

—¿Qué casta de gente?

—Arrieros y caminantes que todo el día han estado entrando y saliendo; y no creas, son ricos, traen mucho dinero y hasta han ido á comprar con onzas de

oro á la tienda de Don Aparicio. Pero lo raro es que no han traído más que un atajito chico y dos carros vacíos; son más arrieros que bestias.

En esto, Dávila se había despedido de su interlocutor, que volvió á entrar en el mesón.

—¡Hum!—murmuró Germán,—yo voy á ver si averiguo quiénes son esas gentes.

—¿Qué nos importa?

—A mí me puede importar. Espérame.

Salió Germán, atravesó la calle y entró resueltamente en el mesón, que estaba literalmente lleno de gente, entre la que le pareció á Germán ver caras que no le eran desconocidas, por más que no atinara en dónde las había visto.

—¡Eh, amigo! ¿Qué busca por aquí?—le preguntó uno de los arrieros.

—Vengo á informarme de si llegó en esta partida de carros mi hermano Pedro.

—No hay aquí ningún Pedro; ya puede dar media vuelta y largarse.

—¿Pues de dónde vienen ustedes, amigo, si no le es molesta la pregunta?

—De donde no le importa.

—Usted perdone, pero como mi hermano Pedro me escribió que vendría del Saltillo con el primer convoy de carros

que saliera, por eso, dije, voy á ver si ya llegó.

—No tengo ganas de conversa; váyase cuanto antes, porque me estorba para mis quehaceres.

—Yo le ayudaré si quiere, y hasta lo invito á tomar una copa de mezcal, con tal de que me dé noticias de mi hermano Pedro.

—Ya le dije que me estorba; si no se larga, ahorita le doy una paliza que lo reviento.

—No se moleste, amigo, no es para tanto, ya me voy.

—Pues para luego es tarde.

Al salir Germán vió llegar un guayín tirado por seis briosos caballos, del que bajaron tres hombres decentemente vestidos. Llamó la atención del sargento que aunque el guayín estaba lleno de polvo y con muestras evidentes de haber hecho una larga caminata, los caballos se encontraban enteramente frescos y como si acabaran de uncirse. También le pareció muy raro que personas de la clase que parecían ser los viajeros, fueran á hospedarse en aquel mesón de último orden.

—Yo no me voy sin averiguar quiénes son estas gentes, se dijo Germán, y volvió á la casa de Genoveva, que así se llamaba la moza con quien tenía amores,

pero nada podía ver desde allí más que la puerta del mesón. Le ocurrió volver á entrar con el pretexto de solicitar alojamiento, pero desistió de la idea, calculando que seguramente lo despedirían diciendo que no había cuarto disponible.

El mesón, que no era verdaderamente más que un paraje de arrieros, situado en la orilla de la ciudad, formaba la esquina de dos calles, era en su mayor parte de un solo piso, y en el fondo del segundo patio tenía dos piezas altas aisladas, á las que se subía por una escalera de piedra.

Cansado Germán de no ver nada, se le ocurrió que tal vez tuviera el mesón otra salida por la calle lateral, en la que no había casas, sino solamente la barda de un solar, y volvió á salir de la casa de Genoveva para examinar dicha calle. Como á la mitad de ella, vió que la pared del mesón se podía escalar fácilmente, aprovechando la reja de fierro de una ventana que estaba cerrada, el saliente de una cornisa y una canal de cantería. Sin vacilar emprendió la ascensión, y, con algún trabajo, se encontró al poco tiempo en la azotea del mesón; estando allí, vió que sobre esa azotea caía una pequeña ventana que estaba iluminada. No se oía ruido alguno en los patios, ni se veía á

nadie; los arrieros habían desaparecido como por encanto.

Con muchas precauciones, para que no se notaran sus pasos si por casualidad había gente en el piso bajo, se fué acercando Germán á la ventana iluminada; cuando llegó á ella, no se atrevió á levantar la cabeza para ver lo que había dentro de la pieza por temor de que alguno estuviera en ella y descubriera la presencia del intruso; poco á poco se fué colocando de manera que pudiera oír si se hacía algún ruido en la pieza, y entonces pudo percibir el rumor de una conversación, pero sin distinguir las palabras.

Nada hubiera podido descubrir, si no le ayuda la casualidad. Cuando más esfuerzos de atención hacía, aunque inútilmente, para oír algo de lo que en la pieza se hablaba, á uno de los que estaban adentro se le ocurrió abrir la vidriera de la ventana para refrescar la atmósfera de la pieza. Cara le habría salido, sin duda la curiosidad, á Germán, si á tiempo no hubiera visto la sombra del que se acercaba á la ventana; apenas tuvo tiempo para tenderse en el suelo, haciendo algún ruido, que se confundió afortunadamente con el que hizo la vidriera al abrirse.

Pasado un corto rato, se fué levantan-

do Germán con el mayor cuidado, y volvió á colocarse de manera que pudiera oír lo que se hablaba adentro, por más que no pudiera ver á las personas que sostenían la conversación.

Entonces pudo oír lo siguiente:

—¿Les advirtió usted y entendieron bien que obren todos simultáneamente al dar las dos de la mañana?

—Sí, mi General, todos tienen perfectamente detalladas sus instrucciones; usted los conoce, son gente de confianza y no obrarán fuera de la consigna.

—Es necesario que esté enganchado el tiro en el guayín con toda oportunidad; yo saldré en él poco antes de las dos y me situaré en la espalda de la calle en que viven Juárez, Iglesias y Lerdo; es necesario que no deje usted escapar á ninguno de los tres; luego que me los entreguen, salgo á escape con los diez hombres de la escolta y ustedes quedan encargados de realizar el pronunciamiento. Yo con los prisioneros espero en San Gerónimo, porque en caso de que fracase nuestro plan, lo probable es que nos persigan por el camino recto que va á Paso del Norte, y si se les ocurre seguir el camino de San Gerónimo, nos podemos internar en la sierra de Chicalote, donde estaremos seguros.

—Me voy, mi General,—dijo otra voz; —voy á alistar á los muchachos que han de sorprender el cuartel de la infantería.

—¿Cuántos hombres van con usted?

—Cincuenta.

—Son muy pocos.

—Pero contamos con la sorpresa.

—Es una desgracia que no tengamos ningún auxiliar dentro del cuartel.

—Como no tienen temor alguno, la vigilancia no es muy severa y sorprenderemos fácilmente á la guardia.

—¿Está usted seguro de que no hay soldados en la casa de Juárez?

—Segurísimo, mi General; así me lo ha dicho el Coronel Cienfuegos, que hace cuatro días está aquí en observación, y además, el Capitán Dávila está encargado de vigilar y darnos oportuno aviso en caso de que por cualquiera circunstancia se ponga allí alguna guardia.

—Entonces, para apoderarnos de Don Benito y sus Ministros, bastan ustedes dos, el Capitán Dávila y cinco hombres más.

—Creo que con eso tenemos sobrado.

—¿Ya se reunió la demás gente que estaba diseminada por los mesones?

—Están completos los cien hombres con que contamos.

—Pues ahora, compañeros, á descansar un rato y todos listos á la hora, porque se puede perder todo si no obramos simultáneamente.

Germán no perdió palabra de esta conversación y tarde se le hacía para salir de allí, á efecto de dar parte al Comandante Solís de lo que estaba pasando.

Con mayores precauciones que al entrar, se fué deslizando Germán por la azotea; cuando subió no arriesgaba más que su persona, pero al salir llevaba consigo la suerte del Presidente de la República y acaso la de todo el partido republicano.

Bajó de la azotea sin contratiempo, y voló en busca de Gabriel. Eran las once de la noche.

Gabriel no estaba de servicio y se había acostado tranquilamente, pero aun no dormía cuando llegó Germán.

—¿Dónde diablos andabas, hombre? He tenido que ir á cenar á la casa de Doña Sabina, porque no tuve quién fuera á avisar que me trajeran la cena.

—Cuando sepa usted lo que está pasando, verá que he tenido motivos muy graves para venir á esta hora.

—¿Pues qué sucede?

—Vístase usted violentamente mientras le cuento lo que acabo de saber.

Gabriel sabía que Germán no era capaz de chancearse con él, así es que comenzó á vestirse, diciéndole.

—A ver, á ver, cuéntame esas cosas extraordinarias. ¿Se acercan los franceses?

—No, mi Comandante, peor que eso. Oiga usted lo que he sabido esta noche:

Contó Germán todo lo que ya sabemos, y al terminar, dijo Gabriel:

—¡Necio de mí! debí haber sospechado algo de lo que está pasando al oír lo que me decía el Capitán Dávila; pero la verdad es que no me pasó por la imaginación que frente al enemigo extranjero hubiera estúpidos ó traidores que conspiraran contra el señor Juárez!

—Hay que situar inmediatamente una fuerte guardia en la casa del señor Presidente.

—¡Sí, eso es, para que lo sepan inmediatamente los conspiradores, se disuelvan sin dar el golpe y preparen otro que tal vez no podamos evitar!

—¿Pues qué hacemos, mi Comandante?

—¿Cuántos hombres han de ir á sorprender al señor Presidente?

—Unos ocho ó diez.

—¡Bien! Con el señor Presidente está Camilo, que se dejará matar antes de que le toquen un pelo al señor Juárez; debe haber en la casa otros dos ó tres mozos.

pero no contemos con ellos; ¿conoces tú algunos otros sargentos de confianza, que no duerman en el cuartel, y á quienes podamos reunir violentamente?

—Tenemos á Juan Ortega, que vive en una casa de aquí cerca; al cabo Lucas Piñeiro, que también está por aquí; al "Chinito," con quien se puede contar; al sargento Pérez y á dos soldados de primera de la Compañía de Cazadores, que están alojados en la casa de enfrente y son gente de fiar.

—Corre á llamarlos inmediatamente, para asuntos del servicio; pero procura que no llamen la atención, no sea que alguno vigile por aquí; que no vengan juntos. ¡Corre!

Salió Germán; mientras, revisó Gabriel sus pistolas, escribió una carta y estaba listo para salir cuando fueron llegando, con cortos intervalos de tiempo, todos los citados; cuando estuvieron reunidos les dijo:

—Muchachos, unos cuantos bandidos pretenden sorprender esta noche al señor Presidente y llevárselo preso; no podemos situar una guardia en la casa, porque lo notarían y no los podríamos coger; he contado con ustedes para cuidar al señor Presidente, ¿están dispuestos á defenderlo?

—Sí, Comandante,—respondió por todos el sargento Pérez.—Primero nos hacen pedazos que llegar á donde esté el señor Presidente.

—Ya sabe usted que cuenta con todos nosotros,—agregó el cabo Piñeiro.

—Bueno, muchachos; vayan corriendo á quitarse el uniforme, y ocultando los fusiles lo mejor que puedan, y cada uno por distinto rumbo, se van á la casa del señor Juárez; por la parte de atrás hay una puerta, ¿la conocen?

—Sí.

—Al llegar á ella empujan y se abrirá; una vez adentro, ya les dirán lo que tienen que hacer.

—Está bien, mi Comandante.

—Váyanse luego y no olviden mis instrucciones.

—Con el permiso de usted.

Cuando todos hubieron salido, dijo Gabriel á Germán:

—Véte á la casa del señor Presidente, dále esta carta, en la que le digo lo que pasa; si te pregunta, cuéntale todo lo que has visto y oído; te pones á sus órdenes y organizas de la mejor manera las cosas, de suerte que puedan caer en nuestro poder los conspiradores, sin que corra el menor riesgo el señor Presidente. Yo voy al cuartel de la infantería para evitar que

sorprendan á nuestros soldados, y de paso avisaré al Coronel lo que sucede, para que tome las medidas convenientes. Después de las dos, cuando ya hayan entrado en la casa los enemigos, llegará probablemente una fuerza de caballería á auxiliar á ustedes.

Salieron Gabriel y Germán, tomando cada uno de ellos distinto rumbo.

Sigamos por lo pronto á Gabriel.

Llegó al alojamiento del Coronel que mandaba la infantería, le refirió lo que pasaba y le dió cuenta de las disposiciones que, provisionalmente, había tomado.

—Es necesario,—dijo el Coronel,—avisar inmediatamente á la Comandancia Militar.

—No lo hice antes por temor de que se pasara el tiempo y sorprendieran al señor Presidente; ahora está seguro, pues usted conoce á Germán y á sus compañeros, y sabe que podemos contar ciegamente con ellos.

—Son bastantes para detener por un poco de tiempo á los enemigos, pero urge que se les auxilie inmediatamente; voy á la Comandancia y entretanto encárguese usted del cuartel, ponga al Batallón sobre las armas, procure hacer el mayor número posible de prisioneros y espere órdenes.

—Voy, con permiso de usted.

Mientras el Coronel se dirigía á la Comandancia, Gabriel llegaba al cuartel. Todo estaba allí en perfecto orden. Hizo levantar y armar silenciosamente a los soldados, volvieron à cerrar las puertas del cuartel y esperó.

Al sonar las dos en el reloj público tres hombres se acercaron al cuartel y llamaron.

—¿Quién vive?—dijo por dentro el centinela.

—México.

—¿Qué gente?

—Paisanos.

—¡Cabo cuarto!

Se entreabrió un postiguillo que tenia la puerta y apareció la cabeza del cabo.

—¿Qué se ofrece?—preguntó.

—Aquí está un correo que viene del Saltillo y dice que trae comunicaciones muy urgentes,—dijo uno de los que estaban fuera,—nos ha preguntado á quién se las entrega, y como nosotros no sabemos nada de eso, y puede que sea cosa muy urgente, lo hemos traído aquí para que vea al jefe y éste determine lo que se ha de hacer.

Se cerró el ventanillo y momentos después se abrió la puerta del cuartel, por la que salió el cabo, con dos soldados; los

que habían llamado estaban retirados á un lado de la puerta, y mientras el cabo se volvía á ese lado para reconocerlos, unos cuarenta ó cincuenta hombres que estaban por el lado opuesto, ocultos entre las sombras de la noche, se precipitaron sobre la puerta y penetraron en el cuartel, arrollando al paso al centinela. Creían encontrar dormidos á los soldados y juzgaban cosa muy fácil apoderarse de las armas, apresar á los oficiales que allí estuvieran y hacer pronunciar al Batallón; no hicieron alto en que no estaban en el armero los fusiles de la guardia, y mientras unos entraban en el cuarto de banderas para apoderarse de los oficiales, los otros invadían el patio. La sorpresa de todos no tuvo límites cuando vieron al Batallón formado en el fondo del patio, con las armas preparadas.

—¡Apunten!—gritó Gabriel.

Los que pretendían sorprender al Batallón se vieron perdidos y quisieron salir huyendo violentamente, pero ya era tarde; el cabo y los dos soldados se habían replegado al cuartel luego que vieron entrar á los otros, y unidos con una Compañía que para ese efecto había situado Gabriel en una galera lateral, habían cerrado las puertas y guardaban la salida, apuntando también con sus fusiles

prontos para hacer fuego á la primera voz de mando.

—¡Nos rendimos, no hagan fuego!—gritó el que parecía jefe de los que habían entrado, después de examinar con una rápida ojeada la situación.

Mandó Gabriel á un oficial con diez soldados para desarmar á los prisioneros, separó después á los oficiales y jefes, á los que puso presos con una fuerte guardia, en el cuarto de banderas, y encerró á los soldados en una galera; hecho esto, mandó descansar sobre las armas, y esperó órdenes, como se lo había mandado el Coronel.

Mientras pasaba esto en el cuartel, Germán había llegado á la casa en que vivía el señor Juárez; lo vió entrar el Capitán Dávila, que estaba apostado frente á la casa, pero no le llamó la atención, ni creyó que la presencia de un hombre más en la casa, influyera en el éxito, así es que se quedó sin cuidado donde estaba.

Cuando Germán manifestó que tenía una noticia importantísima que comunicar al señor Juárez, lo llevó Camilo hasta la pieza en que estaba á la sazón el Presidente, ocupado en revisar unos papeles y tomar nota de ellos.

Cuando quedaron solos, Germán entre-

gó la carta de Gabriel, la leyó Don Benito, y con su acostumbrada sangre fría dijo:

—Supongo que el Comandante Solís habrá tomado las precauciones necesarias; en cuanto á mí, mandaremos cerrar las puertas y que no se abra á nadie.

—Perdone usted, señor Presidente, y con su permiso, pero mi Comandante ha mandado que vengan seis hombres armados, que deben entrar por la puerta de atrás, si el señor Presidente quiere dar orden de que se abra esa puerta; con esos seis hombres, Camilo y yo, podemos dejar entrar á los ocho que vengan, y los aprehenderemos.

Se sonrió el Presidente, llamó á Camilo y le dijo:

—Abre la puerta del segundo patio, que da para la calle, y deja entrar por allí á seis hombres que han de venir; luego que hayan entrado, cierras la puerta y me vienes á avisar.

—Ahora,—dijo dirigiéndose á Germán,—cuéntame lo que has visto.

Refirió Germán brevemente lo que aquella noche le había pasado, y estaba para terminar cuando Camilo avisó que habían llegado los seis hombres que se esperaban. Hizo el señor Juárez que en-

traran en el despacho, y dijo, dirigiéndose á Camilo:

—Al dar las dos de la mañana han de llamar á la puerta del zaguán unos hombres; que se les deje entrar, pero que ya no salga ninguno. Han de pretender verme, les dices que me vienes á avisar y los introduces en el cuarto que está en el extremo del corredor, á la izquierda; luego que hayan entrado, cierras la puerta con llave y me avisas. Ustedes,—continuó hablando con Germán y los recién venidos,—tienen la misión de aprehender á esos hombres y custodiarlos. A ustedes se unirán Camilo y los otros dos mozos que aquí tenemos; pero tengan mucho cuidado de que no los descubran los que van á llegar para que evitemos, hasta donde sea posible, el uso de la fuerza, aprovechando la sorpresa.

Todos se retiraron y el señor Juárez fué personalmente á despertar á los señores Iglesias y Lerdo, que vivían en la misma casa, y á darles parte de lo que ocurría.

—¿Se han tomado ya todas las precauciones convenientes para que no subleven á la tropa?—preguntó el señor Iglesias, cuando los tres estuvieron reunidos en el gabinete del señor Juárez.

—No he tenido tiempo para cerciorar-

me de ello, pero estoy seguro de que el Comandante Solís, en quien tengo absoluta confianza, ha hecho cuanto debe hacerse.

—Para atreverse á tanto los partidarios de González Ortega,—agregó Lerdo,—deben contar con auxiliares entre la tropa.

—No lo creo,—dijo Juárez,—todos nuestros compañeros son leales, y, según dice el sargento que descubrió el plan, los mismos conspiradores se lamentaban de no contar con ningún cómplice.

—Ello es,—agregó Lerdo,—que hasta las personalidades más prominentes vacilan y caen. Ahí tienen ustedes entre otros muchos, á nuestro compañero Don Manuel Ruiz, que no contento con protestar contra los decretos del Gobierno, acaba de reconocer al llamado Imperio. (1)

---

(1) El Licenciado don Manuel Ruiz, era Presidente de la Suprema Corte de Justicia en substitución de González Ortega, y había seguido á don Benito Juárez hasta Paso del Norte; pero protestó contra los decretos en que se prorrogaba el período presidencial y se destituía á Ortega, se separó del Gobierno Republicano y se adhirió al Imperio en Río Florido (Chihuahua). No obstante esto, al triunfar la República, fué nombrado jefe del Registro Público de la propiedad en la capital, y después de su muerte, el Congreso de la Unión, en oc-

—Estamos en unos tiempos,—afirmó Iglesias,—en que la defección ha cundido á tal grado, que de todos se debe desconfiar.

—Menos,—dijo Juárez,—de nuestro buen pueblo, que da generosamente su sangre, lo único y más precioso que tiene, para salvar á la República. Podrán defeccionar todos nuestros Generales, pero entonces los improvisaremos, tantos y tan buenos como los Morelos, los Bravo y los Galeana de la guerra de Independencia.

—La ambición de González Ortega,—continuó diciendo Lerdo,—puede traer graves complicaciones.

—Ya ve usted que ningún jefe, con excepción de los Generales Huerta y Patoni y algún otro de segundo orden, ha seguido su partido, y los dos primeros, únicos de importancia, no están en la República y se vigila mucho para que no entren en ella.

En estos momentos dieron las dos de la mañana y poco después llamaban á la puerta del zaguán.

---

tubre de 1871, mandó dar á la familia de Ruiz, veinte mil pesos en premio de los buenos servicios que éste había prestado.

—¿Quién es?—preguntó uno de los mozos que estaban en la casa.

—Venimos del Saltillo y necesitamos ver inmediatamente al señor Presidente.

Abrió el mozo la puerta y entraron ocho hombres.

—Pasen por aquí,—les dijo el mozo.

Dos de los recién llegados se quedaron en el zaguán.

—¿Dónde está la habitación del señor Presidente?—preguntó uno de los que subían.

—Al otro lado del corredor,—contestó el mozo;—esperen ustedes en esta pieza, mientras le voy á avisar.

—No es necesario, iremos contigo.

En este momento se oyó la detonación de una arma de fuego en la parte baja de la casa, y ruído de voces; Germán, con cuatro de sus compañeros, apareció por el otro extremo del corredor, y los que habían entrado, comprendiendo que se habían descubierto sus intenciones, se arrojaron sobre ellos haciendo fuego con sus pistolas.

En la confusión de los primeros momentos, ningún disparo se aprovechó, pero los que habían entrado ganaron la escalera y hubieran sin duda escapado, si no hubiera sido porque apareció en ella, cerrándoles el paso, una Compañía de

soldados. La resistencia ó la fuga eran imposibles, y los conspiradores no tuvieron más remedio que entregarse.

El tiro que dió la alarma fué disparado por uno de los que quedaron en el zaguán, á tiempo que Camilo, con otros dos de los soldados que había mandado Gabriel, pretendió cerrar la puerta; esto originó una disputa que dió á conocer á los conjurados que había fracasado su plan y huyeron á tiempo, haciendo antes un disparo que diera la alarma á sus compañeros.

Mandó el Presidente que todos los presos fueran custodiados en el cuartel del Batallón que habían pretendido sorprender y hacer pronunciar, que patrullas de infantería y caballería recorrieran la población y aprehendieran á cuantos encontraran en las calles y no fueran personas conocidas, y que al día siguiente se le diera parte circunstanciado de todo lo ocurrido.

El guayín destinado á llevar á Juárez y á sus Ministros fué encontrado abandonado en los suburbios de la población, y no se pudo aprehender ni á los que habían estado en el zaguán de la casa, ni al jefe principal de los conspiradores, que había quedado en el guayín, acompañado de otra persona.

Casi nadie se dió cuenta en Chihuahua de los acontecimientos de aquella noche.

Al día siguiente deliberaban Juárez y sus Ministros sobre lo que debería hacerse con los prisioneros.

—Que se les forme causa sumariamente por un Consejo de Guerra, y se les aplique el castigo á que se han hecho acreedores,—dijo Lerdo.

—Es necesario,—agregó Iglesias,—hacer un escarmiento, para evitar en lo de adelante estas intentonas.

—No es conveniente,—replicó Juárez,—que la Nación se entere de lo que ha pasado. Nuestros enemigos propalarían por todas partes la especie de que estamos divididos, y, en consecuencia, débiles; nuestros enemigos flaquearían al ver que González Ortega cuenta con partidarios activos; y el pueblo desconfiaría temiendo que de un momento á otro dejara de subsistir el Gobierno establecido, quedando todos abandonados á sus propios esfuerzos. Creo que lo mejor será prescindir por ahora del castigo de estos obscuros conspiradores, conformándonos con hacerlos salir desterrados del territorio nacional.

Después de una larga discusión, quedó acordado hacerlo así, y se comunicaron las órdenes correspondientes.

—Ahora,—continuó diciendo el señor Juárez,—hay que premiar á los fieles.

Se dirigió al cuartel donde estaban los presos, mandó que se formara el Batallón, arengó á los soldados elogiando su lealtad, y concluyó diciendo:

—Este Batallón, que ha sido el constante y fiel defensor del Gobierno republicano, tendrá desde hoy el nombre de "Guardia de los Supremos Poderes de la Nación," y á él destino la bandera que mis hijas han bordado y que les será entregada mañana.

—¡Viva el Presidente de la República! —gritó el Coronel.

—¡Vivaaa....!—contestó á una voz el Batallón.

—Comandante Solís,—continuó diciendo el señor Juárez,—tres veces ha salvado usted al personal del Gobierno: la primera en Monterrey, con el Coronel Buchoni; la segunda defendiendo heróicamente la retirada del pueblo de Santa Catarina, en Febrero del año pasado, y la tercera, anoche, desbaratando los planes de los revolucionarios; aquí tiene usted su despacho de Coronel, y queda usted por ahora agregado al Estado Mayor, mientras se designa el Cuerpo que mandará más tarde.

Gabriel recibió el despacho, dió las gra-

cias al Presidente, y se retiró en medio de los aplausos de sus numerosos amigos.

—Sargento Germán Portales,—dijo por último Don Benito,—su valor, su lealtad y sus servicios, lo hacen acreedor á un premio que la Nación le da por mi conducto, ascendiéndolo á Subteniente; espero que muy pronto ocupará usted grados más altos en el ejército.

Se repitieron las aclamaciones al Presidente y el día terminó con una cena que ofrecieron á Gabriel los jefes de la Guarnición, y en la cual cena se brindó alegremente por el próximo triunfo de las armas republicanas y por el señor Juárez, que era la personificación de ese partido.

Algunos días después, el 20 de Diciembre de 65, habiendo salido de Durango con dirección á Chihuahua, el Comandante francés Billot, se retiró nuevamente Juárez con sus Ministros y volvió á establecer el Gobierno en Paso del Norte, hasta el 17 de Junio de 66, fecha en que regresó á Chihuahua, que había sido tomada por los republicanos el 25 de Marzo anterior. Desde esa fecha comenzó la marcha, lenta, pero firme y constante de Don Benito Juárez hacia la capital de la República. En esa fecha se eclipsó para

siempre la estrella del Imperio, y comenzó á levantarse en el cielo de nuestra Patria el sol esplendoroso de la República. (1)

---

(1) Aunque con otros pormenores y en distintas circunstancias, existió realmente la conspiracion á que se refiere este capítulo. Es posible que ni el mismo don Benito Juárez hubiera tenido noticia de ella, porque abortó casualmente sin intervención del Gobierno, cuando ya estaban muy adelantados los trabajos para hacer que el batallón de "Supremos Poderes" se pronunciara por González Ortega. Persona que en aquella época perteneció á ese batallón, refirió este episodio al que esto escribe.

Los Generales González Ortega, Epitacio Huerta y José María Patoni, que fueron los únicos personajes de importancia que desconocieron la autoridad de don Benito Juárez, no volvieron á figurar en la política de México, aun cuando regresaron á la República luego que, en virtud de nuevas elecciones, fué declarado Presidente Constitucional don Benito Juárez. González Ortega murió en el Saltillo el 20 de Febrero de 1881, completamente aislado y olvidado por todos. Don Epitacio Huerta vivió todavía muchos años querido y respetado en virtud de los servicios que prestó á los jefes y oficiales que, desterrados en Francia, se negaron á reconocer al Imperio. Don José María Patoni, fué fusilado alevosamente en Durango el 18 de agosto de 1868, por el General Benigno Canto, quien, á su vez, murió, en abril de 73, en la prisión á que, por diez años, fué condenado definitivamente por aquel crimen.



CAPITULO XXII.

De la mano á la boca desaparece la sopa.

El Comandante Sandoval continuaba cada vez más empeñado en alcanzar la posesión de Amparo, ya que no podía conquistar su amor. Aunque le constaba que Alberto no enamoraba á la joven, no podía sufrir que visitara la casa de Doña Mercedes ni que fuera recibido en ella con marcadas muestras de estimación.

Como ya hemos visto, Sandoval no tenía principios fijos, ni más regla de conducta que la satisfacción de sus extraviadas pasiones; pertenecía á esa clase de soldados tan común, desgraciadamente, en aquella época, que militaban lo mismo bajo una que bajo la otra bandera; para quienes nada significaba la palabra "Patria," y que eran capaces de vender á sus amigos por un puñado de pesos ó por conseguir un ascenso inmerecido.

Y no se crea que exageramos al decir que esa clase de soldados era más común de lo que parece; están patentes para darnos la razón, la multitud de pronunciamientos de que está llena le historia de nuestra Patria en el período corrido de la consumación de la Independencia á la guerra de Intervención. Todos esos pronunciamientos, ó al menos la mayor parte, reconocieron un origen bastardo, ambiciones personales, venganzas rastreras ó vergonzosas ventas, y todos, ó la mayor parte, los hicieron los militares de que hablamos. Con un poco de patriotismo en ciertos jefes superiores, no se hubiera hecho independiente Texas, ni habrían desmembrado los americanos nuestro Territorio ni acaso hubiera habido la Intervención Francesa.

Sandoval veía que no era posible realizar sus deseos sino haciendo uso de la violencia, y estaba resuelto á emplearla en la primera oportunidad; pero pasaba el tiempo sin que ésta se presentara, y era difícil encontrarla, porque gobernaba en Morelia, como Prefecto Político, Don Antonio del Moral, hombre de suma honradez, muy enérgico y que vigilaba constantemente por el buen orden de la ciudad; por otra parte, el Coronel Don Ramón Méndez y el Teniente Coronel Don

Vicente Ferrer Loaiza, eran también hombres que no consentían se cometiera por sus subordinados el menor atropello.

Cansado Sandoval de aquella espectativa infructuosa, de la severa disciplina de las tropas regulares, y mirando además que no medraba gran cosa en la situación en que se encontraba, resolvió pasarse al enemigo, llevándose al mismo tiempo á Amparo. No le faltaban cómplices en la ciudad, y sabía de antemano que sería muy bien recibido entre los guerrilleros.

El General republicano Don Nicolás Régules (de origen español), expedicionaba á la sazón por el Sur de Morelia, y á las tropas que él mandaba resolvió unirse Sandoval, á reserva de volver á las filas del Imperio cuando lo creyera conveniente, y ya con un grado superior al que tenía.

Aunque Doña Mercedes y Amparo vivían solas, su casa estaba situada en el centro de la ciudad, y no era fácil llevar á cabo un rapto, para el que era necesario introducirse en la casa, porque las señoras no salían de noche; pero facilitó en parte la realización de los planes de Sandoval la circunstancia de haber enfermado gravemente una amiga de Doña

Mercedes, á la que ésta iba á ver todas las noches, algunas veces acompañada de Amparo, y otras sola; en una de estas últimas, se presentó un hombre en la casa, y dijo á Amparo:

—Me manda la niña Mercedes á avisar que está muy mala la señora y que es necesario que vaya la niña Amparo á acompañarla para velar á la enferma.

—Dígale usted que para allá voy inmediatamente con Juana.

—Me dijo que me esperara para acompañar á la niña.

—Pues espéreme un rato.

Amparo, que nada sospechaba, entró á cambiarse de traje y á decir á Juana que la acompañara, pues no se atrevía á salir de noche, sola, con un hombre desconocido.

El hombre que había dado el fingido recado, y que se había quedado esperando en el zaguán, silbó de una manera especial; entonces Sandoval, que estaba con otros cuatro hombres en la esquina inmediata, dijo á éstos:

—Luego que pase por aquí, ya sea sola ó acompañada de la criada, les echan los sarapes á la cabeza, para que no puedan gritar, y se las llevan á la casa de Juan; allí las hacen montar, de grado ó

por fuerza, en los caballos, y se van corriendo al rancho del Ciprés, donde pueden llegar muy bien á las dos de la mañana; allí los espero yo que me adelanto para tener todo preparado, y que podamos seguir con los demás compañeros que allí nos están esperando, para la Sierra de Zitácuaro.

—No tenga cuidado, mi jefe,—contestó uno de los hombres,—ya sabe que con nosotros se puede contar.

—Mucho cuidado, no vayan á hacer una tontería.

Se alejó Sandoval seguro de que caería en su poder Amparo; pero desconfiando de que sus hombres cumplieran exactamente las instrucciones que les había dado, quedó esperándolos en la casa de Juan donde estaban escondidos los caballos, y no se quedó en el lugar en que debía verificarse el rapto, por temor de comprometerse en caso de que por alguna circunstancia imprevista fracasase el plan.

En la tarde de aquel día había llegado á conocimiento del Prefecto Político que Sandoval estaba en relaciones con el enemigo, pues se habían interceptado unas cartas en las que se le decía que lo estaban esperando, que llevara el mayor número posible de gente, y que ocurriera

á la casa de Juan (a) "El Popote," donde encontraría armas y caballos. Se dió orden inmediatamente de aprehender á Sandoval, pero no estaba éste en su casa, ni se le pudo encontrar, por lo que se dispuso sorprender aquella noche la casa de Juan "El Popote," aprehender á éste y á los que allí estuvieran y recoger todo cuanto en la casa se encontrara.

Desde que se obscureció estaba rodeada la casa de Juan por una Compañía de soldados, ocultados perfectamente y mandados por Alberto, quien tenía orden de dejar entrar á cuantos llegaran á la casa, no permitir la salida de ninguno, y, á las doce de la noche, entrar, aprehender á cuantos allí estuvieran, y apoderarse de todo lo que encontrara.

Habían entrado seis hombres en la casa, y como á las diez de la noche llegó Sandoval; unos tres cuartos de hora después vió Alberto á cinco hombres que conducían dos bultos que, por la obscuridad y la distancia, no pudo ver qué contenían; conforme á las órdenes que había recibido, los dejó penetrar en la casa, en la que, poco después, se oyeron voces ahogadas pidiendo auxilio y ruído de caballos que se preparaban á salir. No tardó en abrirse el zaguán y aparecer un grupo de unos quince hombres, dos de

los cuales llevaban, cada uno, en la silla, á una mujer, atada y amordazada.

—¡Alto!—les intimó Alberto, cerrando el paso con sus soldados.

—¡Sobre ellos y á escape!—gritó el que hacía de jefe, que no era otro que Sandoval.

—¡Fuego!—mandó Alberto.

Sonó una descarga á la que contestaron varias detonaciones; hubo un momento de confusión y Alberto no pudo evitar que rompieran la línea y huyeran cinco ó seis hombres de los de á caballo, entre ellos uno de los que conducían á las mujeres; de los demás, tres estaban muertos, cuatro heridos, y dos habían caído de los caballos y se dieron por presos; entre éstos estaba el otro que llevaba en la silla á una mujer, la que también había caído, sin hacerse daño.

Mandó Alberto dar parte á la Comandancia Militar para que saliera una fuerza de caballería en persecución de los fugitivos, ordenó que se llevaran inmediatamente á los heridos al hospital y que se custodiara estrechamente á los prisioneros, mientras él, con unos cuantos soldados, cateaba la casa y recogía lo que en ella se encontraba, que era por cierto muy poca cosa.

En los primeros momentos, nadie se

cuidó de la mujer caída, creyendo que era uno de tantos muertos, pero al levantar éstos, vió el Teniente de la Compañía que se trataba de una mujer decentemente vestida que estaba amordazada; hizo que la desataran y la quitaran la incómoda mordaza, y entonces vió con sorpresa, que era la señorita Amparo Otero. Corrió á dar parte al Capitán Alberto, á tiempo que éste salía de la casa.

—¿Qué le ha pasado á usted, señorita Amparo, cómo está usted aquí, dónde está Doña Mercedes?—preguntó Alberto á la joven, luego que estuvo á su lado.

Amparo había tenido tiempo de recobrar en parte su serenidad, y contestó á Alberto contándole que la mandó llamar Doña Mercedes, que salió de la casa en compañía de Juana y del que había llevado el recado, que en la esquina de la casa se habían arrojado sobre ellas varios hombres envolviéndoles las cabezas con los sarapes, que las habían conducido á aquella casa y allí el Comandante Sandoval las había mandado amarrar, amordazar y montar á caballo no obstante los gritos que daban pidiendo auxilio, y terminó preguntando dónde estaba Juana.

—No está aquí,—contestó Alberto,—y me temo que se la hayan llevado los que pudieron escapar. Vamos, señorita,—con-

tinuó diciendo Alberto,—conduciremos á usted á su casa, en la que ya estará probablemente de vuelta la señora Doña Mercedes.

Acompañada de Alberto y los soldados llegó Amparo á su casa, y como aun no estuviera en ella la madre de la joven, rogó que la condujeran á la casa de la amiga enferma, en la cual la dejó Alberto para ir á cumplir los deberes de su empleo.

Sandoval corrió á escape un buen trecho y luego puso su caballo á galope corto, no tardando en reunírsele sus cinco compañeros. De pronto nada hablaron, pero cuando habían avanzado ya unos tres kilómetros, fué necesario poner los caballos al paso, y entonces preguntó Sandoval al que estaba más cerca de él:

—¿Viene Juan "El Popote?"

—Sí, mi jefe, ahí viene.

—¿Trae á la mujer?

—Sí.

—¿Y la otra?

—No viene.

—Más vale, así nos quitamos un estorbo.

A la madrugada llegaron al rancho del Ciprés, donde los esperaban otros diez hombres armados para formar, con los

que llevaba Sandoval, el núcleo de una guerrilla.

Allí estaban relativamente en seguridad; mandó Sandoval á dos hombres que fueran á vigilar el camino de Morelia y una vez hecho esto, llamó á Juan "El Popote" y le dijo:

—¿Dónde está la mujer que trajiste?

—En el cuarto del rayador.

—¿Ya la desataron y la quitaron la mordaza?

—No, hasta que usted lo ordenara.

—Anda á ver que se la quiten y trátenla con muchas consideraciones, pero sin dejarla salir del rayador hasta que yo vaya.

Se retiró Juan á cumplir las órdenes que se le habían dado y Sandoval pidió agua para lavarse, se quitó el polvo y se acicaló lo mejor que pudo, para presentarse á la vista de Amparo.

El rayador estaba escasamente alumbrado, como que no recibía más luz que la poca que proyectaba en la plaza una hoguera encendida en la parte de afuera; así es que Sandoval no veía más que el bulto de la mujer, que estaba con la cara vuelta á la pared y sollozando amargamente, sentada en una silla.

Se acercó á ella Sandoval y la dijo con el acento más cariñoso que pudo:

—Ya está usted por fin en mi poder, y no tendrá más remedio que corresponder á mi amor. Comenzaré por pedirla mil perdones por las molestias que ha sufrido, pero usted misma comprenderá que eran indispensables. Mañana tendré el gusto de ver á usted más detenidamente; ahora he venido nada más á ofrecerla mis respetos.

A todo esto, la mujer callaba, ó, mejor dicho, contestaba con lastimeros sollozos, que iban acabando con la poca paciencia de Sandoval.

—No es la cosa para tanto llanto, señorita,—dijo al fin amostazado,—no soy yo ningún ogro, y si no tengo la agradable figura del Capitán Garay, por lo menos tengo la ventaja de ser el dueño de usted.... Vamos, si no de grado por fuerza, es necesario que empiece usted á considerarme como su único dueño.

Al decir esto, se acercó al bulto y pretendió abrazarlo, pero en ese instante se levantó la mujer y le dió el más soberbio y sonoro de los bofetones, al mismo tiempo que le decía con ronca y destemplada voz:

—¡Tenga por atrevido y sinvergüenza!

Cuando Sandoval dejó de ver soles y estrellas, se encontró frente á frente de

Juana, á la que iluminaba de lleno la luz de la hoguera.

La cólera del Comandante estalló, no contra la robusta y atrevida criada, sino contra Juan "El Popote," á quien consideraba responsable de aquella sangrienta burla.

Salió Sandoval del rayador, resuelto á hacer un terrible ejemplar y no tardó en encontrar á Juan tranquilamente sentado en medio de un círculo de guerrilleros, tocando una mala guitarra y cantando con voz aguardentosa un "Corrido."

Algo se moderó la cólera de Sandoval al ver aquel cuadro, pues comprendió desde luego que no había habido mala intención por parte de Juan, á quien, por otra parte, necesitaba, por el prestigio que tenía entre sus compañeros y por lo muy bien que conocía el Estado de Michoacán

—Ven acá, Juan,—le dijo.

—Presente, mi Coronel.

Este título acabó de disipar la tempestad que había amenazado caer sobre el guerrillero.

—¿No te dije que pusieras en la silla de tu caballo á la señorita?

—Sí, mi Coronel, y así lo hice, y la he traído con todo cuidado· ¿La he faltado en algo?

—Lo que trajiste, grandísimo bestia, no fué la señorita, sino la criada.

Juan abrió la boca y estiró los párpados haciendo el gesto más cómico de asombro que se pueda imaginar.

—Lárgate antes de que te dé yo una paliza, por bruto!

Juan no se hizo repetir la orden y volvió á cantar con sus compañeros, como si nada hubiera pasado.

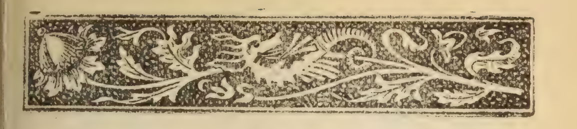
En realidad, Juan, al recibir la orden de llevar en su caballo á la señorita, creyó que lo era la de mayor corpulencia y que gritaba con más fuerza, y tomó á Juana, muy convencido de que la otra era una muchachilla insignificante.

Al día siguiente salió Sandoval del rancho del Ciprés, en el que dejó á Juana, quien no tardó en ir á reunirse con sus amas en Morelia.

Esta aventura estrechó aun más las relaciones entre Alberto, Doña Mercedes y Amparo; el joven Capitán visitaba á las segundas todos los días en que lo dejaba libre el servicio; era para Alberto una necesidad ver á Amparo y hablar con ella, y cuando salía con su Batallón á expedicionar fuera de la capital del Estado, la despedida de los dos jóvenes era tierna como la de dos amantes, y la alegría que experimentaban al volver á verse, era tan

intensa como si se tratara de dos esposos.

La persecución de Sandoval no había terminado con la ausencia de éste; frecuentemente recibía Amparo por conductos desconocidos, cartas del Comandante, tiernas, á su modo, las unas; llenas de amenazas, hasta de insultos, la mayor parte. Los insultos se hacían extensivos á Alberto por haber impedido la consumación del rapto de Amparo. Todo esto inquietaba á Doña Mercedes, por más que Alberto procuraba darle las mayores seguridades de que Sandoval no podría nunca hacerles el más ligero perjuicio.



CAPITULO XXIII.

Proyectos de matrimonio

En el año de 1865, puede decirse que alcanzó el Imperio su mayor desarrollo y extensión material, y, sin embargo, iba preparando su espantosa caída una serie de circunstancias en las que no fijaban su atención los hombres que rodeaban á Maximiliano.

La toma de Richmond, acaecida el 3 de Abril de aquel año, puso fin á la terrible guerra civil de los Estados Unidos. Este acontecimiento debía influir poderosamente en la suerte de México, porque el Gobierno de la Unión Americana no había querido reconocer al Imperio y sostenía, por el contrario, relaciones diplomáticas con Don Benito Juárez. Hasta entonces, el apoyo moral que daban los Estados Unidos al Gobierno republicano, era tenido en poca cosa por los imperialistas, pero en lo de adelante, ese apoyo se tra-

duciría, seguramente, en hechos positivos encaminados á hacer cesar la intervención francesa.

Maximiliano no pensaba más que en promulgar gran número de leyes que ya conocíamos y habían estado vigentes en otras épocas, pero que él hacía llegar á Europa como una muestra de su talento administrativo. Se había enajenado por completo las simpatías del partido conservador, tanto por haber alejado de su lado á todos los prohombres de ese partido, como por haber puesto en vigor las leyes de tolerancia de cultos y nacionalización de bienes eclesiásticos; no contaba con el partido liberal que era, en su totalidad, republicano; había quedado reducido á los moderados de ambos partidos, y sabido es que en tiempo de lucha es imposible gobernar con el partido moderado, y ejemplo de ello el más reciente, fué la administración del General Comonfort. Tanto menos podía Maximiliano gobernar con ese partido, cuanto que, aun de los moderados, sólo una pequeña parte estaba con él.

El carácter voluble, ligero, más bien insubstancial de Maximiliano, lo hacían inepto para gobernar un país como el nuestro en las circunstancias en que se encontraba. Acaso porque nunca pensó

en quedarse definitivamente en México, no cuidaba el Emperador de dictar medidas prudentes encaminadas á consolidar su gobierno, sino que se ocupaba en fruslerías haciendo derroche de ingenio y de dinero para inventar ceremonias y fiestas cuando el Erario público estaba agotado y había un déficit espantoso en las rentas públicas. El Imperio se estaba sosteniendo con el oro de Francia, que no podía durar mucho tiempo.

Los palacios que se compraron para residencia de los Emperadores; los enormes gastos del "gran séquito" imperial; los frecuentes cuanto infructuosos viajes de Maximiliano y Carlota, habían agotado todos los recursos ordinarios de la Nación.

Los imperialistas que habitaban en la capital, no se hacían cargo, como antes dijimos, de la gravedad de la situación; eran, en su mayor parte, gentes ricas que encontraban muy cómodo eso de formar parte de una Corte, y hacer de personajes, y vestir trajes bordados, y lucir condecoraciones; creían buenamente que los franceses eran invencibles, y que habían de permanecer en México hasta que no hubiera un solo republicano, y entraban de lleno en aquel torbellino de fiestas y mascaradas políticas.

Aunque Don Pedro Orozco pertenecía al partido conservador, en el que pasaba por ser una lumbrera de ciencia, como en realidad no había tal lumbrera sino un muy escaso criterio, había seguido unido al Imperio, á pesar de todo, porque, como él decía: "El Emperador sabe de Gobierno y de política mucho más que nosotros, así es que hay que tener absoluta confianza en todo lo que haga, y si se ha resuelto á dar las mismas leyes que dió Juárez, debe ser porque así lo tiene pactado secretamente con Su Santidad." En cuanto á la escasez de recursos y al peligro de que se retiraran el día menos pensado los franceses, contestaba Don Pedro que eso era no conocer el caracter de Napoleón III, que había ofrecido sostener á Maximiliano y que por nada del mundo dejaría de cumplir su promesa.

Algo se había resfriado el entusiasmo de Don Pedro con el desaire que sufrió al solicitar para Julio la mano de la Condesa de Schewerrer, y con la orden de que Julio se uniera á la división que mandaba Oronoz: pero olvidó todo esto cuando pocos días después fué nombrado Comendador de la Orden de Guadalupe. (1)

---

(1) La Orden de Guadalupe fué la condecoración más prodigada por Maximiliano. A propósito de

La que no podía olvidar nada era Enriqueta, que cada día odiaba más cordialmente á la Condesa, á quien hacía, no sin fundamento, responsable de la desgracia de Julio.

Se preparaba en la Corte un gran acontecimiento: el matrimonio del Mariscal Bazaine con la señorita Josefa Peña y Azcárate. Este matrimonio revestía excepcional importancia; por una parte se trataba del jefe del ejército francés, personaje que ejercía una decidida influencia en el Gobierno de Maximiliano; y por la otra, de una señorita perteneciente á la aristocracia de la capital como que era la novia nieta del célebre Síndico del Ayuntamiento de México en 1808, el Lic. Don Juan Francisco Azcárate.

Cuando mayor entusiasmo había entre las familias mexicanas para asistir á las fiestas que, probablemente, se verificarían, cayó como una bomba en México la noticia de que, el 11 de Abril, el General

---

haber sido agraciada con ella una persona de muy malos antecedentes, corría por aquel tiempo en México el siguiente epigrama:

Es más que Dios en poder
Maximiliano primero,
Puesto que ha hecho caballero,
A quien Dios no pudo hacer.

republicano Don Nicolás Régules había tomado la población de Tacámbaro, derrotando y haciendo prisionera á la Guarnición de soldados belgas que mandaba el Coronel Tydgadt, quien murió al día siguiente de la toma de la Plaza, á consecuencia de las heridas que recibió, contándose también entre los muertos el Capitán Chazal, hijo del Ministro de la Guerra en Bélgica.

La noticia de este desastre era el primer anuncio que llegaba á México de que, muy lejos de estar aniquilado el partido republicano, como se suponía, se levantaba potente en el centro de la Nación.

A la Emperartiz Carlota afectó muy dolorosamente la derrota de sus compatriotas. Los voluntarios belgas, que vinieron á México para servir de guardia de honor á la Emperatriz, eran, casi en su totalidad, unos adolescentes que no pasaban de los diez y ocho á los veinte años pobres muchachos que, en obsequio de la verdad, se batieron bastante bien en Tacámbaro.

El 26 de Junio (1865) se verificó el matrimonio del Mariscal Bazaine; fueron padrinos el Emperador y la Emperatriz, y en todo se desplegó inusitado lujo y gran pompa. A pesar de la falta de recursos, que había llegado á ser el estado nor-

mal del Erario público, Maximiliano regaló á Bazaine una elegante casa que se conocía con el nombre de "Palacio de Buenavista," situado en la plazuela del mismo nombre y en la que habitó el Mariscal hasta su vuelta á Francia.

Enriqueta Orozco, que no había podido conquistar á un General, había seguido coqueteando con el Comandante Forwal, y las cosas llegaron al extremo de que éste la hizo una formal declaración de amor, que fué bien recibida por Enriqueta.

Cada día se mostraba más enamorado el Comandante, y, como se habían hecho públicas aquellas relaciones, todas las amigas de Enriqueta envidiaban su buena suerte, pues para ellas no había dicha mayor que casarse con un oficial francés: en aquella época, puede decirse sin exageración, que cualquiera de los oficiales franceses tenía la seguridad de que aceptaría sus propuestas de matrimonio, sin vacilar, la señorita á quien se las hiciera: salvo alguna que otra excepción que confirmaba la regla general.

Enriqueta y Forwal hacían mil proyectos para el porvenir. Después de verificado su matrimonio, seguirían viviendo en México, mientras llegaba el día en que se embarcaran las tropas francesas; en-

tonces iría á Europa toda la familia y Forwal se retiraría del servicio para dedicarse á viajar con Enriqueta y á vivir descansadamente, que para todo eso daría, en concepto del Comandante, el capital de Don Pedro, unido á la muy modesta fortuna de Forwal

Llegó el caso de pedir oficialmente la mano de Enriqueta, y la respuesta de los padres fué, como no podía menos de ser, favorable para el pretendiente.

Se le escribió á Julio y aprobó la elección de su hermana.

Enriqueta parecía ser la mujer más feliz de México; rica, hermosa y solicitada en matrimonio por un apuesto Comandante de Cazadores de Africa, que unía á su interesante y varonil figura un nombre conocido y respetado en la aristocracia francesa, ¿qué más podía desear la joven? El amor que, según se decía, se profesaban los futuros esposos, era otra prenda más de felicidad para el proyectado enlace; el Comandante Forwal se mostraba rendidamente enamorado de su prometida, y Enriqueta daba á entender á todas sus amigas que aquel era su primero y único amor. Sin embargo, cuando volvía de alguna de tantas fiestas en la que había brillado como reina de la hermosura, en la que había ostentado la pri-

macía de la elegancia y del buen tono; cuando á solas consigo misma dejaba evaporar el humo de las alabanzas y galanterías de que había sido objeto, descubría en el fondo de su alma un destello luminoso, débil, casi imperceptible, pero lo bastante claro para iluminar la noble figura de Alberto; cerraba los ojos, y de entre sus más íntimos y gratos recuerdos surgía aquella misma figura, la veía alejarse luego poco á poco, desvanecerse en el limbo de luz que la rodeaba y perderse entre las sombras del pasado. Enriqueta se indignaba cuando aquellas visiones la hacían sospechar que amaba todavía á Alberto, que éste era su verdadero amor y que lo tendría siempre incrustado en su pecho hacía poderosos esfuerzos para arrojar lejos de sí los importunos recuerdos; apelaba á las comparaciones entre su antiguo y su nuevo amante y terminaba por reconocer que Alberto ganaba mucho en esa comparación; entonces se refugiaba en consideraciones de otra especie, y oponía al sereno y noble amor de Alberto, el brillo deslumbrador de la corona de Marquesa que adornaría la frente de la esposa de Forwal, y la serie no interrumpida de fiestas á que asistiría en la ostentosa Corte de Napoleón III.

En estas luchas salía siempre triunfan-

te el orgullo, pero dejando en el alma de Enriqueta un fondo de melancólicos recuerdos que obscurecían su dicha.

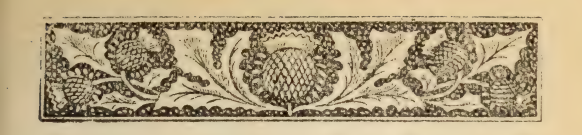
Por su parte, el Comandante no amaba á Enriqueta; le halagaba la brillante hermosura de la joven, pero sobre todo, le seducían, hasta el extremo de sacrificar por ellas su libertad, las grandes riquezas de Don Pedro, con las que contaba para la vida de placeres que se prometía disfrutar al volver á Francia, pues el patrimonio de Forwal no pasaba de una mezquina renta de seis mil francos anuales.

No se había fijado aun la fecha para el matrimonio, porque se esperaban los documentos indispensables para celebrarlo que había pedido á Francia el Comandante, pero ya era público el compromiso contraído entre Forwal y la familia Orozco.

Pasó el tiempo, llegó correspondencia de Francia y no llegaron en ella los tan esperados documentos; había que esperar algún tiempo más, lo que disgustaba profundamente á Enriqueta, y acrecentó su disgusto el hecho de haber tenido que salir á campaña el Comandante Forwal, en virtud del incremento que por aquellos días estaban tomando las guerrillas que

expedicionaban por los Estados del Interior.

No tuvieron los dos amantes más remedio que resignarse: Enriqueta á la separación y el Comandante á dejar la vida cómoda de la capital por la trabajosa de la campaña.



CAPITULO XXIV.

Guerra sin cuartel.

La toma de Tacámbaro por Régules y la destrucción de una gran parte del contingente belga, hicieron que se mandaran las órdenes más apremiantes á los jefes imperialistas que militaban en el Departamento de Michoacán, para que batieran á las fuerzas republicanas que por allí se presentaban amenazadoras y muy bien organizadas, como que contaban con jefes tan expertos y valientes como los Generales Don José María Arteaga, Don Carlos Salazar y Don Nicolás Régules.

Salieron efectivamente de Morelia, los Coroneles Barón Vander-Smissen, al frente de los belgas que habían quedado, y Don Ramón Méndez con las tropas mexicanas, y el 16 de Julio del mismo año de 65 batieron en el propio Tacámbaro al

General Arteaga. Aunque esta batalla no fué decisiva, como se dió á raíz de haber sido derrotados los belgas, fué muy celebraba en México; Méndez fué nombrado Comendador de la Orden de Guadalupe, y Alberto, que se había distinguido por su valor, fué ascendido á Comandante de Batallón.

La guerrilla que mandaba Sandoval no asistió á este hecho de armas, porque su jefe gustaba poco de unirse á las tropas regulares, entre las que no podía cometer las depredaciones á que estaba acostumbrado; pero se acercó lo más que pudo al campo de batalla, esperando que fueran derrotados los imperialistas para aprovechar ese momento y procurar vengarse de Alberto, que se encontraba entre las tropas que mandaba Méndez.

El Coronel Sebastián Gutiérrez y sus compañeros, que no habían querido quedarse con los varios guerrilleros que habían encontrado á su paso por el Interior, llegaron en los momentos en que se decidía la derrota de los republicanos, y no tuvieron tiempo más que para unirse al General Arteaga y retirarse con él; gracias á ellos no cayó prisionero el General, porque cubrieron su retirada batiéndose heróicamente con los que lo perseguían. hasta conseguir que éstos, á su vez, hu-

yeran; cuando alcanzaron á Arteaga, éste dijo sencillamente, dirigiéndose á Sebastián:

—Muchas gracias, compañero; me ha salvado usted de caer en poder del enemigo.

—Mis compañeros y yo no hemos hecho más que cumplir con nuestro deber, y lo que sentimos es no haber llegado á tiempo de tomar parte en la acción.

—Ya ven ustedes que la suerte no ha querido favorecernos. ¿De dónde vienen ustedes?

—Pertenecíamos al ejército de Oriente que mandaba el General Don Porfirio Díaz, no quisimos capitular en Oaxaca y hemos venido á prestar nuestros servicios á las órdenes de usted.

—¿Qué grado tiene usted?

—Coronel, con despacho provisional expedido por el General Díaz. Traigo mi despacho y una copia certificada por el mismo General, de mi hoja de servicios. Mis compañeros son oficiales del Batallón que yo mandaba.

—Todos ellos serán ascendidos, y usted mandará uno de los nuevos Batallones que formemos.

La retirada de Don Benito Juárez hasta Paso del Norte en los momentos en que los franceses ocupaban todas las ca-

pitales de los Estados del Interior, dió margen á que se dijera por los imperialistas que el Presidente de la República había salido del territorio nacional abandonando el Gobierno. A confirmar estos rumores vino un parte oficial remitido á Bazaine desde Mazatlán por el Coronel Barón de Aymard el primero de Octubre. (1865), en el que se daba la noticia de que Juárez había pasado la frontera de los Estados Unidos; igual cosa decían otros despachos telegráficos enviados de Sonora.

La mejor prueba de que Don Benito Juárez era la personificación del partido republicano, de la gran importancia que tenía su presencia en la Nación y de que en él estaba encarnada la resistencia que se oponía al Imperio, fué el júbilo con que se recibió la noticia de que al fin abandonaba la lucha. Don Benito Juárez no era un General afamado, nunca se había puesto al frente de sus soldados, para batir al enemigo, jamás disparó una arma; y, sin embargo, su retirada al extranjero se consideraba como el triunfo definitivo del Imperio, lo que no había sucedido cuando Generales de gran prestigio y hombres públicos de honrosos antecedentes habían emigrado á los Estados

Unidos ó se habían sometido al régimen imperial.

Maximiliano creyó que era llegado el momento de dar el golpe de gracia al partido republicano, y, de acuerdo con los Ministros y probablemente aconsejado por Bazaine, expidió el famoso decreto de 3 de Octubre de 1865; terrible ley que daba á las Cortes Marciales el encargo de juzgar militarmente, con trámites brevísimos, y de condenar á muerte á todos los que combatían al Imperio con las armas en la mano, á los que los auxiliaran, aunque fuera solamente con avisos ó "consejos," á los que vertieran de palabra ó por escrito especies falsas ó alarmantes y á los propietarios y administradores de fincas rústicas que no dieran á las autoridades imperiales aviso oportuno del tránsito de alguna fuerza enemiga. Desde este día, la guerra se hizo sin cuartel y no hubo ya piedad para los vencidos.

En menos de tres meses había reorganizado el General Arteaga una división capaz de batirse con las aguerridas tropas que mandaba Méndez. Este jefe imperial, sumamente activo y muy valiente, volvió á salir de Morelia y tomó el camino de Uruápam, por donde se encontraba la división que mandaba Arteaga.

El día 13 de Octubre (1865) se dió en Santa Ana Amatlán la batalla, que más bien fué sorpresa á los republicanos, y que terminó con la completa derrota de éstos. Desesperado Arteaga, no quiso retirarse del campo de batalla, sino que continuó batiéndose personalmente sostenido por unos cuantos de sus mejores soldados, y rodeado de varios jefes que no lo quisieron abandonar, entre los cuales se encontraba Sebastián Gutiérrez. Uno á uno fueron sucumbiendo los que rodeaban al General hasta que, abrumados por el número, fueron hechos prisioneros Arteaga, Salazar, que se había estado defendiendo en una casa del pueblo, Gutiérrez y otros varios jefes.

Aunque Méndez conocía ya el terrible decreto dado por Maximiliano el día 3 de aquel mismo mes de Octubre, le repugnaba considerar como bandidos á los Generales y jefes republicanos, y no quiso ejecutar en ellos la mencionada ley, sin consultar antes á México. Creía que tanto Maximiliano como sus consejeros y el mismo Mariscal francés, repugnarían una ejecución á sangre fría, de enemigos políticos que figuraban con altos grados en el Ejército nacional, y que no tenían más culpa que la de no reconocer al Gobierno del Imperio, militando lealmente bajo las

órdenes del Gobierno republicano establecido en la Nación. Pero se equivocaba el jefe imperialista, pues tanto el Ministro de la Guerra como el Mariscal Bazaine, le ordenaron que cumpliera estrictamente con la ley, y, en esa virtud, ocho días después de la batalla fueron fusilados en Uruápam los Generales Arteaga y Salazar y otros tres jefes.

Desde que cayeron prisioneros juntos con el Coronel Sebastián Gutiérrez, comprendieron todos que serían fusilados, y se prepararon para morir con el mismo valor de que habían dado tantas pruebas en los campos de batalla. Los primeros cuatro días estuvieron todos juntos, pero luego quedaron separados en distintas piezas de un cuartel de infantería, estrechamente vigilados, con centinelas en las puertas de cada cuarto y en las azoteas, y patrullas que constantemente recorrían los patios del cuartel y las calles que lo rodeaban.

El Coronel Gutiérrez fué colocado en una galera que servía ordinariamente de troje y estaba desocupada á la sazón; no tenía más que una puerta que era la de entrada, y recibía una muy escasa luz por varias aberturas, como de quince á veinte centímetros de ancho que había de trecho en trecho á muy considerable altura;

los muros eran de cantería y muy gruesos, como lo son en general los de todos los graneros.

Gutiérrez sabía la suerte que le esperaba, y desde que lo pusieron en aquella troje, comenzó á idear la manera de escaparse, cosa que le pareció del todo imposible, después de haber hecho un minucioso reconocimiento de su prisión; y era tanto más difícil la salida, cuanto que, según pudo observar cuando lo condujeron á ella, los muros de la pieza en que estaba, no caían á la calle, sino á los patios interiores del cuartel, de suerte que, aun saliendo de ella, faltaba todavía, acaso lo más difícil, salir del edificio.

Pasó todo el primer día sin que tuviera Gutiérrez la más remota esperanza de escapar, pero sin que por eso se resignara á morir fusilado.

Durante la noche continuó sus observaciones y pudo darse cuenta de que tenía un centinela en la puerta y otro en la azotea de la troje; el primero se relevaba cada hora, y el segundo quedaba toda la noche en la azotea; al día siguiente notó que junto á una de las claraboyas, que más bien servían para ventilar la troje que para darla luz, había pendiente del techo una reata, que con otra más pequeña que había á poca distancia de la pri-

mera, servía, sin duda, para sostener un morillo, en el que se colgaban los costales, para que no los destruyeran las ratas cuando en la troje había semillas. La más larga de aquellas reatas, que era la que estaba junto á la ventana, no podía ser alcanzada por Gutiérrez, ni aun subiendo sobre la mesa y la silla que tenía á su disposición; y, por otra parte, era inútil llegar á la ventila, por la que era absolutamente imposible que pasara el cuerpo ni de un muchacho cenceño. Sin embargo, á falta de otra cosa mejor, se fijó en la mente de Gutiérrez tenazmente la idea de alcanzar aquella reata y asomarse á la ventila y se propuso hacer para ello todo lo posible en la noche siguiente. Llegó ésta y luego que cenó Sebastián, seguro ya de que nadie se tomaría la molestia de entrar en su prisión, puso manos á la obra.

Con la silla puesta sobre la mesa no le era posible alcanzar la reata, pero calculó que podría llegar á ella haciendo uso del catre de campaña que le servía de lecho. Al efecto, quitó la lona, y con su corbata, su pañuelo y el paño de sol de su kepí, ató los travesaños del catre, de manera que semejaran una escalera de dos peldaños; arrimó á la pared la mesa y puso sobre ella la improvisada escalera,

todo con mucho trabajo por la falta de luz y temiendo á cada momento que se derrumbara la escalera y al ruído entraran á ver lo que estaba haciendo. Después de ejercitar en alto grado su paciencia, pudo tomar el ansiado cabo de la cuerda y, con poco esfuerzo, llegar á la ventila. Nada se veía por ella, porque no formaba ángulo recto con la pared, sino que tenía una dirección oblícua; iba ya Gutiérrez á descender, decepcionado de su inútil tentativa, cuando instintivamente metió la mano por la abertura de la ventila y notó con sorpresa que ésta se ensanchaba notablemente, al grado de que no sería imposible que por ella pasara el cuerpo de un hombre; esto le dió nuevo ánimo y toda su energía se reconcentró en la idea de ensanchar la abertura. No podía hacer esto sin contar con algún instrumento de fierro, por pequeño que fuera, tanto menos cuanto que no podía servirse más que de una mano por tener la otra ocupada en sostenerse en la cuerda; para obviar este inconveniente, formó una gaza, introdujo en ella una pierna y pudo con esto usar de las dos manos; pero ni así conseguía ensanchar la abertura, á pesar de ser muy poco grueso uno de los lados del ángulo que formaba la pared por la parte de adentro; entonces

se acordó de que aun conservaba puestos los acicates en sus botas de montar; desprendió uno y vió con satisfacción que podía con él desprender los pedazos de la pared, que era de ladrillos en aquella parte.

La operación tenía que ser muy dilatada, porque para no hacer ruído necesitaba desmenuzar los pedazos que iba quitando, á fin de que no hicieran ruído al caer; por fin, al cabo de dos horas de rudo trabajo, pudo introducirse en la ventila y descansar sentado en el grueso muro de su prisión. Eran las doce de la noche y no tenía tiempo que perder. Aquella ventila daba sobre el tejado de un machero que ocupaba todo el lado del segundo patio del cuartel, patio que estaba lleno de soldados; por otra parte, el centinela de la azotea podía notar muy fácilmente la salida del preso por la claraboya, pero como no estaba en manos de Gutiérrez eliminar esos riesgos, se decidió á bajar al tejado, tomando solamente la precaución de hacerlo cuando se alejaron los pasos del centinela.

Bajó del tejado sin novedad y se fué arrastrando poco á poco hasta llegar á una de las extremidades que daba á una calle lateral; la bajada era difícil, pero conservaba Gutiérrez un ancho y fuerte

"ceñidor" de lana que aprovechó para descolgarse.

Había conseguido salir de la prisión, pero aún no podía considerarse libre, pues cualquiera que lo viera á esas horas, de uniforme, sin espada y sin kepí, lo denunciaría; para agravar su situación, oyó el ruído de una patrulla, que podía, de un momento á otro, pasar por aquella calle y encontrarlo; por la obscuridad de la noche no se daba cuenta de la dirección que seguía la patrulla; pero sí notaba que se iba acercando sensiblemente.

Al lado opuesto á las tapias del cuartel había unas casas que tenían unos árboles al frente; pensó Gutiérrez que allí estaría más seguro, y atravesó la calle. Como advirtiera que la patrulla se dirigía á aquel lugar, procuró ocultarse en el marco de una puerta y ésta cedió al apoyarse en ella, dándole paso al obscuro callejón de un zaguán; entró en él y volvió á cerrar la puerta, con ánimo de salir cuando los soldados se alejaran, pero éstos se estacionaron allí, y no tuvo Gutiérrez más remedio que internarse en aquella casa que parecía deshabitada, según el silencio que en ella había. Se encontró de pronto en un patio sembrado de naranjos, buscó salida por la parte opuesta á

la calle y penetró en un segundo patio sin salida, en el que había una caballeriza con dos caballos, y en ella un "tapanco" de madera, al que subió Gutiérrez; lo encontró vacío y determinó pasar allí el resto de la noche. No tardó en dormirse, y cuando despertó era ya día claro; no le quedaba más que permanecer en donde estaba.

Poco después oyó voces en la caballeriza y pudo enterarse de la siguiente conversación:

—¿Y cómo se salió?

—Por una claraboya de la troje en que estaba preso.

—¿No lo habrán cogido todavía?

—Parece que no, pero no creas que se escape, porque han salido patrullas de caballería por todas partes.

—¿Y si está escondido en el pueblo?

—¿Dónde quieres que se haya metido á la hora en que se fugó?

—¿Pero cómo no lo vieron las rondas que dan la vuelta á la manzana?

—Pura casualidad.

—Ayúdame á ensillar los caballos.

—¿Va á salir el Capitán?

—Sí.

—¿Y tú vas con él?

—Se entiende.

Sacaron los dos caballos y no oyó más

Gutiérrez; pasó una hora y ningún ruído volvió á interrumpir el silencio, por lo que, juzgando que estaban fuera los habitantes de la casa, se arriesgó á bajar de su escondite. Poco á poco, y tomando las mayores precauciones, fué avanzando hasta llegar al primer patio; las puertas de la casa estaban abiertas, pero nadie parecía, por lo que se resolvió á penetrar en las habitaciones; en una de ellas estaba el equipaje del Capitán que allí vivía, y Gutiérrez no tuvo escrúpulo, para salvar su vida, en tomar de aquel equipaje un traje completo de paisano, con su correspondiente sombrero; se vistió con aquello, dejando su uniforme escondido en el "tapanco" que le había servido de asilo, y á todo riesgo, salió á la calle en pleno día.

Como no conocía á nadie en la población, ni podía salir de ella á pie cuando por todas partes se le buscaba, no sabía qué hacer, y para estar de pronto seguro, entró en la iglesia parroquial de la población; allí estuvo toda la mañana, y resolvió permanecer en la iglesia hasta que fuera de noche para salir con menos peligro: pero la presencia de aquel desconocido en la poco menos que desierta iglesia llamó la atención del Cura, quien de pronto sospechó si sería algún ladrón

que pretendía robar las alhajas del templo, por lo que se propuso no perderlo de vista. Como llegara la hora de comer y el desconocido continuara sentado en la misma banca que había ocupado toda la mañana, se resolvió á preguntarle quién era y qué hacía allí; se le acercó y le indicó que lo siguiera á la sacristía. Una vez allí, no tuvo Gutiérrez más remedio que confesar quién era, cómo se había escapado de la prisión, y terminó diciendo al Cura:

—Ahora, padre, puede usted entregarme á mis enemigos, yo no haré ya ningún esfuerzo para huír, porque está agotada mi energía con la lucha que he estado sosteniendo durante tantas horas.

—No, hijo mío, no te entregaré; al contrario, haré cuanto sea posible para salvarte. Creo que en el curato estarás seguro, ven conmigo.

El Cura llevó á Gutiérrez á la casa cural, que estaba anexa á la iglesia, y dijo á la criada anciana que le servía:

—Este señor viene aquí á pasar unos ejercicios espirituales, pero no quiere que nadie sepa esto; póngale usted una cama en mi despacho y á nadie diga que tenemos un huésped.

Allí estuvo escondido Gutiérrez hasta que pudo salir sin peligro de la pobla-

ción, y unirse á las tropas que mandaba el General Régules; desde su escondite, oyó las descargas que privaron de la vida á los Generales Arteaga y Salazar y á sus demás compañeros de infortunio. (1)

---

(1) No fueron raros estos casos en la Guerra de Reforma ni en la de Intervención. A muchos jefes de ambos partidos salvaron la vida los curas de los pueblos. Recuerdo, entre otros, el caso siguiente: El 30 de Abril de 1858, el General Zuazua mandó fusilar en Zacatecas, al General don Antonio Manero, á los Tenientes Coroneles don Antonio Landa y don Francisco Aduna, al Comandante don Pedro Gallardo, y al Capitán de artillería don Agustín Drechi. Todos murieron, menos el Comandante Gallardo que estaba solamente herido y á quien curó y salvó el cura de Zacatecas. Me refirió este hecho mi buen amigo el Coronel don Gerardo Emilio Herrerías, que asistió en clase de Capitan á la toma de Zacatecas. Se dice que Gallardo era casado, y como en los partes oficiales figuró como muerto y dilató mucho tiempo en volver á México, cuando regresó á la capital se encontró con que su mujer se había casado con otro.



CAPITULO XXV.

Comienzan los desastres.

El año de 1866 comenzó bajo muy malos auspicios para el Imperio de Maximiliano. En el mes de Enero recibió el primer anuncio de que muy pronto se retirarían de México las tropas francesas. Don José Manuel Hidalgo (que se había hecho súbdito español) Ministro Plenipotenciario del Gobierno Imperial en Francia, fué llamado por el Emperador para que le diera informes respecto de la política de Napoleón III, y Don José Manuel aseguró que muy pronto sería retirado el ejército de ocupación, por exigirlo así la opinión general en Francia; y, por fin, como á mediados del siguiente mes de Febrero, llegó á México el Barón Saillard, comisionado por Napoleón para anunciar

á Maximiliano la próxima retirada de los franceses.

A la penosa impresión que esta noticia causó á los Emperadores mexicanos, se agregó el sentimiento de la Emperatriz Carlota por la muerte de su padre, el Rey Leopoldo I, de Bélgica, y el descrédito que arrojó sobre el Gobierno Imperial el hecho escandaloso de haber sido asaltada en Río Frío, entre México y Puebla, la diligencia en que regresaba á Veracruz la Comisión de Nobles Belgas que había venido á México á dar á la Emperatriz la noticia de la muerte de su padre; en el asalto murió el Barón de D'Huart, y quedaron heridos el Mayor Dwyss, el General Fonry y uno de sus ayudantes.

Almonte había marchado á París con objeto de celebrar con Napoleón un nuevo tratado que substituyera al de Miramar, y por el mes de Junio de aquel mismo año de 66, avisó á Maximiliano que el Emperador francés insistía en la retirada del ejército, y que estaba resuelto á llevarla á cabo. Esta noticia causó gran indignación á Maximiliano, porque rompía los compromisos contraídos por el tratado de Miramar; pero Napoleón no podía hacer otra cosa, urgido como estaba, por las exigencias de los Estados Unidos y por la opinión unánime de la Nación fran-

cesa, que veía con muy malos ojos la expedición de México.

Si el Imperio mexicano hubiera sido viable, tiempo de sobra había tenido para establecerse á la sombra de la bandera francesa, y el hecho de no poder vivir con vida propia después de tres años de establecido, manifestaba claramente que los mexicanos rechazaban esa forma de gobierno y que sería imposible sostenerla. Desde entonces, si no antes, debió haber abandonado la empresa Maximiliano; pero no era hombre capaz de comprender la trascendencia de los hechos, vivía de ilusiones y creyó estar siempre á tiempo de retirarse tranquilamente para hacer en Europa la vida fácil de Emperador destronado y héroe de una aventura romántica. Cuando el buen sentido lograba sobreponerse á su insubstancial carácter, siempre tenía cerca de su persona alguna otra que lo impulsaba á seguir un camino distinto del que le aconsejaba la prudencia. Este fué el estado constante de Maximiliano durante su reinado, y así se explican las contradicciones en que á cada paso incurría, muy especialmente en sus relaciones con el Mariscal Bazaine y con los más allegados servidores del Gobierno. Así, cuando en virtud de las noticias recibidas de Europa intentó abdicar: á

principios de Julio se opuso á ello la Emperatriz Carlota, y le propuso ella misma ir á exigir á Napoleón el cumplimiento del convenio de Miramar, y á conseguir un arreglo con el Papa respecto de los asuntos eclesiásticos, para captarse las simpatías del partido conservador y apoyarse en él en lo de adelante.

Maximiliano aceptó el consejo, y quedó resuelto el viaje de la Emperatriz.

Los aristócratas de México, que de tiempo inmemorial tenían por patrimonio la ceguera política, creían que el establecimiento del Imperio era un hecho consumado; nada de lo que pasaba en los Palacios imperiales de México y Francia les era conocido; creían que Maximiliano era un Genio; que Napoleón mandaría, si necesario fuera, otros cien mil hombres, para sostener el trono que había creado; que los tesoros de Francia eran inagotables y que podíamos disponer de ellos como de cosa nuestra. Esa pobre aristocracia, que estaba agonizando, se figuraba buenamente que renacía á nueva vida, y no pensaba más que en fiestas y en saraos, ni se ocupaba en otra cosa que en intriguillas de Corte.

Cuando estaba para partir la Emperatriz Carlota, llamó á la Condesa de Schewerrer y la dijo:

—Tú sabes, Emma, cuánto he luchado para crear á Maximiliano la posición que debe ocupar en el mundo y que le niega su familia, por celos que la inspira la popularidad que adiquirió en su Gobierno del Reino Lombardo-Veneto; te consta que la aceptación del trono de México no ha sido más que un paso para acercarnos al que, sin duda, nos corresponde en Europa, y, por consiguiente, nada importaría renunciar desde luego á esta posición transitoria que no nos proporciona más que serios disgustos con los franceses por una parte, y con los ambiciosos de aquí por la otra; pero la abdicación de Maximiliano en estos momentos, nos haría perder el prestigio que hemos logrado adquirir; es necesario conservar el trono hasta que se nos llame al que debemos ocupar, no quiero regresar á Europa vencida, sino hacer mi entrada triunfal á Viena, aclamada por la multitud. Para eso, para conseguir que Napoleón siga prestándonos su apoyo, y para arreglar con el Santo Padre los negocios de la Iglesia, con lo que volverá á nosotros el partido conservador, voy á marchar inmediatamente para Europa. Hubiera querido que tú me acompañaras; pero he pensado que me serás mucho más útil quedándote aquí. Maximiliano te aprecia en lo que

vales, y yo necesito una persona de toda mi confianza que se quede al lado del Emperador, para darme parte de todo cuanto ocurra y hacer que yo regrese violentamente en caso necesario. Sólo en tí tengo confianza para semejante encargo y por eso te dejo aquí.

—Ya sabe Vuestra Majestad que estoy pronta á servirla en todo cuanto pueda.

—Gracias, amiga mía; porque sé eso y te conozco perfectamente, te he abierto siempre mi corazón; tú eres la depositaria de todos mis proyectos y tienes el talento bastante para ayudarme en ellos. Sobre todo, te encargo que, si los franceses nos abandonan antes de que yo vuelva, hagas todo lo posible para que no abdique Maximiliano, que será lo que le aconseje Napoleón y á lo que pretenda obligarlo el Mariscal Bazaine.

—Si ese caso llega, dudo mucho que Su Majestad el Emperador se deje convencer por mis pobres razones.

—Estoy segura de que Maximiliano te oirá, porque tiene mucha confianza en tí; y en último caso, sírvete de mi nombre, díle que yo te encomendé le hablaras en ese sentido y que recuerde que en todas ocasiones me he opuesto á la abdicación.

—Haré fielmente cuanto Vuestra Majestad me mande; pero confieso que me

consideraría muy dichosa acompañándola en su viaje, y me tomo la libertad de decirla que tal vez fuera mejor que el Emperador abdicara antes de que se vea forzado á hacerlo por el abandono en que pretenden dejarlo los franceses.

—De ningún modo; la misma Archiduquesa Sofía nos ha dicho que no volvamos á Europa de esa manera. Por otra parte, aun se puede evitar la retirada del Ejército francés; lo que Napoleón ha negado á Almonte, no se atreverá á rehusarlo cuando yo se lo pida; y, en último caso, contamos con otros diez mil voluntarios austriacos que se están reclutando y no tardarán en llegar á México; con ese contingente, la Legión extranjera y las tropas mexicanas, se puede fácilmente consolidar el Imperio, sin el auxilio de los franceses.

No sabía la pobre Emperatriz que por insinuaciones del Ministro americano (6 de Mayo de 1866), Francisco José había impedido el reclutamiento y el embarque de los voluntarios, que estaban ya reunidos en Labaycach y se debían embarcar el día diez de Mayo. Esas naciones europeas que después se mostraron horrorizadas por la muerte de Maximiliano, no recordaban que ellas habían ayudado á cargar los fusiles que privaron de la vi-

da al Archiduque; su mismo hermano lo amenazaba con no recibirlo en sus dominios y le quitaba, por un miedo pueril á los americanos, los únicos auxilios con que podía contar. Con razón Francisco José ha mandado construír la capilla expiatoria de Querétaro; expiación, no de los republicanos que fusilaron á Maximiliano, sino del Emperador austriaco que lo precipitó al abismo.

—Si conseguimos arreglar la cuestión de los bienes eclesiásticos,—continuó diciendo la Emperatriz,—podemos contar con todo el partido conservador, y aunque los "viejos pelucones" que lo dirigen nos sean perfectamente inútiles, queda una gran parte del pueblo y de la burguesía, que no está con nosotros únicamente por cuestiones religiosas.

—Quiera Dios que tenga un feliz éxito la misión de Vuestra Majestad.

—Te dejo aquí, mi pobre Emma, con la misión de velar por el Emperador y de escribirme un diario de todo cuanto ocurra. Muy pronto estaré de vuelta.

—Al irse Vuestra Majestad, no puedo decorosamente seguir viviendo en el Palacio.

—He pensado en eso, y antes de mi partida quedarás instalada en una casa que he madado comprar y ajuarar á tu

nombre, y de mis fondos particulares se te pasará una pensión de mil pesos mensuales, de la que te entrego en este momento el primer semestre.

La Condesa volvió á asegurar á la Emperatriz que cumpliría fielmente la comisión que la encargaba, y se despidió inclinando la cabeza, para ocultar dos lágrimas que pugnaban por escaparse de sus ojos.

La Emperatriz Carlota salió de México para Europa, el 8 de Julio de 1866, y en Octubre del mismo año perdió por completo la razón, que ya no ha vuelto á recobrar; todavía ahora (1906) vive la que se llamó Emperatriz de México sumida en las densas tinieblas de la locura, menos infeliz acaso que si pudiera darse cuenta del triste fin que tuvo el efímero reinado de Maximiliano.

Los acontecimientos políticos se precipitaban; en Enero de aquel año de 66, el jefe francés Billot desocupó la ciudad de Chihuahua, dejando en ella una Guarnición de tropas mexicanas que fué derrotada en Marzo siguiente; este hecho de armas determinó la vuelta del Presidente Don Benito Juárez á la ciudad de Chihuahua, y esta fué, puede decirse, la primera jornada para volver á ocupar la capital de la República; desde allí comenzó, co-

mo antes dijimos, la marcha victoriosa del Gobierno republicano.

En el mes de Junio capituló en Matamoros el General Don Tomás Mejía, y se dió la famosa batalla de Santa Gertrudis, en la que los Generales Escobedo y Treviño derrotaron completamente al General imperialista Olvera, haciéndose, con esto dueños de Monterrey y el Saltillo.

Los franceses comenzaron á reconcentrarse en la capital para disponer su embarque, y con este motivo fueron ocupando los republicanos las capitales y Estados fronterizos, avanzando por todas partes al centro de la República.

Todavía á principios del año, tuvo el Imperio un día de satisfacción, cuando el 20 de Febrero obtuvo el General Don Ramón Méndez, sobre las tropas que mandaba el General republicano Don Nicolás Régules, la espléndida victoria de La Magdalena, y á tres cuartos de legua de Uruápan. Pero aun ese triunfo significaba una terrible amenaza, porque demostró que ya los republicanos no eran guerrilleros sin organización militar, ni soldados bisoños que fácilmente podían ser destruídos; en esa batalla, que duró cuatro horas y fué muy reñida, los republicanos se batieron heróicamente y con tanto valor y disciplina, como las aguerri-

das tropas que mandaba Méndez y pertenecían á lo mejor y más veterano del antiguo ejército. La prolongada lucha con los franceses había enseñado á nuestros soldados la manera de batirse y de vencer.

Con el avance de los republicanos comenzó la emigración de los principales y más comprometidos imperialistas que tenían manera de hacer un viaje á Europa y el suficiente talento para comprender que el trono de Maximiliano se desmoronaba y no tardaría en caer, sepultando entre sus escombros á los que habían contribuído á levantarlo. Pero una gran parte de los conservadores, halagados por el cambio de política de Maximiliano, que había comenzado á ocuparlos en los altos puestos de la Administración, creyó que no le hacían falta los franceses y que así como el Gobierno Tacubayista se había podido sostener tres años contando con menos elementos que el Imperio, éste podría consolidarse por los propios y únicos esfuerzos de los conservadores. No comprendían los que así pensaban, que los tiempos habían cambiado, que el Imperio no contaba con las simpatías del pueblo, que una parte no despreciable del mismo partido conservador lo combatía, y que, si en la guerra de tres años pudo

al fin sobreponerse el pueblo al ejército, en la lucha contra el Imperio ese mismo pueblo se había convertido en ejército aguerrido, y de su lado estaba otra porción de los viejos soldados.

Los franceses, que veían desapasionadamente la situación, eran los primeros en juzgar insostenible el trono de Maximiliano, una vez que se retirara el ejército auxiliar, y estaban persuadidos de que con el último soldado francés, se embarcaría el Archiduque, dejando las riendas del Gobierno en manos de las autoridades municipales, para que éstas las entregaran á Don Benito Juárez.

A complicar la situación contribuyó en mucha parte la aparición en los Estados de Oriente, de dos jefes republicanos: los Generales Don Ignacio R. Alatorre y Don Porfirio Díaz. El primero vivía en México, después de haberse sometido al Imperio, y á mediados de Agosto salió á campaña; el segundo, que gozaba de extraordinario prestigio, estaba prisionero en Puebla desde Febrero de 65, y logró fugarse de la ciudad el 20 de Septiembre de 66, comenzando desde luego á reunir partidarios para combatir activamente al Imperio.

El General Díaz determinó tomar la Plaza de Oaxaca que defendía el Gene-

ral Don Juan Cruz Oronoz, quien salió á batirlo apoyado por una sección de soldados franceses, pero fué derrotado en Miahuatlán y tuvo que retirarse á Oaxaca. La batalla de Miahuatlán costó á los franceses la pérdida de cuarenta muertos, entre los que estaba el Coronel Testard.

Sitiada Oaxaca por el General Díaz, tuvo éste que abandonar momentáneamente el asedio para batir á una columna auxiliar de mil quinientos austriacos, á los que derrotó en La Carbonera el 18 de Octubre, derrota que dió por resultado la toma de Oaxaca el 31 del propio mes.

Tal era la situación de México en la segunda mitad del año de 1866.



CAPITULO XXVI.

Fin que tuvieron los amores de Enriqueta

Resuelta la retirada de los franceses, reconcentradas sus tropas y avanzando por todas partes los republicanos, no tardaron en conocerse y en infundir serios temores las diversas leyes dadas por el Gobierno de Don Benito Juárez para castigar á los partidarios del Imperio. Además de la ley de 25 de Enero de 1862, de la que ya hemos hecho mención, se dieron las siguientes:

El 12 de Abril del mismo año de 62, se publicó la ley marcial por la que se declaró que eran traidores los que se quedaran viviendo en los lugares ocupados por el enemigo y se les impuso la pena de confiscación de bienes, y ésta y la de muerte á los que de cualquiera manera auxiliasen al invasor.

El 29 de Enero de 63, mandó el Presidente Juárez que se remataran los bienes confiscados á los traidores.

El 16 de Febrero del mismo año, se hizo extensiva la pena de confiscación á todos los funcionarios públicos de la Intervención y á los empleados por ella, tuvieran ó no sueldo.

Por resolución de 13 de Noviembre de 66, se declaró que eran traidores todos los que hubieran prestado ó prestaran en lo sucesivo servicios al Imperio y los que hubieran ejecutado ó ejecutaran actos expresos para reconocerlo; á todos éstos se les consideró comprendidos en las penas de confiscación y demás anexas.

Todas estas y otras disposiciones del Gobierno republicano, en las que nadie se había fijado en México cuando se promulgaron, empezaron á traer inquietos á los comprendidos en ellas, por los fundados temores de que llegaran á hacerse efectivas en sus personas.

Don Pedro Orozco no era de los que se alarmaban con la próxima retirada del ejército francés; pertenecía á los verdaderos "pelucones," aquellos conservadores de pocos alcances y mucha prosopopeya que no creían posible la caída del Imperio mientras ocupara el trono un Archiduque, especie de persona invulnera-

ble é invencible por su naturaleza; que no conocían del territorio de la República más que la ciudad de México y San Agustín de las Cuevas; que juzgaban que cada soldado extranjero, austriaco ó belga, valía más que cincuenta indios mexicanos, y que las tropas de Juárez estaban á la misma altura que las hordas indisciplinadas de Hidalgo. Sin embargo, la situación financiera de Don Pedro estaba, momentáneamente al menos, muy comprometida, porque habían llegado hasta sus grandes haciendas del interior las guerrillas republicanas y habían impedido la remisión de fondos; los administradores y encargados de las fincas habían huído, y hasta se tenían vehementes sospechas de que se habían puesto de acuerdo con los guerrilleros para apropiarse los productos; no contaba Don Pedro más que con las rentas de sus casas de México, que no eran muy crecidas en aquella época.

La reconcentración del ejército francés llevó de nuevo á México al Comandante Forwal, quien encontró á su llegada, y en toda regla, los documentos pedidos á Francia para el matrimonio con Enriqueta Orozco.

El Comandante era esperado con ansia por su prometida, que estaba al tanto de

la llegada de los tales documentos de suerte que, cuando Forwal regresó á México, se apresuró Enriqueta á comunicar confidencialmente á sus amigas su próximo enlace, y á disponerlo todo para marchar á Francia con su marido.

Pero la excursión que el Comandante había hecho por el Interior y el convencimiento que tenía de la irremediable caída del Imperio al retirarse los franceses, unido también á la seguridad de que el Gobierno republicano haría efectivas las penas de confiscación y remate de bienes, al menos en los que habían figurado en puestos importantes, como Don Pedro, habían hecho cambiar radicalmente las ideas de Forwal respecto del matrimonio, que si era para el Comandante un gran negocio cuando se trataba de contraerlo con la opulenta hija de Orozco, se convertía en pesada carga realizándolo con una joven hermosísima, pero sin bienes de fortuna, acostumbrada al lujo y educada para brillar en sociedad.

No pudo Forwal excusarse de visitar inmediatamente después de su llegada á la familia de Enriqueta; encontró á su novia, ostensiblemente, más enamorada que nunca y no se atrevió el Comandante á decir palabra respecto del proyectado matrimonio, pero después de esta pri-

mera visita dejó pasar varios días sin ver á Enriqueta, de lo que se disculpó con las obligaciones del servicio.

Por mucho que hubiera sido el amor de la joven, su propio decoro la impedía insinuar nada relativo á su matrimonio, esperando, como era natural, que el Comandante hablára de ello, por no haber ya nada que pudiera retardar el tan deseado enlace; pero pasaba el tiempo, se acercaba el momento en que los franceses abandonaran definitivamente la capital, y era necesario que terminara la situación en que se encontraba Enriqueta.

Aunque Don Pedro estaba engolfado por completo en las intrigas de aquellos días, encaminadas á retener á Maximiliano, que parecía dispuesto á abdicar el trono y á retirarse con los franceses, tuvo que dedicar algo de su atención al matrimonio de Enriqueta, para lo cual, en una de las ya poco frecuentes visitas de Forwal, hizo entrar á éste en aquel mismo despacho en que había sido firmada el acta de adhesión al pronunciamiento de Taboada en Orizaba, y le dijo:

—Se han recibido ya por conducto del Ministerio respectivo, todos los documentos que esperábamos para que se pudiera celebrar el matrimonio de usted con mi hija Enriqueta, y deseo saber qué fecha

fija usted para la ceremonia, á efecto de hacer por nuestra parte los preparativos necesarios.

—Mucha pena me causa, señor, lo que voy á decirle, pero mi honor me obliga á hablar con toda claridad: como es sabido por las personas que como usted, están cerca del Gobierno imperial, es un hecho la retirada de las tropas francesas, con las que tengo que partir, un matrimonio en estas circunstancias, sería para ustedes una verdadera desgracia, por tener que separarse inmediatamente de su lado la señorita Enriqueta, y para ella sería altamente inconveniente un viaje verificado con precipitación y teniendo que hacerlo con las incomodidades propias de la esposa de un Comandante en servicio. Al llegar á Francia solicitaré mi retiro y podré volver á realizar este matrimonio, que es el deseo más vehemente de mi corazón.

Todavía Don Pedro tuvo el candor de creer que el Comandante obraba de buena fe, é insistió, diciendo:

—Todos estos inconvenientes, que reconozco existen en realidad, pueden muy fácilmente obviarse de una manera que á todos nos dejará satisfechos, y á mí particularmente en suma complacido: Solicítelo usted, como han hecho muchos de

sus compañeros, y pase á prestar sus servicios en el Ejército imperial, donde será usted muy bien recibido y ascenderá brevemente. Así se quedará con nosotros, y habré yo contribuído á proporcionar á Su Majestad el Emperador un buen soldado más.

—No me es posible acceder á esa proposición, entre otras cosas, porque me consta que se va á prevenir á todos los oficiales franceses que sirven actualmente en el Ejército mexicano, que se reincorporen al ejército francés.

—Pero eso, caso de ser exacta la noticia, equivale á hostilizar abiertamente al Emperador Maximiliano.

—No me toca juzgar de los actos de mi Gobierno.

—Por último, consultemos con Enriqueta para saber si está dispuesta á pasar por las fatigas del incómodo viaje, pues nosotros, por nuestra parte, nos resignamos, ya que es indispensable, á separarnos por ahora de ella, mientras vienen mejores tiempos y podemos reunirnos todos en Francia.

—Es inútil, señor Don Pedro, pues hay todavía otra razón que me obliga á declinar la honra de unir mi suerte á la de la señorita Enriqueta, y es que mi patrimonio es muy escaso, y ni ayudado con

mi sueldo, podré colocar á mi esposa en la categoría que la corresponde. Contaba yo con el dote de la señorita Enriqueta, pero la retirada de nuestro ejército va á dar en muy poco tiempo el triunfo al Presidente Don Benito Juárez; es enteramente seguro que volverá á establecer su Gobierno en esta capital, y hará efectiva la confiscación de bienes decretada contra todos los servidores del Imperio, al menos contra los más prominentes, en el cual caso se encuentra usted; por lo que es imposible que podamos llevar á cabo lo convenido respecto de los trescientos mil pesos que ofreció usted dar en dote á la señorita Enriqueta, pues si yo convenía en no recibirlos en el acto de celebrarse el matrimonio, era porque los aseguraban los bienes de usted, seguridad que ya no pueden prestar. Esto me obliga á devolver á ustedes la palabra que me hicieron el honor de darme, y á renunciar la honra del enlace que habíamos convenido.

La ira y el bochorno ahogaron de pronto la voz de Don Pedro, que no pudo articular palabra hasta pocos momentos después, para decir á Forwal:

—Nada tiene usted que hacer ya en esta casa, que abrió sus puertas al que creía un caballero, y que las cierra desde este

momento al aventurero que anda á caza de una fortuna.

—A cualquiera otro que no fuera usted, exigiría cumplida satisfacción por esas palabras, que le perdono porque son hijas del poco conocimiento que tiene usted de los usos sociales.

Saludó Forwal con una ligera inclinación de cabeza, que no fué contestada por Don Pedro, y salió de la casa, no muy satisfecho de su conducta, pero consolándose con la idea de que no había podido obrar de otra manera.

—Ven, hija mía,—dijo Don Pedro á Enriqueta, poco después de que salió el Comandante;—es necesario que prescindas completamente de tus relaciones con Forwal.

—¿Por qué, papá, si está ya todo dispuesto para nuestro matrimonio? Ya llegaron los documentos que se esperaban, ya he dado parte á todas mis amigas.

—Dale gracias á Dios de que no se hubiera realizado antes ese matrimonio,—y contó á su hija la conversación que había tenido con el Comandante.

Excusado es decir la terrible impresión que esto causó á Enriqueta, no solamente porque venían á tierra sus castillos de grandeza y sus ilusiones de amor, sino por la grave ofensa hecha á su dignidad

de mujer y á su amor propio. Fué tan fuerte la impresión que sintió por tan inesperado golpe, que no la pudo resistir su naturaleza; al día siguiente amaneció postrada en cama por una fiebre aguda sumamente grave, de la que al fin triunfó la robusta naturaleza de la joven; pero la convalecencia fué larga, y cuando quedó completamente restablecida, su carácter había cambiado notablemente; no volvió á ser la joven elegante y alegre de otros tiempos, no volvió á concurrir á las diversiones, ni á lucir sus galas en los paseos. Cuando estuvo enteramente sana, ya se había retirado de México el ejército francés, de suerte que, al menos, no tuvo la pena de volver á encontrarse con Forwal, ni se volvió á mencionar este nombre en su casa; por otra parte, los acontecimientos políticos absorbían por completo la atención de todos, y, salvo los naturales comentarios más ó menos picantes que hicieron entre sí las amigas íntimas de Enriqueta por no haberse realizado el matrimonio, nadie más hizo alto en este suceso.

El desmedido orgullo de Enriqueta había sufrido un golpe terrible, y aunque no estaba completamente curada de su loca vanidad, había disminuído ésta en gran parte. ¡Cómo sentía entonces la ausencia

de Carmen, de aquella dulce y amable criatura que la compadecería sin burlarse de su amargura! ¡Cómo deseaba tener á su lado á la que había sido la compañera de su niñez, á la única alma sensible que había en aquella casa, pues ni en Doña Manuela ni en Don Pedro podía encontrar la ternura de que tanto necesitaba en las circunstancias en que la había colocado el desaire de Forwal. Entonces conoció lo que valía el amor de Alberto y se sorprendió de no haberlo comprendido antes y de haberlo despreciado; no se explicaba cómo había estado tan obsecada que dejó escapar aquel amor tan puro y desinteresado. Como aún quedaba en el alma de Enriqueta una gran dosis de orgullo y muy alta estimación de sí misma, creía buenamente que no era posible que Alberto la dejara de amar, y esperaba que al regresar éste á México, volvería á solicitarla, y ella estaba resuelta á otorgarle su perdón después de una ligera resistencia.

Alguna vez intentó ablandar á Don Pedro para que perdonara á Carmen y la volviera á llevar á la casa; pero se convenció desde el primer momento de que nada podía conseguir, era irrevocable la resolución de Don Pedro. Lo peor era que Enriqueta no sabía á qué convento

había sido llevada Carmen, porque no cuidó de averiguar una cosa que en aquel tiempo no creyó que la llegara á importar, así es que no podía comunicarse con su prima, siendo seguro que Don Pedro, única persona que lo sabía, no daría razón del lugar en que se encontraba Carmen después de haber manifestado Enriqueta interés por su prima.

Por Julio, que hacía ya tiempo que había conseguido volver á México, aunque ya no con la categoría de Oficial de órdenes de Maximiliano, sino como simple Capitán del ejército, supo Enriqueta que Alberto estaba en Morelia y formaba parte de las tropas que mandaba el General Don Ramón Méndez, tropas que no era fácil fueran á la capital mientras no terminara la guerra. Tuvo, pues, que resignarse Enriqueta á soportar sola sus penas, sin esperanza de pronto consuelo.

Julio había también perdido mucho de su arrogancia, pero no desistía de sus pretensiones respecto de la Condesa de Schewerrer, de la que había llegado á enamorarse seriamente y á la que creía poder conquistar con el tiempo.

Desde que la Emperatriz Carlota salió de México, muy pocas oportunidades tenía Julio de ver á la Condesa, porque no salía ésta de su casa, sino muy rara vez,

y Julio no la visitaba, pero seguía paseándola por la calle y siguiéndola de lejos siempre que podía; hasta se había atrevido á escribirla varias veces, pero le habían sido devueltas sus cartas sin abrirlas; había pretendido sobornar á los criados, pero éstos eran de una lealtad á toda prueba y nada había conseguido con ellos.

A la Condesa molestaba en alto grado aquella persecución, pero no tenía manera de evitarla sino quejándose con el Emperador, lo que no le parecía conveniente, y se resignó á soportar la insistencia de Julio, esperando que pronto se cansaría al ver la inutilidad de sus esfuerzos.

Como los sucesos políticos de aquella época están íntimamente relacionados con la historia de nuestros personajes, tenemos que hacer relación de los primeros, aun retrocediendo cronológicamente algunas veces, para que se comprenda la situación de los segundos.



CAPITULO XXVII.

La sombra de la Emperatriz Carlota

Al resolverse Napoleón á retirar violentamente su ejército, tomó decidido empeño en convencer á Maximiliano de que abdicara y saliera de México junto con los franceses, porque forzado como estaba Napoleón, por la opinión pública de Francia y por las exigencias de los Estados Unidos, á abandonar la descabellada empresa de establecer un trono en la República Mexicana, comprendía que pesaba sobre él la obligación de salvar al Archiduque, á quien había ofrecido, por el tratado de Miramar, sostener en el trono hasta 1868 y dejarle la legión extranjera, compuesta de ocho mil hombres, hasta 1870.

Roto por el Monarca francés el trata-

do de Miramar, con la misma felonía con que sus plenipotenciarios rompieron los convenios de la Soledad en 1862, quiso Napoleón cubrir en parte con la abdicación de Maximiliano, la mancha de haber faltado á su palabra.

A este fin de que Maximiliano abdicara, dió instrucciones al Mariscal Bazaine, y no contento con esto, escribió en el mismo sentido al Archiduque una carta que éste recibió estando en Orizaba; por último, mandó como Embajador á Castelnau, con el único objeto de persuadir á Maximiliano de que debía abdicar. Castelnau encontró en Ayotla al Emperador, pero éste no lo quiso recibir.

El partido conservador imperialista había vuelto al poder, y trataba, por su parte de que Maximiliano conservara el trono. Los prohombres de ese partido que estaban en México en aquella época, no tenían idea de la fuerza con que contaba el partido republicano; creían que no estaba apoyado más que por guerrillas, más ó menos numerosas, que podían dar un golpe de mano en determinadas circunstancias, pero completamente incapaces de dar una batalla en forma, en la que serían irremisiblemente destruídas por los aguerridos soldados con que contaba el Imperio. Tenían una fe ciega en la bon-

dad del contingente de tropas austriacas, de las cuales era en verdad muy buena la caballería mandada por el Conde (hoy Príncipe) de Khevenhuller y el Coronel Kodolich; y por último, esperaban que seguirían llegando más soldados austriacos, pues no estaban al tanto de la resolución tomada por el Emperador Francisco José. Con estas ideas y estos elementos, veían seguro el triunfo siempre que conservara Maximiliano el trono; pero todo se derrumbaba si el Archiduque llegaba á abdicar.

A esto se inclinaba Maximiliano, y á este efecto salió de México á las dos de la mañana del 21 de Octubre de 1866, con rumbo á Orizaba. Ya tenía en Veracruz parte de su equipaje, ya había escrito á Bazaine en el sentido de que abdicaría, pero no quería que se hiciera esto público, sino que dió por motivo de su viaje á Orizaba, el deseo de recibir con mayor oportunidad noticias sobre la enfermedad de la Emperatriz Carlota.

En Orizaba estuvo Maximiliano los meses de Noviembre y Diciembre; allí recibió diputaciones de México y Puebla pidiéndole que no abdicara; allí le informó el Conde del Lago, Encargado de Negocios de Austria, que Francisco José no le permitiría entrar en sus domi-

nios si salía del Imperio mexicano, y allí recibió una carta de su madre, la Archiduquesa Sofía, en la que le aconsejaba que se sepultara entre los escombros de México antes que someterse á las exigencias de los franceses.

En Orizaba se presentaron á Maximiliano los Generales Márquez y Miramón, que volvían de sus respectivas comisiones, el primero, llamado por el Emperador, y el segundo sin licencia; ambos le aconsejaron que no abdicara, ofreciendo sostenerlo en el trono ó morir en su defensa.

En los últimos días de Noviembre se reunió en Orizaba, bajo la presidencia de Don Teodosio Lares, una Junta de Ministros y Consejeros de Estado para tratar la cuestión propuesta por Maximiliano, de si sería conveniente que abdicara, y por mayoría de votos se resolvió que no debía abdicar.

Desde principios de Noviembre había determinado Napoleón que la retirada del ejército francés no se efectuara en los tres plazos que había estipulado con los Estados Unidos, uno en aquel mismo mes de Noviembre, otro en Marzo de 67 y el tercero en Noviembre del mismo año, sino que todo el contingente francés saliera de México en la primavera de 1867.

Todavía antes de abandonar nuestro territorio sufrieron varios reveses los franceses. El 10 de Noviembre se dió la acción de El Guayabo, en el Estado de Colima, ganada por los republicanos al Coronel francés Berthelin, que sucumbió en el campo de batalla con más de cuarenta de los suyos. Berthelin fué uno de los más sanguinarios y feroces jefes del ejército francés. El 18 de Diciembre, los Coroneles Amado Guadarrama y Francisco Tolentino batieron y derrotaron completamente á una columna francesa que mandaba el Coronel Sayan. En la acción, que fué muy reñida, murieron cerca de doscientos franceses, incluso el jefe de ellos; hicieron los republicanos muchos prisioneros, y se apoderaron de la artillería, municiones y armamento del enemigo. Se dió esta batalla en el Estado de Jalisco, en el cerro de La Coronilla, que dió nombre á este hecho de armas.

La Condesa de Schewerrer había seguido á Maximiliano en su viaje á Orizaba, y en los últimos días de Noviembre, cuando mayores eran las dudas del Archiduque respecto de la resolución que debía tomar en el grave asunto de la abdicación, en un día en que se había retirado á la hacienda de Jalapilla para substraerse á todo lo que pudiera distraer su

ánimo y á las importunidades de los que le aconsejaban en uno ú otro sentido, solicitó una audiencia para cumplir el encargo que le había hecho la Emperatriz, relativo á la abdicación de Maximiliano. Se la dijo que Su Majestad el Emperador estaba algo indispuesto y no recibía, pero ella insistió, y como era conocida de todos la intimidad con que trataba la Emperatriz á la Condesa, y las prerrogativas de que disfrutaba en la Corte, pasaron aviso á Maximiliano.

Estaba el Archiduque entretenido agradablemente leyendo un Tratado de Arqueología, y no le pareció mal dejar por un rato la lectura, para conversar con la Condesa, á la que profesaba cordial estimación y á la que no había visto desde su salida de México.

—Creía yo, Condesa,—la dijo al verla,—que usted, como tantos otros, me había abandonado ahora que es cuando más necesito de mis buenos y antiguos amigos; me proporciona usted una gran satisfacción probándome con su visita que no pertenece al número de los cortesanos, sino al de los verdaderos amigos.

—Ya sabe Vuestra Majestad que mi afecto á su persona no tiene por base el brillo de la Corte, sino el agradecimiento por las distinciones con que siempre me

ha honrado y el cariño con que me han distinguido Vuestras Majestades.

—No sabía yo que estuviera usted en Orizaba; ¿cuándo llegó?

—Hubiera querido venir inmediatamente después de la salida de Vuestra Majestad, pero no me fué posible y hace únicamente cuatro días que he llegado á la ciudad.

—¿Y es para regresar á Europa para lo que ha dejado usted la capital?

—No, señor, no saldré de México mientras esté en él Vuestra Majestad; así se lo ofrecí á la Emperatriz y estoy resuelta á cumplirlo.

—No sabía yo que la Emperatriz hubiera exigido de usted ese sacrificio, porque sacrificio es, y muy grande, permanecer en México en las actuales circunstancias.

—Para mí no es sacrificio nada que pueda redundar en provecho de Vuestras Majestades, ó signifique el cumplimiento del más insignificante de sus deseos, que para mí son órdenes terminantes.

—Tal vez no tendrá usted que sacrificarse por largo tiempo; estoy para resolver el grave asunto de la abdicación del trono de México, y á usted, que tiene la dicha de no ser Ministro, ni General, ni diplomático, bien puedo comunicar mis

pensamientos, decirla mis dudas, y hasta pedirla consejo, que no ha de ser indudablemente interesado.

—En tan graves y trascendentales asuntos no es posible que una mujer pueda dar un consejo acertado.

—Tienen ustedes generalmente más perspicacia que los hombres, y en muchas materias es el mejor consejo el que da la mujer.

—Mi pobre opinión no puede servir para ilustrar á Vuestra Majestad.

—Sin embargo, ¿qué opina usted, Condesa, que sea más conveniente, conservar el trono, ó abdicar?

—Su Majestad la Emperatriz Carlota aconsejó siempre á Vuestra Majestad que no abdicara hasta el momento en que pudiera volver á Europa en ciertas condiciones.

El recuerdo de la Emperatriz nubló con una sombra de tristeza la ancha frente y los azules ojos de Maximiliano, que replicó con melancólico acento:

—Es verdad, mi augusta esposa se oponía á la abdicación; pero desde su fatal viaje á la fecha, se han precipitado los acontecimientos cambiando radicalmente las circunstancias; hoy acaso opinara de distinta manera.

—Parece que la enfermedad de la Em-

peratriz no presenta ningún síntoma alarmante; es muy posible que muy pronto pueda estar aquí de vuelta, y, en tal caso, traerá á Vuestra Majestad noticias exactas de la política de Europa; en vista de ellas podrá Vuestra Majestad resolver con mejor acierto. Abdicar al retirarse el ejército francés haría suponer que ha sido Napoleón el tutor del Imperio mexicano, que nada se puede hacer sin él y que todo cuanto de bueno ha hecho Vuestra Majestad, se debe á las inspiraciones del Monarca francés. Además, la situación del Imperio mexicano no es tan desesperada que no le sea posible á Vuestra Majestad sostenerse todavía por mucho tiempo en el trono para retirarse en mejores circunstancias. Estoy segura de que éste sería el Consejo que diera á Vuestra Majestad la Emperatriz Carlota si estuviera aquí.

—Pero sin el ejército francés no puede contenerse el avance de los republicanos: Napoleón, Bazaine, Danó y mi Gabinete particular, con excepción del padre Fischer, aconsejan la abdicación. Cuando partió la Emperatriz aun había esperanzas de retener el auxilio de Francia; mi augusta esposa no podía presumir que la mala fe de Napoleón llegara al extremo que ha llegado, ni que la influencia

norteamericana se extendiera á todas las Cortes de Europa.

—Su Majestad la Emperatriz tuvo la intuición de lo que está pasando, y por eso me encargó que, llegado este caso, repitiera yo á Vuestra Majestad estas palabras textuales: "Dile que recuerde que en todas ocasiones me he opuesto á la abdicación."

Maximiliano quedó por un largo rato abismado en sus pensamientos. Al evocar la Condesa el recuerdo de la Emperatriz había renovado la herida que la noticia de su enfermedad causó en el corazón del Archiduque; le pareció que la sombra de la Emperatriz se le acercaba y murmuraba en su oído las palabras que acababan de salir de los labios de la Condesa; creyó ver distintamente la majestuosa figura de Carlota, pálida, más que por efecto de la enfermedad, por el temor de que desoyendo sus consejos descendiera del trono para precipitarse en el abismo sin fondo del desprestigio; recordó el día en que Carlota le quitó de la mano la pluma con que iba á firmar la abdicación, y este recuerdo más que todas cuantas razones se le habían dado, lo resolvieron á permanecer en México, arrostrando los peligros á que lo exponía el abandono de los franceses, peligros que, por otra par-

te, nunca creyó Maximiliano que fueran de muerte.

—Tiene usted razón, Condesa,—dijo al cabo de un rato de silencio;—las razones que acaba usted de darme son poderosas y acaban con mis vacilaciones, no abdicaré por ahora, dejaremos que los franceses se retiren, me echaré en brazos de mis bravos mexicanos y defenderé mi trono valientemente, como lo hicieron mis antepasados; mañana anunciaré mi resolución y volveremos á mi capital.

La Condesa se retiró muy satisfecha por haber cumplido el encargo de la Emperatriz, sin sospechar que acababa de lanzar á Maximiliano en el abismo en que le esperaba la muerte.

El primer día de Diciembre anunció Maximiliano, por medio de un manifiesto á la Nación, que permanecería en el poder hasta que, pacificado el país, se reuniera un Congreso que decidiera sobre si había ó no de subsistir la forma monárquica.

Como la reunión de semejante Congreso era un sueño imposible de realizar, los conservadores se dieron por satisfechos, pues conseguían su objeto de que Maximiliano no los abandonara, y una vez obtenido el triunfo sobre sus enemigos, no

se reuniría, por falta de objeto, el anunciado Congreso.

El 12 de Diciembre salió Maximiliano de Orizaba, y se dirigió á México.

Todavía volvió á discutirse en la capital la abdicación de Maximiliano por una Junta de Notables que, el 14 de Enero de 67, resolvió por mayoría de votos que debía continuar el Emperador rigiendo los destinos de México.

En el mes de Enero comenzaron á embarcarse en Veracruz las tropas francesas; el 5 de Febrero salió de México Bazaine, á la cabeza de las tropas de su mando; y el 11 de Marzo abandonaron definitivamente nuestro territorio el Mariscal Bazaine y los últimos soldados del ejército que en 1862 habían venido á establecer la monarquía.

A principios de ese año de 67, las principales tropas con que contaba Maximiliano estaban reducidas á las Guarniciones de México, Puebla, Veracruz, Morelia y Querétaro, pues la que guarnecía la ciudad de Colima, al mando del General Chacón, capituló en los últimos días de Enero, rindiéndose al General Corona. Don Benito Juárez, dueño de todo el resto de la República, estableció su Gobierno en Zacatecas.

La vuelta á México de los Generales

Márquez y Miramón, dió nuevo aunque inútil impulso á la campaña emprendida por los imperialistas. El General Miramón organizó una columna de mil quinientos hombres y con ella se dirigió violentamente á Zacatecas, tomó la ciudad el 27 de Enero y faltó muy poco para que hiciera prisioneros á Juárez y á sus Ministros, que se retiraron al Fresnillo. Cuando Maximiliano supo el resultado de aquel atrevido movimiento (6 de Febrero), mandó orden á Miramón para que, en el caso de que se apoderara de Don Benito Juárez y sus Ministros, los hiciera juzgar y condenar por un Consejo de Guerra, pero que no ejecutara la sentencia antes de recibir su aprobación.

Efímero por demás fué el triunfo de Miramón, pues habiendo desocupado la ciudad de Zacatecas el primero de Febrero, en ese mismo día fué derrotado completamente cerca de la hacienda de San Jacinto por la división del General Escobedo. Esta batalla fué muy notable por la brillante carga de la caballería republicana, que destrozó los cuadros formados por la infantería de Miramón; desgraciadamente, Escobedo manchó la gloria de su triunfo fusilando el día tres á todos los prisioneros franceses, que eran tantos, que la ejecución duró ¡dos horas!

Entre los fusilados estaba también Don Joaquín Miramón, que había sido herido en la batalla y era hermano del General del mismo apellido.

En cambio, el 4 de Febrero, el General imperialista Don Severo del Castillo, derrotó en la hacienda de La Quemada (San Luis Potosí), al General republicano Herrera y Cairo, que murió en la acción.

El carácter voluble de Maximiliano, que se reveló en todos los actos de su vida, se puso más en relieve durante los últimos meses del Imperio. En comunicación dirigida á su Ministro, Don Teodosio Lares, le decía el 9 de Febrero: "Mejía ha dejado el servicio con pretexto de enfermedad; Miramón ha sacrificado en la primera batalla, casi sin combatir, los elementos que se le habían confiado; y Márquez ha ordenado una expedición mal calculada." Así se expresaba de sus más fieles partidarios, de Miramón y de Mejía, que sellaron con su sangre la promesa que hicieron, de defenderlo.

No solamente era voluble el carácter de Maximiliano, había en él mucho de inconsecuencia, mejor dicho y con toda claridad, de mala fe; así lo prueban los siguientes hehos: el 13 de Febrero salió Maximiliano de México para Querétaro,

acompañado del General Márquez, al frente de una división de mil hombres, y acababa de mandar proponer al General republicano Don Porfirio Díaz, por conducto de un señor Burnouf, que tomará el mando de las guaniciones de México y Puebla, que Lares, Márquez y los demás conservadores, serían arrojados del poder, y que Maximiliano dejaría el país abandonando la situación en manos del partido republicano. Así consta en una carta escrita en Huamantla por el mismo General Don Porfirio Díaz al General Leyva. Por supuesto que el General republicano no se dignó siquiera contestar á semejantes proposiciones. Además, el 15 del mismo Febrero escribía Maximiliano al padre Fischer diciéndole que, de acuerdo en esto con Lacunza y Lares, aceptaba las propuestas hechas por el General Santa-Anna.

El 19 de Febrero entró Maximiliano en Querétaro, y un mes después comenzaba el célebre sitio de esa ciudad.

En cuanto á los personajes que figuran en esta historia, guardaban la situación siguiente:

Gabriel Solís mandaba uno de los Batallones de la División del General Escobedo, que acababa de entrar en San Luis Potosí,

Sebastián Gutiérrez formaba parte con su Batallón, de las tropas que mandaba el General Régules, que expedicionaba por Michoacán y poco después se unió al General Escobedo.

Germán, el antiguo asistente de Gabriel, era Subteniente en el Batallón de Supremos Poderes.

Alberto Garay seguía siendo uno de los jefes de la División imperialista que mandaba en Michoacán el General Méndez, que se reconcentró en Querétaro, como veremos después.

Rafael Armijo había sido transladado á Puebla para completar el cuadro de jefes que necesitaban los Batallones que allí se estaban formando. Con él estaba su fiel Diego.

Julio estaba agregado á uno de los Batallones que formaban la Guarnición de México.

Don Pedro Orozco, más infatuado que nunca por el predominio del partido conservador, y creyendo á pie juntillas que los republicanos no eran más que hordas de bandidos sin organización ni disciplina y sin jefes capaces, soñaba con llegar á ser Ministro y Director de la policía imperial, y con adornar su pecho con cuantas condecoraciones cupieran en él.

Doña Manuela estaba ya insufrible de tiesa y entonada.

Enriqueta, que había aprendido á su costa los inconvenientes de la coquetería, no tenía más aspiración que reconquistar el amor de Alberto.

Carmen seguía en el convento sin tener noticias de Gabriel, pero amándolo con la misma ternura de siempre, resignada con su humilde condición de criada y con la esperanza inquebrantable de unirse algún día con el único hombre que había amado.

Doña Catarina hacía frecuentes visitas al convento y procuraba consolar á Carmen, llevándola noticias de los acontecimientos políticos.

Doña Mercedes y Amparo seguían viviendo en Morelia muy alarmadas por las constantes amenazas del guerrillero Sandoval.



CAPITULO XXVIII.

El sitio de Querétaro

En los primeros días de Febrero de 1867 comenzó á correr la voz en Morelia, de que las tropas que mandaba el General Don Ramón Méndez iban á evacuar la ciudad para reunirse con el ejército que se estaba organizando en Querétaro.

Alberto había seguido visitando á Doña Mercedes y á Amparo, estrechando cada vez más los lazos que lo unían con aquella buena y honrada familia.

En una de las noches en que estaba Alberto de visita en la casa, le dijo Doña Mercedes:

—¿Es cierto lo que se dice, de que van ustedes á desocupar la ciudad?

—Sí, señora; hemos recibido orden de reconcentrarnos en Querétaro, y saldremos dentro de cuatro ó cinco días. Hasta

ayer lo supe de una manera oficial y esta noche he venido con intención de hablar con ustedes sobre esto.

—No sé qué hagamos cuando ustedes se vayan, pues seguramente ocuparán desde luego la ciudad las tropas liberales y es probable que se cometan de pronto arbitrariedades y violencias. Nosotras nada tendríamos que temer, si no fuera por ese Comandante Sandoval, que, como usted sabe, no deja de amenazarnos.

—Yo creo que no deben ustedes quedarse en esta población.

—¿Pero qué hacemos; dónde nos vamos?

—Pueden ustedes ir con nosotros y establecerse de pronto en Querétaro, donde nadie las conoce y estarán en completa seguridad. Con nosotros se irán, indudablemente, muchas familias de los empleados superiores del Departamento.

—Lo pensaré detenidamente.

—Ya sabe usted que yo estoy dispuesto á servirla en todo cuanto pueda.

—Muchas gracias, y no es difícil que tenga que aceptar su ofrecimiento si me resuelvo á salir de aquí.

En estos momentos entró Amparo y tomó parte en la conversación.

—¿Ya le preguntaste á Alberto si es

cierta la noticia que nos dieron?—dijo, dirigiéndose á Doña Mercedes.

—De eso precisamente estábamos tratando; es cierto que van á salir de la ciudad.

—¡Ay, Dios mío! ¿Qué será de nosotras si entran aquí los guerrilleros?

—No tengas cuidado, no nos quedaremos en esta casa, sino que nos iremos á a de alguna persona conocida, mientras pasan los primeros días, ó, si es posible, saldremos también nosotras, para ir á vivir algún tiempo en Querétaro.

—Eso es lo mejor, mamá, solamente así estaremos enteramente seguras.

—Es cierto, pero eso tiene otros inconvenientes que voy á tratar de allanar.

—¿Verdad, Alberto, que eso es lo mejor?

—Así lo creo yo también y así se lo estaba diciendo á su mamá. El viaje no ofrece más que una poca de incomodidad, que ya procuraremos sea la menor posible; de aquí á Querétaro no hay riesgo de que nos ataque el enemigo, porque va toda la Brigada junta, y como nos acompañarán muchas familias, el General va á tomar todas las precauciones del caso para evitar el riesgo de un encuentro; el convoy irá perfectamente custodiado y seguro.

—No son los riesgos del camino los que me detienen,—dijo Doña Mercedes,—sino la cuestión de dejar aquí arreglados nuestros pequeños intereses. Mañana veré á Don Cosme Ortiz, él es el único que nos puede arreglar esto.

—Pero no deje usted de verlo mañana mismo, porque no hay tiempo qué perder; yo vendré en la noche para saber la resolución de usted y ayudarla en lo que pueda.

Siguió la conversación sobre cosas diferentes, pero sin la expansión de otras veces; las señoras y Alberto parecían estar igualmente preocupados; una sombra de tristeza obscurecía los semblantes, y especialmente Amparo, no podía ocultar la pena que sentía.

Cuando Alberto se levantó para despedirse, le preguntó la joven:

—¿Cuánto tiempo estarán ustedes fuera de aquí?

—Es imposible saberlo; ni siquiera puede preverse. Acaso los sucesos de la guerra nos lleven tan lejos que no volvamos más, y si regresamos, seguramente no volveremos todos los que salimos; muchos de nosotros quedaremos tal vez tendidos en los campos de batalla.

—No diga usted esas cosas,—interrum-

pió Amparo,—es destrozarla á una el corazón antes de tiempo.

Comprendió la joven que había dicho más de lo conveniente y bajó los ojos avergonzada de aquel arranque, sin encontrar manera de disimular su turbación.

Alberto se quedó parado, contemplando el hechicero rostro de Amparo; en ese momento se le reveló el amor purísimo de aquella angelical criatura, y él, por su parte, comprendió que la amaba con una inmensa ternura.

—Señora,—dijo, dirigiéndose á Doña Mercedes,—suceda lo que quiera, no se quedarán ustedes en esta ciudad expuestas á los atropellos de Sandoval; ruego á usted que acepte mis servicios, yo me encargo de proporcionar á ustedes todo lo necesario para el viaje, que es ahora muy fácil de conseguir, porque aun no se ha hecho pública nuestra próxima retirada; dentro de dos ó tres días sería imposible hallar medios de transporte.

—Hágalo usted,—contestó la madre de Amparo, que había comprendido también que ésta no podría resistir la ausencia indefinida de Alberto.—Tiene usted razón, no podemos quedarnos y estoy segura de que Don Cosme arreglará mañana la cuestión de intereses.

—Adiós, señora, hasta mañana.

—Hasta mañana, Alberto.

—Muy buenas noches, señorita Amparo.

—Hasta mañana.

Los dos jóvenes cruzaron entre sí una mirada en la que se revelaba todo el profundo amor que ambos sentían.

Don Cosme Ortiz, antiguo amigo del esposo de Doña Mercedes, adelantó á ésta una regular cantidad de dinero sin cobrarle rédito por ella y para pagársela con las rentas de las dos casas que la señora tenía en Morelia y que dejaba al cuidado de Ortiz.

Alberto por su parte ajustó en un precio moderado los medios de transporte de las señoras y su criada, quedando así arreglado el viaje de éstas.

Cinco días después salió de Morelia la Brigada del General Méndez, con la que salieron también, además de Doña Mercedes y su hija, gran número de familias pertenecientes á los imperialistas que más se habían comprometido. Durante todo el camino no cesó Alberto de prodigar á las señoras todo género de atenciones y cuidados que las evitaron en mucha parte las molestias del viaje.

El 21 de Febrero llegó la Brigada á Querétaro; el mismo día pasó revista

Maximiliano á las tropas, y organizó después su ejército compuesto de nueve mil hombres, de la manera siguiente:

Maximiliano, Generel en jefe, de nombre, pues nunca dispuso nada y lo único que hizo durante todo el tiempo que estuvo al frente del ejército, fué reunir juntas de Generales, hacer lo que éstos disponían, y las más de las veces, entorpecer las mejores disposiciones, hasta llegar, como veremos después, á entregarse á discreción, entregando también á todos sus servidores. El General Don Leonardo Márquez fué nombrado Cuartel Maestre; Miramón, General de la Infantería. Mejía, General del Cuerpo de caballería. Méndez, jefe de la reserva. Reyes, Comandante del Cuerpo de Ingenieros, y Ramírez Arellano, Comandante general de artillería.

Luego que estuvieron en Querétaro, Alberto buscó una casa para Doña Mercedes, y encontró una en calle poco frecuentada donde había otras habitaciones de familias de la clase media. Allí se instalaron Doña Mercedes, Amparo y Juana, que no había querido abandonarlas, y aunque no tenían las comodidades de su casa de Morelia, estaban por lo menos en seguridad; nadie las conocía, y pasaban por lo que eran en realidad, por

una de tantas familias de las ciudades desocupadas por los imperialistas, ó de las que habían ido de México siguiendo á las tropas que llevó Maximiliano, que se refugiaban en Querétaro por ser entonces la ciudad que se creía más segura.

Alberto creía encontrar á Julio entre la comitiva del Emperador, pues no sabía que había caído en desgracia; pero Julio se había quedado en México con una parte del décimo quinto Batallón, y no tardaremos en encontrarlo en aquella ciudad.

Todo el resto del mes de Febrero y la mitad de Marzo se perdieron en discutir planes de campaña, sin que Maximiliano se resolviera por alguno, hasta que el 14 de Marzo quedó formalizado el sitio de la Plaza, no siendo desde este momento, dudosa la suerte de los imperialistas, supuesto que no podían esperar auxilios eficaces. El único recurso que les quedaba era romper el sitio y huír para salvar las vidas, ó continuar haciendo la guerra de partidas sueltas, para lo que les estorbaba Maximiliano, que en su calidad de Emperador no podía decorosamente convertirse en guerrillero. Así lo comprendieron desde luego todos los jefes, que no trataron ya más que de defenderse el mayor

tiempo posible, debilitar al enemigo y romper el cerco en el último extremo.

Ninguno de los Generales de Maximiliano se hubiera dejado sitiar en Querétaro; cualquiera de ellos hubiera confiado al éxito de dos ó tres grandes batallas la suerte del Imperio. Los nueve mil hombres con que se contaba, especialmente la brigada de Méndez, compuesta en su totalidad de viejos soldados acostumbrados á vencer, el prestigio muy merecido de los jefes, y la facilidad de batirse con el enemigo antes de que éste hubiera reconcentrado todas sus fuerzas, daban algunas probabilidades al triunfo, probabilidades que se perdieron al quedar circunvalada la ciudad.

El ejército republicano que estaba frente á Querétaro tenía al comenzar el sitio veinticinco mil hombres, que se aumentaron progresivamente hasta cerca de cuarenta mil, mandados en jefe por el General Don Mariano Escobedo y, como segundo, por el General Don Ramón Corona.

Frente á Querétaro volvieron á reunirse Gabriel Solís y Sebastián Gutiérrez, ambos con el grado de Coronel y el mando de un Cuerpo.

—¡Conque, por lo visto, hemos tenido la suerte de escapar con vida en esta

maldita guerra que se ha llevado al otro mundo á tantos de nuestros antiguos compañeros!—dijo Sebastián á Gabriel, después de que ambos se refirieron mutuamente sus aventuras.

—Sí, hemos escapado hasta ahora; pero aun nos faltan muchos peligros que correr, porque el enemigo con quien tenemos que habérnosla no es de los que se dejan vencer fácilmente.

—Que me lo pregunten á mí, que he tenido que batirme con esos diablos que manda el General Méndez; te aseguro que si todos los que están en Querétaro son de la misma especie, nos van á dar muchísimo que hacer.

—Por fortuna, ésta será ya la última jornada, pues si, como es probable, muere ó cae prisionero el Archiduque, México, Puebla y Veracruz depondrán desde luego las armas.

—Eso es seguro. ¿Quién quieres que se ocupe en México de hacernos resistencia, si todos los imperialistas que algo valen están en Querétaro? En cuanto á Puebla, no les arriendo las ganancias á los que están allí desde que tienen enfrente al General Don Porfirio Díaz; ya lo conoces; con él es inútil la resistencia.

—Ojalá que esta situación termine

pronto con un asalto general á la Plaza, pues tengo gran impaciencia por llegar cuanto antes á México.

—¿No has vuelto á tener noticias de tu novia?

—Ninguna.

—Ten una poca de calma, que muy pronto podrás verla y casarte con ella, pues el "tío" Don Pedro no va á quedar en situación de despreciar á un Coronel victorioso, como afectaba despreciar al Capitán cuando los franceses venían á comernos vivos.

—El caso es que no sé qué será de Carmen.

—No tengas cuidado, que una muchacha bonita y de la posición social de tu Carmen, no se puede perder fácilmente.

Una llamada de honor puso fin á la conversación de los dos amigos.

Desde principios del mes de Marzo estableció Don Benito Juárez su Gobierno en San Luis Potosí, y allí permaneció hasta que pudo entrar en México el 15 de Julio del mismo año de 67.

En la noche del 22 de Marzo salieron de Querétaro los Generales Márquez y Vidaurri; el primero nombrado Lugarteniente del Imperio y el segundo con el carácter de Ministro de Hacienda. No es posible saber cuáles fueron en realidad las

instrucciones que el Emperador dió á Márquez al salir éste de la Plaza sitiada. Se ha dicho que las de reunir tropas para socorrer á Querétaro; pero Maximiliano sabía muy bien que había sacado de México todos los soldados disponibles, y que aun pudiendo hacer salir más, no serían en número competente para hacer lo que no se había atrevido á intentar el mismo Maximiliano, esto es, á batir á los sitiadores que cada día aumentaban sus fuerzas. En todo lo que pasó en México y Querétaro durante los últimos meses del Imperio, hay una gran obscuridad y solamente puede juzgarse por conjeturas.

En la noche del día siguiente al de la salida de Márquez, decía Sebastián á Gabriel:

—La cosa se complica; esta salida de uno de los principales jefes imperialistas nos va á ocasionar muchos trastornos.

—¿Crees que pueda reunir gente para venir á socorrer á los sitiados?

—Seguramente que no; ¿de dónde la ha de coger en número suficiente? Podemos estar tranquilos á ese respecto. Pero Márquez es el más conservador de los imperialistas, acaso el más capaz de sus jefes, y, sin género alguno de duda, el más temible, por su constancia en hacernos la guerra. Tomaremos Querétaro, caerá el

Imperio, pero no terminará la guerra si Márquez consigue sacar á campaña las Guarniciones de México y Puebla.

—Juzgo imposible que pueda llegar á México perseguido, como va, por los Generales Leyva y Guadarrama.

—¿Sí? Ya verás cómo se burla de los cuatro mil caballos de Guadarrama y llega á México.

—Pero aun así, lo que es para sacar la Guarnición de Puebla, tendrá que habérselas con el General Díaz.

—Esa es mi esperanza; que el ejército de Oriente le corte los vuelos.

—Puebla es una Plaza muy fuerte que puede entretener por mucho tiempo al General Díaz; pero si consigue rendirla oportunamente, fracasan los planes de Márquez, cualesquiera que ellos sean.

—Mañana atacamos la Casa Blanca.

—Sí y espero que la tomaremos; lo que siento es que mi Batallón no toma parte en el asalto.

—El mío sí.

—Mañana me contarás los pormenores de la acción.

—Hasta mañana, después de la victoria.

—Que tengas buena suerte.



CAPITULO XXIX.

El sitio de Querétaro.—Continuación.

El sitio de Querétaro en 1867, es un glorioso episodio de nuestras guerras civiles. Al valor admirable, al arrojo y á la constancia de los sitiadores, contestaban la sangre fría de la resistencia, la temeridad de las salidas y la firmeza de los sitiados.

El 24 de Marzo fué atacado por los republicamos el baluarte de la Casa Blanca; mandaba á los asaltantes el General Don Ramón Corona, jefe que gozaba de muy justa nombradía; y defendieron la posición, Miramón, Mejía, Méndez y Ramírez Arellano. Fué tan reñida la batalla, que los asaltantes tuvieron una pérdida de más de dos mil hombres, entre ellos cuatrocientos prisioneros. A los imperialistas sorprendió la disciplina y va-

lor de los asaltantes, tanto que el Príncipe de Salm Salm, testigo ocular y actor en los acontecimientos de Querétaro, hablando de lo bien servida que estaba la artillería imperial, dice: "La sangre fría y el valor de los republicanos bajo este fuego mortífero, era verdaderamente admirable." Por su parte, los historiadores republicanos señores Híjar y Vigil, al referir esta batalla, se expresan así: "El General Corona no vió en este hecho de armas más que la confirmación de la merecida y justa nombradía de sus enemigos, á quienes la fortuna, para presentarles ante el tribunal de la posteridad, coronaba esta vez, como tantas otras, con los laureles de la victoria."

Después de esta batalla dió Maximiliano el grado de General al Coronel Don Manuel Ramírez Arellano, jefe de la artillería, á quien se debió en gran parte el triunfo por el valor y sangre fría con que personalmente estuvo dirigiendo los certeros disparos que diezmaron á los asaltantes.

Solamente dos promociones de Generales hizo Maximiliano durante su reinado: la de Don Ramón Méndez y la de Ramírez Arellano, ambas muy merecidas.

—Estoy desesperado,—decía Sebastián á Gabriel en la noche de aquel día.—¿No

te dije que nos iban á dar mucho que hacer estos condenados imperialistas? Se escogió para el asalto gente de la más aguerrida, en número sobrado para tomar no sólo un baluarte, sino toda la ciudad; se puso al frente de nosotros uno de nuestros mejores Generales; te puedo asegurar que todos nos hemos batido con valor, y el resultado de esto ha sido un completo fracaso.

—Y no puede decirse que el asalto haya estado mal dirigido.

—No; todo se ha hecho conforme á las reglas del arte, y hasta hubo un momento en que creímos segura la victoria, pero de pronto se destacó contra nosotros una tempestad de metralla perfectamente dirigida que destrozó á nuestros soldados, y luego siguió una brillante carga de caballería mandada personalmente por Don Tomás Mejía, que por poco acaba con nosotros; mi Batallón ha quedado reducido á trescientos hombres.

—También el enemigo ha de haber perdido mucha gente, que no puede reponer; y como Márquez sacó de la Plaza cerca de dos mil hombres, ha de estar muy debilitada la Guarnición.

—¿Supiste que murió en el asalto el Coronel Florentino Mercado?

—Sí, y lo he sentido mucho.

—Cualquier día nos pasa lo mismo á nosotros.

—Si la Patria necesita nuestras vidas para triunfar, que las tome cuanto antes.

—¡Bien dicho! Te dejo para ir á descansar, porque estoy literalmente rendido de cansancio.

—Que descanses bien.

—Buenas noches.

Siguió el sitio de Querétaro estrechándose más cada día, sin que los imperialistas pudieran obtener ventajas que fundaran la esperanza de que se retiraran los sitiadores; á diario había salidas y escaramuzas que únicamente servían para poner de manifiesto la pericia y el valor de los jefes y soldados de uno y otro partido, hasta que el 27 de Abril se dió la célebre batalla del Cimatario. Miramón, á la cabeza de tres mil hombres, derrotó completamente á los republicanos, los persiguió hasta la hacienda del Jacal, donde todavía les hizo muchos muertos y heridos, les tomó quinientos prisioneros y les quitó veinte piezas de artillería. Por un gran espacio de tiempo estuvo enteramente libre la salida de Querétaro, hasta que llegaron nuevas y numerosas fuerzas republicanas que recobraron las posiciones perdidas.

Todos los días se batían sin descanso

los sitiados, que estaban reducidos en los últimos días del sitio á unos cinco mil hombres; los víveres escaseaban de una manera alarmante, como que no se había pensado en aprovisionar la Plaza para que sufriera un sitio: el tifo se cebaba en los habitantes de la ciudad, y sin embargo, los sufridos, los abnegados, los heroicos soldados mexicanos conservaban el valor y la disciplina sin que se notara en ellos desaliento, ni siquiera falta de alegría ó entusiasmo.

El General Ramírez Arellano hacía prodigios para reponer las municiones que se consumían; fabricaba pólvora, hacía balas con cuanto plomo encontraba en la ciudad, y habiéndose agotado completamente las cápsulas de cobre para los fusiles de percusión, únicos que usaban los imperialistas, fabricó cápsulas de papel, que dieron brillante resultado. Y todo esto en una ciudad que carecía de los elementos necesarios para esa clase de trabajos y en la que había que crearlo todo bajo el fuego incesante del enemigo. Arellano es una de las grandes figuras del sitio de Querétaro, y merece que su nombre pase á la historia unido á los de Miramón, Mejía y Méndez. Como al lado del de Escobedo pasarán los de Corona, Régules, Treviño y Rocha.

Alberto había tenido la fortuna de no ser herido, no obstante que su Batallón era el que formaba siempre á vanguardia en las salidas y el que sostenía las retiradas.

Gracias á la influencia de Alberto, nada había faltado á Doña Mercedes ni á Amparo. En las veces en que las atenciones del servicio permitían al joven visitar á las señoras, hablaban los tres largamente de la situación; Doña Mercedes comprendía que el final no podía ser favorable para los sitiados, quienes lo mejor que podían esperar era romper la línea y salir de la ciudad, pero no decía nada de esto, por no alarmar á Amparo; y por la misma razón tampoco Alberto manifestaba los temores que le inspiraba la suerte de las señoras en el caso de que se verificara la salida de las tropas sitiadas, pues era claro que con ellas no podría salir ninguna familia y tendría que dejar abandonadas á su suerte á Doña Mercedes y á Amparo. Temiendo que esto llegara á suceder, las había recomendado desde el principio que no salieran á la calle sino lo menos posible; así lo habían hecho, y Alberto se lisonjeaba de que aun cuando Sandoval estuviera entre los sitiadores, no encontraría á Amparo al entrar en la ciudad.

La comunidad de penalidades y aun de peligros, había establecido mayor confianza en las relaciones de Alberto con Doña Mercedes y Amparo. Los dos jóvenes nada se habían dicho del mutuo y ardiente amor que los unía, pero ambos estaban seguros de haberse comprendido. Alberto pensó al principio hablar á la madre de Amparo y unirse en matrimonio con la joven, pero cuando vió el giro que tomaban los acontecimientos políticos, cuando se hizo cargo de que el Imperio estaba condenado á perecer, le pareció inicuo hacer partícipes á Doña Mercedes y á Amparo de la funesta suerte que esperaba á los soldados de Maximiliano. Lo mejor que podía esperar Alberto en aquellas circunstancias, era quedar con vida en la vigorosa salida que no dudaba harían los defensores de la Plaza, y luego andar huyendo por todas partes, hasta que terminara la revolución, ya que Alberto no era de los que habían de desertar de las filas abandonando ó haciendo traición á su partido. Estos pensamientos amargaban la vida de Alberto; en ocasiones se decía que lo mejor era apartarse de Amparo, procurar no volver á verla y hacer así menos sensible la separación definitiva, que no tardaría en llegar, supuesto que cada día

se iba haciendo más difícil sostener el sitio; pero á este consejo de la prudencia se oponía la consideración del completo abandono en que quedarían Doña Mercedes y su hija, y, más que todo, el tierno amor que sentía por Amparo; y fué dejando correr los días y aumentarse con el transcurso del tiempo aquel amor que formaba las delicias y los tormentos de su alma.

Maximiliano había ya propuesto á sus Generales la rendición de la Plaza, en vista de que se había perdido la esperanza, si es que alguna vez se tuvo, de recibir auxilios. Maximiliano estaba seguro de que respetarían su vida los republicanos, y se conformarían con que regresara á Europa haciendo la promesa formal de no volver á México. Se figuraba llegar á Europa rodeado del prestigio que necesariamente debía darle la heroica defensa de Querétaro; representaría en el Viejo Mundo el papel de un héroe legendario; aparecería como víctima de la perfidia de Napoleón, y su popularidad aumentaría en proporción del valor y los esfuerzos que había hecho para conservar el trono de México; tal vez hasta se figuraba que los republicanos se darían por contentos con ver terminar el Imperio, y que el beneficio de dejar á Maximiliano en liber-

tad se haría extensivo á todos sus partidarios; que al rendir la Plaza, aun cuando fuera á discreción, no se atentaría á la vida de nadie, y que los principales jefes de su ejército sufrirían por toda pena el destierro perpetuo, lo que, por otra parte, halagaba á Maximiliano, pues llegaría á Europa acompañado de aquella legión de Generales que tanto valor habían demostrado y tantos lauros tenían conquistados; ellos formarían una especie de Corte del Arhciduque, quien acaso también soñaba en servirse de ellos para sus ulteriores designios en Austria.

Pero Miramón, Mejía, Méndez, Arellano, Don Severo del Castillo y todos los demás jefes del ejército imperial, sabían muy bien que si caían prisioneros serían condenados á muerte y fusilados irremisiblemente, si no todos, al menos una parte de ellos, incluso Maximiliano, así es que tenazmente se oponían á la rendición de la Plaza, y todos optaban por romper el sitio y salir así de la comprometida situación en que los había puesto el carácter irresoluto de Maximiliano; pues de seguro que ninguno de ellos, como antes dijimos, había pensado sostener un sitio en Querétaro.

La salida que sus Generales proponían á Maximiliano no era del agrado de éste;

no porque le faltara valor personal para intentar la aventura, sino porque veía en perspectiva, como resultado de la salida y suponiendo lo mejor, que tendría que llegar huyendo á algún puerto, acaso de incógnito, y que salir del territorio mexicano como un aventurero cualquiera, mancillando la heroica defensa de Querétaro con las subsecuentes aventuras de guerrillero fugitivo. No volvería á Europa con los honores de la guerra, rodeado de sus Generales y con su equipaje completo, sino solo y desprestigiado. Por esto es que, á pesar de que parecía apoyar la idea de la salida, estaba resuelto á no verificarla, con la esperanza de que, llegadas las cosas al extremo de ser imposible la defensa de la Plaza, se convencieran sus Generales de que el mejor partido que se podía adoptar era el de la rendición sin condiciones.

Entre sus servidores tenía Maximiliano uno que le inspiraba ciega confianza; uno de esos hombres que no discuten, sino que obedecen lo que se les manda, adicto al Emperador de quien había recibido marcadas muestras de afecto y consideración y que ocupaba en el ejército un alto puesto, sin ser de los más comprometidos. Este hombre era el Coronel Don Miguel López, Jefe del Regimiento

de caballería "Guardias de la Emperatriz," Cuerpo privilegiado que servía de escolta á Maximiliano. En este hombre se fijó para realizar su idea de rendir la Plaza sin conocimiento de los jefes superiores del ejéricto.

A mediados del mes de Mayo (1867), era ya insostenible la situación en Querétaro; los defensores de la Plaza estaban reducidos á cinco mil hombres y los sitiadores eran cerca de cuarenta mil; volvió á celebrarse Consejo de Guerra y quedó decidido que se evacuaría la ciudad en la noche del 14 al 15 de Mayo, pero circunstancias no muy bien aclaradas, tal vez órdenes emanadas del mismo Maximiliano, hicieron que no se verificara en esa noche la salida, sino que se dejó para la siguiente, estando ya todo preparado para verificarla. Esta resolución definitiva, á la que no era ya posible oponerse, determinó á Maximiliano á llevar á cabo el proyecto de rendir la Plaza y al efecto, comisionó al Coronel Miguel López para que fuera á tratar con el General Escobedo, jefe de los sitiadores, las condiciones de la rendición, con instrucciones de pasar por todo cuanto quisiera el jefe enemigo.

En efecto, al comenzar la noche del 14 al 15, se presentó Miguel López en las

líneas sitiadoras, pretendiendo hablar con el General en jefe; recibido por éste, le manifestó las propuestas de Maximiliano, reducidas á salir escoltado por el Regimiento "Guardias de la Emperatriz" hasta Túxpam ó Veracruz, donde se embarcaría, ofreciendo no volver á México. El General Escobedo contestó que no podía aceptar más que la rendición incondicional, y entonces Miguel López dijo que el Emperador haría que pudiera ocuparse la Plaza entrando los sitiadores por el Panteón de la Cruz á las tres de la mañana siguiente.

Mientras esto pasaba, se estaba celebrando un Consejo de Guerra en Querétaro para arreglar los pormenores de la salida; á Miramón y á Mejía les llamó la atención la ausencia del Coronel López, que era uno de los que debían asistir al Consejo; se le buscó por todas partes sin poderlo encontrar y entonces el Emperador dijo que lo tenía ocupado en una Comisión particular; aun no terminaba el Consejo cuando se presentó López; Maximiliano se separó de los Generales y estuvo hablando privadamente con López cerca de una ventana. (1)

---

(1) **En Europa refirió este hecho el General Ramírez Arellano, al capitán de artillería Alberto**

A las tres de la madrugada del día 15 de Mayo, los Batallones de Supremos Poderes y Nuevo León, á las órdenes de los Generales Francisco Vélez y Don Feliciano Chavarría y de los Coroneles Don José Rincón Gallardo y Don Agustín Lozano, penetraron en el convento de La Cruz, guiados por el Coronel Miguel López; se hicieron dueños del edificio y de la tropa que lo guarnecía, sin disparar un tiro, porque nadie desconfiaba del Coronel López, y en seguida ocuparon por sorpresa toda la ciudad.

Maximiliano estaba en La Cruz, pero lo dejaron salir de allí, acompañado de varias personas, y se fué al cerro de Las Campanas; no sin que se hubiera encontrado antes con fuerzas sitiadoras que lo dejaron pasar, siendo muy notable que detenido y rodeado en una de esas veces por oficiales y soldados republicanos, á una insinuación del Coronel Miguel López, diciendo: "éstos pueden pasar, son paisanos," los dejaran libres, no obstante que el General Don Severo del Castillo,

---

Hans, oficial que sirvió al Imperio bajo las órdenes del General don Ramón Méndez y que cayó prisionero en Querétaro. Alberto Hans contó este hecho en París á varias personas en 1881.—*A. Rivera.*—Anales mexicanos, edición de 1904, página 245, en la nota.

el Príncipe de Salm Salm y Don Agustín Pradillo, que acompañaban á Maximiliano, iban vestidos de riguroso uniforme. (1) Esto lo presenció Maximiliano, vió que López era considerado y hasta obedecido por los republicanos y sin embargo no dijo una sola palabra contra él; y cuando momentos después estaba el mismo Maximiliano en la puerta del Palacio departamental esperando el caballo que le llevó Pradillo, y llegó Miguel López montado á caballo, de uniforme y armado, el Emperador se contentó con preguntarle: "¿qué es lo que pasa, Coronel López?" á lo que éste contestó: "Señor, todo está perdido." Cuando en conversación con Maximiliano varios jefes republicanos que lo fueron á visitar en su prisión, uno de ellos refirió los pormenores de la entrega que hizo López, de La Cruz, nada dijo

(1) Tal vez el General Escobedo arregló de antemano con López que la prisión de Maximiliano se verificara de la manera que se hizo, dándole una forma teatral, á las que era tan aficionado el Archiduque, y fingiendo que pretendía hacer una última y desesperada resistencia. Tal vez también Miguel López pactó para él ciertas garantías, pues sólo así se comprende que no hubiera sido hecho prisionero, ni se le hubiera molestado en manera alguna, antes bien, el 20 de mayo le dió Escobedo pasaporte para que fuera *á su tierra* á arreglar asuntos de familia.

Maximiliano respecto de ese hecho ni de la conducta de López. Todo esto funda la creencia de que quien entregó la Plaza de Querétaro fué el mismo Maximiliano.

En el cerro de Las Campanas se reunieron á Maximiliano los Generales Castillo y Mejía; otros muchos jefes y oficiales y algunos soldados; entre todos apenas llegarían á mil hombres. Ni siquiera hizo allí Maximiliano un simulacro de defensa, sino que, siguiendo su propósito, se rindió á discreción con todos los que lo acompañaban.

A las cuatro de la tarde de ese día, 15 de Mayo, fué hecho prisionero el General Miramón, que estaba en una casa, curándose una herida que había recibido esa mañana.

El Coronel Don Carlos Miramón, hermano del General, los Generales Don Ignacio Gutiérrez y Don Manuel Ramírez Arellano, lo mismo que algunos otros, aunque muy pocos, lograron salir de Querétaro. El General Don Ramón Méndez, que se había ocultado, fué descubierto en la noche del 18 de Mayo y fusilado en la mañana del 19.

La toma de Querétaro y la prisión de Maximiliano, pusieron término al Imperio que pretendió fundar en México Napoleón III, pues aunque todavía queda-

ban tropas imperialistas en la capital y en el puerto de Veracruz, no podían sostenerse por largo tiempo, ni tenían ya Emperador á quien proclamar ni bandera que seguir.

Miguel López no volvió á figurar en la política de México y murió en la capital de la República el 18 de Abril de 1891. De los demás imperialistas notables que figuraron en aquella época, viven únicamente hasta esta fecha (1906), y residen en la ciudad de México, el General Don Leonardo Márquez y el Coronel Don Carlos Miramón. (1)

---

(1) El Coronel don Carlos Miramón ha muerto últimamente en México en febrero de este año de 1907.



CAPITULO XXX.

La toma de Puebla por el General Don Porfirio Díaz.

Cuando después de la capitulación de Matamoros, se retiró el General Don Tomás Mejía al centro de la República, encargó á Rafael que llevara á México varias comunicaciones importantes. Cumplida su comisión, pidió órdenes para regresar á unirse con la división de Mejía, pero se le retuvo en la capital por algún tiempo y luego se le mandó á Puebla para completar el cuadro de jefes y oficiales necesario para formar los Batallones décimo quinto y décimo sexto; el primero marchó para México una vez completo el número de sus plazas, y el segundo quedó en Puebla á las órdenes del Coronel Prieto; á este Batallón fueron destinados Rafael y su inseparable Diego.

El General republicano Don Porfirio Díaz reunió en poco tiempo un ejército de doce á catorce mil hombres, compuesto de todas las fuerzas que estaban diseminadas por los Estados de Puebla, Oaxaca, Tlaxcala y Veracruz, y no tardó en poner con ellas sitio á la ciudad de Puebla. Distaba ésta mucho de tener las bien acabadas fortificaciones que la defendían cuando en 1863 la sitiaron los franceses; de aquel tiempo, no conservaba más que las fortalezas de Guadalupe y Loreto. en el centro de la ciudad había "trincheras" que, cortando las calles, formaban un recinto fortificado, y, como puntos avanzados, estaban guarnecidos los ex-conventos de San Francisco, la Merced y el Carmen, con algunos otros edificios. como el Hospicio, pero ninguno de ellos estaba fortificado seriamente.

La Guarnición de la Plaza se componía del Batallón de Guardia Civil, del que eran oficiales muchachos de familias decentes que por primera vez servían; el Batallón décimo sexto, recién formado con gente tomada de leva; una brigada de muy buena infantería mandada por el General Don Hermenegildo Carrillo, y varios piquetes de infantería y caballería de los Distritos del Estado, que se habían ido reconcentrando en la ciudad; todas estas fuerzas

ascendían á unos tres ó cuatro mil hombres.

Mandaba en jefe el General Don Manuel Noriega, soldado del antiguo ejército, sin iniciativa, muy apático, ya viejo y sin prestigio entre los soldados.

Comenzó el sitio flojamente, entre otras cosas por la falta de artillería en los sitiadores, en tanto que la Plaza estaba erizada de cañones. Poco á poco fueron tomando las tropas de Don Porfirio Díaz algunos de los puntos avanzados, como el Hospicio y la Merced. Pero á pesar de todo, era común sentir entre los defensores de la Plaza, que no se rendiría ésta sino después de un largo sitio, y eso en el remoto caso de no ser socorrida. Por supuesto que la contingencia de un asalto no entraba para nada en los cálculos de los sitiados, pues ni por asomo se les ocurría que el General Don Porfirio Díaz lo intentara, ni se creía que fuera posible el éxito, caso de que llevara á cabo semejante temeridad.

La ciudad estaba muy mal defendida. La brigada del General Don Hermenegildo Carrillo, que era lo mejor de los defensores, estaba ocupada en guarnecer el Carmen, punto aislado y sin importancia supuesta la carencia de artillería de batir en los sitiadores; la Guardia Civil

y los contingentes de los Distritos estaban armados con fusiles antiguos de distintos calibres y muchos de ellos sin bayonetas, y en cambio se tenían almacenados rifles austriacos enteramente nuevos; no había reservas, ni casi vigilancia en el conjunto de la defensa.

El General Díaz conocía muy bien la ciudad de Puebla, como que estuvo en ella el 5 de Mayo de 62, la defendió en 63, y luego estuvo allí prisionero de los franceses; sabía que era una Plaza fuerte por su naturaleza, aun cuando no se la fortificara debidamente, y como no podía estar al tanto de las deficiencias que había en la defensa, acaso no se hubiera atrevido á intentar el asalto, ó lo hubiera diferido para más tarde, á no ser porque supo que el General Don Leonardo Márquez había salido de México con rumbo á Oriente, y era lo natural creer que iba en auxilio de la ciudad sitiada; entonces resolvió asaltarla vigorosamente, fiando á tan atrevida operación todo el éxito de la campaña de Oriente.

En la madrugada del día 2 de Abril (1867) se lanzaron las columnas de asalto sobre casi todos los puntos fortificados, y después de dos horas de terrible combate, habían triunfado los asaltantes en todas partes, excepto en la trinchera si-

tuada en la calle de la Siempreviva. A las cinco de la mañana del día 2 de Abril, entraba en Puebla, triunfante, el General Don Porfirio Díaz, rodeado de su Estado Mayor y en medio de las aclamaciones de sus soldados victoriosos, reunidos en la Plaza de Armas.

El General Noriega no pareció por ninguna parte á la hora del asalto, no dictó ninguna orden, sino que se retiró violentamente al cerro de Guadalupe, á donde se reunieron después algunos otros jefes.

Tomada la Plaza, fueron fusilados en el acto todos los jefes y oficiales que fueron aprehendidos, aunque no en gran número, pues no pasaron de quince á veinte, pero la misma pena esperaba á todos los demás que cayeran prisioneros, hasta que al día siguiente se rindieron á discreción los que estaban refugiados en el cerro de Guadalupe; entonces se dió orden de que se presentaran todos los que habían servido al Imperio, y ya no se molestó, por lo pronto, á los rendidos en el cerro, ni á ninguno de los que se presentaron.

Los vecinos pacíficos de la ciudad no tuvieron nada que sufrir con el asalto; no cometieron ningún atropello los soldados, no se dió un caso de robo, ni me-

nos de saqueo, ningún domicilio fué violado, ni se insultó á persona alguna.

En los momentos del asalto Rafael estaba en San Agustín, bajo las órdenes del General Quijano, (uno de los pocos soldados que quedaban de la guerra de Independencia y que fué fusilado al caer prisionero con una pierna despedazada por una bala de metralla).

Cuando fué tomada la Plaza, el General Quijano ordenó á Rafael que defendiera la entrada del edificio por el lado de la ciudad con una Compañía de soldados; pero no había hecho más que salir de la iglesia para situarse convenientemente, cuando fué arrollado por las fuertes columnas que se dirigían hacia San Agustín por dos distintas calles; no fué posible la defensa, y en la confusión que se siguió al asalto, Rafael se retiró, defendiéndose, junto con Diego y dos oficiales por la calle que entonces se llamaba "Cerrada de San Agustín," y ahora de "Ramos Arizpe." En la esquina de esa calle vivía el señor Don Miguel Limón. muy conocido republicano, y muy considerado de sus partidarios, por su honradez, firmeza de principios y más que desahogada posición social. Este señor, en aquellos críticos momentos, á riesgo de que los soldados asaltantes se introduje-

ían en su casa y cometieran algún desmán, muy de temer en aquellas circunstancias, mandó abrir el zaguán de su casa para que sirviera de refugio á los vencidos; allí se refugiaron Rafael, Diego y los dos oficiales; en el acto que entraron fué cerrado el zaguán, quedando los que huían en provisional seguridad, pues por órdenes severas y terminantes del General Don Porfirio Díaz, estaba absolutamente prohibido á sus soldados entrar á la fuerza en ninguna casa particular. (1)

Se dijo al día siguiente que iban á ser cateadas todas las casas cercanas á los puntos asaltados, pero no lo fué la de Don Miguel Limón, probablemente por los respetos que merecían sus antecedentes políticos y sociales; sin embargo, no teniendo completa seguridad de que fuera respetada su casa, cuidó de sacar de ella él mismo y disfrazados á los que había salvado, y los repartió en distintas casas de sus muchas relaciones.

Rafael y Diego, que no quisieron se-

(1) Este episodio es histórico. El señor don Miguel Limón salvó de esa manera aquella noche al Coronel Villavicencio, segundo en jefe de la línea de San Agustín; al capitán Santaella y á otros dos oficiales que le debieron la vida. El señor Limón fue padre del Lic. Miguel Limón, actual Magistrado del Tribunal Superior del Estado de Puebla.

pararse, fueron llevados á la casa de una familia que los trató muy bien y que les aconsejaba se presentaran cuando se publicó la orden para que lo hicieran todos los servidores del Imperio; pero Rafael prefirió correr el riesgo de ser descubierto y fusilado, porque sabiendo que estaba sitiado Querétaro y que uno de los defensores de la ciudad era el General Don Tomás Mejía, quiso á todo trance reunirse con él y correr la misma suerte que este jefe, á quien tenía particular cariño; así es que desde el primer día no pensó más que en salir de Puebla y dirigirse á Querétaro.

Tuvo que permanecer en la ciudad hasta que salió de ella el grueso de las fuerzas del General Don Porfirio Díaz, para atacar al General Márquez y marchar sobre México.

El ejército del General Díaz no tomó el camino directo para México por San Martín y Río Frío, sino el de Tlaxcala y los Llanos de Apam, que era el que había seguido Márquez; lo que determinó á Rafael, aconsejado por Diego, á salir por el rumbo de Atlixco, atravesar el Popocatepetl por la vertiente del Sur y seguir después el camino para Querétaro ó para el lugar en que se encontrara la división del General Mejía.

Salieron Rafael y Diego de la ciudad, disfrazados de mercilleros ambulantes, disfraz que les permitía recorrer sin mucho riesgo los pueblos y haciendas del camino, y que al mismo tiempo les proporcionaba recursos para vivir, de los que no estaban muy abundantes.

El viaje tenía que ser muy largo y molesto, pues resolvieron hacerlo á pie, al menos en los primeros días, para mayor seguridad de sus personas, y llevando á cuestas las cajas con la mercancía; pero tanto Rafael como Diego estaban acostumbrados á este género de trabajos y no les arredraban las dificultades.

Todo marchó bien en los primeros días; pero á poca distancia de Atlixco se hicieron sospechosos á una fuerza de caballería que los encontró en el camino y pretendió llevarlos á Puebla. Tuvieron que sacrificar una gran parte del dinero que tenían para contentar con él al jefe y que los dejara libres. Ocho días después los tomó de leva un destacamento, y para pagar los reemplazos que les exigían, tuvieron que sacrificar el dinero que les quedaba; por fin, en uno de tantos pueblos por donde pasaron, se acababa de cometer un robo, y los aprehendieron por sospechas de haber sido ellos los ladrones. Cinco días permanecieron en la cár-

cel, pero afortunadamente se descubrió quiénes habían sido los verdaderos autores del delito, y salieron libres Rafael y Diego; pero no pudieron conseguir que les devolvieran sus cajones de mercería. Parece que á la mujer del Alcalde le habían agradado muchos unos aretes y varias piezas de listón y embutidos, con otras baratijas que eran una novedad en aquel pueblo, y unas para ella (la mayor parte) y otras para obsequiar á sus numerosas amigas, resolvió que todo debía decomisarse; y como la mujer del Alcalde era la que resolvía todos los asuntos de "justicia," por ser la más ilustrada del pueblo, (como que había estado ocho días en México allá en sus mocedades), quedó resuelto que por los alimentos que se les habían ministrado en la cárcel, y para gratificar al escribiente y pagar el papel empleado y un salvo conducto que les dió el Alcalde asegurando que eran hombres pacíficos, buenos y honrados, debían decomisarse los cajones; no hubo remedio, y nuestros amigos se tuvieron que dar por satisfechos con que el Alcalde, compadecido de ellos, les diera, á excusas de su mujer, un peso á cada uno.

Siguieron su camino, resueltos á economizar aquellos dos pesos hasta donde

les fuera posible, y así, se conformaron desde el primer día con gastar únicamente dos reales para medio comer en la primera casucha que encontraban, chile y frijoles, y con dormir unas veces debajo de algún cobertizo y las más á la intemperie; y gracias á que el salvo conducto del Alcalde decía que eran dos personas conocidas y patriotas que iban á San Luis Potosí á ver á unos parientes, no tropezaban con el inconveniente de que se les tuviera por vagos ó ladrones.

Estaban para concluirse los dos pesos del Alcalde cuando llegaron á un pueblo en el que había feria con su correspondiente acompañamiento de peleas de gallos, ruletas, albures, funciones religiosas y carreras de caballos, una de las cuales, la de mayor importancia, debía verificarse al siguiente día. Rafael y Diego habían conseguido que el dueño del único mesón que había en el pueblo les permitiera quedarse á dormir en el zaguán, á condición de que barrieran la calle al otro día, trabajo que se comprometió á hacer Diego. Estaban allí alojados el dueño de uno de los caballos que iban á correr, y el mozo que cuidaba al caballo y lo había de montar para la carrera.

Al siguiente día se levantó Diego al amanecer é hizo la limpieza que le esta-

ba encomendada; no contento con esto, y esperando ganar el desayuno de aquel día, se propuso limpiar también las caballerizas; cuando llegó á ellas, estaban allí el dueño del caballo que iba á correr, y el dueño del mesón.

—¿Qué hago ahora?—decía el primero;—la carrera está ajustada para las diez de la mañana y es imposible que Antonio pueda montar á caballo.

—¿Qué está tan enfermo que no se alivie para esa hora?

—Tiene quebrada una pierna, según dice el "cura huesos," y no se puede mover.

—¿Y cómo le pasó la desgracia?

—Estaba anoche en la "partida," ganó y luego se fué á emborrachar con unos amigos; no sé qué iba á hacer, el caso es que salió por las orillas del pueblo y se desbarrancó en el puente, de donde lo trajeron como usted vió.

—Pues no tendrá usted más remedio que correr usted mismo su caballo.

—No puedo, porque para eso se necesitan conocimientos especiales; y además, el "Moro" es un animal que sólo Antonio ha podido montar y poner en el carril. ¿No sabe usted de algún corredor que quisiera encargarse de montarlo?

—Aquí hay varios pero todos están in-

teresados en la carrera, y yo no me fiaría de ninguno de ellos.

—¿Qué haré?

—Si su merced quiere,—dijo á esta sazón Diego, que había oído la conversación,—yo le podré correr su caballo.

—¿Quién eres tú?—preguntó el de la carrera.

—Yo soy Diego Montes, para servir á su merced; vengo de mi pueblo con un compañero, y los dos estamos aquí de paso para San Luis Potosí, donde vamos á buscar trabajo. Somos gente honrada, como lo dice nuestro salvo conducto que nos dió el Alcalde de nuestro pueblo.

—¿Quién te conoce aquí.

—Ninguno, porque es la primera vez que venimos á este pueblo.

—¿Y sabes montar á caballo y serás capaz de correr el mío?

—Sí, señor amo, ya verá cómo lo sé hacer.

—Mira que tengo apostados mil pesos y pienso apostar más por fuera.

—No tenga cuidado. ¿Dónde está el caballo?

—Aquí.

Y ambos, acompañados del dueño del mesón, llegaron á una caballeriza que estaba separada de los macheros y cerra-

da con llave; abrió la puerta el de la carrera y apareció un soberbio caballo retinto, cabos negros, de siete cuartas, muy fino y perfectamente cuidado.

—A este caballo,—dijo Diego, después de examinarlo atentamente,—no le gana cualquiera. ¿A qué distancia es la carrera?

—A cuatrocientas varas.

—Yo la hubiera ajustado á quinientas; mientras más larga, mejor para un caballo de esta clase.

—Te advierto que es medio desconfiado, no se deja manosear como quiera, ni consiente en el lomo malos jinetes.

—Eso no importa; otra cosa me disgusta.

—¿Qué?

—Que está herrado de las manos.

—Fué necesario porque se lastimó mucho de los cascos cuando me lo llevaron á la hacienda; pero tiene herraduras de acero muy delgadas que no le pesan.

—¿Le han puesto ya en el carril después de herrado? Porque si no, va á extrañar mucho.

—Hace veinte días que tiene las herraduras.

—¿Me permite su merced que lo monte y le dé una vuelta aquí en el corral?

—Móntalo, veremos qué tal lo haces;

pero ten mucho cuidado al acercarte y al montarlo.

Diego pidió el ronderillo, le pasó al caballo un extremo del cabestro por el pescuezo, le dió una palmada por el lomo, le puso sin dificultad el ronderillo y lo sacó de la caballeriza; una vez fuera, pretendió ponerle el freno, pero el caballo se encabritó, bufando; entonces Diego le tomó la crin con la mano izquierda y de un salto lo montó. Al sentirse el caballo dominado por el jinete, se docilitó y dió, á voluntad de Diego, una vuelta por el corral; cuando se apeó el jinete, el caballo lo dejó acercarse y se dejó dócilmente poner y quitar el freno.

—Casi no siente el peso de las herraduras, continuó diciendo Diego; pero siempre le van á estorbar algo y no correrá desahogado, pero con todo, no ha de haber por aquí caballo que le gane.

El dueño del animal, que había seguido con mucho interés los movimientos de Diego comprendió que era un buen jinete, y, á falta de otro mejor, se decidió á que él fuera quien corriera el caballo.

—Está bien,—le dijo,—tú lo correrás, pero ya sabes que solamente te pago en el caso de ganar.

—Estoy conforme.

—Si gano la carrera te doy cincuenta pesos; ¿te parece?

—Sí, señor amo.

—Pues quédate aquí para que nos vayamos temprano al carril.

—Volvieron á meter el caballo á la caballeriza y Diego se fué muy contento á participar á Rafael el trato que había hecho.

—Todavía no hay que alegrarse mucho,—le dijo Rafael,—falta que se cumpla la condición de la ganancia.

—El caballo es muy bueno; pero aunque pierda, algo le sacaré al fin á su dueño.

A las diez de la mañana ya estaban en el carril los dos caballos que iban á correr, montados por sus respectivos corredores, y una multitud de gente que había acudido á presenciar la carrera y á hacer apuestas.

El caballo que montaba Diego estaba muy bien enfrenado y, una vez que lo montaba, era muy quieto; no así el contrario, que se manifestaba muy fogoso, circunstancia que pensó aprovechar Diego, porque el caballo contrario era tan fino y bueno como el suyo, y además, de mayor alzada.

Comenzaron las "entradas," y Diego tenía especial cuidado de no "empare-

jarse," dejando al contrario que hiciera salidas falsas que fatigaran á su caballo, mientras el de Diego regresaba muy quieto, sin haber pisado la raya del partidero. Cuando vió que el otro caballo estaba ya cansado, que á cierta distancia aflojaba, por las muchas veces que allí se le había contenido la carrera, y que en todas las entradas pisaba la raya, porque su jinete no se cuidaba gran cosa de estar bien colocado, aprovechó Diego un momento en que pudo salir, sacando desde luego más de medio cuerpo de ventaja, y lanzó su caballo á escape, seguido del otro, que no pudo recobrar el terreno perdido.

Contentísimo quedó el dueño del caballo con haber ganado la carrera, y fué el primero en reconocer que á Diego debía el triunfo. Como todos habían apostado al caballo contrario, la ganancia fué de cerca de tres mil pesos, de los que dió doscientos á Diego.



CAPITULO XXXI.

Una p lea de gallos

Al regresar de la carrera, dijo Rafael á Diego:

—Gracias á tí, ya tenemos recursos para continuar el viaje.

—Creo que es más de lo que necesitamos, pero como no sabemos lo que todavía nos pueda suceder, era bueno aumentar este dinero.

—No sería malo; pero supongo que no habrá ya otra carrera.

—No; pero hay gallos, y allí podemos ganar algo.

—O perder.

—Jugando con cuidado, es seguro que ganamos.

—Lo mejor será no exponer el dinero.

—Vea usted, guarde cien pesos, y so-

lamente llevamos para jugar lo que queda.

—Ya que te empeñas, y que, en fin, este dinero tú lo has ganado, haremos con él lo que quieras.

—El dinero es de usted, que mucho más que eso me ha dado, y si quiero jugar un poco, es para que tenga más y no vuelva á pasar los trabajos que hemos pasado.

—Vamos, pues, á los gallos, pero te advierto que yo no conozco ese juego.

—No tenga usted cuidado, por eso; yo lo conozco muy bien y le diré cómo ha de apostar.

—¿A qué hora comienzan los gallos?

—A la una de la tarde.

—Entonces, podemos ir antes á comer á la fonda, ahora que tenemos con qué pagar la comida.

—Vamos.

Después de comer se fueron Rafael y Diego á la plaza de gallos, que estaba situada en el amplio corral de una casa del pueblo.

Desde luego llamó la atención de Rafael lo caro de la entrada: dos pesos por persona. que Diego pagó sin hacer la menor objeción.

—¿Qué á todos cobran lo mismo que á nosotros, ó es que nos han visto cara

de forasteros?—preguntó á Diego, mientras llegaban al local de la plaza.

—La entrada en los gallos siempre es muy cara, porque no vienen á esta diversión más que los que traen dinero para apostar; como todos vienen por negocio, no se les hace duro pagar caro.

—Pero es que, mira, también entran señoras.

—Esas no pagan, porque vienen sólo á divertirse y dar lucimiento á la fiesta.

La plaza de gallos afectaba, en muy pequeña escala, la misma forma de una plaza de toros; en un tablado estaba situada una música de cuerda; en uno de los ángulos del patio, había una cantina; numerosos vendedores de nieve y pasteles circulaban trabajosamente entre la apretada concurrencia, y el redondel ó palenque estaba perfectamente enarenado, regado y apisonado. Frente á frente, junto á la barrera, estaban colocadas dos mesas, en las que había cajas con navajas de todas formas y tamaños para los gallos, "botanas," cubiertas, hilos y dinero, simétricamente colocado en hileras de pesos fuertes y onzas de oro. Al rededor de estas mesas estaban sentados los dueños de los gallos que iban á jugar, y sus principales partidarios.

Entre las dos mesas mencionadas es-

taba otra más pequeña en la que sólo se veía un reloj de bolsillo, abierto, y otra caja con navajas; esta era la mesa destinada para el juez de los gallos.

Dentro del redondel estaba el "sentencia," que era un gallero viejo y de reconocida honradez, encargado de dirimir las frecuentes disputas que se suscitaban entre los "soltadores;" el "gritón," especie de pregonero que hacía públicos los mandatos del "sentencia," y anunciaba todo lo relativo al juego. También estaban dentro del redondel otras seis ú ocho personas, que, según dijo Diego á Rafael, eran los corredores de dinero, dados á reconocer. Con mucho trabajo consiguió Diego colocarse, lo mismo que Rafael, en primera fila, junto á la barrera. Todavía no empezaba el juego, la música estaba tocando una pieza y Rafael tuvo tiempo de examinar á sus anchas el curioso espectáculo que se presentaba á su vista.

Las dos hileras de sillas colocadas junto al rdeondel, lo mismo que las cuatro gradas que estaban atrás, se encontraban ocupadas por los principales del pueblo, comerciantes, propietarios y autoridades; por rancheros de las inmediaciones y por otra multitud de gentes de todas clases. Sobre las gradas había una especie de palcos, llenos también de señoras en su

mayor parte, todas con vestidos de colores claros, todas bulliciosas y alegres, y muchas de ellas bastante bonitas; allí estaba la aristocracia del pueblo alternando con las familias y rancheros ricos de las comarcas. Un toldo de lona dejaba pasar la luz bastante para las peleas, é interceptaba los rayos del sol.

Cuando terminó la pieza que estaba tocando la música, el "sentencia" dijo algunas palabras en voz baja al pregonero, y éste gritó con fuerte, aunque plañidera voz:

—¡Aaaatención, señores!.... ¡Vengan los gallos del mochiller!

Un alegre murmullo acogió estas palabras, y se notó desde luego mucho movimiento entre los espectadores, especialmente en las dos mesas, al rededor de las cuales estaban los que jugaban la tapada.

Poco después entraron varios hombres, llevando gallos, y el pregonero gritó:

—¡Aaaquí está un gallo; venga el otro!

—¿Cuál es el gallo que va á jugar?—preguntó Rafael á Diego,—porque han traído tres.

—Aquel blanco que tiene en las manos el que está cerca de la mesa.

—¿En qué lo conoces?

—En que es el único que no han parado y lo tienen medio cubierto.

—¿Pues entonces para que han traído á los otros?

—Esos sirven para "llamar" y preparar al de la pelea.

Cinco minutos después entraron otros hombres, con varios gallos. El "sentencia" señaló tres rayas en el centro del redondel, á distancia como de dos metros una de la otra, y entonces dos de los que tenían los gallos se pararon frente á frente, cerca de la raya del centro, y, teniéndolos de las colas sin soltarlos, acercaron uno al otro los gallos, pero de manera que no pudieran pegarse.

—¡Aaaquí están los gallos del mochiller! ¡Vean la prueba y llámenla!—¡Digan á cuál van! ¡Padilla y Tello son los soltadores!—gritó el pregonero.

Los que tenían los gallos se apartaron cada uno por su lado, soltando á los gallos y cuidando que no se acercaran á los otros. Un confuso griterío siguió á esto; los que jugaban la tapada llevaron el dinero de las apuestas á la mesa del juez y el pregonero volvió á gritar:

—¡Cierre usted la puerta!

—¿Qué quiere decir eso?—preguntó Rafael á su compañero.

—Que como van á empezar las apuestas, se cierra la puerta para que no se vaya á ir alguno con el dinero que recibe.

—Esto da la medida,—pensó Rafael,—de la honorabilidad de los jugadores y de la confianza que mutuamente se inspiran.

Mientras la música volvía á tocar algunas piezas de baile, los corredores comenzaron á ofrecer dinero apostando á uno de los gallos. Pudo desde luego notarse, que la mayor parte de las apuestas se hacían por el gallo blanco, que era realmente un hermoso animal, muy vivo, de gran tamaño y muy fino; muy pocos eran los que se resolvían á tomar dinero por el gallo contrario, tanto, que á poco comenzaron los corredores á ofrecer el dinero ocho á siete.

—¿Qué significa eso?—volvió á preguntar Rafael á Diego.

—Que si ganan los que van al gallo blanco, por cada peso que han apostado, reciben nada más siete reales.

—¿Y tú no apuestas?

—Sí, pero hasta última hora.

Entretanto, el pregonero gritaba:

—¡Vayan amarrando!

En este momento, los dueños del gallo blanco hicieron señalar un medio círculo en la arena del redondel, frente á su mesa, y dijeron al pregonero que anunciara que todo el dinero que allí se pusiera por los contrarios del gallo blanco, se pagaría á razón de diez reales por cada

peso. Estaba muy desprestigiado el gallo contrario, que era, en verdad, un feo animal, colorado obscuro, muy mal descrestado, de tamaño mediano y que no parecía tener el brío del contrario; nadie quería ya apostar por él.

Iba ya á comenzar la pelea, cuando un corredor dió vuelta al redondel, diciendo:

—¡Cien pesos al blanco! ¡Cien pesos al blanco!

—¡Con ocho á seis!—dijo Diego.

—¿Se dan?—preguntó el corredor.

—¡Délos!—contestó una voz desde las gradas.

—¡Juegan!—volvió á decir el corredor, y entregó los cien pesos á Diego.

—Pero hombre, vas á perder de un golpe casi todo el dinero,—dijo Rafael.—¿Por qué le has apostado á ese gallo, que parece ser muy malo, según que todos van al contrario?

—Vea usted,—contestó Diego en voz baja,—puede ser que perdamos el dinero en esta apuesta; pero el gallo blanco es muy vivo y lo han estado preparando mucho; va á entrar en la pelea ciego de coraje, mientras que el gallito colorado debe ser muy mañoso para pelear, y por eso verá usted que no lo han llamado con otros gallos ni lo han molestado nada en las pruebas; si se quita la primera aco-

metida del blanco, gana la pelea. Ha de ser muy buen gallo para que la echen de mochiller con cien pesos.

Amarradas las navajas á los gallos, volvieron á la raya del centro los soltadores, probaron los gallos sin soltarlos, el del gallo blanco le arrancó algunas plumas de la golilla, y se las metió á la boca.

—¿Para qué hacen eso?—dijo Rafael.

—Para tener saliva en la boca,—contestó Diego,—y refrescar á los gallos.

Antes de que quitaran las fundas de cuero á las navajas, volvió á gritar el pregonero:

—¿Cómo han casado su dinero?

—Ocho á siete, contestaron varias voces.

—Ocho á seis,—dijo Diego.

—¡Lo casado, casado,—gritó de nuevo el pregonero.—Con ocho á seis corre la pelea! ¡Tello es la grande!

Tello era el soltador del gallo blanco.

Quitadas las fundas de las navajas, volvieron los soltadores á acercar los gallos uno al otro, en la raya de enmedio y luego los retiraron, hasta sacarlos fuera de las otras dos rayas, y allí los soltaron.

Sucedió como lo había previsto Diego.—El gallo blanco casi se desprendió de las manos del soltador y atravezó volando el espacio que lo separaba del otro

gallo, para caer sobre él; pero su contrario esquivó el golpe, y antes de que el gallo blanco pudiera prevenirse, se precipitó sobre él y en un momento lo hizo pedazos. Aquello había durado un cuarto de minuto.

Levantó Padilla su gallo, victorioso, y al silencio que había reinado durante la pelea, sucedió un confuso rumor de voces, comentarios y movimiento de gente.

—¡Chica se hizo la pelea!—anunció el pregonero.

Y poco después agregó:

—¿Ya están pagados? ¿No hay quién reclame?

Y como nadie dijera nada, ordenó:

—¡Abra usted la puerta!

El juego siguió con distintas peripecias y éxito vario para los jugadores, hasta las cinco de la tarde. Diego dejó de jugar en varias peleas que le parecieron dudosas y apostaba únicamente á los gallos que, por razones especiales, ayudadas de su instinto, que rara vez lo engañaban, creía que había de ganar. Al llegar las últimas peleas tenían Rafael y Diego una utilidad de cerca de trescientos pesos; ya se habían resuelto á no apostar cuando se anunció un tapado extraordinario á la balanza, es decir, con gallos chicos del mismo peso.

Poco interés manifestaba Diego en ésta, como en otras varias peleas, cuando, por casualidad, se fijó en las navajas que habían puesto á los dos gallos; entonces dijo á Rafael:

—Vamos á apostar por último en esta pelea; guarde usted doscientos pesos y déme el resto.

Rafael dió á Diego lo que sobraba, apartados los doscientos pesos.

En esta vez las apuestas estuvieron á la par; los dos gallos eran igualmente buenos y muy competentes los dos soltadores.

A Padilla volvió á apostar Diego.

—¿Qué le has visto al gallito de Padilla?

—En cuanto á clase y condiciones, los dos gallos son igualmente finos y buenos, demasiado finos para jugarlos con navaja libre, y precisamente por eso le apuesto á Padilla; su gallo tiene una navaja grande, pesada y de mucho brío (muy curva), mientras que al otro le han puesto una navaja chica y derecha. Como los gallos son muy finos, tiran alto, y mientras al gallo de Padilla el peso y la forma de su navaja harán que baje los golpes para herir al contrario, éste se va á matar él mismo con su propia navaja.

Poco faltó para que con todas sus reglas y previsiones perdiera Diego, porque en los primeros golpes quedó muy mal herido el gallo á que había apostado, mientras el otro no había recibido ningún golpe, ni se lo podía ya dar á su maltrecho contrario; pero en una vez en que el gallo moribundo pudo pararse y lo mordió el otro, sucedió lo que había previsto Diego, que con su misma navaja se pasó la cabeza y cayó muerto poco antes de que el otro sucumbiera; el soltador levantó violentamente su gallo y ganó la pelea.

Contentísimo salió Diego de la plaza de gallos, con la ganancia que habían hecho.

—¿Qué le parecieron á usted los gallos?—preguntó á Rafael,—cuando ya estaban los dos en la calle.

—Como negocio para nosotros en las circunstancias en que estamos, muy bueno; como diversión, no le encontré gusto, y como juego, creo que es de los peores, por lo mucho que se presta á los fraudes, y porque el que juega tiene que servirse de muchas personas, de las que depende en gran parte el éxito.

—Con lo que hemos ganado podemos comprar la "ancheta" de alguno de tan-

tos mercilleros como hay ahora en el pueblo y seguir nuestro camino como lo empezamos.

—Encárgate de buscar eso, pues no me parece mala la idea; pero procura arreglar las cosas lo más pronto posible, porque no quiero ya perder tiempo.

—En el mesón están alojados tres mercilleros; ahora los veré, á ver si alguno de ellos vende el surtido que trae.

—Yo quisiera que pudiéramos salir de aquí mañana mismo.

En la noche de aquel día compró Diego á uno de los mercilleros, por doscientos pesos, todas las mercancías que tenía y se hizo también de dos caballos ensillados, mediante otros setenta y cinco pesos, con lo cual pudieron él y Rafael continuar al día siguiente su interrumpido camino.

Después de varias viscicitudes, llegaron nuestros amigos á Querétaro al día siguiente de la toma de la Plaza. Ya no podía Rafael combatir al lado de Mejía, y entonces dedicó toda su actividad y energía á procurar la salvación de su antiguo jefe. Tanto Rafael como Diego siguieron con su disfraz de mercilleros ambulantes ó buhoneros, oficio que habían aprendido á desempeñar bastante bien, por lo que no infundían sospechas de nin-

gún género, y menos contando con el salvo-conducto del Alcalde que los despojó de sus mercancías.

Veamos, entre tanto, la situación que guardaba Don Pedro Orozco y su familia.



CAPITULO XXXII.

De cómo don Pedro Orozco arreglaba las cosas de manera que las derrotas se convirtieran en triunfos.

Cuando Maximiliano salió de México, el Partido conservador imperialista, creía seguro el triunfo de su causa; continuaba creyendo que el ejército republicano era incapaz de sostener el choque de los imperiales mandados por los Generales conservadores de mayor y más merecida fama. Tenían los "viejos pelucones," como los llamaba Maximiliano, una preocupación, muy común ciertamente: la de creer que para los demás no significa nada el transcurso del tiempo; así á los que conocimos en el colegio como malos estudiantes, difícilmente llegamos á creer que sean notables profesionistas. nos parece

que toda su vida han de ser estudiantes machacas, porque así los conocimos, y esta impresión perdura por mucho tiempo. Por eso Lacunza, Lares, García Aguirre y el mismo Miramón, creían encontrar en sus contrarios los ejércitos indisciplinados de Don Santos Degollado, mandados por Generales y Jefes improvisados; valientes, pero sin saber palabra del arte de la guerra. No comprendían que los franceses habían enseñado á sus adversarios ese arte, y que no en vano se habían librado tantos combates durante tres largos años.

Había quedado en México una Guarnición de cerca de cinco mil hombres de muy buena tropa, lo que á todos inspiraba ciega confianza, y más atendiendo á que ni en sus mejores tiempos había contado el partido conservador con tantos elementos de fuerza. Si el año de 58 se pudo sostener el Gobierno de Miramón por tanto tiempo, se decía, cuando tenía tan escasos recursos, ¿quién podrá ahora disputar el triunfo al imperio?

Don Pedro Orozco era de los más confiados y extremaba sus manifestaciones de adhesión al Emperador y de desprecio á los republicanos; y su lenguaje era cada vez más agresivo, y sus humos de aristócrata más marcados.

Doña Manuela no podía ya con el peso de su vanidad y de su tontera.

El insubstancial Julio soñaba con volver á ocupar su puesto de Oficial de órdenes del Emperador cuando éste volviera triunfante de la campaña emprendida; lucía por todas partes su persona, engalanada con el uniforme de Capitán de infantería; montaba muy buenos caballos y hacía la corte á las señoritas más encopetadas de la capital, sin prescindir por eso de sus pretensiones con la Condesa, pues había resuelto hacerla su esposa para entrar de lleno en la aristocracia, porque allá para sus adentros, no estaba Julio muy seguro de la autenticidad del famoso Condado de la Laguna.

La única nota discordante de la familia era Enriqueta, que no se había repuesto de la herida que causó en su alma el desprecio de Forwal, que comenzaba á tener ideas menos altivas y que suspiraba por la vuelta de Alberto, con quien estaba resuelta á casarse á la primera insinuación que le hiciera, y aun á provocar ella misma, dentro de los límites del decoro, ó saliéndose un poquito de ellos, esa deseada insinuación, que no dudaba le sería hecha por el joven, dado el ardiente amor que la profesaba.

En cuanto á Carmen, nadie se acorda-

ta de ella, excepto Enriqueta, que de vez en cuando pensaba en su prima, á quien de buena gana habría hecho depositaria de sus penas.

Seguía Carmen encerrada en el convento en su calidad de criada y sin tener más noticias de lo que pasaba por el mundo exterior, que las escasas que la suministraba Doña Catarina en las pocas veces que podía hablar con ella; por ese conducto supo la retirada de los franceses y el avance de los republicanos, lo que la dió alguna esperanza de volver á ver dentro de poco tiempo á Gabriel, de quien no había recibido noticia alguna. Frecuentemente la asaltaba el temor de que hubiera muerto su pretendiente, pensamiento que envolvía el alma de Carmen en profunda tristeza; la vida se la presentaba en esos casos, destituída de ilusiones y de encantos, el mundo la parecía desierto, y ella se consideraba como muerta para toda clase de goces; entonces pensaba que su único refugio sería tomar el velo entre aquellas monjas, que tan buenas habían sido con ella, y acabar su vida en aquel convento, del que ya no saldría jamás Pero tan amargos pensamientos eran bien pronto desechados para dar lugar á la esperanza de mejores días. No sabía ella cómo ni cuándo,

pero estaba segura de que Gabriel volvería tan amante como se había ausentado, la buscaría, sabría encontrarla y la arrancaría de la miseria y del abandono en que estaba, para hacerla su esposa. No se hacía bien cargo de los acontecimientos políticos que se estaban verificando; únicamente sabía que su Gabriel formaba parte del ejército republicano y éste avanzaba con dirección á México; esto bastaba para dar esperanzas á su atribulado corazón. Sabía también que muchos jefes se habían adherido al Imperio y eran ocupados ventajosamente por el Gobierno Imperial; pero ni por un momento se le ocurrió la idea de que por ese medio pudiera acercarse á ella Gabriel; estaba segura de que no abandonaría al partido republicano, y de que no volvería á México más que en el caso de poder entrar triunfante en la capital, así es que hacía votos secretos por el triunfo de la República, votos que hubieran escandalizado grandemente á las monjas, quienes, por el contrario, hacían novenarios y penitencias para que el cielo fuera propicio á las armas del Imperio.

Cuando llegaron á México, Márquez, Vidaurri y Quiroga con los mil doscientos hombres que habían sacado de Querétaro la noche del 22 de Marzo, se cui-

daron muy bien de decir que el Emperador quedaba sitiado por numerosos enemigos; pintaron, por el contrario, la situación con halagüeños matices, y se dijo en público que Márquez tenía la misión de conducir á Querétaro mayor número de fuerzas para acabar de un solo golpe con los republicanos, y de llevar á Maximiliano todo lo necesario para una campaña de varios meses, pues había resuelto Su Majestad no volver á la capital hasta dejar completamente pacificado el interior del Imperio. Estas fueron las noticias que corrieron por todo México, las que supo Don Pedro y las que llenaron de gozo á todo el partido conservador imperialista. Marquéz habló detenidamente con Lares y Lacunza, á quienes manifestó la situación angustiosa en que se encontraba Maximiliano, y entre los tres resolvieron llamar al General Santa-Anna, suponiendo que el prestigio de este antiguo jefe cambiaría la faz de la guerra, llamamiento que, por otra parte, había aprobado Maximiliano, como antes se dijo, al mencionar la carta que escribió al padre Fischer. Pero como era necesario obrar con violencia y reserva, se pensó que el mismo Márquez, con una fuerte división, marchara á Veracruz, ó por lo menos á un punto cercano, para

recibir á Santa-Anna y proteger su internación, aprovechando la oportunidad de estar sitiando á Puebla casi todas las fuerzas liberales que militaban por Oriente.

Era necesario un pretexto plausible para la salida de Márquez con rumbo opuesto al de Querétaro, y nada mejor para esto, que el sitio de Puebla; se dijo entonces que era necesario auxiliar á esta Plaza, sacar de ella mayores elementos, destruir el ejército de Porfirio Díaz, y marchar después á Querétaro con mucho mayores fuerzas. El pretexto era plausible, por más que Márquez y el Directorio conservador imperialista tuvieran la seguridad de que Puebla podía sostenerse, como en otras ocasiones, por bastante tiempo más del que tenía de sitiada. (1)

Acaso Márquez llevaba ya de Querétaro órdenes de Maximiliano para hacer que Santa-Anna se presentara en México y estableciera un Gobierno al que pudiera el Archiduque entregarle la situación sin dejar abandonados y comprometidos

(1) Más adelante se verán las razones en que fundo la creencia de que Márquez no salió de México para auxiliar á Puebla y que estaba de acuerdo con Lares y Lacunza para llevar á Santa-Anna á la capital; opinión que me atrevería á exponer aun en obra más seria que una simple novela histórica.

á sus partidarios conservadores. Hay derecho para suponer esto, en vista del torbellino de ideas y de planes distintos y contradictorios que bullían en la cabeza de Maximiliano en aquellos últimos meses del Imperio, y teniendo en cuenta la carta de que en otra parte hablamos, en la que decía que se aceptara á Santa-Anna. Por lo demás, nunca se ha sabido cuáles fueron realmente las instrucciones que dió el Emperador al General Márquez cuando éste salió de Querétaro; instrucciones y salida tan reservadas que no tuvieron conocimiento de ellas los demás jefes superiores del ejército, hecho que funda más la creencia de que las tales instrucciones no se limitaron á llevar auxilios á Querétaro, pues esto no había para qué tenerlo reservado.

El plan de Márquez, Lacunza y Lares, tenía para ellos muchas probabilidades de éxito. Con Santa-Anna al frente, juzgaban fácil atraerse á muchos jefes conservadores que militaban en el partido republicano, unos por no aceptar la intervención, y otros por odio á la monarquía; se haría levantar el sitio de Puebla y se marcharía sobre Querétaro con respetable número de fuerzas; se pondría en libertad á Maximiliano y se le dejaría que abdicara, como parece que estaba re-

suelto á hacerlo, y lo demostró cuando en el mismo Querétaro, y por conducto del Ministro García Aguirre, dijo el 2 de Marzo que su programa era el mismo de Orizaba, convocar un Congreso que resolviera sobre la forma de Gobierno que había de tener la Nación. El no haberse presentado Santa-Anna en las aguas de Veracruz hasta el día 3 del siguiente mes de Julio, cuando ya los republicanos habían ocupado el puerto y la capital, hizo fracasar los planes del partido conservador.

Para llegar cuanto antes á Veracruz sin tropiezo ni combate serio, era necesario dejar á un lado la ciudad de Puebla, por eso Márquez tomó el camino de los Llanos de Apam, dando como razón para hacer esto, que el camino directo por Río Frío, estaba obstruído por fuerzas enemigas, lo que no era exacto, pues todas estaban sitiando Puebla, y para detener á Márquez en aquel camino habría sido necesario que el General Díaz hubiera levantado el sitio, lo que era sumamente peligroso, por ser de muy buena calidad, tanto la tropa que llevaba Márquez, cuanto la que había en Puebla, que habría salido sobre los republicanos en el acto en que éstos hubieran levantado el cerco.

Estaba ya Márquez con sus tropas en

la hacienda de San Diego Notario, muy cerca de Huamantla y muy lejos del lugar en que debió haber tomado la dirección de Puebla si á ella se hubiera querido dirigir, cuando supo que había sido tomada la ciudad.

El lugar en que á la sazón se encontraba Márquez, demuestra claramente que no iba á socorrer Puebla como se dijo, sino á recibir á Santa-Anna en Veracruz; el camino que llevaba no conduce á Puebla, había dejado atrás á esta ciudad, atrás hacia el Sur, y marchaba con dirección al camino directo de Veracruz. No puede suponerse que fuera el objeto de Márquez ponerse en salvo embarcándose en el puerto, porque en tal caso no habría hecho su retirada con rumbo á México, como la hizo, sino que hubiera seguido el camino de Veracruz, con la ventaja de que tal vez no sería perseguido por el General Díaz, á quien le importaba sobre todo, apoderarse de la capital de la República.

La toma de Puebla, inesperada por todos, desbarató los planes de Márquez y lo obligó á retroceder para México, perseguido por todo el ejército de Porfirio Díaz, aumentado con los muchísimos elementos de guerra que había en Puebla y bastante número de soldados que allí

se le unieron, hasta formar un ejército de cerca de diez y ocho mil hombres perfectamente armados y municionados.

En la conciencia de todos ha estado siempre que el triunfo del partido republicano, más que á la toma de Querétaro, se debió, al asalto y toma de Puebla el 2 de Abril de 67. Por eso en la historia de aquellos acontecimientos, se destaca con mayor brillo la figura del General Don Porfirio Díaz que la del General Escobedo.

No puede desconocerse el valor y el talento con que efectuó Márquez su célebre retirada, consiguiendo atravesar la distancia que separa á San Diego Notario de San Lorenzo, sin ser hecho pedazos por sus numerosos adversarios, y caminando por un terreno llano, muy á propósito para las maniobras de un Cuerpo de ejército. En San Lorenzo, le cortaban ya la retirada los cuatro mil hombres de caballería que habían salido en su persecución desde Querétaro, al mando de los Generales Leyva y Guadarrama; allí era indudable que sucumbiría hasta su último soldado; pero aun allí se manifestó todavía el genio militar de Márquez; batiéndose con la vanguardia de Porfirio Díaz y con las caballerías de Leyva y Guadarrama, logró contener á

sus adversarios, sacrificó parte de su artillería arrojándola en una barranca y se salvó con la mayor parte de sus soldados.

Generalmente se dice que Márquez entró en México completamente derrotado, y que de los soldados que con él salieron volvieron unos cuantos hombres; pero contra esta aseveración están los hechos subsecuentes. Márquez salió de México con la mayor parte de la Guarnición que en la ciudad había, y si solamente hubieran regresado de la expedición unos cuantos soldados desmoralizados por la derrota, no habría sido posible que sostuvieran el sitio, que comenzó el 12 de Abril y terminó el 21 de Junio, sin que la Plaza hubiera podido ser tomada por el ejército del General Díaz, hasta que capituló el General Tavera. No se diga que no se quiso exponer la capital á los desastres de un asalto, porque ejemplo notabilísimo de moralidad habían dado las tropas del General Díaz en el asalto de Puebla, que fué tomada sin que la población pacífica tuviera nada que sentir.

Don Pedro y otros muchos como él, no podían volver de su asombro al oír tronar á su alrededor los cañones republicanos; esto era para ellos la realización de una cosa imposible; pero no tardaron

en explicar á su modo la situación. Según ellos, Porfirio Díaz no había podido tomar á Puebla, sino que se había retirado huyendo á Oaxaca, por lo que Márquez volvió á México violentamente, con sus tropas, para defender la capital, amagada por varias atrevidas partidas de guerrilleros. Maximiliano había derrotado al enemigo en Querétaro, por lo que no era ya necesario que Márquez fuera en su auxilio; pero tenía que seguir en persecución de los últimos restos que quedaban de los republicanos, y muy pronto volvería triunfante á México. Arregladas así las cosas por Don Pedro y los que como él pensaban, se quedaron tan tranquilos y contentos como si nada estuviera pasando.

Julio estaba un poco mejor enterado de la situación, pues veía el estado en que estaban las tropas que habían vuelto con Márquez, y le constaba que no eran partidas de guerrilleros los que sitiaban en toda forma la ciudad de México, porque tenía que hacer el servicio de campaña y veía de cerca lo que pasaba. No era Julio cobarde; pero en el servicio le hacían sentir su indiscutible superioridad los oficiales veteranos, y esto mortificaba en extremo su amor propio; mientras más avanzaba el sitio, más claro veía el pro-

lable fin de todo aquello, y la pérdida de sus ambiciosos sueños; hasta las riquezas de su padre veía desaparecer entre las ruinas del Imperio, y comenzó á pensar seriamente en el triste porvenir que le estaba reservado. Al ser tomada la Plaza, caería prisionero, porque no tenía dónde ocultarse, ni contaba con amigos que fueran capaces de ayudarle; casi en idéntica situación estaba su padre, que había hecho gran alarde de su importancia como director de la política conservadora, que en realidad no había tenido nunca influencia en los negocios públicos; pero que pasaba por ser uno de los principales personajes entre los imperialistas.

Tuvo Julio el buen sentido de no desengañar á Don Pedro de las ilusiones que mantenía y se limitó á ir poco á poco preparando el ánimo de su padre para que no le fuera tan dolorosa la próxima catástrofe, por más que las insinuaciones de Julio á este respecto fueran recibidas por Don Pedro con la más perfecta incredulidad y hasta con disgusto por la poca fe que su hijo manifestaba tener en el triunfo del Imperio.

La Condesa de Schewerrer, como era natural, no había podido seguir á Maximiliano cuando éste salió á la campaña y se quedó en México, muy segura de que

la sola presencia del Emperador bastaría para desbaratar la nube de enemigos que amenazaba caer sobre el vacilante Imperio.

Cuando comenzó el sitio de México, comprendió la Condesa la gravedad de la situación, y entonces todo su afán fué por salir de la ciudad para correr al lado de Maximiliano y, aconsejarle ahora, que cuanto antes abdicara y que volviera al lado de la Emperatriz Carlota; creía que ésta era ya la única solución posible, y estaba resuelta á hacer cuanto estuviera de su parte para cumplir la promesa que hizo á Carlota, de velar por Maximiliano. Pero era imposible salir de la ciudad sitiada, y la Condesa se consumía de impaciencia, careciendo en lo absoluto de noticias.



CAPITULO XXXIII.

Mane thecel phares.

El 16 de Mayo (1867) circuló por todo México una terrible noticia: Había sido tomada la Plaza de Querétaro, y estaban prisioneros Maximiliano, sus Generales, y todo su ejército; muchas de las granadas arrojadas á la Plaza llevaban dentro esta noticia, que causó de pronto indecible alarma entre los imperialistas, alarma que no tardó en disiparse, porque se atribuyó la noticia á un ardid de los sitiadores para que desfalleciera el ánimo de los sitiados.

Aquel día, Julio, muy alarmado, fué á ver á su padre y le dijo:

—¿Sabe usted ya la última noticia que circula á estas horas por toda la ciudad?

—Supongo que será la próxima llegada de Su Majestad con algunas tropas

que hagan retroceder á las gavillas que han tenido el atrevimiento de acercarse á la capital, y que ustedes, no sé por qué, no han salido á batirlas.

—Se dice que los republicanos han tomado á Querétaro, que están prisioneros el Emperador y sus Generales, y que no quedan más tropas imperialistas que las que trabajosamente están defendiendo esta ciudad.

—¿Y tú me vienes con esas necedades y eres capaz de creerlas?

—La verdad es que después de la toma de Puebla y de haber tenido el General Márquez que limitarse á defender la capital, las noticias que corren no están completamente destituídas de fundamento.

En estos momentos llegó á la casa el General Pedroza, que no estaba en servicio activo, ni lo había estado desde el triunfo de la revolución de Ayutla.

—¡Ola, señor Capitán!—dijo al entrar.—¿Qué de nuevo tenemos? ¿Cómo está usted, amigo Don Pedro?

—Viene usted muy á tiempo,—dijo Don Pedro;—este muchacho me estaba dando unas estupendas noticias.

—Sí, ya sé,—interrumpió Pedroza,—las de la toma de Querétaro, la prisión del

Emperador, y qué sé yo cuáles otras por el mismo estilo.

—Justamente.

—Esos ardides de guerra están ya muy gastados; nadie ha creído semejantes nociciones; ellos, por el contrario, demuestran que se acerca el Soberano con su ejército victorioso, y que muy pronto lo volveremos á tener entre nosotros. Son los últimos esfuerzos de la demagogia vencida, para ver si puede posesionarse de la capital.

—Pero fíjense ustedes,—replicó Julio,—en que en estos últimos días han aumentado notablemente las tropas sitiadoras, lo que indica que no tienen enemigos que combatir por el Interior.

—Lo que eso significa, señor Capitán, es que hasta aquí han llegado los dispersos de Querétaro.

—En conclusión,—dijo Don Pedro,—te perdono que me hayas venido con semejantes paparruchas; pero no andes propalando noticias falsas, porque puede costarte muy caro, y es vergonzoso que un oficial tenga tan poco juicio que se le pueda engañar como á un niño.

No convencieron á Julio la inquebrantable confianza de su padre ni las especiosas razones del General, y salió de su

casa tanto ó más inquieto de como había entrado.

Lacunza, Márquez y los principales directores de la política, comenzaron á dudar, sobre todo Márquez, que sabía muy bien cuál era la situación angustiosa en que había quedado Maximiliano en Querétaro; pero tal como llegaba la noticia no correspondía á la forma en que el General Márquez la esperaba, pues sabía perfectamente que los Generales imperialistas no capitularían, y que en el caso de un asalto feliz para los sitiadores, ó de una salida desesperada de los sitiados, únicas maneras que juzgaba posibles de que terminara el sitio de Querétaro, habría muchos muertos, acaso algunos jefes prisioneros; pero en ningún caso caerían absolutamente todos y con todos los elementos de guerra que tenía la Plaza, por lo que resolvió continuar la defensa hasta el último extremo.

La Condesa de Schewerrer supo también las noticias que circularon el 16 de Mayo y, aunque no les dió desde luego entero crédito, le causaron serios temores, y decidió salir á todo trance de México, y transladarse á algún punto del interior, desde donde pudiera tener noticias seguras de los sucesos de la guerra; pero á pesar de las buenas relaciones que

tenía con personas prominentes, no pudo conseguir su objeto y tuvo que permanecer en México, presa de ardiente ansiedad.

Por fin, el 31 de Mayo se suspendieron las hostilidades entre sitiados y sitiadores, para que pudieran salir de México los Licenciados Riva Palacio, Martínez de la Torre y Ortega, defensores de Maximiliano ante el Consejo de Guerra que lo iba á juzgar, y de los Ministros extranjeros representantes de Austria, Prusia, Italia y Bélgica; con ellos pudo entonces salir también la Condesa de Schewerrer, y con ellos llegó á Querétaro, donde no tardaremos en volver á encontrarla.

Parece increíble que después de esto continuara defendiéndose México. ¿Se alimentaría por Márquez y Lacunza la esperanza de ver surgir de pronto á Santa-Anna y de que la presencia de este jefe hiciera cambiar la faz de los acontecimientos? Tal vez. Para estos personajes no parecía tener el sitio de Querétaro más importancia que la de detener ante sus muros al ejército republicano, y por eso no se subordinó la caída de México á la de Querétaro, sino á la reunión de los ejércitos de Oriente y Occidente. Acaso el haber salido Lares de México en fines del mes de Mayo, salida que no es fácil

haya verificado sin conocimiento de Márquez y Lacunza, reconociera por causa principal activar la llegada de Santa-Anna. Admitiendo el llamamiento á Santa-Anna, se explican naturalmente muchos de los acontecimientos de aquella época que parecen envueltos en el misterio, como son: Las instrucciones que Maximiliano dió á Márquez, que no pueden haber sido las de auxiliar á Querétaro, porque no había fuerzas con qué hacerlo. El hecho de haber salido Márquez de México por el camino de los Llanos de Apam; la circunstancia de haber rebasado la línea de Puebla; la prolongación de la defensa de México después de la toma de Querétaro; la salida de Lares de la capital, en el mes de Mayo; y la llegada de Santa-Anna á las aguas de Veracruz con una partida de filibusteros el 3 de Julio de ese mismo año de 67.

Al amanecer del día 14 de Junio llegó á México el General Don Manuel Ramírez de Arellano, que había podido salir huyendo de Querétaro. Refirió á cuantos encontró que era falsa la toma de Querétaro, que Maximiliano había roto el cerco y que estaba para llegar á la capital con un poderoso ejército. Al día siguiente se publicó oficialmente la noticia de la próxima llegada del Emperador, lo que

avivó el entusiasmo de los defensores de la Plaza. Pero Márquez sabía muy bien, por habérselo dicho el General Ramírez Arellano, lo que realmente había pasado en Querétaro, y como no había la menor esperanza de que se presentara el General Santa-Anna, y era imposible la defensa al reunirse sobre México todas las fuerzas republicanas, entregó Márquez el mando de la Plaza al General Tavera, la noche del 19 de Julio, se ocultaron los principales jefes, y el día 20 celebró Tavera una capitulación con el General Díaz, por la que rindió á discreción la ciudad con todos sus elementos de guerra.

Precisamente en los momentos en que estaba celebrándose esta capitulación, Don Pedro Orozco, que nada sabía, festejaba en su casa el día del santo de su esposa Doña Manuela. (1) Para comenzar el festín se esperaba únicamente la llegada del General Pedroza, que era uno de los invitados. Don Pedro estaba sumamente alegre, pues según el cálculo que minuciosamente había hecho, y teniendo en cuenta atrasos imprevistos, al

---

(1) La capitulación de México se celebró el jueves de Corpus, 20 de Junio, y las tropas de Porfirio Díaz entraron á las seis de la mañana del siguiente día.

terminar aquel día, ó al comenzar el siguiente, llegaría Maximiliano á los alrededores de la capital y se daría la última batalla, que había de terminar con la completa destrucción de los pocos juaristas que aún quedaban. Ese era el tema de la conversación que sostenía con sus invitados, y todos ellos abundaban en las mismas ideas y las propias esperanzas de Don Pedro.

Cuando por haber pasado un poco de la hora señalada para la comida comenzaban á decaer las conversaciones, se presentó en la sala el General Pedroza.

Saludó en general á la concurrencia y dijo á Don Pedro:

—Mi querido amigo, desearía que me acompañara usted á su despacho por unos breves instantes.

Causó extrañeza á Don Pedro la pretensión de su amigo, por creerla extemporánea; pero su exquisita cortesía no le permitía manifestar esa extrañeza, y dijo con la mayor naturalidad:

—Vamos, General, á donde usted guste, con permiso de los señores.

Luego que llegaron al despacho continuó diciendo Pedroza:

—Hágame usted el favor de cerrar las puertas, de manera que nadie pueda oír lo que hablamos.

—¿Tan grave así es?

—Usted juzgará.

Cerró las puertas Don Pedro y entraron en la segunda de las dos piezas que componían el despacho y que ya no tenía comunicación con el resto de la casa; una vez allí, prosiguió diciendo Pedroza:

—No tenemos tiempo que perder; en estos momentos se está celebrando la capitulación de la Plaza, y mañana amanecerá en poder de las tropas que manda el General Don Porfirio Díaz.

—¡Imposible! Eso sería una traición por parte del General Márquez, á quien castigaría de muerte el Emperador si tal cosa hiciera.

—El General Márquez no manda ya en la Plaza, sino el General Tavera. Se han ocultado ya Lacunza, Márquez, Vidaurri, O'Horán y otros muchos; nosotros debemos hacer lo mismo si no queremos ser víctimas de los republicanos.

—¿Está usted loco? ¿Cómo he de creer todo eso que me está diciendo, cuando de hoy á mañana debe llegar á esta ciudad el Emperador, al frente de su ejército?

—No hay tal cosa; el Emperador cayó prisionero en Querétaro y allí perdió hasta el último de sus soldados.

—Necesitaría verlo para creer tal cosa.

—Pues yo acabo de salir del Palacio Imperial y allí he sabido todas estas noticias; no le quepa á usted duda de que México está capitulado en estos momentos.

Don Pedro no pudo ya dudar, y apoyando la cabeza en las manos y ésta sobre la mesa, quedó un largo rato sumido en dolorosas reflexiones. Se le presentaron en aquel momento todos los acontecimientos que habían pasado desde que comenzó la Intervención francesa hasta el día en que fué sitiado México; la serie interminable de inútiles combates; la multitud de víctimas sacrificadas, las fastuosas fiestas imperiales; las sombrías ejecuciones de las Cortes Marciales; las risueñas esperanzas del partido conservador y los desengaños que estuvo teniendo á cada paso durante todo el tiempo que duró el Imperio; y en medio de estos serios pensamientos, se presentaba á la imaginación de Don Pedro, como un arlequín en fúnebre ceremonia, la idea de que ya no podría ostentar su título de Conde, ni lucir su esmaltado escudo de armas que tendría que borrar de las portezuelas de su carruaje.

Lo distrajo de sus meditaciones la voz del General Pedroza que decía:

—No perdamos tiempo, es necesario

ocultarnos prontamente en lugar seguro.

—¿Dónde podré ir yo con mi familia?

—Deje usted á la familia aquí, que ella no corre riesgo; usted y Julio son los que deben buscar un refugio; pero sin pérdida de tiempo.

—Y Julio que no está aquí porque le tocó de servicio.

—Pues déjelo usted, que al fin su personalidad no es de las más notables.

—No me ocurre en este momento dónde podré ocultarme.

—En la casa de alguna persona pobre que no pueda infundir sospechas y le tenga á usted agradecimiento por algunos pequeños favores que le haya hecho. Yo tengo ya arreglado mi alojamiento provisional en casa de unas comadres mías; allí creo estar enteramente seguro.

Por más que repasó Don Pedro en su memoria, no pudo recordar haber hecho á nadie esos pequeños servicios de que hablaba Pedroza; su norma para tratar á los inferiores era, no negarles nada justo, ni darles más de lo justo, así es que creía no haber hecho injusticias; pero estaba seguro de no haber concedido favores.

—Lo que desde luego hay que hacer, —dijo al fin Don Pedro,—es avisar á mis

invitados, y luego con Manuela discutiré el lugar en que me oculte.

—Me parece bien que avise usted á nuestros amigos para que tomen sus providencias; yo me despido de usted, porque tengo muchas cosas que arreglar. Adiós, amigo Don Pedro, quiera Dios que nos volvamos á ver en tiempos más felices que los presentes.

—Adiós, General, le agradezco á usted mucho las noticias que me ha dado, por más que me hayan causado al mismo tiempo un serio disgusto, y me hayan traído un desengaño más.

Salió el General Pedroza, y Don Pedro volvió á la sala, en la que se hacían diversos comentarios por su ausencia, habiéndose al fin uniformado la opinión de que el General Pedroza llevaba la noticia oficial de que se avistaba el ejército de Maximiliano.

Todos se preparaban á celebrar dignamente la noticia, cuando entró Don Pedro. La gravedad de su semblante indicaba que no eran buenas nuevas las que había recibido. Todos sus amigos lo rodearon, sin parar mientes en que no había vuelto el General Pedroza.

—Tengo que comunicar á ustedes graves noticias,—dijo Don Pedro:—Todos nos hemos equivocado, y ahora resulta

que es cierta la toma de Querétaro por los republicanos, que el Emperador está prisionero y que no quedaban más tropas imperiales que las que aquí sostenían el sitio; y digo "quedaban," porque en estos momentos está capitulando el General Tavera, que es el que manda hoy en la Plaza, y que se rinde á discreción. Se han ocultado Lacunza, Márquez y los principales jefes, y entiendo que lo mismo debemos hacer algunos de nosotros.

A estas palabras siguió un profundo silencio, que fué interrumpido poco después por uno de los presentes, diciendo:

—¿Está usted seguro de que es cierto lo que nos dice?

—Enteramente seguro.

—Pues en tal caso, yo, con el permiso de usted, me retiro, para arreglar varios asuntos antes de que entren en esta ciudad los republicanos.

Lo mismo, sobre poco más ó menos, fueron diciendo los demás invitados, retirándose con sus familias los que las habían llevado, á pesar de que Don Pedro les instó para que comieran en la casa. Poco después quedaban solos Don Pedro, su esposa y su hija.

—¿Pero no es una broma todo eso que has contado, Pedro?—preguntó Doña Manuela.

—¡Ojalá que lo fuera! Desgraciadamente no puedo dudar de lo que me ha dicho el General Pedroza, y es necesario pensar en qué lugar me oculto.

—Yo creo que no se han de atrever á venir á sacarte de nuestra casa.

—Se atreverán á eso y á mucho más.

—Lo mejor sería que fueras á pasar unos días en nuestra casa de Mixcoac.

—Sí, que estará tan segura como ésta, y á la que no puedo ir hasta que hayan entrado en esta ciudad los republicanos.

—Pues entonces,—se atrevió á decir Enriqueta,—váyase usted á la casa de alguno de sus amigos.

—¿Pero de cuál de ellos, si todos están en el mismo caso que yo, sobre poco más ó menos?

Por fin, después de mucho discutir, convinieron en que en la noche irían Don Pedro y su esposa á la casa de una pobre mujer á la que ocupaban algunas veces como costurera y le darían una fuerte cantidad para que tuviera escondidos en su casa á Don Pedro y á Julio, á quien esperaban ver aquella tarde ó mandarlo buscar.

El día del Santo de Doña Manuela se pasó tristemente arreglando la multitud de pormenores indispensables para que Don Pedro pudiera estar ausente de la

casa por un tiempo que podía prolongarse indefinidamente.

Julio no pareció en todo el día, ni fué posible encontrarlo; estaba de servicio en una de las garitas y no sabía nada de la capitulación, como no sabían de ella más que algunos de los jefes superiores; así es que no fué á su casa, por no poder separarse de su puesto, ni tomó precaución de ninguna especie para no caer prisionero.

A las ocho de la noche salieron de la casa Don Pedro y su esposa, á pie y sin que los viera ninguno de los criados, y se dirigieron á la casa de la mujer en quien habían pensado para que tuviera oculto á Don Pedro.

Se llamaba esta mujer Guadalupe Ortiz, y vivía en la calle de Nuevo México, en un departamento de cuatro piezas de una casa de vecindad.

Cuando entraron en la casa y la pobre mujer se dió cuenta de quiénes eran las personas que la visitaban, se deshizo en saludos y excusas por lo mal ajuareado de la casa, que no le permitía recibir dignamente á personas de tan elevada categoría. Doña Manuela la explicó cuál era el servicio que esperaban les hiciera, y Guadalupe convino, de muy buena volun-

tad, en alojar y ocultar á Don Pedro, garantizándole que estaría completamente seguro en la casa, pues no había en ella criados, ni más personas que Guadalupe; ella hacía todos los quehaceres de la casa, y una mandadera que iba todos los días muy temprano y volvía á las cuatro de la tarde, le hacía las compras.

Don Pedro la dió de pronto cincuenta pesos para los gastos, y ella los tomó muy mortificada, pero excusándose con su pobreza.

—Desde esta noche se queda aquí Pedro,—dijo Doña Manuela,—te lo recomiendo mucho; por Dios, que nadie sepa que está aquí; yo no podré venir á verlo ni mandar preguntar por él, porque sospecharían que está aquí; pero tú no dejes de ir por la casa á darme noticias, con pretexto de las costuras que te encargamos. Mira, aquí te traigo varias piezas para ese objeto.

—No tenga usted cuidado, primero me matan que tocarle un pelo al señor, y nadie puede saber que está aquí; le voy á dejar mi cuartito y yo me acomodo en la cocina.

—Dios te lo pague. Ahora necesito que me acompañes á casa, y de allá te traerá alguno de los mozos con más géneros, pa-

ra que no sospeche que está aquí Pedro.

Así lo hicieron; Don Pedro quedó escondido y Doña Manuela se fué á la casa, muy inquieta, por la suerte que correrían en aquellas circunstancias su esposo y su hijo.



CAPITULO XXXIV.

Cómo cayó Alberto en poder de Sandoval.

Alberto no estaba de servicio la noche en que tomaron á Querétaro los republicanos, se había retirado á su alojamiento á descansar, á fin de estar dispuesto para la salida proyectada de la noche siguiente; se levantó poco antes de que amaneciera, y al salir supo lo que estaba pasando; no tuvo tiempo de retirarse al cerro de las Campanas, ni supo que para aquel lugar había ido Maximiliano, y lo que hizo fué volver á su alojamiento, sacar de allí lo que le pareció más necesario, cambiarse ropa tomando un traje de paisano y dirigirse á la casa de Doña Mercedes para darla cuenta de lo que había pasado y procurar después salir de Querétaro.

Al ir para la casa vió cruzar por una

calle una partida de caballería, á cuyo frente iba el Comandante Sandoval; afortunadamente, tuvo tiempo de ocultarse tras de una esquina, sin que lo hubiera visto su mortal enemigo. Llegó á la casa de Doña Mercedes, contó lo que había pasado y recomendó mucho á la señora y á su hija que no salieran para nada á la calle, pues acababa de ver á Sandoval.

—Yo voy á procurar salir de la ciudad, disfrazado,—continuó diciendo;—para ver si lo consigo, voy á ver á un amigo mío que me puede ocultar durante unos días y luego hacerme salir con una partida de carros que tiene, con los que hace viajes trayendo efectos y semillas.

—En estos momentos no sale usted de esta casa,—dijo Doña Mercedes.—Aquí está usted seguro, porque ni lo han visto entrar, ni son capaces los vecinos de delatarlo, caso de haberlo visto, porque todos son personas honradas y buenas.

—¡No, por Dios; no se vaya usted, Alberto!—agregó Amparo;—nos quedaríamos muertas de inquietud sin poder saber lo que le pasaba; no se vaya usted!

—No andaría usted una calle sin caer en manos de sus enemigos, y como nosotras no podemos salir, no sabríamos siquiera, como dice Amparo, lo que le había pasado.

Como en realidad la salida era sumamente peligrosa, y por otra parte allí podía quedar escondido unos días, tan bien como en cualquiera otra parte, consintió Alberto en quedarse.

Por los vecinos y la mujer que las hacía las compras, pues Juana tampoco salía á la calle, sabían Doña Mercedes y Amparo lo que pasaba en la ciudad, y así supo Alberto la prisión de Maximiliano y de sus Generales, y todo cuanto en aquellos días sucedía en Querétaro.

Al día siguiente de la toma de Querétaro, 16 de Mayo, publicó Escobedo un bando ordenando que en el término de veinticuatro horas se presentaran todos los que habían servido al Imperio, conminando con la pena de muerte á los que no lo hicieran.

Alberto pensó de pronto presentarse; pero después de maduro examen se resolvió más bien á correr el peligro de que lo fusilaran si era descubierto, más bien que dar á Sandoval indicio alguno de la presencia en Querétaro de Doña Mercedes y Amparo, pues debía presumir que estuvieran donde estaba Alberto; tal vez no encontrando á éste entre los prisioneros, creyera que tanto él como las señoras habían continuado el via-

je hasta México, ó estaban en alguna otra población.

Quince días después de la toma de la Plaza, le pareció á Alberto que podía empezar á salir á la calle de noche, disfrazado con el traje de la gente del pueblo; estas salidas tenían por objeto preparar los medios para huir de Querétaro llevando á Doña Mercedes y á Amparo.

El amigo con quien contaba se manifestó dispuesto á ayudarlo, pero había que esperar una ocasión propicia en que saliera una partida de carros.

Las señoras tenían una poca más de libertad, porque Sandoval había salido de Querétaro, pero con todo, se recataban mucho, para evitar que alguno las conociera y las denunciara al guerrillero.

Por fin, un día tuvo que salir una partida de carros con rumbo á San Luis Potosí, y en ella determinó Alberto que se fueran las señoras y él. Respecto de las primeras, no había dificultad; era una familia que salía de Querétaro y nada tenía que temer; para Alberto la cosa era mucho más difícil, pues se sabía que varios jefes estaban ocultos en Querétaro, entre ellos el General Ramírez Arellano, y se ejercía severa vigilancia para evitar que huyeran.

Alberto había estado muy poco tiempo

en Querétaro, no tenía relaciones en la ciudad y no era fácil que alguno lo conociera; pero temía ser descubierto por alguno de los antiguos soldados de la división de Méndez, que casi en su totalidad habían sido agregados á los Batallones republicanos.

La víspera de la salida de los carros fueron Doña Mercedes, Amparo y Juana á dormir en la casa del amigo de Alberto, donde estaban ya dispuestos los tiros de mulas y hecha la carga que se había de conducir. Entre los mozos que llevaban el equipaje de las señoras iba Alberto, que se quedó también esa noche allí entre los conductores de los carros, ayudándolos en los últimos preparativos para la marcha.

Se había convenido en que, á última hora, pidiera Alberto permiso al dueño de los carros para ir con ellos pagando una corta cantidad por el pasaje y diciendo que iba á reunirse con su familia en una hacienda de los alrededores de San Luis Potosí; pero quiso su buena fortuna que uno de los carreros se empeñara en que le dieran un ayudante más, por ser muy pesada y molesta para manejarse la carga que llevaba, y como esto fué en aquella misma noche, fingió el dueño que no era posible encontrar á esa

rora quien quisiera hacer el viaje, y entonces se ofreció Alberto exigiendo un fuerte jornal; se disputó sobre eso y al fin quedaron convenidos; hizo Alberto como que recibía una parte de la paga y quedó agregado al personal de la expedición, sin que sospechara nadie qué clase de persona era. Al despedirse de su amigo, éste dió, en calidad de préstamo á Alberto, quinientos pesos, y se lo recomendó muy eficazmente al mayordomo de los carros, recomendación que se hizo extensiva á Doña Mercedes y á su hija.

Llevaban ya varios días de camino, cuando al llegar á una venta en la que debían pasar aquella noche, se encontraron con que estaba ocupado el local por una partida de guerrilleros. No preocupó esto gran cosa á los carreros; todo se reducía á pasar la noche durmiendo en los mismos carros y á cuidar á las mulas que quedarían atadas dentro del cuadro formado por una parte de los propios carros.

Se formó el campamento á un lado de la venta, se organizó todo para pasar la noche, y se mandó dar agua á los animales.

Alberto fué uno de los designados por el mayordomo para ese servicio, que se hacía en un jagüey situado á poca dis-

tancia de la venta; ya iba á retirarse después de haber cumplido su encargo, cuando tuvo la desgracia de que llegara al jagüey, montado á caballo, el jefe de los soldados que estaban en la venta, y que no era otro que el Comandante Sandoval. A pesar de su disfraz, conoció inmediatamente á Alberto, y, sin decirle nada, llamó á tres guerrilleros que por allí estaban y les dió orden de que lo apresaran y lo condujeran á la venta. Así lo hicieron, sin que Alberto hubiera podido evitarlo y con mucha extrañeza de los mozos que lo acompañaban.

En el comedor, que era la pieza más grande que había en la venta, hizo poner Sandoval una mesa con tintero, papel y plumas, mandó quitar las mesas que servían para comer y puso sillas alrededor de la pieza; llamó luego á su segundo y á otros tres que hacían de oficiales; se sentó en el sitio preferente y mandó que introdujeran al preso con las manos atadas y custodiado por cuatro soldados.

Cuando entró Alberto comenzó una especie de interrogatorio al que no quiso contestar Alberto, por lo que Sandoval dijo:

—Como yo sé que usted es uno de los jefes que defendían la ciudad de Querétaro y no se ha presentado al General en

jefe para cumplir con lo mandado en el bando respectivo; y como los que no se presentaron deben ser fusilados en el acto en que sean aprehendidos, con sólo identificar sus personas, para llenar las formalidades vuelvo á preguntar á usted: ¿cómo se llama?

Alberto no contestó.

—Que pasen los soldados que conocen al preso.

Entraron cuatro hombres que dijeron conocer á Alberto y que era Comandante de las tropas que mandaba el General imperialista Don Ramón Méndez.

—Mañana á las cinco será fusilado el preso,—dijo Sandoval;—que se levante un acta para dar cuenta al Cuartel General. Ya pueden ustedes retirarse.

Sacaron de allí á Alberto y lo llevaron á un cuarto, donde lo encerraron, después de bien atado, poniendo dos centinelas en la puerta.

Sandoval no cabía en sí de gozo, por haber aprehendido á Alberto, y se propuso buscar muy escrupulosamente á Amparo en Querétaro, pues supuso que allí estaba.

—Si no la encuentro en Querétaro,—se dijo,—seguramente está en San Luis Potosí esperando á su novio, marido ó lo que sea, supuesto que para San Luis iba

Garay. Luego que acabe mi comisión en Querétaro, regreso para San Luis.

En el campamento de los carreros se supo inmediatamente la prisión de Alberto, y naturalmente llegó la noticia á oidos de Doña Mercedes y de Amparo.

—¡Lo fusilan, mamá, lo fusilan seguramente!—dijo Amparo media loca de terror, cuando supo la noticia.—¡Es necesario ir á verlo, y ver al jefe de esos guerrilleros para suplicarle que no lo mate, que nos lo deje, que á nadie hace daño; y en último caso, que lo lleven á Querétaro, volveremos con él y allí veremos qué se hace para que no lo fusilen.

—¿Pero qué podemos hacer nosotras solas?

—Llorar, suplicar y abrazarnos de Alberto para que nos maten á todos juntos; no se han de atrever á tanto.

Y todo esto lo decía Amparo poniéndose el tápalo y cubriendo con otro á su madre. Ya iba á salir del cuadro formado por los carros, cuando llegó Juana llena de miedo, diciendo:

—¡Niña, niña!, el que manda á los soldados que están en la venta es el Comandante Sandoval.

—¡Jesús nos ampare!—dijo Doña Mercedes, y retrocedió violentamente, arrastrando consigo á su hija.—Ya no es po-

sible más que ocultarnos lo mejor que se pueda.

—¡No, no, ahora más que nunca es necesario salvar á Alberto!—replicó Amparo, con una energía de que no se hubiera creído capaz.—El me salvó de las garras de ese hombre y yo lo salvaré ó pereceré con él. Anda á informarte, dijo á Juana, de todo lo que pase en la venta, cuidando de que no te vaya á conocer alguno; infórmate de cuántos soldados tiene Sandoval y ven á avisarme; pero no te dilates, ó voy yo misma arrostrando por todo.

Salió Juana, favorecida por la obscuridad de la noche, y no tardó en volver con la noticia de que al día siguiente, por la mañana, fusilaban á Alberto, y de que la fuerza que mandaba Sandoval se componía de treinta hombres.

La noticia del inminente riesgo que corría Alberto, cambió completamente la disposición de ánimo en que había estado Amparo, y al terror de que al principio estuvo poseída, sucedió la firme resolución de arrancar á Alberto de manos de sus enemigos.

La energía de Amparo se había comunicado á Doña Mercedes; ella también estaba dispuesta á hacer cuanto fuera po-

sible por salvar á Alberto, á quien profesaba tierno cariño.

—Ahora, madre mía, acompáñeme usted,—dijo Amparo.

Salieron las dos y se fueron á ver al mayordomo de los carros; Amparo le confesó quién era Alberto, le refirió la persecución de Sandoval, para explicar el interés que tenía en salvarlo, le dijo que era su esposo, y terminó preguntándole si estaba dispuesto á ayudarla.

—Haré cuanto esté de mi parte,—contestó el mayordomo;—pero de modo que no me comprometa, porque perdería el cargamento que llevo y acaso hasta la vida.

—Le aseguro á usted que no se comprometerá.

—Dígame qué tengo que hacer.

—¿Tiene usted entre su gente dos ó tres hombres de quienes se pueda confiar?

—Sí, mi mozo Quirino y el carrero Baltazar.

—¿Hay cerca de aquí alguna hacienda ó rancho?

—Lo más cerca es la hacienda de Arenillas, que dista unas cinco leguas.

—Deme usted papel, tinta y una pluma.

—¿Qué vas á hacer?—preguntó Doña Mercedes.

—Luego se lo explicaré á usted.

Llevó el mayordomo los objetos pedidos y Amparo escribió una carta concebida en los términos siguientes:

"Hacienda de Arenillas, Junio 5 de 1867.—Señor Don Alberto Garay.—Acabo de saber, por una casualidad, que vienes en camino y que esta noche estarás en la venta del Potrero; no sigas adelante, vénte inmediatamente para esta hacienda, en la que te esperamos mi mamá y yo; pero ven esta misma noche, pues por razones muy poderosas que te comunicaré cuando nos veamos, si llegas en la madrugada ya no nos encontrarás, y quién sabe hasta cuándo nos volveremos á ver.—Amparo Otero."

—Ahora,—continuó diciendo Amparo, después de haber cerrado la carta,—es necesario que uno de los hombres de usted lleve esta carta al jefe de los guerrilleros, que le diga que la acaba de traer un mozo que ya se fué; que usted vió que la carta era para el preso y la manda cerrada para que el jefe la vea y determine si se la entrega ó no.

Llamó el mayordomo á Quirino y le dió la carta y las instrucciones.

—Explícanos ahora lo que piensas hacer,—dijo Doña Mercedes.

—Esa carta tiene por objeto hacer que

Sandoval se aleje de aquí esta noche; al leer la carta lo primero que se le ha de ocurrir es apoderarse de nosotras, y esa comisión no se la ha de encomendar á nadie; saldrá él mismo y estará ausente toda la noche.

—¿Y si se va llevándose á Alberto?

—No es probable que quiera llevar á todos sus soldados, y si lo hace así, ya veremos qué otra cosa se nos ocurre.

Doña Mercedes estaba maravillada de la energía y el atrevimiento que manifestaba su hija, tan extraño de su carácter dulce y apasible, en el que dominaba como sentimiento fundamental la más exquisita ternura. Pero al saber Amparo que se pretendía herir de muerte al amado de su corazón, frente á aquel peligro inmediato y terrible, se despertó en su alma esa energía que todas las mujeres tienen para defender sus ideales, ya sea que éstos se cifren en el amor de un hombre, en el patriotismo ó en principios religiosos; energía que supera casi siempre á la que es propia del hombre porque ésta es reflexiva, hija de la fuerza de voluntad, mientras que la otra nace de la misma fuerza de las pasiones que la engendran; energía que, por otra parte, no era del todo extraña en el carácter de Amparo, por más que no fuera su rasgo

distintivo, y de la que dió una prueba el día en que Alberto cayó herido en la trinchera de Morelia.

Mientras iba la carta á su destino, continuó Amparo diciendo al mayordomo:

—Tiene usted, según me parece haber visto entre las cargas de los carros, unos barriles de aguardiente.

—Sí, llevo catalán.

—Necesito que me venda usted un barril.

—Van consignados á la casa de Berruecos y Compañía.

—No importa; yo pago desde luego el valor que usted le fije.

—Se lo daré á usted al costo y solamente medio barril, que es del que puedo disponer.

—Con eso basta.

—Pues está á la disposición de usted.

—Supongo que alguno de los carreros traerá una baraja.

—Eso nunca les falta.

—Esperaremos el resultado de mi carta para obrar según las circunstancias.

Amparo habló después con su madre y esta la entregó una bolsa con dinero en oro.

Entretanto, Sandoval había recibido y leído la carta de Amparo.

—No cabe duda de que me protege la

suerte, dijo cuando acabó de leer la carta.—Voy á fusilar á ese condenado de Garay que siempre se había interpuesto en mi camino, y á ser dueño y señor absoluto de la hermosísima y desdeñosa Amparo.... Voy á dar orden de que fusilen inmediatamente al prisionero para ir á traer á la muchacha con toda tranquilidad.

Iba ya á salir para dar las órdenes correspondientes, cuando se le ocurrió que su venganza sería completa si Alberto veía antes de morir, que Amparo estaba en poder de Sandoval; y se figuró que el espectáculo del fusilamiento ablandaría el corazón de Amparo haciéndola conocer el omnímodo poder de que disponía Sandoval.

Retrocedió y continuó su monóligo en estos términos:

—Yo conozco muy bien la hacienda de Arenillas; dista de aquí cinco leguas que, por ser de noche y por tener que atravesar el difícil paso de la barranca de La Leona, no pueden andarse en menos de tres horas; media hora de estancia allí, son tres horas y media; y otro tanto para volver, por venir con el estorbo de las mujeres, son siete horas. Van á dar las nueve; saliendo á esta hora, puedo estar de vuelta á las cuatro de la mañana.

Mandó llamar á su segundo, que no era otro que Juan "El Popote," y le dijo:

—Tengo que salir violentamente esta noche; pero vuelvo en la madrugada; manda ensillar uno de mis caballos, que se dispongan para acompañarme diez de los muchachos y que lleven de mano otros dos caballos ensillados, de los más mansos que haya. Tienes mucho cuidado con el preso, y que no le fusilen antes de que yo vuelva.

—Está bien.

Poco después salía de la venta Sandoval, acompañado de diez de sus hombres.



CAPITULO XXXV.

Del fin que tuvo el Comandante Sandoval.

Luego que, desde el campamento de los arrieros vió Amparo salir á Sandoval, dijo al mayordomo:

—Ahora necesito el aguardiente, y que los dos hombres de quienes me habló usted, vayan á vender ese licor á los guerrilleros; pero tan barato y de tal manera, que los embriaguen; para eso, es necesario también que los inviten á jugar y se dejen ganar el dinero que yo les daré; por último, que frecuentemente salgan y entren á la venta para que no cierren la puerta. En esto es en lo único que necesito me ayude usted. ¿Cuánto vale el licor que me vende?

—Le daré á usted el barril en cincuenta pesos.

—Aquí tiene usted cien; cincuenta por

el licor y los otros cincuenta para que jueguen y pierdan sus mozos.

—¡Quirino!

Entró el mozo y le dijo el mayordomo:

—Llama á Baltazar y ven con él.

Cuando estuvieron allí los dos les entregó el dinero y el medio barril de catalán, y les dió minuciosas instrucciones sobre lo que debían hacer.

—Descuide usted, señor amo,—dijo Quirino,—ni nos ganan el dinero y yo me comprometo á emborracharlos á todos en dos horas.

—Es necesario,—agregó Amparo,—que hagan ustedes de modo que los centinelas que cuidan la puerta del cuarto en que está el preso, abandonen su puesto.

—Yo me encargo de todo.

—Luego que esté libre la puerta de la prisión, venga uno de ustedes á avisarme.

—Para eso nos llevaremos al muletero Cristóbal, que es un muchacho muy listo.

—Como ustedes quieran,—dijo el mayordomo,—á quien no pesaba jugar una mala pasada á los guerrilleros, de quienes tenía agravios atrasados.

—Si se consigue el objeto,—les dijo por último Amparo,—cuenten ustedes con una buena gratificación.

Salieron los carreros llevando el aguar-

diente y Amparo dijo entonces al mayordomo:

—Ahora necesito que me proporcione usted un buen caballo.

—Le venderé á usted uno de los dos que tengo y que son muy buenos.

—Elija usted el que pueda correr más y sea más fuerte, y haga que lo ensillen.

—Me dará usted por él cien pesos; es muy barato; pero quiero ayudar á usted en cuanto pueda.

—No me quedan en este momento más que estas cuatro onzas de oro.

—Por ser para usted, le rebajaré los veinte pesos que faltan.

Mandó ensillar el caballo el mayordomo y Doña Mercedes y Amparo se quedaron esperando el resultado de las combinaciones de ésta. Pasaron dos horas y en nada había cambiado la situación; de vez en cuando llegaban hasta el campamento de los arrieros los ecos de las carcajadas ó el rumor de las disputas que tenían entre sí los guerrilleros; pero no parecía el ansiado mensajero que debía avisar que estaba sin guardias la puerta de la prisión de Alberto

Una circunstancia favorable había, sin embargo, aumentado las probabilidades del éxito para la fuga, y era que la noche se había obscurecido completamente;

algunos relámpagos cruzaban por el horizonte, y truenos prolongados parecían anunciar una próxima tempestad; el aire estaba saturado de humedad y á eso de las once de la noche se desató la tormenta con inusitada furia. Media hora después llegó corriendo el muchacho Cristóbal y avisó á Amparo y al mayordomo que los guerrilleros que custodiaban la puerta del cuarto en que estaba encerrado Alberto, se habían ido á jugar y á beber con los demás, que estaban en el comedor de la venta.

—Lo que hay que hacer ahora me toca á mí,—dijo Amparo.

—A tí y á mí,—agregó Doña Mercedes.

Y salieron las dos con dirección á la venta.

Veamos lo que había pasado en ésta.

Luego que Baltazar y Quirino llegaron con el medio barril de catalán, pidieron al ventero que les sirviera de cenar; abrieron la barrica del licor y convidaron á tomar á dos de los guerrilleros que estaban en el comedor.

—¿Para dónde van ahora ustedes?—les preguntó Quirino.

—Pues para Querétaro.

—Ahora los refundirán en algún Cuerpo permanente.

—Eso será á los que quieran,—dijo uno de los guerrilleros;—lo que soy yo, nomás llego á Querétaro y me doy de baja.

—Pues yo,—agregó el otro,—si encuentro acomodo en alguna hacienda, no espero llegar á Querétaro.

—¿Cuánto ganan ustedes diario?—preguntó Baltasar.

—Nada en mano; estamos no más á lo que cae.

—Pues ahora que ya se acabó la guerra no ha de caer mucho.

—Por eso no nos conviene seguir.

—Nosotros,—dijo Quirino,—no estamos muy escasos de recursos; siempre tenemos para obsequiar á los amigos y divertirnos un rato; tanto que, si ustedes quieren jugar algo mientras se hace hora de dormir, mi compañero y yo les pondremos el montecito.

—Con mucho gusto; jugaremos un poco.

—Nomás que para que se haga juego necesitamos que haya más puntos; pueden ustedes invitar á sus compañeros.

—Sí,—dijo uno de los guerrilleros,—ahora que no está el Comandante, invitaremos al segundo, que es buena gente, y á algunos más.

—Con cuánto ponen el monte?—preguntó el otro guerrillero.

—Con cincuenta pesos por lo pronto.

—Pues vamos por los compañeros.

Al poco tiempo estaban al rededor de la mesa todos los guerrilleros, excepto los dos que cuidaban la puerta de la prisión de Alberto.

El juego comenzó con varias alternativas; pero ganando siempre los carreros pequeñas cantidades, pérdida de que se desquitaban los guerrilleros tomando sendos vasos de catalán, que no tardaron en producir su efecto; sin embargo, Juan "El Popote," aunque había tomado más que cualquiera otro, estaba enteramente fresco, y de vez en cuando salía á recomendar á los centinelas que tuvieran mucho cuidado con el preso.

Cuando casi los guerrilleros estuvieron incapaces de jugar, unos por efecto del licor que habían tomado, y los otros por haber perdido lo que tenían, dijo Baltasar, en los momentos en que parecía estar de suerte "El Popote:"

—Si quiere seguir jugando y llevarse los setenta pesos del monte, traiga otros puntos, porque es partido carabino que sólo un punto ó dos le tiren al monte.

—No quedan más que dos compañeros que están haciendo guardia.

—¿Pues qué niña bonita tienen que cuidan tanto?

—Un prisionero que nos recomendó mucho el jefe.

—Déjelo con la puerta bien cerrada y que vengan esos amigos á disfrutar con nosotros un rato.

Algo se resistió "El Popote" á llamar á los que hacían de centinelas; pero al fin pudo más en su ánimo el deseo de la ganancia que el cumplimiento de las órdenes de Sandoval, y se decidió á que fueran á jugar los centinelas.

Salió en los momentos en que comenzaba la tempestad y esto acabó de decidirlo; pero no le pareció justo que la sufrieran sus compañeros á la intemperie. Les preguntó por el preso, abrió la puerta y vió que Alberto estaba bien atado y acostado sobre un sarape, revisó las ataduras, se convenció de que no era posible que las desatara el preso, salió y aseguró la puerta por la parte de afuera con un fuerte cerrojo, con lo que creyó bien guardado al prisionero, y se llevó á los que lo custodiaban.

—Ahora sí,—dijo al entrar en el comedor, convertido en sala de juego;—éstos otros dos son buenos puntos; que siga el juego.

Continuaron jugando, en esta vez con notable buena suerte por parte de "El Po-

pote" y de sus compañeros, lo que hizo que olvidaran completamente al preso.

Entonces fué cuando Cristóbal corrió á avisar que estaba libre la entrada de la pieza en que habían encerrado á Alberto.

Doña Mercedes y Amparo atravesaron en un instante el espacio que las separaba de la venta, y entraron resueltamente en ella, guiadas por Cristóbal, á tiempo que un buen golpe de "El Popote" le hacía ganar una apuesta de cinco pesos, que los carreros le pagaban en moneda fraccionaria.

Llegaron á la puerta del cuarto en que estaba Alberto, descorrió Amparo el cerrojo y entró, seguida de Doña Mercedes; sin dar explicaciones, que afanosamente pedía Alberto, le quitaron las ligaduras y volvieron á salir todos juntos, con la misma felicidad que habían entrado, cerrando cuidadosamente la puerta, tal como la habían encontrado.

El mayordomo los esperaba en el lado del campamento, opuesto á la venta, con el caballo ensillado.

—Monte usted, Alberto, le dijo Amparo, y huya antes de que vuelva Sandoval.

—Yo no dejo á ustedes expuestas á las iras de ese hombre; prefiero morir defendiéndome; si mato á Sandoval, no tendrán ustedes ya nada qué temer.

—¡Por Dios, váyase usted, váyase antes de que descubran su fuga!

—No me voy, si no se van ustedes conmigo.

—Es imposible, no tenemos más que un caballo.

—Pero en la venta están los de esos hombres; espérenme ustedes aquí, vuelvo en el acto.

—¿Qué va usted á hacer? Es una temeridad no huír al momento.

—No tengan cuidado; ven conmigo, Cristóbal, y usted présteme una arma cualquiera,—dijo Alberto, dirigiéndose al mayordomo.

Este le dió una daga, y Alberto, desprendiéndose de los brazos de Amparo, que lo detenía, corrió hacia la venta, seguido de Cristóbal.

—La venta debe tener otra salida,—dijo Alberto.

—Sí señor, un zaguán que está á la espalda y sirve para que entren y salgan los animales á los macheros.

—Entra tú en la venta, llega hasta ese zaguán y mira si puedes abrirlo por la parte de adentro, yo esperaré del otro lado.

Así lo hizo Cristóbal y, aunque con algún trabajo, pudo quitar las dos gruesas vigas que cerraban el zaguán por la par-

te del machero. Luego que estuvo adentro Alberto, tomó los dos primeros caballos que encontró, cortó las ataduras de los demás y salió, dejando abierto el zaguán; llevó los dos caballos al campamento, compró dos viejas sillas de montar á los carreros, y, acompañado ya de Doña Mercedes y de Amparo, se alejó, siguiendo el camino de San Luis Potosí. Juana se quedó para continuar el viaje en los carros.

De tiempo en tiempo salía Juan "El Popote" á ver la puerta del cuarto en que había dejado á Alberto, y como estaba cerrada y corrido el cerrojo, creía buenamente que allí estaba el prisionero.

Al amanecer, los guerrilleros habían ganado casi todo el dinero á los arrieros; éstos dejaron el juego para ir á preparar sus carros, y los primeros, disipada en parte la pesada embriaguez, fueron á limpiar y arreglar sus caballos, esperando que de un momento á otro llegara el Comandante Sandoval.

Al entrar en los macheros encontraron que la puerta estaba abierta y los caballos se habían salido al campo; dieron parte de esta novedad al "Popote" y entonces sospechó éste que hubiera huído el preso, de lo que no tardó en convencerse al entrar en la pieza en que lo había

dejado, y ver que no había en ella más que los restos de las reatas con que lo habían atado.

—¡Desgraciado de mi!—exclamó, agregando un terrible juramento.—¡El Comandante es capaz de fusilarme en lugar del preso! ¡Esos malditos carreros tienen la culpa, y me la van á pagar!

Salió con cuatro ó cinco guerrilleros de los que estaban más expeditos, y se fué al campamento.

—¡Oiga usted, grandísimo tal!—dijo, encarándose con el mayordomo, que estaba dando las últimas disposiciones para continuar su viaje.—Anoche se fugó el preso que teníamos, y ustedes son cómplices de su fuga, por habernos entretenido con el pretexto del juego. O me entrega al preso, ó me llevo á todos ustedes y decomiso los carros.

—Yo soy el que tiene que reclamar cuando llegue el Comandante; me han robado sus soldados el mejor caballo, ensillado y enfrenado, y dos sillas de mis muchachos. ¿Qué tengo yo que ver con los presos de ustedes?

—Si me levanta la voz le doy una paliza y me lo llevo. ¡A ver, muchachos, registren todos los carros; y si no está en ellos el preso, no me sale nadie de aquí!

Mire este salvo conducto que tengo del

General Escobedo, y esta orden para que se me auxilie cuando lo necesite y para que no se pongan obstáculos á mi viaje; los carros y la carga son de Don Espiridión Cendejas, compadre del General, muy amigo suyo y del señor Presidente, para quien yo llevo unos encargos. Conque, déjeme en paz y lo más que haré será no quejarme del robo de mi caballo.

Comprendió "El Popote" que nada podía hacer contra el mayordomo; pero se propuso decir al Comandante cuando llegara que los carreros habían auxiliado la fuga del preso, para que sobre ellos descargara la furia de Sandoval, y éste fuera el responsable de los atropellos que con ellos se cometieran.

Volvió á la venta y dió orden de que salieran inmediatamente patrullas de tres hombres á recorrer los alrededores, por si acaso estaba todavía por allí cerca el fugitivo.

Pero esta orden no se podía cumplir, porque la mayor parte de los caballos andaban sueltos por el campo.

Estaban ya para salir los carros cuando llegaron los diez soldados que habían salido con el Comandante Sandoval, conduciendo el cadáver de éste en unas angarillas hechas con ramas de árboles.

Juan "El Popote," que en cualquiera

otra circunstancia hubiera sentido la muerte de Sandoval, porque, á su manera, le tenía cariño, en esta vez no pudo menos que alegrarse, porque la muerte del Comandante despejaba la situación y libertaba al "Popote" de la responsabilidad que tenía por la fuga de Alberto; ya no pensó en que se persiguiera á éste, ni menos en molestar á los carreros, que pudieron seguir tranquilamente su camino.

Sandoval había llegado á la hacienda de Arenillas á las doce y media de la noche, y, como era natural, no encontró allí á Doña Mercedes ni á Amparo, ni hubo quien le diera razón de ellas. Cuando se hubo convencido de que no habían pasado por allí, quiso volver inmediatamente á la venta, porque su instinto le hizo sospechar que Amparo viajaba con Alberto, que estaba con los carreros y que la carta había sido un ardid para que no la buscara entre ellos.

No obstante que la tempestad estaba en toda su fuerza, se empeñó Sandoval en regresar á la venta, y mientras más se acercaba á ella, mayor era su impaciencia; difícilmente lo podían seguir sus compañeros; azuzaba á su caballo sin cesar, y el animal, ciego al fin por el inmerecido castigo de su jinete y por la luz fosfores-

cente de los continuos relámpagos, se lanzó en desordenada carrera poco antes de llegar á la barranca de La Leona, que era un paso difícil aun de día, porque el angosto camino iba serpenteando por un flanco de la barranca, con el precipicio á un lado y las rocas cortadas á pico en el otro. Cuando Sandoval entró en el estrecho sendero, quiso detener al caballo; pero no le fué ya posible hacerlo con la violencia que hubiera sido necesaria, y caballo y jinete rodaron al abismo, quedando muertos en él. Cuando llegaron los soldados á la barranca, no se atrevieron á pasar, sino que esperaron que la luz del alba, disipada ya la tormenta, les alumbrara el camino; bajaron sin novedad, y no tardaron en ver á su Comandante horriblemente destrozado en el fondo de la barranca; hicieron allí unas angarillas y en ellas condujeron el cadáver hasta la venta.

Juan "El Popote" mandó dar parte del suceso á la autoridad más inmediata, tomó el mando de la fuerza y siguió con ella el camino de Querétaro.

En un pueblo, á dos jornadas de distancia de la venta, se reunieron con la partida de carros las dos señoras y Alberto, porque Doña Mercedes no había podido seguir caminando á caballo. Cuando

el mayordomo les contó el fin que había tenido el Comandante Sandoval, dijo Doña Mercedes:

—Siento mucho el desastroso género de muerte que ha tenido ese hombre; pero la verdad es que, mientras él viviera, no podía haber para nosotras ni un momento de tranquilidad.

Ningún incidente tuvo ya el viaje hasta San Luis Potosí; allí se colocó Alberto como tenedor de libros en una fuerte casa de comercio, y todas las noches iba á visitar á Doña Mercedes y á su hija á la casa que había alquilado la primera.

A los dos meses de estar en San Luis, pidió Alberto formalmente la mano de Amparo.

—Aunque es usted mayor de edad,—le dijo Doña Mercedes,—tiene padre, según me ha dicho, y para conceder á usted la mano de mi hija, desearía estar segura de que el señor padre de usted aprueba esta unión.

—Antes de solicitar la honra de llamarme su hijo, escribí á mi padre sobre esto, y aquí tiene usted su contestación.

Enseñó á Doña Mercedes, Alberto, la carta de su padre, en la que este señor daba su consentimiento para el matrimonio y agregaba que estaba gestionando el indulto de los cuatro años de prisión

que le tocaban á Alberto como Comandante, según lo dispuesto por Don Benito Juárez el 8 de Junio anterior; que esperaba que muy pronto podría volver Alberto á la capital, acompañado de su nueva familia, á la que deseaba mucho conocer y á la que estaba muy reconocido por haber salvado la vida de Alberto; en la misma carta le remitía libranzas pagaderas en San Luis Potosí, para que pudiera vivir con desahogo el tiempo que aún tuviera que permanecer en aquella ciudad.

Gracias á poderosas recomendaciones, que allanaron todas las dificultades, muy pronto se unieron por fin en matrimonio los dos jóvenes, que tanto se amaban y tanto habían sufrido

Los dejaremos por ahora disfrutando la legítima dicha de estar unidos para siempre con las dulces cadenas del matrimonio, y veamos cuál había sido la suerte de los demás personajes de esta verídica historia.



CAPITULO XXXVI

En el que Sebastián Gutiérrez realiza la mayor de sus hazañas.

Gabriel Solís había solicitado y obtenido formar parte de las tropas que, el 19 de Mayo, mandó Escobedo á México para reforzar á las que sitiaban la ciudad al mando del General Don Porfirio Díaz. Al despedirse Gabriel de Sebastián éste le dijo:

—Creo que México se rendirá. sin que sea necesario dar el asalto, y que, por consiguiente, nos volveremos á ver muy pronto, sin que haya riesgo de que á tí ó á mí nos detenga una bala en el camino.

—Yo también creo, como tú, que la guerra ha concluído y que se inaugura para nuestra Patria una éra de paz y de prosperidad. Si he solicitado marchar

cuanto antes á México, es porque quiero buscar á Carmen y efectuar en seguida mi matrimonio con ella; ahora mi posición en el ejército me permite solicitar su mano desde luego, sin temor de que me rechace la familia de Don Pedro Orozco, al que supongo curado para siempre de su manía nobiliaria.

—No lo creas; sus ideas han de ser las mismas, y su odio á nosotros ha de estar recrudecido por la vergüenza de la derrota. Pero como ha de haber figurado en primera línea durante el Gobierno del Archiduque, no se ha de preocupar ahora más que de ver cómo escapa su persona, y te dejará el campo libre para tus amores.

—Siento mucho que tú no formes parte de la brigada que sale mañana; si vinieras con nosotros, no tendríamos ya que separarnos.

—Yo también desearía ser de los primeros que entraran en México.... Ahora que se ofrece, te voy á hacer una confidencia: Hay en el mundo una mujer, á la que solamente he visto dos veces, que ha hecho en mi corazón una impresión extraña, y que es probable que esté ahora en México; una mujer de la que me separa una distancia infinita, y de la que hay momentos en los que creo que estoy

enamorado. Si estuviera yo en México al entrar nuestras tropas, la buscaría por todas partes, no como tú á tu novia, porque no lo puede ser mía, sino para prestarla algún servicio de que tal vez necesite, acaso para salvarla de algún peligro.

—Según eso, tienes la desgracia de amar á una mujer casada.

—No; si lo fuera, no pensaría en ella ni un momento.

—¿Pues qué clase de mujer es esa que, siendo libre, no está á tu alcance?

—Es una Condesa extranjera, que habitaba en el Palacio de Maximiliano cuando estaba en México la Archiduquesa Carlota.

—¡Pobre Sebastián! Tu amor es realmente una quimera, un imposible, porque esa Condesa ha de haber salido de México cuando se fué la esposa de Maximiliano y no la volverás á ver.

—¡Quién sabe!....

—¿En qué circunstancias conociste á esa Condesa? Supongo que no fué en los campamentos, y no sé que tú hayas vivido en la Corte.

Sebastián refirió sus dos encuentros con la Condesa.

—¿Por qué no solicitas, como yo, formar parte de la expedición á México?

—Porque tengo el encargo de confianza de custodiar al Archiduque prisionero, y abandonar ese puesto casi sería tanto como desertar al frente del enemigo.

—Tienes razón; no puedes separarte de Querétaro mientras no te releve el General en jefe de la comisión que te ha dado.

—Ojalá que, contra nuestras previsiones, se prolongue el sitio de México y pueda ir á alcanzarte.

—De todos modos, muy pronto nos veremos.

Se despidieron los dos amigos y al día siguiente salió Gabriel para México.

El 24 de Mayo fueron transladados Maximiliano, Miramón y Mejía al ex-convento de Capuchinas, y se les comenzó á instruír proceso. Sebastián continuó mandando el Batallón encargado de custodiar á los presos.

Estaba alojado el Coronel Sebastián Gutiérrez, en una casa situada muy cerca del edificio que servía de prisión á Maximiliano y á sus Generales: la casa era sola, de un solo piso, sin más habitaciones que las ocupadas por el Coronel y sus asistentes. Generalmente, Sebastián comía en la misma casa y una noche él y otra el Teniente Coronel del Cuerpo, se quedaban vigilando en el ex-convento de Ca-

puchinas, sin perjuicio de que Sebastián hiciera frecuentemente y á todas horas, rondas por todo el edificio, para cerciorarse de que no se descuidaba en lo más mínimo la severa vigilancia que tenía establecida.

En la noche del 4 de Junio llegaron á Querétaro los Ministros de las Naciones extranjeras y los Defensores de Maximiliano, que habían salido con ellos de México; en compañía de estos personajes llegó también la Condesa de Schewerrer.

Para todos era ya una cosa segura que el Consejo de Guerra que estaba juzgando á Maximiliano, á Miramón y á Mejía, los condenaría á la pena de muerte; esto hacía que la vigilancia de Sebastián se extremara, no saliendo del edificio de la prisión sino muy rara vez.

El 6 de Junio, entregó á Sebastián uno de sus asistentes una carta cerrada; la abrió el joven y leyó lo siguiente:

"Señor Coronel: Suplico á usted tenga la bondad de recibirme á solas en su casa á las ocho de la noche del día que usted me indique, para tratar de un asunto del mayor interés."

La carta no tenía firma.

—¿Quién ha traído esto?—preguntó Sebastián.

—Un mozo que dijo había de volver mañana temprano por la contestación.

Sebastián examinó detenidamente la carta; la letra era fina, desigual, y parecía de mujer. De pronto pensó no contestar; pero luego se dijo que nada arresgaba con saber lo que se le quería decir y resolvió acceder á la cita; contestó diciendo que esperaba en la noche siguiente á la persona que le escribía.

Desde las siete de la siguiente noche estaba Sebastián en la pieza de su casa que le servía de recibidor, esperando impaciente la anunciada visita. Había dado orden á sus asistentes de que luego que llegara la persona que esperaba, la hicieran pasar y cuidaran de que nadie entrara á interrumpirlo.

A las ocho en punto abrió la puerta uno de los asistentes y penetró á la estancia una mujer cubierta con un velo. Al ver á Sebastián hizo un movimiento de sorpresa, y cuando quedaron solos, dijo, levantándose el velo:

—No esperaba yo encontrar aquí á mi galante Capitán Gutiérrez; permita usted que comience por felicitarlo por su ascenso.

—Mil gracias, señora,—contestó Sebastián, que se había puesto densamente pá-

lído al reconocer en la encubierta dama á la Condesa de Schewerrer.

—Aunque mi visita sea al Comandante de la guardia que vigila la prisión del Emperador Maximiliano, y no al antiguo amigo que conocí en mejores tiempos, me llena de satisfacción encontrar á usted, á quien tanto debo y de quien no había vuelto á tener noticias.

—Es para mí también, señora, muy grato, el ver á usted, y más aún saber que se acordaba del obscuro soldado que no ha tenido en este mundo más dicha que la de haber prestado á usted un insignificante servicio.

—Servicios me prestó usted de aquéllos que jamás se olvidan.

—Y que de sobra están recompensados con el simple recuerdo que de ellos se hace.

—¡En qué situación tan distinta de la última en que nos vimos volvemos á encontrarnos!

—Pero ahora, lo mismo que entonces, todo cuanto tengo y cuanto valgo, está á la disposición de usted.

—Luego, lo más tarde posible, hablaremos de lo que aquí me ha traído; no mezclemos asuntos extraños en nuestra primera entrevista; vale más recordar pasados tiempos; no quiero hablar al Co-

ronel Gutiérrez, sino al apuesto Capitán de guerrilleros que me escoltó en el camino de Puebla; á éste le tengo confianza, al primero casi no lo conozco.

—Si así es, de muy buena voluntad me despojaría de un grado que me llenaba de orgullo, y que de hoy más me será enojoso.

—Tengo que pedir á usted me disculpe de no haberme informado antes en esta ciudad si en ella estaba usted; pero llegué hace muy pocos días, á nadie conozco aquí, y lo que me trajo á esta ciudad absorbía por completo todos mis pensamientos.

—Era natural que el recuerdo del humilde soldado se desvaneciera ante la magnitud de los últimos acontecimientos políticos.

—Tengo una misión sagrada que llenar, y á cumplirla he consagrado toda mi energía; pero si la cabeza tiene por deber que ocuparse en asuntos de otra naturaleza, el corazón guarda sus afectos, que no se desvanecen ni se pierden, cualesquiera que sean las vicisitudes de la vida.

—Tiene usted razón; yo he guardado en mi alma un dulce sentimiento que me acompaña por todas partes y que no han podido debilitar ni los peligros de una larga y penosa campaña, ni el tiempo, ni

la certeza de que ese sentimiento tiene por único porvenir dulcificar con su recuerdo mis horas de soledad.... Pero no es de mí de quien debemos ocuparnos, sino de usted. Yo creía que había usted salido de la República acompañando á la esposa de Maximiliano, ó que, si no era así, estaba usted en la ciudad de México.

—La Emperatriz quiso que permaneciera aquí y he estado en la capital hasta el día primero de este mes, en que, aprovechando la salida de los Ministros extranjeros, pude venir con ellos á esta ciudad.

—Tenía yo grandes deseos de marchar al sitio de México para servir á usted en el caso de un asalto; ó de que por cualquiera otro motivo tuviera usted necesidad de mí; pero me lo impidió la comisión que aquí desempeño.

—Ese deseo es otro motivo más de agradecimiento que anoto entre los que ya tengo.

—Acaso en ese deseo había mucho de egoísmo por mi parte.

—No me explico por qué.

Comprendió Sebastián que había ido más allá de lo que debía y contestó:

—Por la mayor parte de gloria que podría adquirir en el asalto, y porque acaso obtuviera otro ascenso.

—Esta entrevista se ha prolongado demasiado y aun no he dicho á usted el objeto con que la solicité; pero es ya tarde para tratar ese asunto. ¿Me permitirá usted que vuelva á verlo?

—Eso es una dicha para mí y estoy á la disposición de usted. No la ofrezco ir á su casa, porque no me es permitido separarme de estos lugares, y, contra mi voluntad, tengo que cometer la falta de esperar su visita, en vez de ser yo quien solicitara tener el honor de ser recibido en su casa.

—Comprendo muy bien que no estamos en circunstancias normales y á mí me toca hacer las veces de solicitante. ¿Cuándo y á qué hora podré venir?

—Mañana estoy de servicio; pero pasado mañana estaré aquí á la disposición de usted desde las siete de la noche.

—Entonces, pasado mañana vendré, á la misma hora que vine hoy. Adiós, Coronel.

—Capitán, señora, ya que el Capitán tuvo la dicha de ser á usted agradable y casi no conoce al Coronel.

—Pues bien: hasta pasado mañana, Capitán Gutiérrez.

—Adiós, señora.

Salió la Condesa y Sebastián quedó un largo rato, sin darse cuenta exacta de la

sensación que experimentaba, ni de los pensamientos que se le ocurrían; le parecía un sueño haber vuelto á ver á la Condesa, que se le figuró más hermosa que nunca; no recordaba lo que la había dicho; apenas como de un suave murmurio se daba cuenta de haber oído de sus labios palabras halagadoras y únicamente recordaba de un modo preciso, que la Condesa había de volver.

Poco á poco fué recobrando Sebastián su calma y el dominio sobre sí mismo, y entonces se preguntó: ¿á qué habría ido la Condesa? En la imposibilidad de suponer siquiera el asunto que pretendía tratar con el jefe de la guardia que custodiaba á Maximiliano, dió á sus pensamientos distinto giro, y examinando detenidamente el estado de su corazón, comprendió que estaba ciegamente enamorado de la Condesa, que aquel amor había nacido cuando la conoció en el camino de Puebla, y que tenía hondas raíces en su corazón. Amor enteramente puro y desinteresado, pues se había mantenido, había ido creciendo y le llenaba el alma, sin que por un momento hubiera sido alimentado con la esperanza de unirse á la mujer amada; amor que no era más que un continuo é interminable sacrificio.

Sebastián se dejó avasallar por aquel

sentimiento y no pensó más que en la dicha de volver á ver á la Condesa, oír sus armoniosas palabras y embriagarse en aquella atmósfera saturada con el perfume de su aliento.

En aquel estado de ánimo pasó los dos días siguientes, hasta que llegó por fin el momento en que debía volver la Condesa. La esperaba Sebastián, como la vez primera, en el saloncito de su casa; pero ahora estaba la pieza adornada con flores y se notaba mayor limpieza y elegancia en el uniforme del joven Coronel.

A las ocho entró la Condesa, conducida por el mismo Sebastián, que la esperaba en la puerta, y no por el asistente.

—Ahora;—dijo la Condesa, después de saludar á Sebastián y de tomar asiento,—voy á hablar á usted del importante y grave asunto que me ha traído aquí.

—Estoy á las órdenes de usted.

—Ha comenzado el juicio á que se quiere someter al Emperador y todos preveen que la sentencia será terrible contra este infortunado Príncipe. Su esposa, la Emperatriz Carlota, ha perdido la razón, y acaso la única manera de hacer que la recobre será llevar á su lado á Maximiliano. Si el Consejo de Guerra lo condena á muerte, aun cuando se conmutara esa pena en la de prisión, mi infeliz amiga, la

Princesa Carlota, estaría perdida sin remedio; la condenación de Maximiliano será la condenación de su esposa á una terrible pena: á la de perder el juicio para siempre. Usted, lo mismo que todos sus compañeros, saben que Maximiliano vino á este país engañado por el Emperador Napoleón; que se le hizo creer que toda la Nación lo llamaba y que está dispuesto á dar su palabra de honor de no volver á México. De usted depende en este momento la salvación del desgraciado Príncipe y de su esposa. No le pido á usted más que un descuido en la vigilancia durante el poco tiempo que yo le indique: eso nos bastará para salvar al Príncipe. A otro que no hubiera sido usted, venía dispuesta á pagarle doscientos mil pesos por el servicio que demando; á usted, nada le ofrezco más que la satisfacción de haber contribuído á salvar á dos inocentes.

Sebastián había escuchado atentamente á la Condesa, y cuando ésta terminó, una sombra de profunda tristeza velaba el semblante del Coronel.

—Señora,—dijo,—nunca creí que pudiera usted proponerme que faltara á mis deberes. Lo que acabo de oír me llena de amargura, porque demuestra que no he podido llegar á inspirar á usted la es-

timación que se tiene á las personas honradas. ¡Qué opinión tan desfavorable tendrá usted de mí para haberme hecho semejante proposición!

—No he creído ofender á usted tratando de interesarlo por dos víctimas inocentes de las contiendas civiles de este pueblo. Ningún perjuicio se sigue á la causa que usted defiende con que se salve Maximiliano: al contrario, eso dará mayor prestigio á la República y le evitará probablemente otra guerra extranjera, porque tras de Maximiliano están todos los Monarcas de Europa y hasta los Estados Unidos, que se interesan vivamente por la salvación del Emperador. Cuando la Emperatriz Carlota se ausentó, me dejó encomendado que velara por Maximiliano. ¿Cómo voy yo á decirla que lo dejé perecer á manos de sus enemigos? ¿Cómo vuelvo á Europa dejando aquí los restos ensangrentados del Archiduque?... Sebastián, yo he adivinado que usted me ama; lo leí por primera vez en sus ojos cuando nos despedimos en el camino de Puebla: me lo confirmaron los latidos de su corazón y la dulce presión de su brazo cuando me condujo al Palacio Imperial; y estoy orgullosa de haber inspirado ese amor al único hombre que ha interezado mi corazón.... Porque ahora ya se

lo puedo decir todo, las circunstancias en que nos encontramos rompen las conveniencias sociales: yo también amo á usted. Me interesó vivamente el caballeroso y valiente guerrillero, me sedujeron las hazañas del atrevido partidario y acabó de ganar mi corazón el noble defensor de una pobre y, para él, desconocida mujer. Vámonos de aquí, Sebastián, dejemos esta tierra tinta en sangre que tal vez se derrame todavía por mucho tiempo, y seremos felices allá en Europa, rodeados de la consideración merecida por haber salvado al Archiduque Maximiliano.

—Amo á usted con toda la ternura de mi alma; este amor ha sido mi constante ensueño desde que la conocí; el recuerdo de usted ha llenado todas las horas de mi vida, y la esperanza de volver á verla me ha sostenido en las rudas pruebas por las que he tenido que pasar. Ahora, ya no me sostendrá la esperanza sino el recuerdo de esta nuestra última entrevista, que guardaré escondido en lo más recóndito de mi alma para que no se evapore; á este dulcísimo recuerdo acudiré en los días de profunda tristeza que me aguardan. Pero esa dicha que usted me ofrece y está en estos momentos en mis manos, no la puedo disfrutar. Sobre mi amor, sobre todo cuanto hay en el mundo, están mi

Patria, mi Bandera y mi honor. Si me fuera dado conquistar la felicidad que usted me ofrece á costa de largos años de sufrimientos, á costa de toda mi sangre, no vacilaría un instante; es más, si para proporcionar á usted el más ligero placer fuera necesario sacrificar mi vida, la daría gustoso; pero deshonrarme, eso nunca; porque deshonraría también mi amor, porque usted, á quien llevo grabada en mi corazón, participaría de la vergüenza y de la deshonra.

La Condesa estaba subyugada por la ternura que se desbordaba con las palabras de Sebastián; tenía fijos en él sus hermosísimos ojos, y á proporción que el joven hablaba aquel lenguaje que nunca había oído la Condesa, sentía derretirse su corazón, penetrar en su alma las nobles ideas de Sebastián, y llegó á ver como un crimen la propuesta que le había hecho.

Temblando de emoción y sollozando de ternura, tomó la Condesa la mano de Sebastián y le dijo:

—Perdóneme usted, estaba loca cuando pude creer que mi ídolo descendiera de su pedestal; que mi héroe se convirtiera en un hombre vulgar; perdóneme usted y olvide mi necia proposición.

—De cuanto ha pasado entre nosotros,

no conservaré más recuerdo que el de la dicha de haber vuelto á ver á usted. Es lo único posible entre el rudo soldado republicano y la noble señora vástago de antigua nobleza.

—Mi lealtad me obliga á confesar á usted que seguiré tratando de salvar á Maximiliano por cuantos medios pueda, porque á hacerlo así me obliga el compromiso contraído con la Emperatriz Carlota.

—Yo, por mi parte, extremaré la vigilancia y defenderé á mi prisionero, aun á costa de mi vida.

Se despidió la Condesa, y Sebastián, desde aquella misma noche, se transladó al ex-convento de Capuchinas, del que no volvió á salir, para estar á todas horas vigilando la seguridad de los prisioneros; y redobló de tal manera las precauciones respecto de ellos, que hizo totalmente imposible la fuga de Maximiliano.

La Condesa persistió en su propósito y se dirigió con tal objeto á los otros jefes del Batallón que mandaba Sebastián; éstos fingieron acceder á las propuestas que les hizo; pero dieron parte al General Escobedo y el resultado fué que saliera violentamente desterrada de Querétaro la Condesa; el 14 de Junio se hizo también salir de la ciudad al Barón del Lago

y á los Ministros de Bélgica, Italia y Francia, con orden de ir á vivir en Tacubaya, y conminándolos con la pena de muerte si volvían á Querétaro antes de ocho días. (1)

---

(1) La princesa de Salm Salm fué la que concibió el proyecto de que se fugara Maximiliano de acuerdo con éste. Para realizar la fuga firmó el Archiduque dos libranzas de cien mil pesos cada una, que debían servir para comprar con ellas á dos jefes republicanos, los coroneles don Miguel Palacios y don Ricardo Villanueva; ambos fingieron acceder, pero dieron parte á Escobedo, y éste mandó que saliera inmediatamente de Querétaro la princesa. Medió la circunstancia de que, para dar mayor fuerza á las libranzas, debían subscribirlas también los representantes de las naciones extranjeras que estaban en Querétaro; cuando esos señores supieron el objeto á que se destinaban las libranzas, temblando de miedo se negaron á firmarlas y las hicieron pedazos. Aquí tiene aplicación aquel verso de Zorrilla:

"¡Con valientes servidores
Cuenta el rey don Sebastián....!
¡Pobres reyes, siempre dan
Con *cobardes* ó traidores!"



CAPITULO XXXVII

Lealtad, valor y heroísmo.

Rafael y Diego llegaron á Querétaro, como hemos dicho, al día siguiente de la toma de la Plaza, cuando ya estaba prisionero el General Mejía. Nada pudieron hacer de pronto, ni siquiera ver al General, por lo que continuaron aparentando ocuparse exclusivamente de su comercio.

Rafael conoció á varios soldados de los que habían hecho la campaña con Mejía, que habían sido agregados á las tropas republicanas, como era costumbre hacerlo desde tiempo inmemorial, á lo que acaso se debió en gran parte que fueran tan fáciles y frecuentes los "pronunciamientos," pues aunque, por lo común, los simples soldados no tenían ideas fijas ni pertenecían realmente á determinado partido, ha sido cualidad general de nuestro

pueblo el ser agradecido y encariñarse con sus superiores cuando éstos no lo tratan mal; y así es que cuando un jefe liberal, ó vice versa, encontraba en un Batallón contrario soldados que habían militado á sus órdenes y que habían cambiado de bandera, porque prisioneros en una derrota se habían convertido en soldados de los vencedores, le era muy fácil á ese jefe rehacerse de sus antiguos soldados que arrastraban tras de ellos á todo el Batallón.

Entre los soldados que reconoció Rafael, había varios en los que podía tener entera confianza, por saber sus antecedentes y constarle que profesaban sincero cariño á su bravo General Mejía; especialmente se fijó en un viejo sargento que había servido en el Batallón de que era Comandante Rafael. Un día procuró hablarle á solas y le mandó un recado con Diego; cuando el sargento conoció á éste, experimentó un gran placer, y lo primero que hizo fué preguntarle por su antiguo Comandante; Diego le refirió todas las aventuras que habían tenido y concluyó diciéndole que Rafael estaba en Querétaro y deseaba hablarle.

—Dile á mi Comandante que lo iré á ver el primer día que esté franco; pero que se tenga mucho cuidado y se esté muy

bien escondido, porque como no se ha presentado, si lo cogen lo fusilan como al General Méndez.

—Como nosotros no estuvimos aquí en el Sitio, no nos conocen más que los antiguos compañeros, que no nos han de denunciar.

—Es claro que ninguno de nosotros los denunciará; pero no te fíes, porque hay aquí muchos que se paseaban muy "giros" en Matamoros cuando estábamos de ganancia, que conocieron á nuestros jefes y los acompañaban en las diversiones, y tomaban copas con ellos, y que ahora son aquí Comandantes y Coroneles y los peores "ocotitos."

—Estamos muy bien disfrazados para que esas gentes nos puedan conocer.

—Pues ya te digo; mira, el domingo que viene, estoy franco; espérame á las once en la plaza, y de allí nos iremos á ver á mi Comandante.

—El domingo nos veremos.

—No dejes de ir.

—No tengas cuidado, que no faltaré. ¡Ah! no les digas á los demás compañeros que me has visto.

—Se entiende, hombre; ¿cómo he de irla "pitando" por ahí?

El domingo siguiente fueron puntuales á la cita Diego y el sargento, que se lla-

maba Toribio Ruiz. Al llegar éste al "puesto" de mercería que tenía en la plaza, Diego, lo encontró acompañado de otro mercillero á quien no conoció; pero en un momento en que no había gente en el "puesto," se acercó el compañero de Diego al sargento, que fingía examinar unos cuchillos, y le dijo:

—¿Ya ves, Toribio, como no es fácil que me conozcan?

—¡Mi Co......!

—Silencio; no sea que te oiga alguno. Para todos debemos ser paisanos tuyos que te traemos noticias de tu casa y que para celebrar nuestro encuentro comemos juntos en la fonda; luego salimos á pasear, y en el campo, cuando estemos solos, te diré para lo que te necesito.

Se hizo como Rafael había indicado, y cuando estuvieron en un lugar á propósito y seguros de que nadie podía oírlos, dijo Rafael:

—Supongo que tú y todos los muchachos que están aquí son fieles á nuestro General Mejía.

Todos lo hubiéramos seguido si se pone á nuestro frente para romper la línea en el cerro de las Campanas; pero estaba allí el Emperador, él mandaba y todos tuvimos que agachar la cabeza y que rendirnos. Si ahora se montara á caballo el

General, y nos llamara, lo sacábamos de aquí entre todos y nos lo llevábamos libre á la sierra.... Pero ya sabe usted, mi Comandante, que somos soldados viejos, no tenemos otro oficio que seguir, y por fuerza tenemos que darnos de alta en las filas, aunque sea cambiando de jefe.

—Se trata de libertar al General; pero estamos solos Diego y yo y no podemos hacer nada; por eso te he llamado para que me digas con quiénes de tus compañeros podemos contar.

—Vea usted, mi Comandante, en el Batallón en que yo estoy es donde han refundido á la mayor parte de nosotros, y somos como unos cuarenta ó cincuenta.

—¿Se puede contar con todos?

—Eso sí, á todos los conozco y respondo de ellos.

—Bueno, eso ya es algo. Procura hablarles con disimulo; no les digas por ahora de lo que se trata, únicamente procura recordarles lo que era para nosotros el General Mejía, avívales el recuerdo de su valor y de tantos beneficios como nos hizo, para que cuando llegue la vez no teman ayudarnos.

—Le aseguro á usted que de los que yo elija, ninguno se "raja."

—Por conducto de Diego te avisaré lo que haya de hacerse.

—Ya Diego sabe en qué cuartel estoy y puede ir, porque aunque lo conozcan, puede decir que se desertó desde la toma de Matamoros.

—¿Tu Batallón da alguna vez la guardia del convento en que está prisionero el General?

—No; allí está de guardia otro Batallón de los que vinieron con el General Régules; pero en él no han refundido á ningún prisionero y ese Batallón no lo relevan; parece que no nos tienen todavía mucha confianza.

—Bueno, ya veremos lo que se hace; tú estate prevenido para cuando te necesite.

—Estoy dispuesto á hacer lo que me mande mi Comandante.

Después de esta conversación se pasaron varios días sin que Rafael pudiera encontrar medio adecuado para realizar la fuga del General Mejía. Había reunido todos los fondos de que podían disponer él y Diego, y con parte de ellos compró un magnífico caballo, una espada y un par de pistolas; el caballo, que decía necesitarlo para las expediciones que hacía con motivo de su comercio, lo tenía perfectamente cuidado y listo para todo servicio.

Un día en que había salido solo Diego,

volvió al mesón que les servía de alojamiento y dijo á Rafael:

—¿Sabe usted á quién ví ahora?

—¿A quién?

—A Don Ernesto Suárez, aquel que escribía en la Mayoría.

—No me acuerdo de él.

—¿Cómo no, señor? ¿No se acuerda usted del que dibujaba las caricaturas, que una vez lo puso arrestado el Coronel Samaniego porque lo sacó en figura de zopilote y anduvo por toda la División el retrato del Coronel?

—¡Ah, sí! ya me acuerdo.

—Ahora está de escribiente en el Cuartel General.

—¿Y le hablaste?

—Me conoció y me preguntó por usted; yo le dije que no sabía dónde estaba, porque me había separado del servicio cuando la capitulación de Matamoros.

—Infórmate en dónde se le puede ver, tal vez tengamos necesidad de él.

—Ya sé dónde lo puedo encontrar; todos los días sale del Palacio á las doce y se va á tomar una copa á la cantina de la plaza.

Por la mente de Rafael había cruzado una idea, que de pronto le pareció irrealizable por lo atrevida; pero que se le fijó con insistencia en la imaginación. Na-

da dijo á Diego; pero desde aquel día andaba preocupado, y por fin, algún tiempo después dijo á Diego que preguntara al sargento Toribio si en un momento dado podría contar con tener á su disposición veinticinco ó treinta hombres armados y uniformados, en el concepto de que no volverían al cuartel, sino que tendrían que correr los riesgos de una deserción con armas.

Toribio contestó que no era fácil que pudieran salir tantos hombres juntos, del cuartel; que se podría contar con seis ú ocho; pero que él conocía á muchos soldados de la División de Mejía que no se habían incorporado al ejército republicano y que conservaban sus armas; que lo que podría fácilmente hacer, era proporcionar veinte ó treinta uniformes de su Batallón.

Con mucho trabajo pudo Diego reunir veinticinco hombres decididos á sacrificar su vida por salvar al General Mejía en una intentona que ignoraba todavía Diego cuál sería; pero que, según decía Rafael, necesitaba ponerse en práctica por hombres muy resueltos y atrevidos.

Cuando estuvo arreglado el número de hombres que Rafael creía necesarios, dijo á Diego:

—Ahora es indispensable arresgar el

todo por el todo: busca á Ernesto Suárez, dile que me has encontrado aquí, que me hablaste de él y que te encargué lo trajeras á visitarme.

—¿Y si nos juega una mala pasada y lo denuncia á usted?

—Se corre ese riesgo; pero no hay manera de evitarlo. Haz lo que te digo.

Cumplió Diego el encargo, aunque con cierta repugnancia, y se presentó acompañado de Suárez en el lugar apartado para donde le había dado cita Rafael.

Era Suárez un joven de buena familia, algo calavera; pero honrado y de buenos sentimientos; confiado en esto, se había resuelto Rafael á descubrírsele, sobre todo, porque estaban corriendo los primeros días del mes de Junio y era necesario que se verificara la fuga de Mejía antes de que terminara el proceso, al que, de seguro, seguiría la ejecución de los condenados; por esto fué por lo que, yendo directamente á su objeto, dijo Rafael á Suárez, después de los saludos respectivos:

—He querido ver á usted porque tengo la firme resolución de salvar al General Mejía; el tiempo urge y no se me ha ocurrido ni puedo disponer de otro medio para conseguir mi objeto, que un proyecto que he formado, muy atrevido, de mu-

chísimo riesgo para los que intervengan en él y que no puedo intentar sin el auxilio de usted. ¿Quiere usted ayudarme?

Permaneció Suárez pensativo durante un corto rato y al fin dijo:

—Vea usted, he corrido mil aventuras peligrosas, algunas no muy santas; he arresgado muchas veces mi vida por verdaderas fruslerías; tendré al menos en mi abono una acción meritoria: Sea lo que fuere de lo que se trate, cuente usted conmigo para salvar al General Mejía, á quien debo mil favores y consideraciones.

—¿Le será á usted posible falsificar una orden del General Escobedo?

—Ensayaré y le resolveré á usted. ¿Qué clase de orden ha de ser?

—Para que el jefe de la prisión de Capuchinas entregue el preso al oficial que lleve la orden y que se ha de presentar con una escolta.

—Yo puedo fácilmente hacerme de papel timbrado y sellado con el sello del Cuartel General; lo difícil es falsificar la firma, pues en cuanto á la letra del Cuerpo de la orden, conoce muy bien la mía el Coronel encargado de la custodia de los presos. ¿En qué términos ha de estar la orden? Se lo pregunto á usted para ensayar la firma teniendo ya la orden escrita y en blanco únicamente la fecha.

—En estos términos: "El jefe de la prisión de Capuchinas entregará el preso Tomás Mejía al oficial que lleva la presente para que, con la custodia respectiva, lo conduzca á este Cuartel General."

—Pasado mañana tendrá usted la orden con la fecha en blanco, fecha que pondré yo mismo cuando usted me lo indique; para entonces tendré preparada mi fuga de esta ciudad, que, si se realiza la del General, pasará desapercibida y cuando me busquen ya estaré lejos

Rafael estrechó la mano de Suárez, y se despidieron, quedando citados para un día después en el mismo lugar.

—Ahora,—dijo Rafael á Diego,—necesito un uniforme de Capitán, de cualquiera de los Batallones que están en la Plaza; encárgate de conseguirlo y en una noche lo adaptaremos á mi cuerpo, si por acaso no me viene bien. La comisión no es difícil habiendo tanta variedad de uniformes en la ciudad.

En el día convenido se presentó Suárez llevando la orden redactada por Rafael, con una imitación perfecta de la firma del General Escobedo.

—Cuando quiera usted que le ponga la fecha, me manda usted un recado; no vaya usted á hacer uso de la orden sin que

yo mismo le ponga la fecha, porque desconfiarían si va de otra letra.

—Crea usted que no descuidaré nada de lo que pueda asegurar el éxito.

—¿Y quién llevará la orden?

—Yo mismo.

—¿Con soldados que sirvan de escolta?

—Con soldados.

—Pero si el General huye, usted será preso irremisiblemente y fusilado, con toda seguridad.

—Ya lo sé, y creo que por más que lo procure, será muy difícil, por no decir imposible, que me libre de caer en manos de nuestros enemigos; pero eso es muy secundario, lo esencial es que el General pueda ponerse en salvo.

Suárez se sintió hondamente conmovido ante el heroísmo de Rafael, que exponía, más bien que sacrificaba, su vida, con la más perfecta naturalidad, por salvar al General Mejía, y le dijo con firme acento:

—Comandante, á vida y á muerte cuente usted conmigo; si hay algo más que hacer para ayudar á usted en su generosa empresa, sea lo que fuere, puede usted disponer de mi persona.

—Gracias, señor Suárez, lo que ha hecho usted es bastante y por ello le estoy sumamente agradecido; solamente supli-

co á usted me diga qué tengo que hacer para hablar con el General Mejía.

—Es lo más fácil. Yo daré á usted un pase del Cuartel General, y como no están incomunicados los prisioneros, basta que pida usted permiso al Capitán de la guardia, que pasen recado al General y éste consienta en recibirlo; acaso ésta sea la parte difícil, porque solamente habla con su defensor y con las personas de su familia.

—Le agradezco á usted mucho sus noticias y el nuevo favor que me hace proporcionándome el pase.

—Nada de eso vale la pena.

Al separarse Suárez de Rafael, se dirigió éste al mesón donde lo esperaba Diego, le dió instrucciones sobre lo que debía hacer al día siguiente, y volvió á salir.

Se encaminó á la casa donde vivía la esposa del General Mejía, á la que no había ido á ver antes porque no quiso darla parte de sus proyectos hasta que éstos tuvieran alguna, aunque débil, probabilidad de éxito; por el camino se dijo que era una crueldad hacer vislumbrar esperanzas á aquella pobre mujer, para que, si no se realizaban, le fuera más penosa la triste realidad, y resolvió no decirla sino lo que fuera absolutamente necesario

para que lo ayudara á conseguir una entrevista con el General. Así es que, cuando llegó á la casa y se dió á conocer, únicamente la dijo que deseaba saludar al General; pero como no podía presentarse con su nombre, por estar prófugo del sitio de Puebla, quería que la señora le diera un recado escrito, á fin de que Mejía no pusiera inconveniente para recibirlo.

Accedió la señora y le dió una carta, en la que decía al General que un antiguo sirviente de su casa deseaba saludarle, y le suplicaba que lo recibiera.

Se presentó Rafael en el ex-convento de Capuchinas con su acostumbrado disfraz y el pase que le proporcionó Suárez: pasaron el recado al General, y éste dijo al oficial de la guardia encargado directamente de su custodia que, si no había otro inconveniente, permitiera la entrada al que había llevado la carta.

Entró Rafael, á quien de pronto no conoció Mejía; pero cuando estuvieron solos, aunque siempre á la vista del centinela, por más que éste no pudiera oír la conversación, Rafael dijo, con voz entrecortada por la emoción:

—Mi General, ¡cuánto más me hubiera valido sucumbir frente al enemigo, que ver á usted en esta situación!

—Y yo siento una gran satisfacción al ver que mi bravo Comandante Armijo ha podido escapar de las manos de estos hombres. Cuénteme usted lo que le ha pasado desde que nos separamos.

—No ha sido más que una serie de desgracias. Fuí destinado á la Guarnición de Puebla; sufrimos un sitio, cuyo resultado no era difícil de prever, supuestas las desacertadas disposiciones de la defensa; en una noche se perdió todo el magnífico material de guerra con que contaba la Plaza, y quedó destruída una Guarnición que, mejor dirigida hubiera podido sostenerse por mucho tiempo, porque no faltaban recursos de todas clases en la ciudad. Yo pude salvarme, y no quise presentarme como prisionero al General Díaz, porque esta ciudad estaba sitiada y pretendí unirme con usted para combatir á su lado; pero las dificultades del camino me hicieron llegar cuando todo estaba perdido.

—Aquí, ha sido inexplicable la toma de la Plaza; pero sea lo que fuere, esto no tiene ya remedio.

—No habiendo llegado á tiempo para tomar parte en la defensa, he buscado los medios de arrancar á usted de las manos de sus enemigos, y creo haber encontra-

do la manera de que pueda usted huir fácilmente.

—¡Pobre Comandante!... Es un gran consuelo en la desgracia, saber que hay corazones leales y valientes que nos conservan su cariño; pero la fuga, en las circunstancias en que nos encontramos, es absolutamente imposible.

—No, mi General, es, por el contrario, sumamente fácil, como la he dispuesto.

—¿Y de qué medios piensa usted valerse?

—Tengo una orden del General Escobedo para que vaya usted con una escolta al Cuartel General; la orden está escrita por el escribiente del General Escobedo, en papel con su timbre, con el sello del Cuartel General, y está perfectamente imitada la firma; yo tengo un uniforme de Capitán de uno de los Cuerpos de la Guarnición y veinticinco hombres uniformados para figurar la escolta; con esa orden salimos de aquí y en determinado lugar está preparado un caballo para que pueda usted llegar á la sierra antes de que lo persigan y alcancen; una vez fuera de la ciudad, la fuga es casi segura. Para dar mayor verosimilitud á esto, sería bueno que pidiera usted hablar personalmente con el General Escobedo, y en la tarde del día en que haga usted esta petición

por conducto del jefe de la prisión, vengo yo con la orden; esta petición no llegará á manos del General Escobedo, porque la recogerá el mismo empleado que me ha facilitado la orden.

El General Mejía se quedó pensativo un corto espacio de tiempo, y luego dijo, con acento que demostraba una firme resolución:

—Aunque el medio es por demás atrevido y tiene en su contra la mayor suma de probabilidades, lo aceptaría sin vacilar, porque mi muerte es segura permaneciendo aquí; pero he jurado defender al Emperador ó perecer á su lado, y no aceptaré jamás un medio de fuga, si no va conmigo el Emperador.

—Eso es imposible, mi General,—dijo Rafael;—lo que puedo intentar por usted con esperanza de éxito, es irrealizable respecto del Emperador.

—Pues entonces me quedaré en la prisión, aun cuando se me abran las puertas y se retiren las guardias.

—Ha hecho usted por el Emperador, cuanto humanamente se puede hacer; nadie le podrá echar en cara que trate de salvarse cuando la presencia de usted aquí de nada sirve al Emperador; ni lo compromete ni agrava su situación.

—Me lo echarían en cara mi honor y

mi lealtad; yo no huyo dejándolo al pie del cadalso.

—Pero lo reclaman á usted su esposa y su familia; lo reclama su misma Patria, á la que todavía puede usted prestar inapreciables servicios.

—Prefiero dejar por patrimonio á mi familia la miseria, que me lloren mis amigos y que mi Patria me haga después justicia, á conservar la vida manchada con una acción indigna de mi nombre y de mis antecedentes. Dios cuidará de mi familia; mis amigos no se avergonzarán de haberlo sido, y mi Patria, espero en Dios que no tendrá más necesidad de soldados, si, como parece, con nuestra derrota se inaugura una época de paz y tranquilidad.

—Por cuanto usted quiere en el mundo le ruego que acepte el medio de huír que le propongo; los días están contados; todos sabemos de antemano el fallo del Consejo de Guerra, y usted sabe muy bien que nuestros enemigos no tendrán piedad; acuérdese usted de su esposa, que le espera y que morirá de dolor si usted sucumbe.

Una nube de tristeza obscureció el rudo semblante del General Mejía; sus negros ojos se velaron y quedaron por un momento fijos, como si ante ellos pasara

una terrible visión, y acudieron á su mente, con los recuerdos de pasadas dichas, las dulces alegrías de que aun podía gozar en el hogar doméstico. Luego, haciendo un poderoso esfuerzo, alargó la mano á Rafael y le dijo:

—Despidámonos, Comandante; ya no volveremos á vernos; pero lo que usted ha intentado por salvarme, se lo agradezco con toda mi alma, por más que me sea imposible aceptarlo. Yo sé muy bien que la muerte está muy próxima; pero hasta mi último momento, conservaré el recuerdo de usted.

Rafael comprendió que era inútil insistir; estrechó la mano del General y se despidió de él, hondamente conmovido. Cuando llegó al mesón donde lo esperaba Diego, refirió á éste lo que había pasado, y aquellos dos hombres que habían consagrado toda su energía á un noble fin que no podían realizar, quedaron anonadados y en tal estado de abatimiento, que no volvieron á salir del mesón hasta el día en que fueron fusilados Maximiliano y sus Generales Miramón y Mejía. (1)

---

(1) Se asegura que hubo quien propusiera á Mejía salvarlo. Unos dicen que quien le hizo la propuesta fué el mismo General Escobedo, á quien Mejía había á su vez salvado la vida en otra oca-

El 19 de Junio de 1867, á las seis de la mañana, salieron Maximiliano, Miramón y Mejía, de la prisión de Capuchinas, subieron á tres coches de alquiler y, rodeados de tropa, fueron llevados al cerro de las Campanas; al pie del cerro bajaron de los coches y se dirigieron á la cima. Cuatro mil hombres formaban el cuadro y en el centro de él se colocaron los tres sentenciados. A Maximiliano tocaba el centro; pero, volviéndose á Miramón, le dijo:

—"General, un valiente debe ser admirado hasta por los Monarcas antes de morir; quiero cederos el lugar de honor." (Histórico).

Tardía y escasa indemnización al hom-

---

sión Otros dicen que no fué Escobedo, sino algunos otros jefes los que hicieron la propuesta á Mejía, pues todos en general deseaban que se salvara, pero que el General imperialista rehusó huir si no se salvaba también Maximiliano. Algo de cierto debe haber en esto, porque casi siempre los rumores insistentes tienen un fondo de verdad. Además, todos los jefes republicanos apreciaban mucho al valiente General Mejía, que jamás había fusilado á sus adversarios. Extraño contraste: mientras el noble Archiduque, descendiente de Carlos V, procuraba salvarse y ponía los medios de huír, sin que le preocupara la suerte de sus compañeros á quienes dejaba próximos á morir por él, el General Mejía, indio de pura raza, rehusaba la vida que se le ofrecía, si no se salvaba con él Maximiliano.

bre á quien Maximiliano había desterrado cuando se creía seguro en el trono, y á quien sacrificó después con sus desaciertos en la campaña y con la entrega de la Plaza de Querétaro.

Quedaron colocados Miramón en el centro, Maximiliano á la derecha y Mejía á la izquierda; los dos primeros dijeron con voz firme una ligera alocución. Mejía nada dijo; estaban de frente á los pelotones que hicieron fuego, y no tenían vendados los ojos.

A las siete de la mañana sonó una descarga y los tres sentenciados cayeron. Miramón murió instantáneamente; á Maximiliano fué necesario darle el tiro de gracia en el corazón, y sobre Mejía fué necesario hacer dos disparos más.

Inmediatamente después de la ejecución se dejaron oír toques de tambores y cornetas, confuso rumor de la multitud de gente que rodeaba el cuadro y gritos de "¡Viva la República! ¡Muera el Imperio!" mientras desfilaban las tropas.

Rafael y Diego habían asistido á la ejecución para ver por última vez al General Mejía; cuando éste cayó herido por las balas, no pudieron contener las lágrimas, que corrieron silenciosas por los tostados y varoniles semblantes de los dos leales amigos y valientes soldados. Lue-

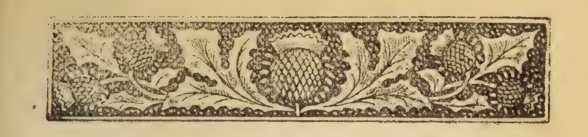
go se retiraron paso á paso de aquel funesto sitio, y al llegar al mesón, dijo Rafael:

—Ahora, Diego, ha concluído nuestra misión aquí; ya no tenemos bandera qué defender ni amigo á quién servir; nuestra vida pública ha terminado y no tenemos más qué hacer que volver á nuestro hogar cuando, calmadas las pasiones políticas, podamos hacerlo sin riesgo..... ¿Tienes en tu pueblo familia que te espere, ó parientes á quienes quieras ver? ¿Quieres volver allí, ó prefieres seguir acompañándome?

—No tengo más que parientes lejanos, y si usted quiere que siga á su servicio como antes de que viniéramos á la guerra, yo, por mi parte, no me quiero separar de usted.

—Me alegro mucho de que no nos separemos; y ahora, salgamos cuanto antes de esta ciudad y sigamos viviendo con lo que nos produzca nuestro comercio de mercilleros mientras puedo comunicarme con mi familia; vendiendo el caballo que habíamos comprado para el General, repondremos lo que hemos dejado de ganar en estos días.

Poco después salieron de Querétaro y siguieron recorriendo como mercilleros ambulantes las poblaciones del Interior.



CAPITULO XXXVIII.

En busca de Carmen.

El sitio de México había terminado con la capitulación celebrada el jueves de Corpus, 20 de Junio de 67, entre los Generales Don Ramón Tavera y Don Porfirio Díaz. El día siguiente, entró en la capital de la República el ejército de Oriente, y el General Díaz mandó publicar una orden para que dentro de veinticuatro horas se presentaran todos los que habían servido al Imperio, conminando con la pena de muerte á los que no lo hicieran.

Julio Orozco se presentó inmediatamente, y fué reducido á prisión, junto con los coroneles y oficiales de menos graduación, en el ex-convento de Regina; el General Pedroza se presentó también y quedó preso con los demás Gene-

rales en el ex-convento de Santa Brígida; pero don Pedro se juzgaba hombre tan prominente y de tanta representación social y política en el partido imperialista, que no se quiso presentar, porque creyó que sería fusilado en el acto, y siguió escondido en la casa de Guadalupe Ortíz.

Entre los que no se presentaron estaban los Generales don Leonardo Márquez, don Manuel Ramírez Arellano, don Santiago Vidaurri y don Tomás O'Horán, y el señor don José María Lacunza. Este señor salió de México el 5 del siguiente Julio disfrazado de ranchero y acompañado de un mozo, y se embarcó en Tampico para los Estados Unidos.

El General Márquez, á quien se buscó con muchísimo empeño, logró, no se sabe cómo, burlar á sus perseguidores, y se embarcó para la Habana donde vivió por largo tiempo, hasta que volvió á la República en la que vive actualmente (1907) muy viejo ya, pues cuenta cerca de noventa años.

Ramírez Arellano, con su acostumbrada sagacidad, huyó también de México, (probablemente á fines de 67) vivió en Europa y murió en un Hospital en Italia.

El General don Santiago Vidaurri fué

aprehendido en México (se dice que por delación de un amigo suyo extranjero) el día 8 de Julio, á las seis de la mañana, y fusilado en la tarde de ese mismo día en la plazuela de Santo Domingo. Se cometió en ese fusilamiento, no se sabe por quién, la infamia de colocar en el lugar de la ejecución una música que estuvo tocando durante el acto "Los Cangrejos" y la "Mamá Carlota," piezas de música con las que se zahería al partido conservador, y al monarquista.

El General don Tomás O'Horán fué también aprehendido en una hacienda y fusilado en México el 21 de Agosto. (1867)

Julio Orozco, que se había presentado como antes dijimos y estaba preso en Regina, salió poco después de México en unión de muchos de sus compañeros, para sufrir en el castillo de Perote la prisión que se les había impuesto, de la que no tardaron en ser indultados; pero no había vuelto á ver á su padre, que permaneció escondido en México por algún tiempo.

Aun que la personalidad política de don Pedro Orozco no era de las más notables, por lo que no se ocuparon las autoridad en buscarlo, le fueron confiscados casi todos sus bienes, y aun tuvo que

pagar una regular cantidad de dinero por las gestiones que se hicieron á fin de que, saliendo de su escondite, quedara en absoluta libertad. Cuando esto se verificó, se halló don Pedro con que de su antes pingüe fortuna, no le quedaban más que miserables restos que apenas le bastaban para vivir modestamente. (1)

Tuvo don Pedro que sacrificar su orgullo y las comodidades á que estaba acostumbrado; doña Manuela descendió del pedestal que le había levantado su necia vanidad, y Enriqueta redujo todas sus esperanzas á la vuelta de Alberto y á su matrimonio con él.

La familia tuvo que dejar la suntuosa

---

[1] Es curioso sobre esto lo que escribió don Juan Zambrano, Administrador que fué de bienes nacionalizados, en el "Monitor Republicano" del jueves 22 de septiembre de 1870. Dijo, refiriéndose á los castigos impuestos á los imperialistas, que: "los culpables en primer grado salvaron todos sus intereses; á los de segundo, tercero y cuarto grado, les confiscaron su fortuna hasta el último centavo, y á los que menos, les impusieron multas por la tercera ó cuarta parte de aquélla; mientras de que hubo infidentes multados en miles de pesos, que tuvieron influencia para que se les bajasen las multas hasta ciento y aun cincuenta pesos, y para que el ridículo no faltara, se mandaron recibir en bonos de la deuda interior, con lo que realmente quedaron reducidas á *siete y aún á tres pesos y medio*, que era el valor que tenían en el mercado tales bonos......"

casa en que hasta entonces había vivido como dueña, para tomar en aquiler otra mucho más modesta; quedaron suprimidos los carruajes; la servidumbre se redujo á la estrictamente necesaria, y hasta el brillante Julio, cuando volvió á México, tuvo que aceptar un modesto empleo para atender á sus necesidades.

Las antiguas amistades de Enriqueta se fueron alejando poco á poco de ella luego que la vieron en aquel estado de modesta medianía. Nadie la daba razón de la suerte de Alberto, que no había vuelto á parecer por México; el tiempo pasaba y las decepciones y el sentimiento de su desgracia habían hecho los naturales estragos en la persona de la joven; no había perdido su hermosura, pero esta había disminuido mucho, y su antes risueño semblante estaba pálido y demacrado, con notables huellas de la profunda melancolía que embargaba su espíritu; el talle airoso y los movimientos de reina de los salones que tanto distinguían á Enriqueta, habían desaparecido, dejando en su lugar la pesada languidez que lleva consigo el sufrimiento.

Nadie en la casa de don Pedro se había vuelto á acordar de Carmen; acaso la misma gravedad de los últimos acontecimientos fueran la causa de ese olvi-

do tanto más notable cuanto que, á la entrada del ejército republicano, volvieron á salir de sus conventos las monjas.

Carmen no sabía de pronto á donde ir cuando se verificó la nueva exclaustración, la ocurrió refugiarse con doña Catarina, á pesar de que no tenía bastante confianza para vivir con ella; estaba, sin embargo, resolviéndose á ir á su casa mientras encontraba algo mejor que hacer, cuando se acordó que aquella costurera que la llevaba las cartas de Gabriel y que había sido despedida por eso de la casa de don Pedro; por fortuna conservaba en la memoria la dirección de su casa, y á ella se fué al salir del convento. La costurera, que se llamaba Rita Ordóñez, era una buena mujer, que se mantenía pobremente cosiendo ropa ajena; recibió muy bien á Carmen, y comenzó para ésta una nueva vida de trabajo y privaciones ayudando en sus costuras á Rita.

Doña Catarina se manifestó resentida por no haber ido Carmen á su casa, pero ésta la convenció prontamente de que con Rita era más conveniente que estuviera, porque la podía ayudar, mientras que en lo que doña Catarina se ocupaba (era corredora de prendas) no la era Carmen de ninguna utilidad; en cambio, la encargó

de que se informara de si estaba en México el capitán Gabriel Solís, y en tal caso lo informara de la dirección de la casa en que estaba Carmen.

Doña Catarina cumplió el encargo con decidido empeño, pero estaba para terminar el año de 67 sin que hubiera podido averiguar nada respecto de Gabriel; y era natural, muchos conocían al coronel, pero nadie daba razón del capitán Solís.

Gabriel fué de los primeros que entraron á México el 21 de Junio, y desde luego comenzó á buscar con todo empeño á Carmen. Rondó por algunos días la casa de don Pedro en la que todavía vivía la familia de éste, pero nada pudo averiguar; preguntó á los criados, y ninguno de ellos le pudo dar razón de Carmen, unos eran nuevos en la casa, y otros recordaban que la señorita Carmen se había ido hacía ya mucho tiempo; quién de ellos decía que para una hacienda lejana, quién que para un convento; otros que para una ciudad del interior, y hasta hubo alguno que dijera que se había casado é ido con su marido.

Se informó Gabriel de los nombres de todas las monjas exclaustradas, y, como era natural, no pudo hallar entre ellas á Carmen. Desesperado, al fin, resolvió

hablar con don Pedro y se fué derecho á la nueva y modesta casa que éste ocupaba, teniendo cuidado de ir vestido de paisano para no alarmar á la familia.

—Busca á usted un señor,—dijo á don Pedro la criada que salió á abrir la vidriera de la sala por donde había llamado Gabriel.

—¿Qué clase de persona es?

—Un señor decente.

—¿Le dijiste que pasara?

—Sí, señor, está en la sala.

Don Pedro salió á la sala y saludó cortésmente á un joven de muy buena figura que se le presentaba elegantemente vestido y con correctísimos modales.

¿En qué puedo servir á usted, caballero?—pegruntó don Pedro.

—Perdone usted, señor Orozco, si me atrevo á molestarlo sin haber tenido antes la honra de ser presentado á usted.

—La visita de usted no puede, en ningún caso servirme de molestia, señor...

—Gabriel Solís, servidor de usted.

—Yo lo soy de usted, señor Solís.

—Antes de indicar á usted el objeto de mi visita, es necesario que le dé algunas explicaciones: en la casa de usted vivía, hace unos cuatro años, una señorita llamada Carmen, sobrina de usted á lo que

entiendo; con esa señorita tuve en aquella época relaciones amorosas, que no pudieron llegar á su término por medio del matrimonio, porque era yo entonces capitán del ejército nacional y tuve que salir violentamente de esta capital para continuar la guerra contra la intervención francesa; ahora que he vuelto á esta ciudad, he buscado en vano á la señorita Carmen y vengo á suplicar á usted que tenga la bondad de informarme respecto del lugar en que dicha señorita se encuentre.

Don Pedro se quedó de pronto sin saber qué contestar. Por una parte, su antiguo orgullo le impelía á contestar agriamente que nadie tenía derecho para informarse de particularidades pertenecientes á la familia de Orozco; por otra, le imponía á su pesar el continente reposado pero firme de aquel joven que era á todas luces un caballero; y, por último, sentía una especie de vergüenza de confesar que había abandonado miserablemente á su sobrina, precisamente con motivo de aquellos amores, pero urgido por la necesidad, contestó:

—Es cierto que mi sobrina Carmen vivió con nosotros por la época á que usted se refiere, pero poco después entró como

novicia á un convento, y no he vuelto á saber de ella.

—Podría usted hacerme el favor de decirme en qué convento estuvo?

En el de La Concepción.

—¿Y no sabe usted si profesó?

—No, señor; y no he podido después informarme de su suerte, porque los últimos acontecimientos políticos han tenido para mí tan capital importancia, que para nada más me han dejado tiempo ni tranquilidad de espíritu.

—Siento mucho, señor Orozco, haber venido á molestar á usted con un asunto que sólo á mí interesa; le ruego que me perdone, y le doy las más expresivas gracias por la bondad que ha tenido dándome unos informes que pueden guiarme en las averiguaciones que pienso hacer.

—Nada tiene usted que agradecerme y sabe que estoy dispuesto á servirlo.

—Mil gracias, señor, yo también por mi parte quedo á las órdenes de usted en la calle X... número...

Despidió don Pedro á Gabriel acompañándolo hasta el principio de la escalera, y se volvió, muy pensativo, á las habitaciones.

Doña Manuela y Enriqueta, que habían visto desde una vidriera lateral entrar y salir á Gabriel, preguntaron con

mucha curiosidad á don Pedro quién era aquél elegante caballero que lo había ido á visitar, y qué significaba esa visita de una persona desconocida.

—Ese caballero,—dijo don Pedro,—es el novio de Carmen.

—¡Cómo!—dijo doña Manuela;—pues ¿dónde está Cármen que ha adquirido relaciones con un joven de esa clase?

—Carmen, supongo que ha estado en un convento, y ahora no sé dónde estará; pero no son de ahora esas relaciones amorosas, el que acaba de salir, es el capitán don Gabriel Solís.

—¡Jesús, María! ¿Ese es el antiguo novio de Carmen? ¡Quién lo hubiera pensado! ¿Y qué quiere, á qué ha venido?

—A que le dé yo noticias de Carmen, á la que no ha vuelto á ver desde que salió de aquí don Benito Juárez.

— Pero es posible que después de tanto tiempo se acuerde todavía de esa muchacha? ¿Y es creíble que una persona decente haya sido soldado de este Gobierno?

—Estamos mirando cosas tan raras, que ya nada me extraña.

—¿Y qué le has dicho?

—Que no sé dónde está Carmen á la hora de esta.

—Yo creo que hubiera sido bueno vol-

verla á traer con nosotros,—se atrevió á decir Enriqueta.

—¡Eso es,—replicó doña Manuela—ahora que estamos en tan mala situación, habíamos de tener mayores gastos!

—De mucho nos serviría que se casara Carmen con ese señor Solís estando en nuestra casa.

—Puede que en eso tengas razón.

—Yo,—dijo don Pedro,—no transijo con mis convicciones. Carmen se opuso á mi voluntad y murió para mí; por otra parte, si ese señor que acaba de salir de aquí ha seguido siendo soldado, si es de los que tomaron parte directa en la muerte del Emperador, no daré nunca mi consentimiento para que se case con mi sobrina. Esta situación no puede durar mucho tiempo. El partido conservador, la parte sana de la sociedad, tiene que recobrar sus fueros y no dilatará en romper las cadenas con que pretende esclavisarla esta demagogía indigna.

—¿Y no ha sabido usted nada de Alberto Garay?—preguntó Enriqueta.

—Como su padre don Luis no se ha dignado venir á visitarnos, yo tampoco he ido á su casa, ni sé qué fin ha tenido su hijo. El estaba en Querétaro con la división del General Méndez y no apare-

ce en las listas de prisioneros, por lo que juzgo que murió durante el sitio de la ciudad.

—No lo quiera Dios,—dijo doña Manuela—era un muchacho muy simpático.

Enriqueta lanzó un suspiro y salió de la pieza, triste por lo que acababa de oír, y envidiosa de la buena suerte de Carmen, á quien buscaba su novio al cabo de tanto tiempo, con el mismo interés que si se hubiera separado unos cuantos días antes.

Cuando salió Gabriel de la casa de don Pedro, se dedicó á tomar informes respecto de las casas en que se habían refugiado las monjas de la Concepción, especialmente la superiora, y no tardó en saber que ésta vivía en la casa de un hermano suyo, canónigo de la Catedral.

Allá fué Gabriel en busca de noticias de Carmen.

Al saber el canónigo que lo buscaba un caballero, salió á recibirlo, y le produjo Gabriel la misma buena impresión que á todos cuantos le conocían; en la fisonomía varonil del joven, en su andar desembarazado y firme, en su espeso bigote negro, y en su semblante tostado por el sol, conoció el conónigo que trataba con un

militar, y se figuró que sería alguno de los jefes imperialistas últimamente indultados, lo que, como era natural, acreció la estimación que á primera vista le había inspirado Gabriel. (1)

—Espero,—dijo el señor Canónigo,—que tenga usted la bondad de indicarme el objeto de su visita.

—Seré lo más conciso que pueda, aunque tengo que dar á usted algunos pormenores indispensables.

El "usted" usado por el joven, en vez del "su señoría," hizo comprender al Canónigo que no estaba acostumbrado su visitante á tratar con las altas dignidades del .claro.

—Escuche usted con toda atención.

Refirió Gabriel muy brevemente la historia de sus amores con Carmen, para lo cual fué preciso que diera á conocer su carácter de Coronel del ejército republicano, y terminó diciendo:

—El señor Orozco me ha informado

[1] En el mes de marzo de 1,868 se dió la primera ley de amnistía, en virtud de la cual, terminaron casi todas las prisiones impuestas á los imperialistas; en el año siguiente, en septiembre de 1,869, se publicó otra amnistía mucho más amplia que la primera; pero desde antes de la otorgada en marzo de 68, se estuvieron concediendo indultos y rehabilitaciones parciales en gran número.

de que la señorita Carmen entró como novicia en el convento de la Concepción, y como la superiora de ese convento es la señorita hermana de usted, y vive en esta casa, he venido para suplicarle me indique el lugar en que pueda encontrar á la señorita Carmen.

El Canónigo, para quien había perdido mucho Gabriel desde que dijo ser coronel del ejército republicano, se propuso no contestar categóricamente, sino dar "largas" al asunto hasta meditarlo bien, y tomar informes, por lo que contestó:

—Conmigo vive, en efecto, mi pobre hermana, pero dudo mucho que pueda dar á usted las noticias que solicita, porque desde la exclaustración de las monjas, no ha vuelto á saber nada de las que formaban la comunidad.

—Pero podrá decirme si la señorita Carmen profesó, y en caso contrario, en qué época y circunstancias se separó del convento.

—Lo que puedo decir á usted desde luego, es que en el momento de la exclaustración, todas las novicias que había en el convento, volvieron al lado de sus familias.

—¿Podrá usted hacerme el favor de informarse con la señorita su hermana respecto del paradero de la señorita Carmen?

—Lo haré con mucho gusto, y daré á usted las noticias que adquiera, si tiene usted la bondad de pasar por esta su casa dentro de dos ó tres días.

—Volveré cuando usted me indica.

Con esto se despidió Gabriel y salió de la casa sin haber adelantado nada.

La superiora de las monjas no pudo decir más que lo poco que sabía, esto es, que Carmen no había profesado, que había permanecido en el convento hasta el día de la exclaustración, y que no sabía á dónde se había ido después, ni se había cuidado de averiguarlo, porque en su concepto, la había vuelto á recoger la familia de su tío.

Poco era todo esto, pero ello daba á Gabriel grandes esperanzas; en primer lugar, no había profesado Carmen, y en segundo, hasta hacía poco tiempo estaba todavía en México.

Siguió Gabriel en sus investigaciones, pero sin conseguir nada, lo que le causaba profunda pena. Su única distracción era ir á visitar á su antiguo amigo el coronel Sebastián Gutiérrez, que había su-

frido un notable cambio en su carácter; ya no era el soldado alegre, despreocupado y decidor, de corazón abierto para todos, que siempre tenía una broma de buen género en los labios y que con su chispeante conversación alegraba las horas de monótono servicio y hacía asomar la risa al rostro de sus compañeros, aun en medio de los mayores peligros; conservaba todas las buenas cualidades que lo hacían el ídolo de sus soldados y le granjeaban el cariño de cuantos lo trataban; pero si la risa había desaparecido de sus labios, sus conversaciones no dejaban de ser amenas, aunque sin aquellos chispeantes destellos de ingenio que antes hacían las delicias de sus oyentes, y en toda su persona se notaba un sello de dulce melancolía.

Gabriel notó el cambio que se había operado en el carácter de Sebastián, pero nada le preguntó, respetando los motivos que para ello tuviera su viejo amigo.



CAPITULO XXXIX

Dos antiguos conocidos

Doña Catarina visitaba frecuentemente á Carmen en la pobre casa de Rita la costurera, la llevaba algunas costuras y bordados finos, la contaba lo que se decía por la ciudad, y la daba razón del cambio que había sufrido la fortuna de don Pedro Orozco.

—Mira,—la decía hablándola de tú, costumbre que adquirió desde que Carmen formó parte de la servidumbre del convento,—mira lo que son las cosas del mundo, y cómo castiga Dios sin palo ni cuarta; ahí tienes á tus orgullosos tíos que ni quien caso les haga. ¡Me alegro, así aprenderán á no ser soberbios!

—¡Pobres tíos!—decía Carmen.—¡Qué trabajos estarán pasando sin tener las

comodidades á que estaban acostumbrados! sobre todo tía Mela y Enriqueta, tan delicadas; si yo supiera que no iba á aumentar sus penas y escaseces, de buena gana iría á servirles en lo que pudiera.

—Sí, para que te volvieran á encerrar y á atormentar como lo hicieron; nó hija, con su pan se lo coman, la caridad bien ordenada entra por casa; el día menos pensado entra por aquí don Gabriel, te casas con él y que acaben de rabiar tus dichosos tíos cuando te vean del brazo de tu marido.

—¡Ay, doña Catarina! ya voy perdiendo la esperanza de volver á ver á Gabriel. ¡Quién sabe si el pobre haya muerto solo, sin que nadie lo viera en alguna de tantas batallas!....

Las lágrimas ahogaron la voz de Carmen.

—No te aflijas, hija, ya verás cómo lo encontramos; seguramente que no ha podido venir á México porque no todas las tropas están aquí, muchas se han repartido por el interior, y con ellas está seguramente don Gabriel; ya ves tú que un soldado no puede hacer lo que quiere, sino que está á disposición de quien lo manda.

—Esa es mi única esperanza, que lo tengan ocupado en otra parte..... Pero eso de que nadie dé razón de él....! ¡Y no poder salir yo misma á informarme, ni contar con un hombre que lo haga!

—Yo, mi alma, he hecho todas las diligencias posibles, y he preguntado á cuantos he podido.

—Sí, doña Catarina, ya sé que usted hace cuanto puede y por eso la estoy á usted muy agradecida. Pero no es lo mismo una mujer que un hombre, y por mucho que usted haga, no puede entrar en los cuarteles y tomar informes de los jefes como lo haría un hombre.

—Además, hija, que en medio de tantísimos soldados es muy difícil encontrar á un capitán, cuando los hay á miles y otros tantos están fuera de aquí. Es buscar al gato en el garbanzal.

—Así lo comprendo, pero eso no me consuela ni puede minorar mi pena.

—Vamos, yo te prometo seguir buscando con todo empeño, entretanto, aquí tienes estos camisones de batista que quiere su dueña se borden en blanco con estas iniciales, esto lo pagarán muy bien, porque son para una novia que se casa el mes que entra; los necesitan para de aquí á veinte días.

Dejó doña Catarina los géneros y se despidió de Carmen después de recomendarla nuevamente que estuviera concluido el trabajo para la fecha indicada.

Dos días después iba doña Catarina por la calle de Flamencos (1) como á la oración de la noche, caminando muy de prisa, cuando tropezó con un teniente de "Supremos Poderes" que no menos violentamente, caminaba en sentido opuesto.

—¡Tenga más cuidado el soldadón!— dijo doña Catarina.

—Usted dispense, "reverenda" señora, —contestó el oficial.

Aquella voz llamó la atención á doña Catarina, y se volvió para ver bien al que había hablado, quien á su vez, se fijó en ella. Doña Catarina no conoció al oficial, pero éste hubo de conocerla, porque deteniéndose la dijo con burlón acento:

—Mi respetable señora doña Catarina, cuánto me alegro de encontrar á tan noble persona. ¿Todavía ejerce usted el envidiable y lucrativo cargo de guardadora

---

[1] Esta calle tomó ese nombre, porque en ella se establecieron muchos naturales de los Países Bajos, que emigraron á América, muy especialmente á México, huyendo de la desastrosa guerra de Flandes.

de niñas bonitas? Si así es, aquí tiene usted á una persona dispuesta á ayudarla en tan difícil y delicado empleo.

—¡El asistente Germán! -dijo doña Catarina; y olvidándose de que aquél era el mejor conducto para adquirir noticias de Gabriel, y no teniendo presente en aquél instante más que la burla de que el asistente le había hecho objeto, continuó diciendo:—¡Pícaro, por usted perdí la magnífica colocación que tenía con mis amos, tentada estoy de arrancarle los ojos!

—Poco á poco, "respetabilísima" matrona; todo puede componerse, y apuesto á que vamos á ser muy buenos amigos si quiere usted aceptar un chocolate que la ofrezco en el primer café que encontremos al paso.

—No fué mal café el que me dió usted, —contestó doña Catarina, ya más humanizada con la oferta del chocolate.

—Vamos,—continuó Germán,— haré por usted el sacrificio de que me vea algún compañero acompañando á tan "antigua" dama.

—¡Grosero!

—Rectifiquemos entonces: á tan "joven" señorita.

—No quiero la compañía de usted.

—Pues perderá usted el chocolate, y de

paso las noticias que la puedo dar en cambio de las que espero de usted, que será la que salga perdiendo, porque las mías son interesantes y las de usted pueden no valer gran cosa.

Esto hizo recordar á doña Catarina que podía, por conducto del antiguo asistente, saber donde estaba Gabriel.

—Consiento en acompañarlo con la condición de que no seguirá diciendo burlas de mal género.

—La prometo ser tan serio, como cuando oíamos misa en la iglesia de Santa Brígida.

—Ese recuerdo no es el más á propósito para que olvide yo los perjuicios que me ha causado.

—Pues tan serio como mi antiguo y nobilísimo amo y señor don Pedro.

—Deje usted de comparaciones y vamos andando.

Germán cumplió su promesa y nada dijo á doña Catarina hasta que estuvieron los dos sentados delante de una mesa en el primer cafetín que encontraron, con sendas tazas de chocolate por delante.

—Como ve usted por mi uniforme,—dijo Germán reanudando la conversación, —no ha sido mala para mí la fortuna, y de simple asistente del capitán Solís, he

llegado á teniente de infantería. ¿Eh, qué tal? me parece que me he portado. Hay que confesar que es cierto lo que se dice de que el que ve á una bruja ya tiene asegurada su fortuna; desde que conocí á la buena persona de usted, ha sido otra mi suerte.

—¿Volvemos á las andadas? ¿Para eso me trajo usted aquí?

—Poco á poco, yo no la traje, usted vino por su voluntad.

—¿Ha de hablar usted en serio ó me voy?

—No la dejaré ir hasta que hagamos las paces.

—Pues no es la manera de hacerlas el que me esté usted faltando al respeto.

—Mil perdones, mi "respetabilísima" ama de llaves, no ha sido mi ánimo ofenderla.

—Vamos al grano: ¿Sabe usted dónde está el capitán Solís?

—El capitán don Gabriel Solís hace muchos años que no existe.

—¡Jesús María! ¿Cómo le doy la noticia á la señorita Carmen?

—Luego ¿sabe usted dónde está esa señorita?

—Y bien que lo sé. ¡Pobrecita!

—Conque ahora es ¡Pobrecita! y ¿qué otra cosa era cuando usted la estaba martirizando?

—Esos eran otros tiempos, y yo no hacía más que cumplir con lo que me mandaban mis amos; pero ahora no los tengo, gracias á Dios.

—¿Ya no está usted en la casa del "respetable" señor don Pedro?

—Hace mucho tiempo que me separé de allí, desde que me jugó usted aquella burla de la carta; pero ahora lo que me interesa saber es cómo y cuándo murió el señor capitán Gabriel Solís.

—Pues murió cuando lo ascendieron á comandante.

—¡Ay, pobrecito, morirse cuando lo ascendían!

—Sí, se murió el capitán, pero nació el comandante.

—No lo entiendo.

—Pues es muy fácil; no murió la persona, sino el grado.

—Es decir ¿que vive el comandante don Gabriel?

—Tampoco, porque murió.

—Acabe usted de una vez y dígame claramente si está vivo ó muerto don Gabriel Solís.

—Antes dígame usted dónde está la señorita Carmen.

—Aquí en México, en la casa de aquella costurera que la llevaba las cartas

de don Gabriel, y que vive en la calle X.... número....

—¡Ajajajá! Pues el señor coronel don Gabriel Solís, vive, está en México, y habita en la calle X... número.....

—¡Alabado sea Dios! De aquí me voy á dar la noticia á la señorita Carmen.

—Y yo al coronel.

—Ahora cuénteme usted qué les ha pasado en tanto tiempo.

—Eso es muy largo de contar y lo dejaremos para otra ocasión por ahora dígame usted cómo es que la encuentro tan de parte de la señorita Carmen.

Doña Catarina contó á Germán todo lo que ya saben nuestros lectores, y cuando concluyó la dijo Germán:

—Ya ve usted cómo al fin hemos quedado muy buenos amigos. Espero que seguiremos siéndolo.

—Siempre que usted no vuelva á decirme nada inconveniente.

—La trataré á usted con el debido respeto á sus años y experiencia.

Los dos interlocutores se separaron, yendo cada uno de ellos á dar las noticias que había adquirido á Carmen y á Gabriel.

Al otro día estaba Gabriel en la casa de Rita y se reunían al fin los dos amantes que tanto habían sufrido.

—Nada se opone ya á nuestra unión,—decía Gabriel después de una larga conferencia con Carmen.—Ha terminado la guerra y no hay riesgo de que volvamos á separarnos.

—Ahora no negarán mis tíos su consentimiento para nuestro matrimonio.

—Ni lo necesitamos; su abandono te ha relevado de toda obligación para con ellos.

—Pero no tengo otros parientes, ellos me educaron y es á ellos á quienes toca entregarme á mi esposo..

—No quisiera yo volver á verlos, no puedo olvidar lo que te han hecho sufrir.

—Haslo por mí, es un ligero sacrificio el primero y el último que te pido.

—¿Y si nos niegan su consentimiento?

—No es posible; pero si eso fuera, entonces habría cumplido con lo que les debo y nos uniremos sin contar con ellos.

—Los veré para cumplir tus deseos, pero ya verás cómo es inútil mi visita.

Volvió Gabriel á la casa de don Pedro, que lo recibió muy ceremoniosamente. Expuso Gabriel sus pretensiones, agregando que Carmen, á quien al fin había encontrado, deseaba que sus tíos die-

ran su consentimiento para el matrimonio.

—Desde que Carmen desobedeció mis órdenes rebelándose contra mi autoridad,—contestó don Pedro,—me propuse no volver á ocuparme en su suerte y por eso la dejé en el convento; veo que vuelve sobre sus pasos y que reconoce mi autoridad al pedir mi consentimiento para su matrimonio. Para que pueda resolver sobre esto, tengo que hacer á usted algunas preguntas que no dudo me contestará con toda lealtad.

—Estoy dispuesto á contestar á usted.

—¿Cuando usted pretendió en otro tiempo á mi sobrina, era, si no estoy mal informado, soldado?

—Sí, señor, y continúo siéndolo.

—Tomó usted parte en la guerra que arrebató el trono á Su Majestad el Emperador Maximiliano?.

—Sí, señor; era yo coronel de uno de los batallones que sitiaron Querétaro, y conservo el mando que entonces tenía.

—Agradezco á usted que me haya contestado lealmente, y siento tener que decirle que ni ahora ni nunca daré mi consentimiento para que una persona de mi familia se una con quien ha contribuido á la ruina de su patria, destruyendo el di-

que que habíamos opuesto á los avances de la demagogía.

—Perdone usted ese desahogo natural en las actuales circunstancias, y también á mí me obliga mi lealtad á decirle que voy á proceder á mi matrimonio con la señorita Carmen, sintiendo mucho que sus únicos parientes no estén presentes en la ceremonia.

—Pueden ustedes hacer lo que gusten.

—Mi amor á la señorita Carmen y mi deseo de agradarla, me obligan á suplicar á usted que prescinda por esta vez de sus opiniones de partido, en gracia de la felicidad de dos personas que en nada le han ofendido y que desean vivamente contar con la aquiescencia de usted.

—La fuerza de circustancias impre-vistas han dado á ustedes un triunfo efímero, que, como tal, no será duradero; muy pronto, más de lo que ustedes se figuran, triunfaremos de nuevo, y entonces, los que ahora están orgullosos por su victoria, volverán á ocupar el puesto miserable á que se han hecho acreedores con su conducta; cuando eso sea, mi sobrina, si persiste en su rebelión contra mis órdenes expresas, recibirá en la execración social, el premio que merece por su desobediencia.

—El ser usted pariente de la señorita Carmen, la avanzada edad de usted y la consideración que merece por las desgracias que le han sobrevenido, hacen que tolere un lenguaje que, sin esas circunstancias, no podría dejar pasar desapercibido. En vista de la formal oposición de usted, no me queda más recurso que retirarme y promover que se nombre tutor á la señorita Carmen para que él dé su consentimiento para nuestro matrimonio.

Repito á usted que pueden hacer lo que gusten sin contar para nada con nosotros.

—Siento mucho la negativa de usted por el disgusto que esto proporcionará á la señorita Carmen; á pesar de todo, en cualquiera circunstancia en que usted nos haga el favor de aceptar nuestros servicios, estaremos en la mejor disposición de prestárselos.

—Le agradezco á usted esa buena disposición, por más que no piense servirme de ella.

—Adiós, señor don Pedro, por consideraciones á su sobrina, puede usted contar conmigo siempre que se le ofrezca.

—Adiós, señor Solís.

Salió Gabriel de la casa de don Pedro muy indignado contra éste, y fué á dar

parte á Carmen del resultado de sus gestiones. En virtud de la tenaz negativa de don Pedro, vió Gabriel á un abogado amigo suyo que no tardó en arreglar todo lo necesario para el matrimonio, y un mes después se unían para siempre los dos amantes.



EPILOGO

El 28 de Noviembre de 1867, era embarcado en Veracruz el cadáver del Archiduque Fernando Maximiliano de Hapsburgo. La fragata "Novara," la misma que en 1864 lo trajo á México lleno de vida y de ilusiones de grandeza, lo conducía muerto y desfigurado á las lejanas playas del viejo mundo, para servir de acusador terrible de Napoleón tercero y de perpetuo remordimiento á Francisco José de Austria.

Tres días después de haber zarpado la fragata "Novara" recibía Sebastián Gutiérrez una carta concebida en estos términos:

"Capitán" Gutiérrez: Mi amor y mi gratitud me llevan al lado de la Emperatriz Carlota, usted y yo no volveremos á vernos en este mundo, en el que nos sepa-

ra un abismo infranqueable, pero con usted se queda para siempre el corazón de Emma."

Con esta carta recibió Sebastián un retrato de la condesa de Schewerrer, un rizo de cabellos rubios y un ramo de "No me olvides."

Sebastián besó respetuosamente aquellos objetos, y por sus tostadas mejillas se deslizaron dos ardientes lágrimas.

Desde entonces se acentuó más en él la melancolía que lo dominaba, y que ya no los abandonó en toda su vida; permaneció fiel al recuerdo de la condesa, y aunque llegó á ocupar altos puestos en el ejército y era citado como un modelo de honradez, valor y patriotismo, y aunque se le presentaron mil oportunidades de contraer ventajosos matrimonios, vivió siempre soltero conservando en el fondo de su alma aquel amor de su juventud que tan feliz y tan desgraciado lo hacía al mismo tiempo.

Alberto volvió á México cuando en virtud de la segunda ley de amnistía (Septiembre de 1869) pudo, sin temor alguno, regresar al lado de su padre llevando consigo á su bellísima esposa Amparo y á doña Mercedes. En México viven todos felices refiriendo á sus hijos los episodios de esa lucha épica que se conoce con

el nombre de guerra de la Intervención y del Imperio, tan llena de acciones heróicas por una y otra parte, y que será con el tiempo una de las épocas más gloriosas de la historia de México.

Rafael y Diego son actualmente dos buenos amigos, por más que el segundo siempre llame al primero "mi comandante" y tenga para él el mismo respeto que cuando servían en el ejército Imperial; conservan como un recuerdo sus cajones de mercilleros ambulantes con una parte de las últimas mercancías que los llenaban; los dos visitan diariamente á Alberto; Diego enseña á los hijos de aquél las voces de mando, el ejercicio, los toques de corneta, y con el tiempo, hará de ellos magníficos jinetes, y Rafael les dá lecciones prácticas de todas las virtudes civiles y morales.

Gabriel, después de verificado su matrimonio con Carmen, ha logrado reconciliarse con la familia de don Pedro, por más que éste siempre esté amenazándolo con el próximo triunfo del partido conservador imperialista, y ofreciéndole grados y condecoraciones si para entonces se pronuncia en favor del Imperio con el batallón que manda; Gabriel le promete todo lo que quiere al visionario anciano que, gracias á la influencia de Gabriel, h

recobrado casi toda su fortuna y con ella sus humos aristocráticos; doña Manuela ha vuelto á ser la encopetada señora de otros tiempos, pero aleccionada por la desgracia, trata con suma deferencia á Carmen y á Gabriel, á quien llama "hijo mío."

Enriqueta, perdida la esperanza de casarse con Alberto, se ha resignado con su suerte y es una adorable "tía."

En cuanto á Julio, al recobrar su padre su fortuna, ha ingresado—¿como no? —al Jokey Club, y allí ostenta su inutilidad cuando no la luce por las calles de Plateros ó la pasea en la Reforma.

Tal ha sido la suerte que cupo á los personajes que figuran en esta verídica historia.

FIN.



INDICE

Páginas.

